

EL CANTOR VAGABUNDO



PÍO BAROJA

Lectulandia

A Luis Carvajal Evans le llaman «el Lince» o «el loco de los papeles». Lo conocemos, en grupo ocasional, con el «Alumbrado», el «Raposo» y el «Cornejo», vagabundos como él, rodando por los caminos.

El Lince recorre España entonando viejas coplas escritas en pliegos «de cordel», acompañándose con su guitarra. Actúa en tabernas, mesones, o donde se lo permitan, pero corren tiempos malos, los de la guerra civil y su habitual miseria se agrava con la imprevista complicación de las checas y los interrogatorios.

Sin embargo, Carvajal no ha sido siempre un vagabundo. De buena familia, ha estudiado leyes y ha recorrido Europa, América y el norte de África. También ha tenido éxito con las mujeres. Sin embargo su particular temperamento indolente y veleidoso le empuja a una fuga constante. Individualista feroz, encuentra difícil acomodo en la sociedad.

El cantor vagabundo, una de las últimas novelas de Baroja, forma parte de la trilogía «Las Saturnales», que tiene como temática la guerra civil. Las otras dos novelas de la serie, *Misérias de la guerra* y *Los caprichos de la suerte*, que Baroja no publicó en su día y se daban por perdidas, han sido recuperadas recientemente.

Lectulandia

Pío Baroja

El cantor vagabundo

Las Saturnales - 01

ePub r1.0

Titivillus 24.09.15

Pío Baroja, 1950

Ilustración de cubierta: *El guitarrista solitario*, de Vasily Perov

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prólogo

Por Melchor Fernández Almagro

Es *El cantor vagabundo* una novela genuinamente barojiana. Tan barojiana, que ya en el título se transparenta la musa errante y lírica del gran escritor. Mucho de «cantor vagabundo» hay en el propio Baroja, que tanto gustó siempre de recorrer los más varios caminos —geográficos e ideológicos—, sin rumbo determinado, curioso de todo, con la noble curiosidad que es típica del intelectual. Y bien sabe, en otro sentido, cualquier lector de Baroja, cuanta parte concede este al lirismo como interpretación de la vida o, al menos, como procedimiento expresivo. Baroja, errante y romántico, se asiste con frecuencia de la canción, en su valor real o directo y en el figurado. Baroja tararea viejas arias de ópera; habaneras no menos viejas; romanzas de las antiguas zarzuelas que, por la virtud, asociativa de la música, tantas memorias reviven, y que son en nuestro autor, alguna vez, significativamente, la voz de un paisaje, la melodía que define un personaje o una situación. Entre las fuentes literarias e históricas de Baroja, cabría estudiar esa de la música, si no precisamente popular por su origen; popularizada desde los escenarios y conciertos de café. Todo ello responde a un sentido poético, nostálgico y cotidiano de la vida.

Este Don Luis Carvajal y Evans, a quien corresponde, por su calidad de protagonista, el título de *El cantor vagabundo*, lleva en su saco, caminos adelante, pliegos de la literatura llamada «de cordel» y, sobre todo, canciones impresas. En gran parte, son la letra de las coplas que entona en las plazas de los pueblos, acompañándose de la guitarra. Pero este hombre, llamado por unos «el Lince» y por otros, con no menos razón, «el loco de los papeles», no es un aventurero vulgar, lanzado a la mínima hazaña del errabundeo. Es el suyo un espíritu distinguido, por natural selección social —Don Luis Carvajal y Evans tiene «clase»— y también por sus propias dotes personales, que bien pudieran haberle llevado a ser médico o ingeniero, y a quedar en esas profesiones, como tantos otros héroes del Baroja de la primera época. Pensamos en *Camino de perfección* y en *El árbol de la ciencia*. Pensamos, en Fernando Ossorio y en Andrés Hurtado. Pensamos en la genealogía del hombre «roto», desprovisto de todo resorte vital, en una forma o en otra psicólogo y analizador, descontento, soñador de una acción que nunca podrá desarrollar, y llegamos a creer que su última consecuencia está en *El cantor vagabundo*, con su patológica obsesión evasiva: evasión, literalmente hablando, porque Don Luis Carvajal es vagabundo con casa abierta —digámoslo así—, un burgués a contrapelo, tarado por la lógica tremenda de su propia independencia de criterio. De ahí la originalidad del tipo, dentro de su inequívoca filiación.

Apunta en los comienzos de la novela, el gusto de Baroja por la tradición picaresca de nuestra novela, tan afín a su temperamento, por el realismo que la

informa, y aun por la naturaleza de muchos de los tipos sometidos a observación. Es en las primeras páginas de *El cantor vagabundo* donde conocemos, en grupo ocasional, al «Lince», al «Alumbrado», al «Raposo» y al «Cornejo», rodando por caminos, tabernas, mesones y hospitales, con la imprevista complicación de las checas, porque otra particularidad de esta novela de Baroja es que parte de ella se localiza en la guerra civil. Pero «el Lince», a los efectos de la narración, se aparta en seguida del grupo y aun del tema histórico señalado, para interesarnos por sí solo —y ya es bastante— con los antecedentes de su vida, que da lugar a muy felices evocaciones de ambiente y certeros apuntes de caracteres, y con cuanto le ocurre después, reflejado de, análoga manera, «barojianamente», en páginas donde el autor extrema el estudio de este anormal y humano Don Luis, probándolo con el reactivo de un último amor. Don Luis había querido a muchas mujeres: Lola, Concha, Clemencia, Sara... cada cual a su modo, claro es. Silvia es ya otra cosa, y Baroja, en este encuentro de la mujer sensata y el hombre absurdo, profundiza con extraordinaria sencillez de recursos. Don Luis y Silvia no saben hasta qué punto se quieren. «Tomaban cada uno un libro y se ponían a leer. Otras veces no leían, sino que hablaban o estaban silenciosos cómo saboreando la soledad y el silencio... Alguna vez se sorprendían Silvia y Don Luis. Uno de ellos había abandonado la lectura y parecía ensimismado mirando al otro...».

PRIMERA PARTE

UNA NOCHE DE OTOÑO

UNA NOCHE DE OTOÑO, en la taberna del pueblo de una serranía andaluza, se hallaban reunidas más de veinte personas, bebiendo y charlando.

La taberna era pobre y angosta, estaba encalada, tenía mostrador de cinc y varios carteles de toros en las paredes; mesas y bancos a su alrededor, la mayoría de estos con un agujero en el centro del asiento.

Se oía fuera, en la rambla limitada por casuchas bajas, un camión que pasaba con ruido ronco.

—¿Qué hay? —preguntaron algunos de los reunidos en la tasca al dueño.

—Como las demás noches, deben de estar prendiendo gente.

El tabernero era hombre pálido, de cara larga, de unos cuarenta años, enfermo, asustadizo, con el vientre abultado, las piernas delgadas, y la faja negra que le llegaba hasta lo alto del pecho.

Tenía la costumbre de abstenerse de opinar en todas las discusiones políticas que se suscitaban entre los parroquianos; le parecía esto meterse en un terreno resbaladizo y peligroso.

Se cuidaba solo de los negocios de su casa, de su mujer y de sus hijos.

Tenía una mirada suspicaz y temerosa y hablaba con grandes precauciones.

Iba vestido de negro, y parecía acorazado por la faja, también negra, que casi le llegaba hasta los sobacos.

La gente que llenaba la taberna, por su acento popular, por su tipo cetrino y por su indumentaria astrosa, se veía que estaba formada por trabajadores del campo de la más humilde condición.

Había entre ellos cuatro hombres de aire exótico y vagabundo.

Cenaban en la mesa pequeña del fondo. Uno de ellos había dejado la guitarra apoyada contra la pared, y otro la cartera con un montón de papeles impresos, coplas y canciones.

Se comprendía por su manera de hablar y por los motivos de su charla que eran forasteros y que no tenían las mismas preocupaciones de la demás gente, parroquianos habituales de la taberna.

A uno de los forasteros le llamaban el *Lince*, a otro el *Alumbrado* y a otro el *Raposo*. Al último de los cuatro le decían el *Cornejo*, lo que, al parecer, no era apellido, sino apodo.

El *Lince* era hombre ya entrado en años, alto, encorvado, con barba larga y blanca, que daba la impresión de haber sido rubia en su tiempo; anteojos azules para el sol, que no se los había quitado al entrar en la taberna; sombrero ancho con las alas caídas, gabán y bastón de cayado.

Hablaba castellano con un ligero acento andaluz. Vestía bastante desastrado, ropa

muy usada y botas viejas.

Llevaba, al parecer, al marchar por los caminos, una bolsa llena de pliegos de esa literatura que llaman de cordel: canciones impresas, historias de aventureros y vidas de santos.

Solía entonar coplas en las plazas de los pueblos, acompañándose de la guitarra.

En algunas partes donde le conocían le llamaban el *Loco de los Papeles*.

El otro forastero a quien decían el *Alumbrado* era tipo de paleta de aldea, de aire burlón. Iba sin afeitar. Vestía pobremente, tenía acento manchego, y cuando cantaba habaneras, tangos y canciones religiosas en las calles de los pueblos, lo hacía con poca voz, pero con mucha afinación. Vendía libritos de historias antiguas. Usaba una larga capa, y llevaba alforjas con libros, estampas y escapularios. Se cubría la cabeza con gorra de piel.

El tercero en importancia era el *Raposo*, que, al parecer, se había unido a los otros recientemente. Conocía la región por donde se movía mucho mejor que los demás. El *Raposo*, joven, flaco, arrugado, estaba encogido como una mona.

El último, al parecer, en importancia era un tal Negrete, apodado el *Cornejo*, tipo ridículo, con la voz aguda, atiplada. Este parecía ser como el criado de los demás de la cuadrilla.

DABA LA IMPRESIÓN, viéndolos juntos, de que estos cuatro hombres no eran antiguos amigos. Se habían conocido por primera vez semanas antes, en el interior de la provincia, y por entonces marchaban reunidos hacia la costa del Mediterráneo, próxima.

El más fuera del ambiente de los que formaban la cuadrilla que descansaba en la taberna era el Lince, llamado también en algunos pueblos el *Loco de los Papeles*, hombre que tenía cierta prestancia de señor, aunque venido a menos. Era bastante conocido en aquella aldea y también en otras varias de los contornos.

Desde hacía algún tiempo, con intermitencias de semanas o de meses, se le veía aparecer por aquellos parajes, siempre llevando en bandolera la bolsa de piel llena de libros populares, de a real y a dos reales pieza, y con la guitarra a la espalda.

Era su tipo decaído, pero elegante, de aire de señor; tenía los ojos claros, la cara larga, la nariz bien perfilada, el color atezado, como natural a persona que anda a menudo a la intemperie; el pelo más bien gris que blanco; las manos delgadas y nerviosas, de persona que no ha trabajado con ellas en labores toscas.

Para leer usaba anteojos de plata.

El otro, el Alumbrado, tenía estampa destacada de aldeano malicioso; la cara redonda, nariz gruesa, ojos verdosos, las cejas muy pobladas, la boca de labios apretados. En cuanto a la edad, parecía hombre de unos cincuenta años. Su expresión indicaba un tipo cazurro, amigo de bromas y de burlas.

Tenía la piel curtida por el sol, y entre sus apretados labios brotaba con frecuencia la sonrisa irónica y burlona. Hablaba de manera muy expresiva y siempre atentamente, cuando en la charla se dirigía al Lince, como si se tratase de distinguirlo, y sin ninguna consideración cuando indicaba algo al Raposo o al Cornejo.

El pantalón de pana y tosco en que encerraba sus piernas estaba lleno de remiendos. A pesar de que no hacía frío, llevaba capa. Completaba su indumentaria unas botas bastas, de suela recia, grandes polainas, faja ancha y negra. Daba la impresión de campesino, pero no torpe y pesado, sino cuco, muy lleno de gramática parda, de los que están al file, como dicen los flamencos.

Mostraba en el curso de la conversación que sabía tantos refranes como Sancho Panza, y sus refranes eran casi siempre malévolos y pesimistas.

En la conversación de aquel día en la taberna se le oyó decir: «Donde va más hondo el río hace menos ruido.» «Mal para el que calla y peor para quien habla.» «La primera parte del necio es tenerse por discreto.» «Daos a decir verdades, y moriréis en los hospitales.» «Adonde quiera hay una legua de camino.» «La vida del grillo: la mañana hambre y de noche ruido.» «Le dijo el mosquito a la rana: más vale morir en el vino que vivir en el agua.»

Al parecer, el Alumbrado estimaba mucho al Lince: le consideraba sabio y le tenía también por hombre misterioso, lleno de recursos, que ocultaba su vida anterior por algún motivo que él no alcanzaba a suponer.

LOS TRES HOMBRES, el Lince, el Alumbrado y hasta el Raposo, parecían tener en muy poca estimación al Cornejo, de quien siempre que hablaban lo hacían en burla y con desdén.

El Lince se explicaba como hombre de conocimientos y de cultura.

El Alumbrado, que con dificultad sabía leer, mostraba preferencia por ciertos libros, que deletreaba con algún trabajo, siguiendo con el dedo índice de la mano derecha las filas de palabras impresas.

Entre los papeles de ciegos y las coplas que vendía, llevaba un librito que para él era un resumen de la ciencia. Se titulaba *Fisonomía y varios secretos de la Naturaleza*, compuesto por Jerónimo Cortés, natural de la ciudad de Valencia, impreso en Madrid en 1766.

Era de este librito de donde el Alumbrado sacaba sus conocimientos. Él era medio saludador. Según decía, a los secretos que había comprobado les ponía al margen una cruz hecha con lápiz. El libro estaba encuadernado en pergamino, y el uso dejó sus hojas amarillentas y abarquilladas. El Alumbrado ejercía también de zahorí.

Una de sus exclamaciones frecuentes era decir «¡Maldito sea el veneno y maldita sea la vergüenza!».

Como también se ganaba la vida cantando en las plazuelas y por las tabernas coplas de burlas, el Alumbrado repetía muy a menudo una cancioncilla que debía de proceder de alguna revista madrileña antigua, y que decía así:

*Vaya usted a saber
quién habrá inventado
que los pobrecitos
vivan fastidiados.
¡Caracoles! ¡Lo que pasa
en este río de Madrid!*

El Alumbrado era hombre curioso de todo y, principalmente, de las palabras. Parecía tener un léxico para su uso particular. Decía *qualisquiera*, *enantes*, *muradal* por muladar; llamaba *parcioneros* a los aparceros, *humero* a la campana de dentro de la chimenea, *vesperada* al amanecer, *sobretarde* al atardecer; también decía *coquear* por cojear, *espumajo* por espumarajo y *remanecer* por presentarse. Cuando se refería a un borracho, afirmaba que marchaba como una equis, y hablaba de las personas atarantadas, que eran la gente aturdida. Al canal de agua le llamaba *aguaducho*; a la piedra de amolar, *aguzadera*; al martillo grande usado para cortar los gruesos troncos de leña, *almadena*; a la mujer callejera la llamaba mujer andorra.

El Alumbrado afirmaba:

—Yo creo algo en la magia y en las supersticiones.

—¿Sabiendo que son mentira? —le preguntó el Lince.

—Hombre, yo dudo. A veces creo en ellas y a veces no, pero siempre me divierten.

No solo le divertían, sino que le daban algún dinero como saludador.

El Lince aseguraba que había que tener más rigor en el pensamiento.

«¿Para qué? —contestaba el otro—. No vale la pena.»

El Alumbrado se sentía bromista e irónico, sobre todo con el criado Cornejo.

«Bien haya el que a los suyos parece, amigo Cornejo», le decía, en burla.

Cornejo pensaba que él podía intervenir en la política.

«Te haces ilusiones —le decía el patrón—. Esos que están ahora comiendo a diestro y siniestro son unos perros, no lo niego, pero tienen pupila y conocimientos que tú no tienes.»

Empleaba el Alumbrado procedimientos de curandero: la imposición de las manos, el recomendar el agua, el aceite y el sol, y, cuando se despedía de sus crédulos enfermos, solía decirles muy seriamente: «La fe es lo que salva», con lo que ya evitaba el posible fracaso de un remedio recomendado por él.

El Raposo, que había sido descaradamente saludador, aseguraba que tenía la cruz en la lengua, por haber nacido en Navidad; alardeaba de sentir un gran culto por Santa Quiteria. Como todo ello lo afirmaba subrayado por una sonrisa maliciosa, los que le oían le tomaban a broma y no le daban crédito. Era, además, un sucio y un desaprensivo; y cuando reñía con Cornejo solía escupirle a la cara, y el otro le contestaba lo mismo. Cuando Cornejo se engallaba y quería dárselas de persona fina, el Raposo le decía: «¡Bah! Tú y yo hemos comido durante mucho tiempo juntos el bodrio de los cuarteles, y esta no es alimentación para gente distinguida».

El Cornejo, que se llamaba Doroteo Negrete, sentía la pretensión, ciertamente ridícula y sin ninguna base, de ser un hombre culto. Pretendía haber tenido discusiones con políticos importantes de Madrid, a quienes había intentado convencer de que se debían sacrificar por el bienestar del pueblo, aunque no los había convencido. La única condición mediana que tenía Cornejo era cierta curiosidad por las palabras raras, y excelente memoria para recordarlas.

Era el hombre la quinta esencia de la brutalidad, del egoísmo, de la soberbia y de la estupidez; así que, frecuentemente, los tres compinches le atacaban con sus bromas, siempre más que pesadas.

La vida de Negrete, alias Cornejo, era curiosa, revelándose de ella los esfuerzos de un tipo egoísta, malo y cobarde, espoleado por un gran deseo de progresar y de subir, y que iba buscando el modo de arramblar con todo lo que podía.

«La historia de hoy, la que se ha escrito hasta ahora, tiene poco valor —decía Cornejo, irguiéndose en el banco en que estaba sentado, con aire suficiente y dándose importancia, como si estuviera enterado de todo—. La historia grande será la que se escriba por los hombres que se inspiren en las doctrinas comunistas, que han venido a

decir las verdades fundamentales a los hombres de buena voluntad.»

Dentro de su estupidez, tenía aquel hombre un fondo de ironía amarga y burlona. El mérito, para él grande, era falsificar, lo que en su sentir revelaba el máximo del ingenio y de la imaginación. Tenía un gran odio por todo lo antiguo, fuera puente o torre, y sus admiraciones y sus fobias resultaban extraordinariamente cómicas.

«La historia nueva empieza ahora —decía—. Ahora es cuando vamos a asistir a la iniciación de un mundo y de una sociedad nuevos.»

Era curioso ver cómo había pasado a él toda la fraseología de los periódicos.

El Lince y el Alumbrado se reían de buena gana cuando Cornejo, con prosopopeya, se dedicaba a examinar las facultades intelectuales de sus oyentes, que eran algunos pobres labriegos.

«Vamos a ver, ¿sabe alguno de vosotros lo que es lo jurídico?»

Cuando hablaba de los diputados del pueblo y de la gente política de las nuevas hornadas, decía: «Estos son los hombres de hoy; hay que servirles. Los que me oyen saben muy bien lo que es el mundo y sus injusticias, y los que no me oyen viven envueltos en la oscuridad y en la estupidez. ¡Son unos pobres insensatos!»

En la vida política, hasta entonces —según Cornejo—, todo era hipocresía y mentira. Los hombres no eran puros, y los que parecían más amigos del pueblo resultaban los más sospechosos. Se vivía en plena mentira, en plena ficción; las proporciones más revolucionarias venían del campo de los reaccionarios, y las más conservadoras y tiránicas, de los anarquistas.

Cuando el Cornejo hablaba, como si alguien le hubiese dado cuerda, el Alumbrado le interrumpía muchas veces para hacerle callar, diciéndole: «Mira, Cornejo, cuando uno es idiota no debe hablar tanto».

Muchas veces el Alumbrado satirizaba al Cornejo y le daba toda clase de comisiones peligrosas; pero Negrete, que era malicioso, las eludía. Se iba acostumbrando el tipo a hablar de una manera oscura y sibilina, con lo que pretendía darse por enterado de muchas cosas. Siempre lo hacía en sitios donde no había posibilidad de comprometerse.

SEGUNDA PARTE

ANTECEDENTES

DOROTEO NEGRETE, alias *Cornejo*, había nacido en la parte montañosa, seca y árida del antiguo reino de Murcia, en una aldea pobre, casi íntegramente formada por cuevas. Ya de chico, se había mostrado torpe, bruto y de malas intenciones. Tenía sentimientos de venganza contra todo. En su infancia, según contaba, no había hecho más que dedicarse a cazar grillos en el campo y ratas en la cocina de su casa.

En la casucha donde habitaba había una carbonera, y de ella salían los roedores. Él había puesto una cuerda en la puerta, que pasaba por una argolla. Cuando aparecía la rata, tiraba del bramante y cerraba la carbonera, y el animal se escondía en los rincones de la cocina; entonces el perro de la casa se lanzaba sobre la rata y jugaba con ella hasta que, harto de juegos, la mataba. Mientras tanto, Cornejo contemplaba el espectáculo subido en una silla y riéndose a carcajadas.

El odio contra las ratas provenía, según él, de que le habían matado un conejo y le habían arrancado los ojos. En su mitología, ese acto tenía mucha importancia: los buenos eran los conejos; los malos, las ratas, y la justicia, el perro. Él, de observador sobre la silla, debía haberse adjudicado el papel de providencia.

De chico, Negrete había andado siempre despacio y mirando al suelo, como si tuviera el presentimiento de que iba a tropezar con un obstáculo preparado por su sino adverso.

Su padre, en vista de que no le gustaba trabajar la tierra, le llevó a estudiar al colegio que los escolapios tenían en el pueblo, en la cabeza del partido.

El rector del colegio, hombre de espíritu duro y rígido, creía que los estudiantes eran de suyo burlones y cazurros de mala sombra, sin más misión que sacar de quicio a los profesores y hacerles perder la paciencia. Muy a menudo se encolerizaba y sacudía recio al primero que se le ponía por delante, y, entre mojicón y mojicón, moralizaba. Como profesor, sabía bastante bien el latín y la retórica, pero los enseñaba con procedimientos antiguos.

Solía decir uno de los alumnos, bromista, que el rector tenía la astucia del león y la fuerza de la serpiente.

Otro de los profesores que tuvo Cornejo, el padre Fermín, era un viejo un poco simple, que se entretenía haciendo pajaritas y filigranas de papel con unas tijeras. Los estudiantes le llamaban el *Padre Tijeretazos*. Este era el encargado de enseñar la doctrina cristiana y la Historia Sagrada.

El tercero, el padre Diego, era un hombre dogmático, que enseñaba Aritmética y Geometría plana a los chicos, y como eran bastante brutos y no comprendían las combinaciones de los números y de las líneas, para facilitar la comprensión, los zurraba todo lo que podía. Este fraile, joven, solía dar grandes paseos por los alrededores del pueblo; había que castigar el cuerpo, según decía, y durante las

vacaciones iba a Zaragoza, a casa de su familia, que tenía un secadero de pieles en las Tenerías, cerca del Ebro.

El último entre los maestros que Cornejo recordaba de los sufridos por él era el padre Isidro, hombre desgachado, con aire de siervo, y que andaba torpemente como si fuera a perder el equilibrio a cada paso. Era el que se las entendía con los párvulos, la chiquillería del colegio. Para dominarlos, contaba con una caña larga para dar en la cabeza de los chicos, pero nunca pegaba con demasiada fuerza.

A los tres o cuatro años de haber Doroteo Negrete ingresado en los escolapios, su padre murió, y como no podía seguir en el colegio de alumno, tuvo que ganarse la vida. Su madre se volvió a casar.

Cornejo estuvo de aprendiz en varios talleres y tiendas, pero le echaron por holgazán y complotador.

A los pocos meses de la muerte del padre de Doroteo, a consecuencia de haber descubierto cierta misteriosa inclinación entre uno de los fámulos y un alumno de los mayores, fue preciso poner en la calle al fámulo, porque echar al alumno resultaba más gravoso para la economía de la institución. Entonces Cornejo pasó a ocupar el cargo del despedido.

Y pasó también del comedor de los alumnos al de los fámulos, aunque siguiera en las horas de estudio entrando en las clases con sus antiguos compañeros.

Había en el colegio un demandadero y cuatro fámulos, con cara de simples y de siervos. Los fámulos se sustituían, no solían calentar mucho los bancos del colegio, pero siempre el que venía a sustituir al que había cesado tenía la misma cara de estulto del que se había ido, como si los escogieran a propósito.

El padre Isidro, que era tío de Doroteo Negrete, lo entregó al padre Diego, que quiso enseñarle las matemáticas a fuerza de golpes, y como no lo consiguiera, pues el cacumen de Doroteo era duro e impenetrable para las especulaciones de los números, entregó el discípulo, como un regalo, al profesor de latín, es decir, al rector. Este fue pródigo en su reparto de mojicones. Obsequiaba con tal tratamiento al sobrino de su hermano en la Orden, y con profusión casi siempre por motivos gramaticales, otras por haberse excedido el discípulo en estupidez y en bellaquería.

Evidentemente, el joven Negrete no tenía condiciones para aquellos estudios. Un día cometió cierta sustracción en la despensa del convento, y antes que se la descubrieran tomó las de Villadiego, yendo a continuación a servir de criado a un churrero. Pronto le llegó a tener rabia a su patrón, y echaba tierra en la pasta de los churros y buñuelos, hasta que el churrero se enteró y le arrimó a su criado una paliza formidable.

Después Negrete fue lazarillo de ciego; anduvo de aquí para allá, suelto y mendigando, y se hizo buhonero cuando pudo reunir algunos cuartos para agenciarse mercancías. A continuación, creyendo sentir en el cuerpo un brote de sangre torera, anduvo de mozo de estoques de un novillero que en el argot profesional no pasaba de ser un maleta. El cargo no valía gran cosa. Había que exponerse muchas veces, y esto

a Negrete no le gustaba. La falta de valor le hizo abandonar aquella tauromaquia de bajo vuelo, ejercitada en las plazas de los pueblos, y la dejó sin haber llegado a colocar su nombre alguna vez en las reseñas de las capeas hechas en los periódicos de capitales de provincia.

De todas esas andanzas a salto de mata, había recogido muchos conocimientos de esos que no sirven más que para mantenerse, entre apuros y zozobras, en una existencia aventurera e irregular.

DOROTEO NEGRETE, alias *Cornejo*, era pequeño, menudo, moreno, con la cabeza grande, la frente abombada, los ojos negros, muy brillantes; los labios abultados y los dientes del que tiene más afición a enjuagarse la boca con vino que con agua. Como tipo físico, era raquítrico, tartamudo y zurdo. Su cabeza era extraña; los pómulos, salientes; los ojos, oblicuos, y el aire febril; la barba, espesa, negra e irregular.

A poco de afeitarse ya le había crecido de nuevo, dejándole la cara sucia y como una bola de pez. Su nariz, chata, y su morro le daban aire simio. Vestía casi siempre de negro, muy desastrado, con chaquetilla corta, faja y gorrita de paño con visera.

Parecía un sacristán de teatro, hablaba recalcando mucho las palabras, y de su paso por los escolapios le había quedado la costumbre de mirar de través. Su voz era aguda, y el andar, un poco dificultoso, como de los que tienen los pies planos.

Parecía no haberse lavado nunca. Mostraba lamparones en el cuello. Tenía zarpas oscuras, defectuosas y de color de tierra. Si se le daba la mano, al apretársela se notaba algo duro y de forma inusitada, como si se estrechara entre los dedos una raíz seca.

Tenía cara de rana; podría contar veinte años igual que cincuenta. Era de esos hombres que no han sido nunca jóvenes, con la piel entre amarilla y gris, como de enfermo de ictericia, y ojos de bilioso. Alguna vez, para dárselas de avisado, decía con misterio que él podía hipnotizarse a sí mismo apretándose con los dedos los ojos, y le instaba al Raposo a que le imitase, para que pudiera por sí mismo convencerse del resultado.

A su madre, que para entonces estaba en el hospital del pueblo, aunque no podía temer que quisiera sacarle dinero, pues él no lo tenía, no quería ir a verla por miedo de una petición de algunos cuartos. En este tiempo, mucha gente tendía a mostrarse anticlerical, y él temía que se descubriese el haber tenido en otra época amistades con frailes.

Hablaba con palabras duras y cortantes. Por lo que de él decía el Alumbrado, era muy mala persona, poco de fiar, rencoroso y vengativo, y si no hacía más daño era porque no podía y por ser estúpido. De haber podido, lo hubiera hecho.

El Cornejo ponía en evidencia su mala sangre por dondequiera que iba. Se ensuciaba en las casas donde se alojaba, si podía ser, en las alcobas; orinaba en las jarras de los lavabos; decía haber visto a un chiquillo robando, para que le pegaran, y escupía en las paredes. Mentía con la mayor frescura para comprometer a las gentes, diciendo que habían dicho esto o lo otro, atribuyéndoles lo que más mal efecto podía producir para que los castigasen. Parecía como si vacilase para decidirse a caer del lado de los rojos o de los blancos, pensando con recelo hacia dónde le convendría inclinarse para obtener mayores ventajas.

Doroteo Negrete decía que era de raza judía. Se lo indicó, según él, un señor alemán que estuvo en su pueblo a visitar unas ruinas, muy curiosas, al decir de los forasteros, pero a las cuales los indígenas nunca les concedieron la mayor importancia.

«Yo soy de la raza de los profetas», decía.

Negrete, a pesar de que desde su paso por el convento empezó a odiar a la gente de hábito, más adelante anduvo algún tiempo vestido de fraile, porque calculó que aquellas vestiduras le servirían para introducirse con más facilidad entre las gentes de creencias. Si veía algo de valor y podía apoderarse de ello, lo hacía. Tenía astucia, maña y prudencia, pero a veces se equivocaba, y estuvo varias temporadas en la cárcel.

—Dedícate a tu trabajo y no seas tonto —le decía el Alumbrado cuando le hablaba en serio, y para apartarle de aquellas fantasías de tipo político que en los últimos tiempos se le habían metido en el meollo, añadía—: Hoy, para distinguirse en algo, se necesita trabajar y tener mucho dinero o mucho heroísmo.

—Y ¿por qué no he de tener heroísmo?

—Me parece que tú no tienes madera de eso.

El Cornejo sentía inquina a todo el que le hubiera dirigido una frase en chungo. No olvidaba la más pequeña alusión burlona, y si podía vengarse, se vengaba con saña.

Atraía las bromas sobre él su voz fuertemente chillona y su manera de hablar, presuntuosa y redicha. Le gustaba, como decía el Alumbrado, tanto o más que comer, el darse tono. El Alumbrado le llamaba con frecuencia pardillo, cateto, palurdo, y lo hacía porque sabía que esos calificativos le incomodaban, se clavaban en su vanidad como banderillas.

LOS HOMBRES AQUELLOS reunidos en la taberna se veía que eran recién llegados. Habían cambiado varias bromas en un tono un poco agrio, produciendo la hilaridad de los que estaban en la tasca.

El Alumbrado le dedicó alguna broma al Lince, por saber que había sido en otra época hombre de posición, y posteriormente se había echado al surco. El Lince, al oír la alusión burlona, contestó con esta copla:

*A mí me llaman el loco,
el loco de mi lugar.
Todos viven trabajando;
yo vivo sin trabajar.*

—Y usted, compadre, ¿no recuerda su época de rico con tristeza? —le preguntó el Alumbrado.

—No. Soy como el pozo Ayrón.

—Pues mire usted... Yo no sé lo que es el pozo Ayrón.

—Veo que no tienen ustedes cultura.

—No hemos ido a la Universidad, como usted.

—¿Usted no ha estado en la Mancha?

—No; no he estado por ahí.

—Usted habrá oído, sin embargo, hablar de Puerto Lápiche y de las llanuras de Montiel, en donde se verificó la lucha entre don Pedro el Cruel o el Justiciero, que de los dos modos le ha calificado la historia, y don Enrique de Trastámara.

—Pues mire usted, no; no he oído hablar ni de ese puerto, ni de esas llanuras, ni de esos don Pedro y don Enrique, con los que nunca me he tropezado en mis correrías.

—Bueno, pues por allí, por esa parte de la Mancha, se habla del pozo Ayrón, que es una laguna salada. Ayrón parece ser que era un dios de pozos y de lagunas. Hay varios pozos Ayrón en España, y el más conocido de todos los de ese nombre es uno situado en una aldea que se llama Garci-Muñoz, en la provincia de Cuenca. Este pozo Ayrón tiene una leyenda que debe de ser muy antigua, de un don Buesso, una especie de Barba Azul conquistador, que tenía muchas mujeres, las robaba y las dejaba desnudas, y en una ocasión una mora le dijo que se volviera él de espaldas mientras iba a desnudarse para darle sus ropas, y entonces lo empujó y echó al seductor al pozo. Hay hasta un romance sobre esto que comienza así:

*Camina don Buesso
mañanica fría
a tierra de moros*

a buscar amiga.

- ¡Aprende tú, zoquete —le dijo el Alumbrado al Cornejo—, que no sabes nada!
- Usted sabrá mucho.
- Algo más que tú, siempre.
- A tocino sabrá usted.
- ¡Qué tío! ¡Qué animal! ¡Qué mendrugo!

ESTABA EL GRUPO de vagabundos rodeado de público indiferente que no les hacía mucho caso: peones, carreteros, labradores y mendigos. Alguna gente se burlaba de los forasteros con frecuencia; sobre todo, los señoritos chulos y los mozalbetes que se creían algo porque iban bien vestidos.

El tabernero, que estuvo un momento plantado delante de la mesa de los vagabundos, les preguntó, mostrando curiosidad:

—Y ustedes, ¿qué hacen? ¿A qué se dedican?

—Aquí hay que hacer de todo, compadre —contestó el Alumbrado—: de sabio, de pícaro, de médico, de veterinario y de adivino; hay que andar por la cuerda floja y por encima de carbones encendidos, como los santos, si es necesario, y hay que aguantar mecha con la cara sonriente. Es más cómodo tener una buena renta —añadió, dirigiéndose a Negrete—; así que si encuentras en la carretera por ahí algunos papeles de títulos de la Deuda o algunos billetes de libras esterlinas, no los emplees en limpiarte el trasero ni los tires al río, sino guárdalos y los cambiaremos.

—A mí, todo eso..., prin —dijo el Cornejo.

—¡Qué bruto eres, Negrete! No te quieres ilustrar. Si no fueras pequeño y cabezón, con la piel negra como un cuervo y la nariz de alcuza y un poco de morro, y si no tuvieras que afeitarte cada media hora para tener la cara limpia, estarías bien y hasta serías un guapo mozo.

—No parece sino que usted es Don Juan Tenorio.

Negrete tenía rabia a su patrón, porque se estaba constantemente burlando de él. Algunas veces le decía el Alumbrado: «Bueno, tú no creas que eres transparente, aunque seas hijo de cura».

Tenía Negrete una mala intención, que se hubiera podido llamar cósmica, porque todo le parecía mal, y pensaba que siempre tenían el propósito de ofenderle y de mortificarle.

Hubo época en que el Alumbrado se puso a llamarle *Dolopatos*. La razón de este apodo era que el nombre de pila era Doroteo, pero él pronunciaba Doloteo, y entonces al Alumbrado se le ocurrió decirle *Dolopatos*, que era el personaje mítico de una historia antigua de pliego de cordel.

El Cornejo protestaba de este mote, que le parecía ridículo.

—Pero, hombre, Dolopatos es un nombre muy bonito.

—Pues a mí no me llama usted Dolopatos.

—Pero oye, Dolopatos, ten un poco más de sentido histórico.

—Ya le he dicho a usted que a mí no me llama Dolopatos. Se lo llama usted a su padre.

Con estas disputas el Lince se reía a carcajadas.

—Tú, a mi lado, eres una zapatilla —le indicó una vez el Alumbrado a Cornejo —, pero el sino, amigo Negrete, para que tú te enteres, no está en relación con el entendimiento, sino con algo que ni yo ni nadie sabe lo que es, pero que se parece más a la malicia que a otra cosa, y también a la suerte. Así que lo que hay que hacer es aluspiar y estar al file, y cuando llega el momento tirarse a fondo.

Esta recomendación alambicada era bastante oscura y difícil de seguir.

El Cornejo estuvo en cierta ocasión de criado de un tipo un poco sospechoso de sodomita.

—Con este tío habrás tenido que andar con mucho ojo —le decía el Alumbrado —, porque tiene malas costumbres. Verdad es que, como tú eres tan feo, no estabas muy en peligro de que te buscara el bullarengue.

—No parece sino que usted es la *Bella Chiquita* —dijo, furioso, Negrete.

El Alumbrado miraba con desdén al Cornejo. Hacía sus necesidades delante de él, lo que a este le molestaba, porque le ofendía en su dignidad, y él se consideraba un hombre importante.

A Negrete le decía su patrón: «Si engordas mucho, te despido».

Y cuando Cornejo cantaba, solía añadir: «Tienes el oído duro, hijo mío, y una voz de becerro mate. Si en vez de voz fuera piel, te podría servir para unos borceguíes».

El Alumbrado había hecho el epitafio de sus compañeros de camino, del Lince y de *Negrete*. Al Raposo apenas le conocía, por haberse unido a ellos hacía todo lo más una semana.

Del Lince hizo este epitafio:

«Aquí yace don Luis Carvajal, alias *el Lince*, librero y cantor ambulante. Vivió sin saber por qué, anduvo por el mundo sin saber para qué, y murió sin saber de qué.»

Del Cornejo había hecho varios epitafios cómicos:

*Yace aquí Negrete Doroteo,
más malo que bruto y más bruto que feo.*

Y otro que decía:

*Aquí yace Doroteo «el Cornejo»,
que solo para molestar a los demás llegó a viejo.*

El Alumbrado decía que había dos clases de frailes: los flacos y los gordos, y que estos eran los mejores, por ser los más tranquilos. Aseguraba que llevaban una mala política, y que el mejor día iban a hacer una degollina con todos ellos.

El Alumbrado era tipo a quien le gustaba adoptar un aire misterioso, y cuando estaba en vena solía contar historias fantásticas que había oído por los caminos en sus charlas con los vagabundos. Una de las cosas que mencionaba era que había tenido una mano de mujer cortada, con guante blanco, y que con aquella mano de muerta se conseguían muchas cosas raras.

El Lince le dijo que también él había tenido una mano así, que llamaban mano de

gloria, y que desde el día en que se le había extraviado ya nada le salía bien.

El Cornejo escuchaba todas esas historias fantásticas con ansiedad, pensando seguramente que debía poner mucho cuidado para ver si él encontraba una de aquellas manos.

Para el Alumbrado todo lo natural era lícito, y esa era la explicación que daba de su falta de decencia cuando se ponía en cuclillas delante de su criado para solventar sus aprietos; pero al Cornejo le parecía esto una falta de respeto y de consideración que le sublevaba.

En algunas ocasiones, la mala sangre de Negrete recibió inmediato castigo, aunque no le sirviera para enmendarse. Una vez había encontrado un gato muerto cerca de un cortijo y lo arrojó al fondo del pozo para que el agua se corrompiera. La gente del cortijo vio la faena, cogió a Cornejo, le obligó a beber del agua y le dio algunos golpes, pero esto no le hizo escarmentar para lo sucesivo, pues no dejó de repetir sus malignidades.

EN UN PUEBLO de la provincia de Albacete, el Alumbrado y el Cornejo, que aún no se habían reunido ni con el Lince ni con el Raposo, se pararon en una venta y se liaron con la ventera y su hija. El Alumbrado, con la hija, y Negrete, con la madre. Días después, el Alumbrado le dijo al Cornejo:

—Puede que te haya dejado algún recuerdo la ventera, aunque estas mujeres viejas y corridas no suelen dejar nada, porque están revacunadas. Y esas cosas son peores cuanto más caras cuestan, y a ti no te han costado nada.

El Alumbrado contaba historias, probablemente arregladas a su gusto, de lo que había visto en África. A Negrete no le daba explicaciones, porque no le tenía la menor estimación: le despreciaba. Cornejo le oía contar esas historias en algunas tabernas y mesones en donde el Alumbrado, después de despachar los libros que llenaban su zurrón de vendedor ambulante, entretenía a los papanatas relatando sus viajes y lo que en ellos había observado, historia siempre de un carácter pintoresco y divertido.

Según él, había saludadores que tenían la rueda de Santa Catalina en el paladar.

—Algunos creen —añadía— que estos son capaces de hacer pactos con el demonio; otros suponen que tienen una sensibilidad misteriosa especial. Eso no sabes tú lo que es, Negrete.

—No sé por qué. Yo puedo tener esa sensibilidad, como otro cualquiera.

—¡Qué vas a tener! Esos son secretos que no los saben más que unos pocos. Hay tipos también que curan con saliva la mordedura de las serpientes.

—¡Bah!

—No lo creas. Es igual. Además, lo que nos importa ahora no es discutir si tú tienes o no la rueda de Santa Catalina en el paladar, sino ponernos a cubierto de complicaciones que se nos pueden venir encima. Lo mejor será escondemos unos días en mi casa, en el monte —dijo el Alumbrado.

—¿Para qué?

—Porque vendrán a buscarnos a todos los que hemos andado de aquí para allá vendiendo estampas y libros religiosos, y hay que marchar con la barba sobre el hombro, como suelen decir en mi tierra.

—Yo voy a llevar la pistola —dijo Negrete.

—Vale más que la guardes aquí, Dolopatos, porque no tendría nada de extraño el que nos hiciese algún registro en el camino.

—¿Usted la ha dejado aquí?

—Yo, sí.

El Cornejo, siguiendo la indicación, dejó la pistola al ventero del pueblo albaceteño, y, después de pagar el gasto que habían hecho, que no era cosa de monta,

reanudaron su marcha, para buscar el escondite de la serranía murciana.

Una vez en camino, ya fuera del pueblo, el Alumbrado montó en el burro que llevaban con ellos.

—Voy a montar —dijo—, porque estoy enfermo.

El Cornejo pronto comenzó a refunfuñar.

—Le advierto a usted —añadió— que yo ya no estoy dispuesto a sufrir ciertas cosas.

—¿Por qué, amigo?

—Yo no soy amigo de usted. Usted me ha tomado, sin duda, a mí por el pito del sereno, y basta ya. Usted es un egoísta. Cuando fuimos a la posada de aquí cerca, donde había un camastro y una manta en el suelo, me dijo usted: «Saca esta manta de aquí, porque no me vas a dejar dormir en mi cama.»

—¿Y de eso te acuerdas, *Dolopatos*?

—En la comida siempre elige usted la carne más blanda y el pan más tierno, porque dice usted que tiene derecho a ello; pero eso ha pasado ya a la historia. Ahora somos todos iguales.

Durante algún tiempo siguieron marchando el uno a pie y el otro en el burro.

—¿Por qué busca usted un escondite? ¿Tiene usted miedo? —le preguntó el Cornejo al Alumbrado.

—¡Yo miedo! No lo he tenido nunca.

—¡Bah!

—Yo siempre tengo recursos, licenciado.

—A mí no me llama usted licenciado.

—Bien, eso es igual. Ahora mismo, si quiero, silbo yo a mi manera y viene gente a mi socorro.

—Sí; no digo yo que no venga de algún cortijo.

—Y de otras partes. Vamos, acompañame. Hay que olvidar los agravios.

—Olvídelos usted. ¡Con el tío este! Ahora quiere que le cuide yo, como si me hubiera protegido.

—Por lo menos te he enseñado lo que sabes.

—Explotándome.

—No mientas, desagradecido. Has comido mi pan.

—¿A qué llamará pan este viejo ladrón? No ha hecho usted otra cosa que matarme de hambre. Pero eso se ha acabado ya; es usted un mentiroso y un farsante.

—Bueno, está bien —y el Alumbrado detuvo la marcha y se apeó del burro—. ¿Quieres acompañarme, sí o no? Si quieres, vamos y te daré algo de lo que tengo... Ahora, no te acerques a mí con ánimo de hacerme daño, porque al menor gesto de amenaza te levanto la tapa de los sesos —y al decir esta frase el Alumbrado sacó la pistola.

—En todo es usted traidor —comentó Negrete—. ¿No decía usted que había dejado el arma?

—Bueno, ya sabes; si quieres, marcha delante, hasta que lleguemos a mi casa. Si no, te puedes volver ahora mismo.

Se vio que el Cornejo vacilaba antes de decidirse, pero no tardó en replicar:

—Pues me voy.

Se le vio volverse pasos atrás, y el Alumbrado estuvo un rato, en pie junto al burro, mirando al criado cómo se alejaba.

Cuando le perdió de vista, siguió su camino, y horas después entraba en su casa, que se llamaba del Fraile, y estaba situada en una de las vertientes de la sierra; subió varios cubos de agua hasta llenar una tinaja que había en la cocina, y después cerró con gran cuidado puertas y ventanas, menos la reja alta que daba luz al cuarto que hacía de dormitorio, y se metió en la cama.

Le sorprendió que no apareciese por ninguna parte el hombre que, ordinariamente, vivía allí para custodiar su pobre vivienda.

ALGUNOS DÍAS DESPUÉS, los vecinos de la hacienda lejana, llamada del Maíllo, se dieron cuenta de que el Alumbrado, que había estado en su casucha unos días, ya no daba señales de vida. No salía tampoco humo por la chimenea de su casa. Entonces, un labrador de la vecindad, de apodo *el tío Urraca*, se acercó a la casucha del Alumbrado, en compañía de dos o tres, y se hartaron de dar voces y nadie contestó.

Se dio parte al juez; un cerrajero fue requerido para abrir la puerta en presencia de la Justicia, y una vez penetrados en el interior, se halló la casa abandonada. Sorprendió, en el fogón de la cocina, hallar rastros como si se hubiera hecho recientemente fuego en él, y también el agua que llenaba la tinaja.

Lo que llamó más la atención de los presentes fue tropezar, en el interior de una alacena, con una calavera de persona. ¿De dónde procedía aquel cráneo? ¿A quién habría pertenecido en vida y cómo habría ido a parar allí?

Se hizo un inventario de cuanto había en la casucha, que era bien poca cosa, y la mayor parte de lo que se inventarió no valía nada.

En la versión que se dio en el cortijo tiempo después, y que se ignoraba de dónde pudieron recoger los detalles para formarla, se contaba que el Cornejo se había reunido con el llamado *Trabuco*, y juntos, al saber que el Alumbrado se había refugiado en su casucha solitaria, habían decidido sorprenderle y robarle, sospechando pudiera tener allí algún dinero escondido.

Llegados, de noche, se encontraron la casa cerrada y atrancada, sin dar con el medio de penetrar en ella, y sin poder saber a ciencia cierta si el Alumbrado seguía allí o se había nuevamente marchado.

Uno de los salteadores había conseguido, al fin, subir al tejado para ver si se colaba dentro por un tragaluz, pero entonces el Alumbrado, que al oír ruido se había escondido tras un montón de leña, hizo dos disparos al aire, y *Trabuco* y *Cornejo* huyeron a toda prisa, comprendiendo que les había fallado el golpe que pretendían dar.

El juez pidió al tío *Urraca*, del cortijo del Maíllo, antecedentes del Alumbrado, y este le informó sobre su persona, y le dijo que había oído decir que le pensaban prender.

—¿Quiénes? —preguntó el juez.

—No se sabe quiénes. Unos aseguran que ha sido traidor a los socialistas; otros, que ha pretendido salvar a los curas.

—¿Y el Cornejo y su compinche?

—Dicen que andan por ahí escondidos. Pero a esos no les pasará nada, porque ahora ellos tienen valedores —contestó el tío *Urraca*.

—¿Usted lo cree así? —replicó el juez.

—Eso se está viendo.

El tío Urraca era un viejo que hablaba muy sentenciosamente, muy flaco y muy curtido por el sol, con los pómulos salientes y los ojos oblicuos.

Se había acercado a la casa del Alumbrado otro desconocido, tipo muy cetrino, *el Moreno*, con el pelo negro y aceitoso. En este, sin duda, el hígado funcionaba mal, y el blanco de los ojos tenía un color amarillento y algunas venillas de color de sangre. El Moreno se mostró muy amigo de contar infundios y mentiras.

Su presencia en el cortijo le hizo aparecer como testigo en el acto judicial en la casucha del Alumbrado. En cualquier otro tiempo, el juez, hallándolo allí, le hubiera detenido como vagabundo sospechoso. Pero en aquella época de inquietudes, la campiña, al parecer, estaba llena de tipos por el estilo, y la Justicia, falta de garantías, se veía precisada a tomar precauciones.

Una semana después de aquel intento fallido contra el Alumbrado, este volvió a tropezarse con Negrete. Al encontrarse se saludaron como si no se hubieran separado enfadados, y al emprender de nuevo la marcha, siguieron juntos, ya al parecer, en buen acuerdo. El Alumbrado había convencido, sin duda, al Cornejo, en el tiempo en que anduvieron unos días juntos, que los agravios debían olvidarse.

Ya efectuada esta soldadura de su amistad, fue cuando el grupo se aumentó con la pareja del Lince y el Raposo, y cuando, días después de formarse la cuadrilla, se los vio reunidos en la taberna del pueblo de la sierra hablando mano a mano como amigos y compadres.

EL RAPOSO pretendía averiguar los secretos de los saludadores y de los zahoríes, que, como no tienen más secreto que el de su malicia, resulta muy difícil descubrir en ellos otra cosa.

Nada se cree con tanto fervor como lo que se ignora por completo, y Platón dice que es más fácil contentar a un auditorio hablándole de la naturaleza de los dioses, que de la de los hombres.

El Raposo, con sus palabras melosas, a pesar de su aire un poco repulsivo, llegaba a tener amistades. Unas veces se mostraba completamente incrédulo; otras, todo era hablar de Dios y de la Virgen, y decir «a la paz de Dios», «si Dios quiere» y «alabado sea Dios», como si tratase de introducirse en la voluntad de su interlocutor, sospechando fuese aquel empleo de palabras religiosas el mejor medio para conseguirlo. El Raposo hablaba y se manifestaba según la persona que veía delante.

Entre los conocidos se tenía alguna estimación por el Lince y el Alumbrado, a quienes se consideraba como personas inteligentes. Por Cornejo se manifestaba un completo desprecio.

El Raposo no tenía prestigio. Era hombre de cierta imaginación, y la idea de representar un papel importante le gustaba, y se sentía mago con gusto. Tenía un tipo extraño, que él explotaba.

Según el Raposo, todo lo que había pasado en la comarca tenía un carácter secreto, esotérico, que solo él conocía, y los motivos y el desarrollo de los acontecimientos eran cosas, según él, muy distintas de lo que pensaba el vulgo. Las reseñas de los sucesos de carácter social que daban los periódicos eran falsas y siempre tendenciosas, arrimando cada uno el ascua a su sardina. Los hechos y las intenciones se habían ocultado y desfigurado.

En el fondo, el Raposo era un hombre sumamente crédulo.

Contó aquel día en la taberna que en cierta ocasión iban tres viajeros con otro pequeño y encanijado, camino de Granada. El pequeño era un brujo —lo declaraba así con toda seriedad—. Puso su manta en el suelo y los invitó a los demás a sentarse junto a él, todos dentro del espacio abarcado por la manta. Comieron y bebieron copiosamente, y al cabo de algunas horas, uno de los viajeros dijo: «Vámonos, porque si tenemos que llegar mañana por la mañana a Granada, no vamos a tener tiempo, pues nos faltan todavía que recorrer más de seis leguas».

El hombre pequeño dijo: «Está usted equivocado. Ahí, a pocos pasos, está el pueblo».

—¿Y estaba?

—Sí. Mientras conversaban sentados sobre la manta, se habían acercado a la ciudad de tal manera, que no les faltaba para llegar a ella más que unos pocos pasos.

El Raposo era castellano, gran engarzador de fantasías. Contaba que había en un país remoto una isla dichosa, y que los hombres que la habitaban eran altos y fuertes, tenían dos lenguas y decían al mismo tiempo cosas diferentes. Vivían muchos años, no se casaban y las mujeres tenían hijos de unos y de otros, y a todos los querían lo mismo.

El Raposo solía recitar esta cuarteta:

*Campana, la de Toledo;
iglesia la de León;
reloj, el de Benavente,
y rollo, el de Villalón.*

Este Villalón, al que él se refería, famoso por su rollo o columna, debía de ser Villalón de Campos, de la provincia de Valladolid.

El Alumbrado estimaba al Raposo como listo; en cambio, a Cornejo le despreciaba. La tregua pactada entre los dos no había dado gran resultado. Se seguían odiando.

El Alumbrado acostumbraba decir que Cornejo era un mulo a quien le debían de tratar como a católico ferviente, con abstinencias y ayunos, para que no se desmandara, y que le debían poner un bozal de esparto en la boca y darle latigazos.

Cuando algún desconocido hacía pronósticos pesimistas sobre el tiempo, Cornejo, como si tuviese algunos datos particulares, ignorados de los demás, se manifestaba más pesimista que todos.

Por eso, cuando aquella noche, en la taberna, oyó hablar de que los tiempos estaban muy revueltos y de que se iba a armar la gorda, Cornejo aseguró que él creía lo mismo. Luego, ya echándose de profeta, aseguró que la época de los grandes acontecimientos estaba muy próxima, y el mundo, dondequiera que se desparramase la vista, aparecía preñado de cosas espantables. Después de estas, que serían horrosas y sangrientas, vendría un período idílico. Desgraciadamente, ninguno de ellos conocería esa época, porque para entonces todos habrían muerto.

—¿Tú también? —le preguntó el Alumbrado.

—Yo seré de los primeros, después que haga mi obra.

El Raposo le contempló con marcada ironía, acentuada con un gesto burlón y despectivo, y después le dijo al Alumbrado:

—¿Es que este imbécil será capaz de creerse predestinado a ser un hombre célebre?

—A mí no me chocaría nada. Tiene la idea del farsante, que se cree un héroe.

Al Alumbrado le recordaba a un negro mago que había conocido en sus andanzas por África.

—Hay que aprovechar en la vida la suerte y la desgracia, que de una y otra se puede sacar partido —decía el Raposo de una manera filosófica—. Ahí está la habilidad y la malicia del hombre de talento.

—¿Pero usted cree que un hombre de talento es solo un cuco? —le preguntó el Lince.

—Yo creo que sí; yo creo que un hombre de talento es un hombre de malicia, diestro para pasar las monedas buenas y las falsas. Siempre es mejor acertar en la vida que errar, tener dinero que no tenerlo, porque el acertar y tener dinero permite verlo todo con luz clara y alegre, y la derrota hace que se vean las cosas iluminadas por una luz fea y triste, que aunque sea verdadera no conviene usarla.

TERCERA PARTE

PRESOS

DE PRONTO, la conversación burlona cesó entre las gentes que ocupaban la tasca.

Se había comenzado a oír varias veces un auto por la ancha rambla del centro del pueblo, continuación de la carretera. Poco después, se detuvo el coche a la entrada de la taberna, ya cerrada, y se oyeron golpazos que, sin duda, daban algunos hombres en la puerta con las culatas de los fusiles.

El tabernero fue a abrir.

Del coche habían bajado seis milicianos, armados hasta los dientes, y pasaron al interior dirigidos por uno de ellos, que debía de ser jefe y que llevaba una pistola en la mano. Este hombre gritó con imperio:

—¡Todos con la cara a la pared!

Parte de los concurrentes, que habían comprendido la orden recibida, se levantaron y se pusieron mirando a la pared; otros, que sin duda no comprendieron lo que se les mandaba, quedaron extrañados y vacilantes, hasta que, dándose cuenta de la intimidación, hicieron como los demás.

Ya puestos todos en la misma actitud, el que hacía de jefe de los milicianos, dijo con aire despótico:

—A ver, uno a uno, los documentos. ¡Eh, tú!, enseña la cara —y le tocó con el cañón de la pistola en el hombro.

El avisado de tan extraña manera se volvió con aire de espanto y sacó varios papeles viejos y sebosos del bolsillo del pecho, y los mostró al que se los reclamaba.

El jefe de la patrulla los miró distraídamente, y después, devolviéndoselos, le dijo:

—Está bien. Puedes marcharte.

El tabernero, a la entrada de los milicianos, se había puesto de color de tierra y había comenzado a respirar con dificultad.

—¿Puedo hablar? —preguntó.

—¿Tú quién eres? ¿El dueño de la taberna?

—Sí.

—¿Qué quieres?

—Quería decir que a algunos de los que están aquí los conozco desde hace tiempo, y que podría responder de ellos, porque son de la CNT y del partido comunista.

—¿Quiénes son?

El tabernero señaló muy turbado quiénes eran y cuáles eran su oficio y sus ideas.

—Bueno, que se vayan a su casa —dijo con voz ruda el jefe de los milicianos.

Los aludidos se marcharon muy humildemente y dando las gracias de mala gana. Habían quedado en la taberna, después de salir aquellos, ocho o diez hombres que, al

parecer, no tenían documentos suficientes para identificar sus personas, entre ellos los cuatro vagabundos: el Lince, el Alumbrado, el Raposo y el Cornejo.

—Estos que vengan con nosotros.

—¿Adónde? —preguntó alguno tímidamente.

—Ya lo sabrán luego.

—Usted deje la guitarra al tabernero. Él se la guardará —le indicaron al Lince.

Les hicieron salir a todos a la calle y los fueron obligando a que se encaramaran en el camión.

El chófer hizo funcionar el motor con mucho ruido, y el vehículo con sus milicianos y sus presos avanzó por la carretera.

Los detenidos no hablaban. Alguno le preguntó a otro en voz baja:

—Pero... ¿adonde nos llevan?

—¡Silencio! No se permite hablar.

—Nosotros no hemos hecho nada.

—Eso se verá. Ahora, a callarse, y al que hable ya sabe lo que le puede costar.

Amontonados en el viejo camión, los presos pasaron unas horas apuradas y tristes. El Lince se quejaba del pie, porque lo tenía inflamado, y rogaba a los demás que con él iban no le pisaran. La noche de octubre era tibia, con el cielo lleno de estrellas.

Se acercaban a los arrabales de la ciudad, con sus calles anchas y blancas y sus focos eléctricos.

LLEGARON A MEDIANOCHE al pueblo. Se detuvieron delante de un portal grande, iluminado por un foco de luz eléctrica. Del interior salía un confuso rumor de voces.

Los del coche hicieron bajar a todos los presos y los fueron metiendo en el interior.

La casa tenía un zaguán donde se amontonaban hombres, mujeres y hasta niños. Los hombres, unos estaban arrimados a las paredes y otros sentados en el suelo. Algunas mujeres daban de mamar a los niños, y tres o cuatro de ellas lloraban.

El zaguán grande comunicaba con un local también grande por una puerta que estaba entornada.

Por lo que se decía, aquel edificio había sido un convento de monjas, y en su interior funcionaba desde el comienzo de la revolución un tribunal, que, como a otros establecidos en la España roja, llamaban checas.

Fueron haciendo pasar a los presos llegados en el camión a la sala donde se encontraba reunido y funcionando el tribunal. Luego los sacaban, a unos los llevaban con escolta, sin duda a la cárcel, y a otros que los nombraban por una lista les obligaban a meterse en un camión, cuyo motor funcionaba constantemente, y en donde quedaban hombres armados con fusiles. Al parecer, los conducían a los alrededores, y allí los liquidaban.

De los presos hechos en el pueblo de la sierra, de cuatro que tenían tipo de campesino dejaron libre a uno, a dos los llevaron a la cárcel y al último lo condujeron al camión que siguió zumbando con el ruido incesante del motor. La noche estaba templada. Se oía el murmullo del mar.

Se decía que los conservadores y fascistas del pueblo habían denunciado a muchos republicanos sinceros como enemigos del régimen, y que el tribunal revolucionario, sintiéndose como una jauría de perros rabiosos, se lanzó sobre ellos, matándolos, y solo después había comprendido el engaño que los había hecho juguete de sus mayores enemigos. Por esa razón se había decidido que, en caso de denuncia, el acusador apareciera delante del acusado, y así, cara a cara, se confrontasen las afirmaciones del uno con las réplicas explicativas del otro.

Muchas veces, según se decía, los milicianos de la calle no estaban conformes con el juicio del tribunal revolucionario, y aunque este absolviese a alguno de los detenidos, cogían los milicianos a los absueltos y los fusilaban bajo su responsabilidad.

Los que se habían hecho campeones de lo que ellos llamaban justicia del pueblo pasaban el tiempo entonando canciones de circunstancias. En aquel momento, un jovencito armado hasta los dientes cantaba muy a lo chulo, con grandes ritardandos:

*¡Anda y que te ondulen
con la permanent!,
y si te sofocas
que te den colcrén.
Se lo pues decir
a Victoria Kent...,
pues lo que es a mí,
no ha nacido quién.
¡Anda que te ondulen
con la permanent!,
y si te sofocas
que te den colcrén.*

Sin duda, inspirado por esta canción, otro chiquillo se puso a cantar:

*La Balbina, la Balbina,
ya no quiere la aspirina,
pues según dice la Ugenia,
lo que tiene es neurastenia.*

De los vagabundos forasteros prendidos en la redada de los pueblos de la sierra, el tribunal llamó primero al Cornejo, que estuvo declarando cerca de media hora. Después, al Alumbrado, a quien le encontraron una novena de la Virgen de la Cabeza, varios recortes de periódicos fascistas, unas oraciones y unas estampitas religiosas.

Le sacaron entre los milicianos y lo llevaron al camión. Después pasó ante el tribunal el Raposo, y, por último, el Lince, conocido también por el sobrenombre del *Loco de los Papeles*.

Al entrar en la sala, el Lince vio al Cornejo con un aire sombrío y preocupado. En su cara mixta de rata y de mona se advertía el rencor satisfecho y el miedo.

«Este miserable les ha denunciado a los otros —se dijo el Lince—. Seguramente sería capaz de denunciar y de fusilar a su padre, si le conviniera.»

Al entrar en la parte que llamaban la checa, el Lince se vio en un recinto espacioso, con las paredes encaladas y colgando de ellas unos mapas escolares. Sentados a una mesa había cuatro hombres de aire serio y sombrío y una mujer. En la pared del fondo ondeaba una bandera roja y negra delante de un retrato de Lenin. A un lado y a otro de la sala se veían hombres despechugados, con pistolas al cinto y con los fusiles en las manos.

Algunos de estos hombres dormían con la espalda apoyada en la pared.

A la luz fuerte de un arco voltaico, avanzó el Lince en dirección a la tarima, en la que estaban sentados sus jueces. Llevaba un bastón tosco en la mano, y se apoyaba en él como si estuviese sin fuerzas. Andaba encorvado y cojeaba un poco. Vestía un gabán negro y raído, una bufanda y sombrero viejo.

De cuando en cuando entraba un tipo de aldeano con una lista y llamaba a dos o

tres hombres de los que estaban armados, que al oírse nombrar salían, sin duda, para ir a fusilar a alguno.

El Lince se puso a contemplar y a estudiar a los individuos que formaban parte del tribunal, que eran los que le iban a interrogar y a juzgarle.

El presidente era un hombre de unos cuarenta o cincuenta años, delgado, moreno, tuerto, con la cara chupada, un ojo como una cicatriz y el otro negro, brillante, como el de un aguilucho. Iba bien vestido, tenía las manos pequeñas, el pelo brillante y rizado.

El que estaba a su derecha era un tipo rubio y chato, de pelo rojizo, un poco bizco, con aire de bruto sombrío, que tenía movimientos de animal inquieto. Lo más que podría haber sido era un troglodita, un hombre de la Edad de Piedra.

El de la izquierda del presidente era el tipo del viejo anarquista, con melena, barba y aire de darse importancia, como de charlatán o poeta callejero.

En una de las esquinas de la mesa que se hallaba delante, había un hombre joven y de facciones correctas, que tenía varios papeles cerca, y que, al parecer, le llamaban el *Chaval*. Sin duda, era el secretario de la mesa.

En el otro extremo había una mujer, apodada *la Maestra*.

Era una solterona andaluza, de un pueblo minero, con el modo de hablar seco y recortado, los ojos claros, el pelo rojizo, la cara también rojiza, abultada, con verrugas. Usaba lentes, que colgaban sobre una nariz pequeña y un tanto remangada.

Tenía, indudablemente, la mentalidad de la maestra de escuela sabihonda y redicha. Había recibido probablemente ofensas muy graves de los hombres, porque intentaba vengarse de ellos.

Hasta hacía poco, según contaban, se mostró la Maestra muy iglesiera y reaccionaria, pero de pronto había evolucionado al comunismo y al anticlericalismo, como si la hubiese atacado la viruela o el tifus.

Al Lince le hicieron esperar en un banco. Allí sentado, oyó a un joven miliciano que contaba cómo la tarde anterior prendieron a un guarda fascista, y, después de ponerle la cara morada a golpes, lo fusilaron.

DE PRONTO, el que hacía de presidente del tribunal, *el Tuerto*, de aire fatídico, le dijo al Lince:

—¡Acérquese usted!

El Lince se levantó y se acercó.

—¿Por qué le han traído a usted aquí?

—Eso mismo me pregunto yo: por qué me han traído aquí.

—¿Usted es fascista?

—Yo no soy fascista.

—Usted ha vendido libros de santos y de milagros.

—Y eso, ¿qué tiene que ver con el fascismo?

—Dicen que usted ejercía fraudulentamente la Medicina.

—Eso es falso, no es cierto. Si he dado alguna vez algún consejo, ha sido recomendar medidas higiénicas.

El Tuerto siguió tratando de envolverle con sus argucias. Se veía que tenía el espíritu insidioso y sofístico del español, más acusado aún en el andaluz.

En esto, un jefe de milicianos se acercó a hablar al Tuerto, y entonces siguió el interrogatorio el hombre rubio, que estaba sentado a la derecha del presidente.

—¿Cómo te llamas? —preguntó al detenido.

—Me llamo Luis Carvajal y Evans.

—Nos han dicho que eres un aristócrata.

—Ya se ve... —y el Lince mostró, en broma, lo pobre de su indumentaria.

—Pues eso nos han dicho. También han asegurado que vendías por los pueblos vidas de santos.

—He vendido, para ganarme la vida, libros populares.

—¡Así que eres un aristócrata!

—¿Un hombre que vende libros por los cafés y en las calles, va a ser un aristócrata?... ¡Qué necedad! ¿Quién ha podido decir eso?

—Uno que lo sabe.

—¿Quién es él?

—Doroteo Negrete, *el Cornejo*.

—¡Ah, vamos! ¡El Cornejo! ¿Ese que andaba de pinche del Alumbrado? Ese es un canalla. Vendería a su padre por dos cuartos, si supiera quién es su padre.

—¿Así que el tal Cornejo es un mal bicho?

—Decir malo es poco. Es bestia, bruto, egoísta, torpe, desagradecido y antipático. No hay por dónde cogerle. Además, quien vendía los libros de santos era él.

—¿Y tú le has tratado siempre así?

—Yo no tengo nada que ver con semejante mula, lo que no quita para que crea

que es un animal inmundado.

El *Chaval*, que escuchaba muy atento la declaración del Lince, se rio al oír la contestación.

—Tenga usted cuidado con lo que contesta —indicó el presidente—. No le vayamos a usted a fusilar.

—Me haría usted un favor —contestó el Lince con energía—. Para lo que uno tiene que hacer, sería una solución. Me han traído desde lejos, no sé por qué; tengo un pie herido e infectado y me duele. Si me tienen que fusilar, que me fusilen cuanto antes. Como he dicho, me harán ustedes un favor. Yo estoy enfermo y débil; así que lo que tengan que hacer conmigo, que sea pronto.

—¿Por qué le llaman a usted *el Lince* y *el Loco de los Papeles*?

—No lo sé. Pongan ustedes lo que quieran.

—¿No le importa a usted?

—Nada.

—Esos papeles que lleva usted en la cartera, ¿qué son?

—Véanlos ustedes. Son canciones, calendarios, vidas de bandidos y otras cosas que vendía al pasar por los pueblos.

—¿Y este otro libro?

—Es un libro de un poeta inglés.

—¿Qué ideas tenía?

—Era un pagano.

—¿Cómo se llamaba?

—Shelley.

—¿Es que es usted inglés también?

—Soy de nacionalidad norteamericana, porque he pasado en los Estados Unidos mucho tiempo.

Aquello hizo que los del tribunal se mirasen unos a otros. El Tuerto pensó que fusilar a un norteamericano, sin motivo, podía producir alguna reclamación diplomática, y recapacitó un momento.

—Han dicho que usted aseguró una vez que tenía noventa años.

—Bueno. ¿Y por eso le quieren a uno fusilar? ¿Por una broma? Ya digo que no me opongo. Fusilen ustedes con más razón a las solteras, que cuando tienen treinta y cinco años dicen que tienen veintisiete.

El público se echó a reír.

—Usted ha contado muchas mentiras —dijo después el Tuerto.

—¿Cuáles?

—Ha dicho usted que sabía muchos idiomas.

—No; he dicho que sabía francés e inglés, algo de alemán, y que había estudiado latín y griego.

—¿Y sigue usted sabiéndolos?

—Voy perdiendo la memoria.

—¿Es verdad que ha viajado usted?

—Sí, algo.

—¿Ha hecho usted algo beneficioso?

—¿Beneficioso..., para quién?

—Para la sociedad, para el Estado.

—Yo no tengo nada que ver con eso. Soy un hombre con mis problemas personales, que para mí son muchísimo más importantes que los de la nación y los del Estado.

DESPUÉS DE LAS PREGUNTAS de los hombres, vino el interrogatorio de la mujer, de la maestra chata y obesa. Ciertamente que el Lince era un pobre vagabundo, no era una presa buena para una mujer intelectual de la altura de ella; pero como aquel hombre decían que había sido rico y afortunado, la Maestra necesitaba mortificarle y dedicarle alguna acerada ironía.

Mientras los dictadores, rojos o blancos, no consigan dar a cada mujer soltera, aunque sea fea y pedantona, un marido de buen ver, estas protestarán con energía de las deficiencias del Estado.

La Maestra preguntó al Lince con displicencia irónica:

—A ver, camarada, ¿qué opinión tienes tú de la marcha del mundo? ¿Qué es lo que mueve la sociedad, la economía o el espíritu?

—Yo no voy a dar aquí la clave de una cuestión tan oscura, tan difícil, que no creo que, por ahora, haya resuelto nadie; pero me inclino a creer que el mundo actual no va ninguna parte.

—¿Eres pesimista?

—Sí, bastante más que optimista.

—¿Y por qué?

—Porque estoy viejo y achacoso y porque no descubro más que brutalidades por todas partes. Veo que me prenden a mí, que no he hecho nada, por la denuncia de ese miserable Cornejo.

La Maestra, defraudada porque no podía lucirse, miró un papel que había escrito con lápiz.

—Han dicho que tú hacías milagros.

—¿Quién ha dicho esa estupidez?

—Lo han dicho.

—Pues es una necedad. Yo he dicho que no creo en los milagros y que en la Naturaleza parece que todo tiene leyes fijas. Si se quiere ver, todo lo que nos rodea es milagro. Milagro es el que salga el sol todos los días y el que una semilla brote en la tierra y produzca una planta.

—Has engañado a la gente del pueblo.

—No es verdad. No he engañado a nadie.

—Te tienen por un sabio.

—¿En dónde? ¿Quiénes? Si fuera así, sería una ilusión o una equivocación de los demás, pero no mía.

—Eres un charlatán, un embaucador, un loco.

—Puede que sea verdad, pero a los locos no se los lleva a la cárcel.

—¿Eres de verdad un aristócrata?

—Ni de verdad ni de mentira.

—¿Has leído el *Manifiesto comunista*, de Karl Marx?

—No.

—¿Por qué?

—No ha caído en mis manos.

—¿Así que eres enemigo acérrimo del comunismo?...

—No sé de dónde se puede deducir eso. El afirmarlo es una estupidez.

—Se asegura que tú has dicho que el comunismo es una tontería.

—¿En qué lugar? ¿En qué sitio?

—Lo has dicho a tus amigos.

—¿A qué amigos? Yo no tengo ninguno.

—Lo has dicho al Cornejo.

—Cornejo no es amigo mío ni lo ha sido nunca. Ya he dicho que le tengo por una mala bestia.

—Pero... ¿lo has dicho, o no?

—No lo recuerdo. He hablado poco del comunismo porque he leído poco sobre él. He dicho que el comunismo era cosa de frailes. Para mí, entre católicos y comunistas no hay diferencias. Unos y otros son católicos. Fuera de ellos creen que no hay verdad.

—Pues eso ya es una calumnia.

—¿Qué calumnia puede haber en una opinión? Por lo menos, son los frailes y las monjas los que han practicado durante mucho tiempo el comunismo; por eso se llama a su manera de vivir, vivir en comunidad.

—¿Tan mal te parece lo colectivo?

—Ni mal ni bien. De joven recuerdo haber leído una fórmula de no sé quién, para la vida, que me parecía justa e inaplicable.

—¿Qué decía?

—Decía: A cada uno, según su capacidad; a cada capacidad, según sus obras.

—Así que a ti te parece que las capacidades de los hombres son muy distintas.

—No hay necesidad de insistir en ello. Creo que es bastante claro.

—Eres un burgués.

—Ya se ve... —y el Lince miró su traje, viejo y arrugado, y sus botas rotas.

—Por lo que nos han dicho —siguió la Maestra—, tú hablas con frecuencia de las mujeres y dices que no tienen ningún talento ni comprensión.

—Sí, es muy posible; sin embargo, yo he sido amigo de una mujer durante mucho tiempo y he conservado de ella un recuerdo indeleble.

—Sería una burguesa.

—Sí.

—Si hubiera sido una hija del pueblo no hubieras tenido por ella tanta inclinación.

—¿Por qué no?

—Tú creerás que las mujeres deben estar en la cocina.

—No todas; las que saben guisar solamente.

El público pareció acoger la frase con risas.

—Es un bufón y no hay que ocuparse de él —dijo la Maestra con un aire desdeñoso y pedantesco.

TODAVÍA DESPUÉS de la Maestra, el chato rubio que tenía cara de hombre de la Edad de Piedra quiso hacer al Lince otras preguntas.

—Tú hablabas mucho de los planetas, y decías que tenían cola.

—Yo no he dicho nunca ese disparate —replicó el Lince.

—No, hombre, no —terció entonces el Chaval—; dijo eso de los cometas.

—¡Ah, sí!, los cometas tienen cola —replicó el Lince—, lo mismo los de tela y de papel que los que andan por el espacio.

—Tú has dicho que el socialismo es el diablo.

—No lo recuerdo; pero también he dicho que el diablo es la sabiduría.

El presidente, el Tuerto, intervino para tratar de poner término a tantas divagaciones, y dijo al Lince:

—Usted es un vago.

El Lince sacó un recorte impreso del bolsillo, y leyó con perfecta indiferencia, dándole un tono de broma, lo siguiente: Real orden de 30 de abril de 1745:

Son declarados vagos los que no tienen otro ejercicio que el de gaiteros, bolicheros y saltimbancos, porque estos entretenimientos solamente a los que vivan de otro oficio o ejercicio valen; los que andan de pueblo en pueblo con máquinas reales, linternas mágicas, perros y otros animales adiestrados como las marmotinas o gatos que las imitan, con que aseguran su subsistencia feriendo sus habilidades y las de los instrumentos que llevan el dinero de los que quieren verlas y el perjuicio de las medicinas que con este pretexto venden, haciendo creer que sus remedios apropiados para todas las enfermedades son; los que andan de unos pueblos a otros con mesas de turrón, melcocha, caña dulce y otras golosinas, que no valen todas ellas lo que necesita el vendedor para mantenerse ocho días, sirven de inclinar a los muchachos a quitar de sus casas lo que pueden para comprarlos, porque los tales vendedores toman todo cuanto les dan en cambio.

Esta relación confusa hizo reír a parte del público.

—Yo no me he dedicado a nada de esto —añadió el Lince con serenidad desesperada.

El Tuerto, hombre de malas pulgas, dijo con un ceño avieso:

—Usted se ha dedicado a ejercer la Medicina de una manera fraudulenta.

—¿Yo? Nunca. Habré podido dar a veces, ya lo dije antes, algún consejo nada complicado. El decir a una persona que no beba vino o que se lave los pies no creo

que eso sea ejercer la Medicina.

El público se echó a reír de nuevo.

—¿Usted ha dicho que el comunismo es una farsa y un sueño irrealizable?

—¿Para qué hablar? He contestado ya antes a todo esto. Estoy dispuesto a que me fusilen. Pongan ustedes que he dicho lo que les dé la gana, y déjenme ustedes sentarme, porque me duele el pie.

—Bueno, siéntese usted.

El Lince se sentó pesadamente y con dificultad.

La misma indiferencia desesperada por su suerte hizo que la gente del tribunal revolucionario se sintiera perpleja.

—No tenemos malas intenciones para usted. Vemos que no es usted un reaccionario ni tampoco un fascista.

—Yo no sé lo que soy. Solo sé que me encuentro cansado y enfermo. Estoy dispuesto a aceptar cuanto ustedes digan. Ustedes mandan, yo no puedo hacer más que obedecer.

EL TUERTO, acostumbrado a jugar con sus víctimas, vio que allí no había diversión posible, y dejando en paz al Lince, como puede dejarle tranquilo un gato a un ratón, preguntó al Chaval, que interrogaba:

—¿Has terminado, compañero?

El Chaval, que, sin duda, tenía mucha influencia y que, al parecer, podía oponerse a las decisiones del presidente, dijo:

—Todavía, no; si este hombre, que es persona de conocimientos y de experiencia, quiere darnos su opinión sobre la guerra actual, le oiremos.

El Lince levantó la cabeza y miró al techo.

—¿A usted qué le parece la guerra, camarada?

—¡La guerra! Me parece una estupidez y una brutalidad, que no resuelve nunca nada. Es el reino de las malas pasiones, de la estafa y de la mentira. Se dice que se pelea por la patria. Yo creo que donde hay despotismo y no hay libertad no hay patria.

—¿Usted cree que puede hablar de la patria y tenerla cariño el hombre que no ve más que sus injusticias y sus miserias?

—Sí. Siempre se puede querer a lo que es ingrato para uno, como se puede querer a una mujer malhumorada y antipática. Eurípides dice que la patria es el lugar donde el hombre se encuentra bien. Yo creo lo mismo. Para mí, la patria es lo que se halla bueno y amable en el país donde se ha nacido y se vive; la patria es el paisaje, el color del cielo y del campo, la manera de cantar que tienen los pájaros, la manera de sonreír que tienen las mujeres y el modo de jugar que tienen los chicos. Es el olor del pan, por las mañanas, que sale de los hornos de las aldeas, el aroma de las flores en el monte, la manera de hablar y de reír. Yo he dormido muchas veces en el campo, al aire libre, y cuando ha sido en tierra andaluza me parecía que las estrellas me guiñaban los ojos de distinta manera que en el extranjero. Esa otra idea metafísica de la patria que no tiene cuerpo es una idea de covachuelistas y de burócratas, completamente moderna y relacionada con la superstición del Estado.

—Entonces, ¿cuál es tu ideología? —preguntó doctoralmente la Maestra.

—¿Ideología? Yo no tengo ideología. Ideología no es más que pedantería. Hace más de dos mil años Platón discutía sobre esto en un diálogo que no recuerdo su nombre, con otro filósofo llamado Protágoras, e intentaba demostrar que hay leyes e ideas inmutables, y que no es todo sensación e impresión. Hoy, al cabo de tantos siglos, se cree más en las ideas de Protágoras que en las de Platón.

—¿Así que usted no cree en nada? —pregunto el Chaval.

—Sí, en algo creo.

—¿En qué?

—Creo que la Humanidad es bastante bestia para no pensar con agradecimiento

en aquellos que le enseñan una verdad o le evitan un dolor, y, en cambio, se entusiasma y marcha detrás de figurones estúpidos. El hombre no quiere más que torturar al prójimo, aun a riesgo de ser torturado.

—Entonces hay que cambiar de alguna manera la forma de estar constituido el mundo.

—Si nosotros tuviéramos que inventar al hombre y al mundo, y dar leyes y costumbres, estaría eso muy bien pensado; pero nosotros recibimos una tierra constituida y trabajada, y una sociedad hecha según sus instintos y sus estupideces. No sé qué podemos hacer para variarla a nuestro gusto. El mundo lleva ya miles de años con la ilusión de curarse sus males, y, por ahora, no lleva trazas de haberlo conseguido, y es muy probable que no lo consiga nunca. El espíritu no está a la altura de la violencia. Las gentes se matan como fieras, pero discurren como comadres. La inteligencia falla, y no sale de estos incendios una chispa, una idea que valga la pena de ser recogida. Todo es mediocre y de segunda mano. Lo único auténtico es la sangre. Todas estas revoluciones no son más que palabras, palabras, palabras.

—¿De quién es la culpa? —preguntó el Tuerto—. De la burguesía —dijo, respondiéndose a sí mismo.

—No hay que hacerse ilusiones —replicó el Lince— ni inventar un fantasma y echarle toda la culpa a él. Fuera de la crueldad y de la violencia, no hay en estas guerras civiles y universales más que retórica, y mala. Se llenan los periódicos de fraseología. No hay manera de ver nada con sus proporciones naturales; todo toma un aire exagerado, retorcido y monstruoso. Unos y otros creen que están haciendo algo que producirá la admiración del mundo entero, como si matar fuera alguna novedad en este planeta tenebroso y sanguinario.

—Usted no es más que un escéptico —dijo la Maestra.

—Creo que es lo único decente que se puede ser en esta época. Abstenerse en la lucha. Vender romances, como vendo yo. Estas guerras son como las antiguas guerras de religión, con la misma ferocidad, la misma crueldad y la misma oquedad. Unos y otros creen que están haciendo algo nuevo, y, sin embargo, todo es igual, siempre igual.

Al decir esto, el Lince se rio con una risa de insensato.

—Eso no lo puede usted creer —dijo el Tuerto.

—Unos fusilan y otros fusilan. Unos prenden y otros hacen lo mismo. De las ideas de los unos y de los otros no quedará nada. Únicamente, más huesos y más carne podrida en la tierra. Nada más. Todo es igual; no cambia más que la retórica. Fascismo, comunismo, todo eso no es nada.

—Y usted, ¿qué pretende?

—Yo no pretendo nada; pero si pudiera aconsejar, aconsejaría que dejaran a los demás con su espíritu mixto de tradición y de modernidad, sin querer darles un alma uniforme, porque los hombres siempre han vivido de una manera mixta y seguirán siempre viviendo lo mismo, antes de la guerra y después de la guerra. Todo es viejo y

todo es nuevo. Todo se transforma, todo evoluciona, y solo a veces el pensamiento original triunfa y vive por encima de las cosas, pero a lo último todo vuelve a lo mismo. Es el retomo constante de todos los doctrinarismos humanos. Cambia la utopía, pero nada más. La ilusión es la misma, y la bestia que sacrifica en nombre de su ídolo es siempre igual. Se cubra con la boina o con el gorro frigio. Torquemada y Lenin se pueden dar la mano afectuosamente, como San Ignacio de Loyola y Karl Marx.

—Las mentiras y las ilusiones las acabará el comunismo —dijo la Maestra.

—Yo no lo creo —repitió el Lince—. Porque ¿qué es el comunismo? Es la aplicación del materialismo que intenta ser realista en la vida. La aplicación de un materialismo anticuado. Pero..., ¿qué es el materialismo? El materialismo es un sistema de teorías que no acepta que en la Naturaleza existan caprichos; pero hay sabios que han comprobado que existen caprichos inexplicables. Pero... aceptemos que no existan. ¿Qué es el materialismo en la vida? ¿Solo comer? ¿Solo dormir? ¿Hay necesidades espirituales? El materialismo científico no tiene nada que ver con la política, ni con el anarquismo, ni con el comunismo. Si se quiere encontrar a estas sectas políticas un origen, es más fácil encontrarlo en la Biblia o en el Evangelio, que no en Demócrito, en Epicuro o en Laplace. En la Revolución francesa hubo revolucionarios que llamaron a Jesucristo el *Sans Culotte Jesús*, pero en las revoluciones más próximas a nosotros a nadie se le ha ocurrido hablar del descamisado Kant o del descamisado Einstein. Se quiere equiparar el materialismo científico con el sensualismo práctico; pero esa identificación no está legitimada más que por las palabras, pero no por la realidad. Si hay necesidades espirituales, estáis perdidos unos y otros, porque en nombre de esas necesidades se levantarán, no los sabios, ni los poetas, ni los filósofos, sino que se montarán sobre vuestra cabeza los oradores, los retóricos, los charlatanes vacuos, unos más cínicos que los otros, otros más hábiles y palabreros, y serán vuestros sacerdotes.

—¿Así que usted no tiene ideas políticas?

—Yo, no... Las ideas no valen nada. Lo interesante de la España actual es el drama que pasa ante nuestros ojos... Lo demás es una camama. España es siempre lo mismo: se lanza a una tragedia como a una corrida de toros; se llena de sangre, de lágrimas, de dolores... ¿Qué ha ganado? ¿Qué ganará? Nada... Pero, si creen que estoy abusando, me callaré y dejaré que me fusilen. No me opongo.

VII
ESCEPTICISMO

—SIGA USTED HABLANDO, si no está usted cansado.

—No, no estoy cansado de hablar; al revés, no sé por qué, tengo el prurito de exponer mis ideas. Únicamente me duele el pie... Muchos creen que si en el sistema establecido, en vez de hablar del espíritu a las masas, se les habla de la materia, va a desaparecer la superstición y el engaño y se va a ir a buscar la realidad en seguida. Esto es también una ilusión. Hay mentiras vitales en las religiones. Pero no las hay menos en la Economía. El tesoro del Estado es una farsa: el billete de Banco y la letra de cambio son otras. Todo ello es completamente convencional. ¿Se va a basar la vida en la verdad? Es imposible. Casi toda la vida social es una mentira. Se hace un Estado que dicen que es de nuevo estilo, como en Rusia, para evitar atropellos e injusticias y para suprimir empleados inútiles, y hay allí más cárceles que nunca, más Ejército que nunca, más Policía que nunca y más empleados que nunca. ¿Qué tienen como norma los comunistas? El mismo odio por el pensamiento que los católicos y los fascistas. Ya lo dijo Santo Tomás; ya lo dijo Karl Marx; luego es verdad. Razonamiento de estudiantes. Todo esto es bazofia. Ahora muchos dicen: «En este momento hay que hacer.» ¿Hacer qué? Una serie de cosas que resultan viejas y estúpidas. Esto nace de la cabeza de gentes que se les ocurre suponer que se ha pensado demasiado.

—Eso no para entre nosotros —dijo el Tuerto—; podremos o no podremos, pero nuestra intención desde el principio es pensar con claridad y hacer lo que se ha pensado.

—Sí, pero entre ustedes y sus enemigos hay tópicos semejantes. He visto en algunos periódicos de pueblos en donde dominan los blancos y en donde se maneja ese lugar común del coco materialista, que se ha acusado y encarcelado a gente por ser espiritista. Si estas gentes creen en las palabras, espiritista para ellos debe de ser lo contrario de materialista.

—¿Y para usted? —preguntó el chato rubio, que, sin duda, tenía alguna veleidad teosófica de almanaque.

—Para mí, ser espiritista es tan grave como ser coleccionista de sellos o aficionado a tocar la ocarina. Esos pobres cándidos creen que son espirituales porque se llaman espiritistas. Lo mismo les pasa a todos los dogmáticos. Basta seguir el sistema preconizado por ellos: primero, destrucción completa de lo existente; después, construcción con arreglo a los planes arquitectónicos de la arquitectura comunista. Los quince o veinte mil años de civilización no han sido más que un profundo error. Con ellos vendrá el idilio y la vida perfecta. Para mí, el que mata o roba es un criminal. Lo mismo me da que mate o robe defendiendo la religión que defendiendo el comunismo. Yo en eso no cotizo los programas, sino los hechos. «Por

los frutos los conoceréis», dice el Evangelio, comparando a los hombres con los árboles. A mí me parece lo mismo.

—Bien; basta ya —dijo el Tuerto, presidente del tribunal revolucionario—. Puede usted marcharse.

—He dicho que tengo un pie enfermo. No quiero ir a la cárcel. No me opongo a que me fusilen; en tal caso, lo único que pido es que me fusilen pronto.

—Está bien. Váyase usted donde quiera.

El Chaval se levantó de su asiento y le dijo al Lince que se calmara, que él mismo le iba a llevar al hospital, y añadió después:

—A usted no le toca nadie el pelo de la ropa.

El Lince se levantó con alguna dificultad del banco en donde estaba sentado y comenzó a marchar renqueando y apoyado en el bastón hasta la salida de la escuela. Algunos de los anarquistas, a quienes las explicaciones del Lince habían hecho, sin duda, gracia, se brindaron a él para acompañarle, pero el Chaval dijo que no necesitaba compañía, y en la calle tomó un auto, viejo y destartado, subió a él de prisa, ayudó a subir al Lince y marcharon hasta la entrada del hospital.

CUARTA PARTE

EN EL HOSPITAL

AL LLEGAR A LA PUERTA del hospital el Lince, el protector de don Luis le ayudó a este a bajar del auto, llamó a la puerta, se abrió un postigo y, al pasar al vestíbulo, preguntó al portero por el administrador y por el médico, y los dos aparecieron poco después, el uno vestido de negro y el otro con una blusa blanca.

—Este señor —y señaló a don Luis— se queda aquí hasta que se cure —dijo el Chaval, como hombre investido de poder para dar órdenes—, y aunque pregunten por él y digan que hay que trasladarlo a otra parte, no se le traslada, y si insisten mucho en que hay que sacarlo de aquí, me llaman inmediatamente por teléfono. Estas son mis señas.

—Está bien —contestó el médico.

Luego el Chaval, al despedirse del Lince, le dijo:

—Aquí puede usted estar tranquilo hasta que se le cure el pie, y cuando se le cure le dejaremos que se vaya usted a donde le convenga.

—¡Muchas gracias, amigo, muchas gracias! —exclamó el Lince—. ¿Y mi pobre amigo el Alumbrado? ¿Qué fue de él?

—No sé si estará en la cárcel o si le habrán despachado.

—¿Y el Cornejo le denunció?

—Sí; supongo que sí.

—Y ¿qué le ha pasado a este?

—A este le han metido en la cárcel.

—A ver si aprende allí ese marrano a no ser un soplón.

—Mal sitio es ese para aprender nada. ¿Así que el Cornejo es un mal bicho?

—Malo es poco.

—Y ¿por qué le tenían ustedes de compañero?

—¡Qué quiere usted! En la pobreza no se puede elegir. El Alumbrado no estaba muy boyante, y acompañar a dos pobres diablos como él y yo no era una ganga.

Don Luis dijo esto con una mezcla de indiferencia y de serenidad que impresionó al Chaval, quien replicó:

—No se preocupe usted de eso; piense en curarse y luego ya veremos lo que se puede hacer por usted —y le dio una ligera palmada en el hombro.

—¿Y el Raposo?

—También debe de estar en la cárcel.

—A ese no le conocía yo apenas. Se había reunido con nosotros cinco o seis días antes.

—Nada, nada; a ver si puede usted descansar.

EL LINCE quedó solo con el médico director del hospital. El médico, hombre alto y grueso, con la cara redonda y la expresión sonriente, le preguntó qué le pasaba. El Lince explicó que tenía una herida en el pie derecho que se le había infectado e hinchado, y que le dolía.

«Bueno, subamos arriba», indicó el médico.

Había ascensor, y subieron hasta el segundo piso. Después recorrieron un largo pasillo y entraron en una sala de operaciones.

«Vamos a ver qué tiene usted ahí. Quítese usted las botas y échese en la cama.»

Don Luis hizo lo que le dijeron. El pie derecho lo tenía abultado y envuelto en vendas ya sucias. El médico le quitó las vendas con habilidad y, después de lavar y desinfectar el dorso del pie, sacó una lanceta y abrió la piel aquí y allá, y salió mucho pus.

La cura había durado bastante, porque el flemón se había extendido por entre los tendones del pie. Después el doctor cubrió las heridas con gasas y comenzó a vendarlas.

El Lince sentía más dolor que nunca. El médico le puso una inyección. Creyó el Lince que el dolor no se le iba a quitar, pero luego se le fue mitigando, y comenzó a pensar cosas absurdas.

Soñó que un pajarraco le picaba en el pie y que él lo espantaba con una toalla. A continuación una serie de pájaros raros, de colores extraños, con cara de persona, le observaban con curiosidad. Después un amigo le decía:

—Venga usted en mi lanchón.

—Bueno, vamos.

Y marcharon los dos por el mar azul.

Al día siguiente, por la mañana, le preguntaron:

—¿Qué tal? ¿Le sigue a usted doliendo?

—Un poco.

Notó que le ponían otra inyección.

Ahora estaba en una sala de teatro como las había en América del Norte. Tenía un techo altísimo, lleno de artesonados, con esculturas policromadas. Hormigueaba el público por la sala, un público harapiento y mísero.

De pronto, notó que no llevaba chaqueta y que cojeaba bastante; le pesaba el pie y todo el mundo empezaba a mirarle con sorpresa, y se decían unos a otros:

—Es un español que ha salido de una cárcel, donde le han martirizado.

Un militar, lleno de galones dorados, le indicó:

—Por aquí. Vaya usted por aquí. Es necesario.

—Bueno.

Se colocó sobre una alfombra, que era un *tapis roulant*, que se deslizaba vertiginosamente, y fue subiendo hasta llegar al techo, en donde se paró y vio un grupo de figuras de porcelana que le miraban, sorprendidas, con sus ojos de cristal, y alguno le dijo al oído:

—Aquí tiene usted que declarar. Estos son sus hermanos.

—¡Mis hermanos! —dijo él—. ¡Si estos son unos muñecos!

—Sí; serán unos muñecos, pero matan.

Y uno de los muñecos levantó el brazo, armado con un martillo, y dio en la cabeza de un hombre y le dejó muerto en el suelo, hecho pedazos.

Después don Luis vio que entre aquellas gentes andaba un enano raquítrico y jorobado, lleno de pústulas.

—¿Quién es ese tipo? —preguntó en voz alta.

—Es un hombre que compra la vida de los demás —le contestaron.

—¿Cómo? Eso es imposible.

—Pues no. Sabe lo que ha de vivir cada uno, y al que ha de vivir diez años le compra dos o tres, naturalmente, si se los quiere vender.

—No lo comprendo. Me parece imposible.

Pues así es; quiéralo usted o no.

—Y ¿para qué necesita más vida ese lacroso miserable?

El enano jorobado estaba tratando con un muchacho joven, y cuando dejó hecho el trato pasó por delante de don Luis mirándole con impertinente descaro, y le dijo:

—Yo compro lo que se vende y lo que me da la gana.

III
CONVALECIENTE

AL DÍA SIGUIENTE don Luis se despertó sin mucho dolor, aunque con un poco de vértigo.

El médico le vio y le dijo: «Hoy no tome usted nada. Mañana estará un poco mejor».

Así fue: a las veinticuatro horas se encontraba despejado y no tenía grandes dolores.

Al mediodía llegó el médico. Era un andaluz grueso, rubio y sonriente, que por su aspecto tenía algo de hombre del Norte, y al parecer lo era. Su madre era mixta de español y holandesa. El médico, llamado don Rafael, habló con el Lince durante largo rato; hizo que le llevaran ropa interior, que viniera el barbero para cortarle el pelo y la barba, y lo instaló en un cuartito pequeño, próximo al arsenal quirúrgico.

Al cabo de una semana, el Lince tenía el pie ya normal; la inflamación se había desvanecido, pero él estaba apoltronado y sin ganas de levantarse.

El médico le dijo que podía vestirse, salir a la galería con dos muletas y tomar un poco el sol.

—Prefiero esperar dos o tres días, doctor.

—Bueno, bueno; como usted quiera.

El médico iba a hablar con el convaleciente. Don Rafael era charlatán; le gustaba estudiar psicológicamente a sus enfermos, sobre todo cuando eran personas ilustradas. Tenía el cuerpo de un flamenco y la sonrisa de un andaluz. Era muy escéptico en cuestiones políticas; no creía más que en las buenas o en las malas intenciones de la gente, que venían, según él, de la propia naturaleza, y pensaba que en ello no influían ni las ideas sociales ni las religiosas.

—Se ha jugado uno la carrera —dijo también en la conversación—. Si los rojos pierden, tendrá uno que salir pitando de aquí como pueda.

—¿Cree usted? —le preguntó don Luis.

—Me parece evidente. Esta es la lotería: igual para los políticos que para los que no somos políticos. Cae uno en el lado rojo o en el lado blanco, sin haber elegido ningún color, y se sigue la suerte de los demás, aunque no sea de un lado ni de otro...

—Y usted, ¿no se siente político? —le preguntó al médico el Lince.

—Yo no me siento nada.

—Pues a mí me pasa lo mismo. Esto de la política —añadió el Lince— no es cosa para todo el mundo. No se sabe lo que llevamos escondido en los instintos. Eso se despierta en la época de disturbios; en esos momentos es cuando aparece el carácter típico de la raza. La inteligencia nivela a todos los hombres y les hace entenderse, pero el instinto atávico los separa y da a cada tipo las características de sus ascendientes.

—Creo que tiene usted razón; así ocurre.

—Esta gente ha vivido siempre en una constante cólera, y no sería extraño que un día se haga alguna barbaridad horrorosa.

—A mí no me chocaría nada tampoco —dijo el médico.

A las dos semanas, don Luis Carvajal estaba ya casi curado, y quiso levantarse. Entonces empezó a pasearse por la galería del hospital, apoyándose primero en las muletas que allí le proporcionaron, y después en un palo.

Pasados algunos días, le dejaron salir a la calle y marchar al malecón del muelle. Habló allí con la gente del puerto, y se enteró de muchas barbaridades que se habían hecho en la ciudad.

Cuando el médico, don Rafael, supo que don Luis salía solo y que hablaba con los vagabundos del muelle, se lo prohibió terminantemente.

—Y ¿por qué? —le preguntó Carvajal.

—No le conviene a usted salir: primero, porque se le puede estropear el pie, que no está aún bien del todo, y, además, porque se compromete usted tontamente. Así que, aquí dentro, encerradito, y a pasear por la galería.

—Es usted muy severo, doctor.

—No, no es que sea severo. Soy sencillamente un hombre que tiene prudencia. Si usted no tiene miedo, a lo que parece, lo tenemos nosotros. Así que pasará usted en la galería al sol, pero nada de salir a tomarlo en la calle. No nos vaya usted a fastidiar a los demás.

Don Luis quiso averiguar qué era lo que le había ocurrido en la checa al Alumbrado.

—¿Es pariente de usted? —le preguntó don Rafael.

—No.

—Pues entonces no se meta usted en líos.

—Era un compañero simpático.

—En estos tiempos basta con que cada cual se preocupe de sí mismo, y con eso ya tiene bastante.

Después de algunas averiguaciones, discretamente hechas, don Luis llegó a saber que al Alumbrado le habían fusilado, por la delación de Cornejo, la misma noche en que fue llevado a la checa. Al registrar al Alumbrado le habían encontrado en sus alforjas recortes de periódicos fascistas, estampas religiosas y medallas, y aquello había parecido suficiente para quitarle la vida.

EL MÉDICO DEL HOSPITAL, don Rafael, se aficionó a hablar con don Luis. Le preguntó a este detalles sobre su vida, y la escribió, para entretenerse. Supo que se llamaba Carvajal y Evans; le oyó en sueños hablar de Inglaterra, de Francia y de los Estados Unidos, y también de una mujer a quien se dirigía e imploraba.

Don Luis no tuvo gran inconveniente en contar al médico andaluz detalles de su vida y las tonterías que había hecho, narrándolo todo con cierta gracia.

—Mas ¿para qué tanto ensayo y tanta probatura? —le preguntó el doctor.

—Soy algo como el personaje del *Heautontimorumenos*, de Terencio, el hombre que se castiga a sí mismo —contestó Carvajal.

—La vida no es tan varia como, sin duda, usted ha creído en otro tiempo. Es más mediocre que todo eso —dijo el doctor.

—Es posible.

En aquella parte alta del hospital vivían unos cuantos enfermeros y enfermeras y un practicante que era un tanto sabihondo, y creía en los grandes hallazgos de la política comunista.

El practicante sabihondo contó a don Luis, como si no tuviera nada de particular, que por entonces, en el puerto, había un buque carbonero de una ciudad del norte de España. Este barco, decomisado, que hacía de prisión, tenía un palero anarquista que miraba las manos de los que llevaban presos, y a los que no las tenían con callos les obligaban a trasladar el carbón de un lado a otro. Así tuvo a dos obispos, transportando carbón, hasta que uno y otro aparecieron en un rincón asfixiados.

—A mí eso no me choca nada —dijo don Luis—. Con religión o sin religión, el hombre es un animal cruel y miserable. No son las ideas, es el hombre. No hace mucho paramos en la venta que tenía un peón caminero. Nos pusimos al lado del fuego. Venía con nosotros un muchacho joven. Un gato pequeño se le subió a las rodillas. El joven puso unas tenazas en el fuego hasta dejarlas rojas, luego las cogió y quemó una de las orejas al pobre gato. ¿Qué va usted a hacer con gente de esa clase? Si pudiesen, matarían a media Humanidad por gusto de hacerla sufrir.

El médico hizo un gesto de desagrado.

Un enfermo del piso alto del hospital intranquilizaba con sus gritos a don Rafael.

Era un magistrado que se había vuelto loco.

Tenía varias heridas abiertas, y se lamentaba e increpaba a voz en grito a sus verdugos.

—¡Sois unos canallas! —decía—. Dios os hará justicia y os castigará por vuestros crímenes. ¡Asesinos!

—¡Que se calle ese hombre! —decía el médico. Le van a oír.

—Está trastornado y ya no se le puede volver a la razón —contestaba el

practicante—. Lo único que se puede hacer es cerrar la ventana y la puerta del cuarto.

El hombre alternaba los insultos y las amenazas con los rezos, dichos con voz doliente.

A la semana ya no se le oyó, y la gente del hospital se figuró lo que había pasado.

Al día siguiente, don Luis soñó que había estado en una posada miserable, llevando como único equipaje un maletín roto. Al examinarlo se encontró con que estaba más estropeado de lo que él pensaba, y que se le veían por las aberturas los papeles que él quería que no se vieran. Entonces se le ocurrió registrar el cuarto, y vio otra maleta al parecer nueva, y se apresuró a vaciarla y a poner en ella todos sus papeles comprometedores.

Ya terminada su faena, iba a tenderse en la cama cuando penetraron en el cuarto donde estaba el alcalde, el juez y el alguacil del pueblo, a decirle que necesitaban un maletín que había quedado en aquel cuarto por olvido. Al hablar con el Lince no hicieron más que sonreír con ironía. Él les contestó con una voz de trueno, y a lo último abrió la ventana, con ánimo de coger la maleta que se le reclamaba y tirarla al camino; mas pesaba tanto, que no podía con ella, y el esfuerzo imaginario le despertó.

A LOS VEINTE DÍAS de estar en el hospital, don Luis, ya restableció, andaba por todos los rincones del edificio como si estuviera en su propia casa.

El médico, don Rafael, no tardó gran cosa en descubrir que don Luis había sido hombre de buena posición, que había viajado y que poseía una amplia cultura.

—No comprendo cómo ha andado usted de ese modo, de la Ceca a la Meca, para nada, y después se haya abandonado del modo que lo ha hecho.

—Tuve una época larga de indecisión y de melancolía. Me dejaba entonces llevar por los hechos sin intentar dirigirlos. Me costaba mucho tomar una decisión y me mostraba indiferente para todo.

—¿Y usted no sabía —le dijo el médico, sonriendo— que el ser vagabundo es un delito?

—Y ¿por qué? No lo comprendo. Si es uno al mismo tiempo ladrón o estafador, sí me lo explico; pero si no es más que vagabundo, no.

—Hay que colaborar en la vida de la sociedad.

—Si se colabora en bien, estamos de acuerdo; pero los estafadores, los ladrones, los prestamistas, los políticos de chanchullo, los que viven en plena injusticia, ¿colaboran en bien de la sociedad? Yo no lo veo.

—Yo tampoco, pero es la tesis general admitida en el mundo —replicó don Rafael—. Lo de usted es la histeria.

—No digo que no. Yo he vagabundeado por Europa, por África y por América, y al venir aquí, sin medios, me eché al surco. Estaba tan abandonado, que me divertí vivir andando de aldea en aldea, entre la gente del pueblo, vendiendo libracos, contando historias y, a veces, cantando romances improvisados. En ocasiones, algún guardia me hablaba con rudeza y me quería llevar a la cárcel; pero casi siempre acababa por convencerle de que me dejara en paz.

—¿Y siempre vagabundeando, don Luis? —le preguntaba el médico, sonriendo.

—Últimamente, sí; siempre. Tenía una casa pequeña aquí, en el suburbio, pero me aburría, y al poco tiempo de estar en ella se me caía encima. Cuando me decidí a vivir de vagabundo, con el dinero que aún me quedaba la arreglé un poco, me fui a Madrid y adquirí una gran cantidad de libracos, de literatura de cordel, restos de ediciones de lo más tirado que encontré, y lo llevé a una tiendecilla de mi casa. Me dejé crecer las barbas y me eché al campo, a vivir como viven los vagabundos. Me llamaban *el Lince* y *el Loco de los Papeles*.

—No comprendo su vida. A pesar de que parece usted un hombre normal, hay, indudablemente, en usted una neurosis de angustia.

—Puede ser. No digo que no.

—¿Y no se cansaba usted de ir de un lado para otro?

—Sí, y cuando estaba ya agotado me venía a pasar una temporada de reposo en la casucha de las afueras.

—¿No tenía usted nadie que le cuidara?

—Sí. Una vieja hacendosa, pero un poco gruñona.

—¿Y usted se aburría con ella?

—Un poco. En esta época de decadencia me hice amigo de un buhonero que llamaban *el Alumbrado*, y teníamos como factótum a un tal Negrete, apodado *el Cornejo*, un tipo miserable, ridículo, que ahora está en la cárcel; un perfecto canalla, que seguramente nos jugó una mala pasada, denunciándonos y haciendo que fuéramos a parar a la checa del pueblo.

—¿Y cantaba usted?

—Sí, acompañándome con la guitarra.

—¿Sabe usted tocar la guitarra?

—Sí; aprendí aquí y luego me perfeccioné en el extranjero.

—Y ¿en dónde cantaba usted?

—En los cafés y en las tabernas.

—Pero hombre, ¡qué cosa más rara! No comprendo a un señor de aspecto tan respetable cantando canciones por las calles.

—Pues así, he cantado y he tocado la guitarra para vivir. Debiera haber escrito mis recuerdos, pero quizá sea mejor no haberlo hecho.

—Y ¿dónde dejó usted su guitarra?

—Se quedó en una taberna del pueblo del camino.

—Le voy a decir al Chaval que la reclame. Es hombre complaciente y lo hará.

—Sí; creo que sí. Si la trae, me servirá de entretenimiento.

—Luego le presentaré a un enfermo que toca la flauta, y pueden tocar los dos.

A los pocos días llegó la guitarra, y don Luis estuvo tocando y cantando en la farmacia del hospital.

El enfermo y don Luis se lucieron entonando canciones populares.

Don Rafael, el médico, tenía, a veces, mucho trabajo, y esos días no contaba con el tiempo necesario para oír música ni para charlar y divagar con don Luis, ni para hacer reflexiones, más o menos cómicas, sobre la vida y la política.

Entonces, don Luis, en su calidad de Lince, se reunía con dos viejos, más asilados que enfermos, que eran amigos suyos; uno era un antiguo marinero que había hecho durante mucho tiempo el contrabando entre los moros, había estado prisionero de ellos y contaba algunas anécdotas divertidas, que tenían por escenario pueblos de la costa de África.

El otro era un enfermo jubilado, de ochenta años lo menos, una verdadera rata de hospital, en el que había pasado toda su vida. Un día explicó este a don Luis lo agradable de su comienzo en el oficio, en la época de su primera juventud, época en la cual el cólera hacía estragos en el pueblo.

Haría de eso cerca de sesenta años. Por cada hombre que moría y había que

sacarle a la calle para que lo recogiesen los enterradores, le daban dos pesetas, y había días que, además del jornal, sacaba veinte pesetas o más.

«¡Vaya una vida que se daba uno entonces! Aquello era vivir.»

El enfermo jubilado era un hombre extraordinario, convencido de que todos los achaques de que se habla, como catarros, enfriamientos, dolores de cabeza o fiebres, eran caprichos. A él, según decía, no le pasaba nada si andaba con la cabeza desnuda en invierno con un día de frío terrible, o en verano, con un sol de fuego. Dormía o dejaba de dormir, según le parecía; para él no había alimento indigesto ni camas malas ni coches incómodos. En cambio, había murmuraciones, calumnias, cosas que quizá para otros no tenían importancia, pero que él las tomaba muy en serio.

Estaba también en el hospital un vascongado, piloto, que había estado a punto de que le matara la tripulación. Este decía en broma: «Yo diría como el marinero vizcaíno que se cayó de la gavia, se agarró a las cuerdas y cuando uno le dijo que debía dar gracias a Dios por haberse salvado, contestó: “¿Salvar? Sí, *gracias* a manos mías, que la voluntad de Dios, visto habías”».

También conoció el Lince en el hospital a un enfermo que había entrado unos meses antes, un hombre apático y reconcentrado, al que costaba bastante trabajo arrancar alguna palabra. Pretendía decir siempre la verdad, sin exageraciones. El excederse en manifestaciones de amistad le parecía vergonzoso. No había miedo de que alguna vez apretara la mano de un amigo con más efusión que otra, y si lo hacía se avergonzaba más tarde de una ridiculez que podía pesar sobre su alma durante mucho tiempo.

EN LA CONVALECENCIA, el Lince tuvo también sueños raros, que, examinados escrupulosamente, no comprendía después de qué podían haberse originado.

Cuando tenía vértigo volvía al sueño del *tapis roulant*.

Había subido en esta alfombra giratoria hasta el techo de un palacio suntuoso. Llevaba fijado un billete con un alfiler sobre una blusa blanca. Todo el mundo le miraba con asombro.

—Es el español —decían, y la gente se reía de él, porque llevaba aquella especie de etiqueta.

Los empleados le indicaban:

—¡Adelante, adelante, señor español!

Él les saludaba impasible.

«¿Qué tengo de raro? —se preguntaba—. No lo comprendo.»

Le indicaban que pasara, para ocupar su asiento, y todo el mundo celebraba su blusa con su etiqueta blanca.

—¡Adelante! ¡Adelante, señor español! —repetían.

Él avanzaba impasible.

—Por aquí, por aquí.

En el plano inclinado iba gente sin peso, como de pluma. Y tropezaba con ella, pero no lo notaba.

Al llegar a un escaño con un tribunal, le miraban todos con asombro. Le pedían papeles, que él iba sacando de una bolsa que llevaba colgada a un costado.

—¿Cómo quiere usted que le llamen? —le preguntaban.

Él contestaba en broma:

—Con tal que no me llamen hombre, que me llamen lo que quieran.

Poco después volvió a soñar. Andaba paseando por los jardines de París. Ahora estaba en el Luxemburgo, en la fuente de Médicis, sentado al borde del estanque, y recitaba una poesía de Verlaine: «*Mon rêve familier*» que comienza diciendo: «*Je fais souvent ce rêve étrange et pénétrant*» y que luego dice: «*Est elle brune, blonde ou rousse? Je l'ignore*».

Al mirar al fondo del estanque veía una figura de mujer tan deliciosa y tan atractiva, que decía, convencido:

—Me voy a lanzar al fondo.

Una señora aparecía a su lado y le decía:

—No haga usted caso. Esto no es verdad. En esa agua no hay más que la muerte.

Otro de sus sueños de entonces pasaba en Madrid. Iba por la calle de Preciados, y al llegar a la plaza de Santo Domingo veía unas tapias largas y amarillentas.

«¿Qué pasa aquí?», se preguntaba.

Escalaba la tapia. Veía una hondonada amarilla, seca y estéril, con un cauce donde no corría agua.

«Esta es nuestra perspectiva», le decía alguno al oído.

DESPUÉS, cuando ya estaba casi curado, le entró a don Luis la melancolía, y quiso quedarse en la cama, pero el médico no lo permitió.

Le hizo que se levantara y paseara.

—No, no; nada de tonterías. No sea usted niño. Ya está usted bien, y haga usted la vida del hombre normal.

Le instó también a que cantase acompañándose de la guitarra. Cantó don Luis trozos de ópera y, entre ellos, el «Miserere», de *El Trovador*.

*Ah che la morte ognora
e tarda nel venir.*

Después, para demostrar que sabía dar aire a lo popular, cantó un tango cubano del tiempo de su juventud:

*¿Quiénes son esos gorriones
que se posan en las matas?
Tienen muy largas las patas
y además son cabezones.
No los metáis en jaulones
porque no saben cantar,
y se vienen a llevar de
Cuba la semillita,
y la pobre guajirita
no la dejan sosegar.*

También cantó otra habanera ya antigua:

*Era de abril la mañana
en que por primera vez yo vi la luz,
y el sol que alumbra la Habana
creí, morena, que eras tú.
Por eso marino yo quiero ser
porque me gusta, morena, ver
sobre las olas del ancho mar
una fragata balancear.*

—Yo me alegro de haber vivido en una época un poco oscura —decía don Luis—. Si hubiera vivido en época clara como la actual, me hubiera muerto de desesperación.

—No puede usted decir eso —le indicaba el médico.

—¿Por qué?

—Porque todavía hay mucha oscuridad y mucha majadería en el mundo.

—No sé a qué se refiere usted...

—¡Hombre! ¿Le parece a usted poca majadería que haya espiritistas, cubistas, teósofos?... ¿Qué quiere usted más?

—Sí, tiene usted razón. La época en que yo he vivido ha sido época de muchas teorías literarias. Cuando era chico, y aún joven, se discutía mucho del naturalismo. Se impugnaba el romanticismo. Luego aparecieron el modernismo, el simbolismo, el dadaísmo, el simultaneísmo; hubo el cubismo, que parece que todavía se conserva, a pesar de su insignificancia notoria.

—¿Y en música?

—Yo creo que en música, después de Wagner, no ha habido nada extraordinario.

—¿Usted ha sido wagnerista?

—De estudiante... Pero no muy entusiasta. Al último me hice cantor callejero.

—¿Le gustan esa clase de canciones?

—Mucho. Esas canciones, acompañadas con la guitarra en las callejuelas de Roma, ¡qué nostalgia le producían a uno! También las de Nápoles eran impresionantes; pero yo creo que menos que las de Roma, porque las de Nápoles eran ya producto de concursos entre músicos de importancia; las de Roma, no. Eran completamente populares, como las de Madrid lo eran también.

—Bueno, pero ya eso se acabó.

—Yo prefería, entre las canciones populares de mi tiempo, las de Roma y las de Madrid. Eran la quinta esencia del pueblo; las de París eran maliciosas o sentimentales, de un sentimentalismo burgués. Las de Nápoles eran siempre de la luna y de los cabellos rubios.

—Amigo don Luis: todo eso ya ha pasado.

—Sí, es verdad; tiene usted razón. Todo eso ha pasado, lo cual quiere decir que no le queda a uno nada.

—Y ¿a quién le queda algo?

QUINTA PARTE

EN LA CÁRCEL

MIENTRAS DON LUIS fue llevado al hospital, Negrete pasó a la cárcel.

Al parecer, entró allí para espiar a los detenidos. Gozaba trato de favor, comía y bebía con los carceleros y estaba identificado con ellos. El jefe de la cárcel, que se consideraba hombre importante, marchaba todos los días con su séquito a las cuadras donde estaban hacinados y detenidos los presos, y, una vez ante ellos, decía, con gran aparato:

—Vamos a dar los vivas reglamentarios.

Para dar los vivas reglamentarios, tenían que ponerse en pie todos los detenidos y se vitoreaba a Rusia, a la revolución social y al comunismo.

Entre los presos había toda clase de tipos, llevados allí por diferentes causas, en su mayoría por motivos personales que nada tenían que ver con la política.

Allí estaba encerrado un comerciante a quien un procurador clerical, emboscado y aparentemente rojo, quiso sacar en una subasta, por treinta mil duros, una finca que valía más de un millón. Había también gentes de pueblos próximos, como cazados por partidas de milicianos que se echaban sobre ellos, los detenían y los llevaban a la capital. A los que tenían fama de conservadores y a los ricos les obligaban a barrer, a fregar y a limpiar los retretes.

Había un cacique de pueblo, con la cabeza redonda y blanca, ojos inteligentes y comprensivos y una mirada suspicaz. Mientras se retenía, solía escuchar en silencio, pero muchas veces se excitaba y entonces hablaba y accionaba moviendo los brazos como las aspas de un molino de viento. Por lo demás, era un hipócrita. Iba a la iglesia y se confesaba y comulgaba con frecuencia; pero a veces, en la intimidad y con algún amigo antiguo, no tenía reparo en declarar que por muchos esfuerzos que hacía no podía creer en la religión.

Todo tomaba allí un carácter miserable de venganza; ni los unos eran revolucionarios, ni los otros reaccionarios. La mayoría no eran nada más que palurdos y cucos, unos caídos en la trampa y otros que querían vivir sobre ellos sin trabajar.

A los curas los trataban mal. Les obligaban a gritar: «¡Muera Cristo!»

Un corneta de quince a dieciséis años le decía a un cura de setenta: «Oye, curilla —y le daba con la corneta en el vientre—. A ti te vamos a dar el pasaporte una noche de estas».

En la cárcel no estaban identificados todos los presos, y había muchos de los allí recluidos que el director no sabía quiénes eran, y que se los vigilaba por peligrosos, sin poderles imputar nada. Con aquella falta de identificación se daba el caso de que algunos de los detenidos se escapaban, y luego, como no se los conocía ni se sabía su nombre verdadero, no se los podía perseguir.

Negrete se mezclaba con los grupos de prisioneros y buscaba el enterarse con toda clase de detalles de cuanto allí ocurría.

Por la noche, al parecer, salía de la cárcel y contaba al Tuerto y a sus secuaces todo lo que iba averiguando de la gente presa.

Entre ella, había personas honradas mezcladas con ladrones, estafadores, logreros y muchos casos de homosexualismo. Esto les servía a algunos para salvarse de la muerte, porque había entre los sodomitas, según se aseguraba, una especie de francmasonería. Uno de los homosexuales más señalados era el *Pajarito*. Era un tipo extraño. Tenía la nariz puntiaguda, la boca grande, de labios delgados, y un bigote largo, como de chino; melenas y el color tostado y verdoso. Era, evidentemente, un hombre para dar cierto pánico de encontrarse solo con él en un camino, porque tenía aire de no podersele ocurrir nada bueno.

Había también entre los detenidos muchos ladronzuelos.

Una vez ingresaron en la cárcel veinte o treinta curas de varios colegios extranjeros.

—A ver, los curas —dijo uno de los matones de la prisión—. Hay que gritar todos a una «¡Muera Cristo-Rey!»

Un jovencito, de los más pinchos de la prisión, que era hijo de uno de los vigilantes, le decía a uno de los curas extranjeros:

—A ver, confiéseme usted, padre. Yo soy un bandido. He matado cincuenta hombres y tres curas, pero usted me absuelve, ¿verdad? —y le apuntaba con la pistola.

El cura callaba:

—Y usted, padre, ¿con cuántas mujeres se acostaba todos los meses?

El cura, que, sin duda, había llegado a un grado extremo de estoicismo, no contestaba.

Negrete encontraba que los fusilamientos se hacían con demasiada rapidez, y que cierta lentitud hubiera sido mejor para satisfacer la curiosidad sádica del pueblo.

El Cornejo sonreía, enseñando sus dientes negros, como diciéndose a sí mismo: «¡Qué gracia exquisita!»

Otro cura de una aldea decía:

—A ver si tenéis compasión de mí, hijos míos, que tengo tres huerfanitos en casa.

En las salas de la cárcel había tipos raros, la mayoría dominados por un miedo patológico que los trastornaba; otros, en cambio, de un valor extraordinario, con tintes de locura. Uno de estos era un cura viejo, quijotesco, que afirmaba a todas horas que era tradicionalista, católico, apostólico y romano, y que decía a los presos, para animarlos:

—¡No temáis! Gritad conmigo: ¡Viva Cristo Rey!

Inmediatamente de oír esto, había una desbandada general. Los carceleros miraban a aquel hombre sorprendidos, hasta admirados, y no se atrevían a hacerle nada. Uno le dijo:

—Bueno, bueno... Cállese usted.

—No quiero callarme —dijo el cura—. Yo gritaré siempre: ¡Viva Cristo Rey!

—Pero, padre, le van a matar a usted —le dijo uno de los presos por lo bajo.

—¡Pero si eso es lo que quiero, hijo mío! —gritó el cura—. ¡Si yo busco la palma del martirio! ¿Qué más puedo desear yo que ser un mártir?... Que vengan, que me fusilen, que me destrocen... Yo gritaré siempre: ¡Viva Cristo Rey!

Entre los curas había algunos que defendían su vida como podían... Uno más valiente y más sereno, al sacarle de la cárcel para llevarle a fusilar, dijo:

—Me aflige, sobre todo, vuestra suerte. Los males que concluyen hoy para nosotros, os rendirán a vosotros más que a mí, porque tendréis que aguantar el peso de vuestra mala conciencia.

Uno de los rojos, al oír aquello, hizo muestras de desagrado.

Había en la cárcel un señor y su hijo. El hijo, acusado de fascista, estaba amenazado de ir al paredón. Una mañana, al oír su nombre, se metió en la cama de otro preso e hizo que dormía. Al llevarse a todo el grupo se fueron sin él. El padre quedó llorando, y poco después el muchacho se escapó y pudo mandar el aviso de que estaba a salvo.

Había también en la cárcel algunos chiquillos que robaban todo lo que podían.

—Estos se dedican a rapar lo que ven. Hay que tener ojo, y si se les coge apandando, hay que darles una paliza buena, pero buena —dijo uno de los carceleros.

La amenaza no surtía efecto ninguno, porque los chicos señalados tenían muchas martingalas y numerosos cómplices entre algunos carceleros, que los favorecían.

ENTRE LOS MILICIANOS que merodeaban por la provincia había una cuadrilla que llamaban de Los Chacales. Estos chacales habían matado a muchos propietarios campesinos, y alguno de los matadores había pasado después a la cárcel acusado de robo.

Negrete colaboró en lo que se llamaba la depuración de la cárcel. Tenía como lugarteniente al Raposo, que, como estaba casi pasmado de miedo, le admiraba. Allí no se le conocía al Cornejo por su apodo, sino por su apellido, como Doroteo Negrete.

Negrete iba a conseguir una buena hoja de servicios; comenzó haciendo fusilar al Alumbrado, para vengarse de las bromas que le había gastado mientras fueron como amo y criado, y después influyó con sus denuncias en la muerte de más de cincuenta presos, entre otros, aquel Trabuco que había buscado como colaborador en su infructuoso asalto a la casucha de la sierra en que quiso refugiarse el Alumbrado.

«¿Qué se creían estos canallas, estos miserables —decía el Cornejo—, que yo iba a quedar siendo toda mi vida un criado, un esclavo? Pues se engañan, porque yo acabaré con todos los que me han ofendido.»

Negrete tenía la idea de que el Lince era una persona importante; lo consideraba como un sabio, quizá un brujo.

El Cornejo creía también en la efectividad de los conjuros, y suponía que tanto el Alumbrado como el Lince sabían hacerlos. Era muy supersticioso, y estaba convencido de que muchas personas daban la *jettatura* o el mal fario, que esta era la expresión clásica usada en el país. Negrete no había leído nunca nada importante y no tenía ni la menor idea de lo que podía ser escribir.

Pensó que con lo que sabía del Lince, adornado con algunas anécdotas, podría hacer un librito que se pudiera vender por los pueblos y sacar de su venta algún dinero.

La cuestión estaba en hacer el libro con cierta malicia, de manera que no le pudieran acusar de haberlo copiado.

En la cárcel había un preso, un abogado de la capital, que se llamaba Pedro González Benama.

El Cornejo pensó que este hombre podía servirle a él. Benama se había visto obligado a hacer los trabajos más sucios y más desagradables de la cárcel: limpiar los suelos, las escaleras y los excusados, con anterioridad a la entrada de Doroteo Negrete en ella. Se le odiaba a Benama porque en su tiempo había tenido renombre en la ciudad como abogado y como orador elocuente.

Benama se acogió a Doroteo como el náufrago se agarra a una tabla cuando se ve perdido, y el Cornejo favoreció al abogado y le propuso que le escribiera lo que él le

iría dictando, de la vida del Lince, del Alumbrado y de otros tipos vistos por él durante su vida de vagabundo. A pesar de que era bruto y negado, comprendía que una relación así podía tener algún interés. El Raposo colaboraría en la obra, porque había visto cosas raras y no tenía nada de tonto. Además, estaba dominado por un miedo tan grande, que, si le apretaban, diría todo lo que supiera.

BENAMA ERA UN TIPO de charlatán perezoso, con ojos brillantes, pelo negro azulado, la piel oscura, el labio belfo y los dientes blancos, grandes como de caballo. Tendría unos treinta y siete o treinta y ocho años; padecía ataques hepáticos, y su color era bilioso; pero, a pesar de esos ataques, era fuerte y de una gran vitalidad. Se contaban de él muchas fantasías de todas clases. Una vez había ido a consultar a un médico porque al parecer tenía dolores en el hígado. El doctor le recomendó que no tomara huevos en la comida, ni bebiera líquidos alcohólicos.

Benama salió de la consulta preocupado; y, una vez en la calle, habló con unos amigos; se olvidó de su enfermedad de tal modo, que, habiéndose sentado en un colmado, pidió, entre otras cosas, una tortilla de tres huevos y una botella de vino.

El hombre era de una gran imaginación verbal y poseía condiciones innatas para la oratoria. Sin saber gran cosa de nada, era capaz de hacer un discurso elocuente con cuatro frases de mogollón y con la sombra de una idea. Dominaba en él la facundia de los oradores meridionales.

Su manera de hablar, gutural, se transformaba en sus discursos. Entonces, cuando se engolaba, pronunciaba bien.

Se trasladó a la ciudad hacía años desde un pueblo de la montaña, y se distinguió como abogado y orador. Había sido mimado por la gente rica del pueblo, y al último se aseguraba que estaba enredado con una viuda rica y aristócrata.

Benama, achaparrado, fuerte, con la piel de color de aceituna, la barba rala y negra, de profeta africano; los ojos amarillentos, de bilioso, y los dientes caballunos, andaba pesadamente con sus pies planos. Se mostraba descuidado, sucio. Más que gran orador, era improvisador efectista; los períodos redondos fluían de sus labios como fluye el agua de una fuente. Si reía, lo hacía con unas risas estrepitosas y brutales.

No era reaccionario ni fascista, sino un hombre que había vivido como todos los abogados: de pleitos y enredos, protegido por un cacique y por una señorona. Hasta entonces tuvo buena suerte, buen fario, como se decía en el pueblo. Cierto que la prisión había sido para él un desastre; pero de estar en la calle, quizá hubiera andado peor. Pensaba que la suerte se le iba ya dulcificando, y que conseguiría al fin dominarla del todo.

El Cornejo le sondeó con cautela para ver si aceptaría su proposición de escribir la vida del Lince y del Alumbrado, a cambio de la protección que él podría ofrecerle dentro de la cárcel.

Benama consideró que la protección de aquel ridículo personajillo que tenía tanta influencia en la cárcel para él resultaba una tabla de salvación. Se dispuso a servir de relator y de amanuense al ex criado de los vagabundos. Pronto llegó a tener confianza

con él. Se reía de Doroteo Negrete, de su estupidez, de su cazurrería, y creía dominarle con su labio y con su ingenio.

No llegó a tener prudencia, porque el Cornejo, a pesar de que no era listo, poseía una malicia intuitiva, como de animal, que le servía en muchos casos mejor que le hubiese podido servir el talento. El elocuente Benama vivía entre el miedo que había tenido y la confianza que empezaba a tener. Se creía ya seguro, porque iba captándose la simpatía del Cornejo, y, a través de este, la del Tuerto, que se dejaba ver con frecuencia en la oficina de la cárcel.

Benama escribía las comunicaciones que enviaba el Tuerto a los camaradas de la CNT y de la FAI del pueblo, aliñándolas con frases de aparatoso relumbrón.

Por este tiempo, toda España se dedicaba a la retórica.

Doroteo Negrete explicaba a Benama lo que contaba el Lince, sus ocurrencias y lo que hablaba de París, de Londres y de Nueva York.

Benama lo escribía, y muchas veces se burlaba del narrador, porque no sabía nada de nada y tenía unas confusiones grotescas. El Cornejo, aunque se aprovechaba del abogado, no le perdonaba sus bromas, y como su condición rencorosa le dominaba, le iba tomando cada vez más odio, y estaba dispuesto a jugarle algún día, y cuando ya no le interesase, una mala pasada.

Le odiaba, porque veía en su amanuense un talento claro, una maravillosa facilidad para aquello que él más admiraba, que era, sobre todo, la oratoria y el énfasis retórico. También le irritaba sobre manera el que el abogado se hubiese visto mimado por la burguesía y por una señora de la aristocracia. Esto no se podía atribuir en aquel caso ni al dinero ni a la protección que había disfrutado, sino a su facundia meridional, que se desbordaba y aturdí a todo el mundo.

El abogado andaluz tenía el instinto de la palabra, y encontraba en los libros o en la calle voces inusitadas, capaces de producir efecto, de sonar agradablemente en los oídos de las personas.

Benama, imprudente por la fuerza de su temperamento, tomó demasiada confianza con Negrete, y comenzó a dirigirle pullas cada vez más vivas, sin vislumbrar el efecto que hacían en él. Un día, después de una conversación sanchopancesca de Negrete, que él creía muy graciosa e interesante, Benama le dijo: «Bien, Negrete, bien. Tú siempre tan estúpido».

Si Benama hubiese tenido tanto conocimiento de los hombres como de las palabras, se hubiera echado a temblar al decir esto.

Doroteo se quedó mirando a su escribiente, tan sorprendido y contrariado por aquella calificación inesperada, que, de haber podido, le hubiera pulverizado.

Un comerciante de la ciudad, de ojos negros y de aire suspicaz, que estaba preso y muy expuesto a ser fusilado, le dijo una vez a Benama:

—Mire usted: no trate así a ese hombre, porque el mejor día le juega a usted una mala pasada.

—¡Bah! Es un pobre de espíritu. Le conozco muy bien —le dijo el abogado.

—No sé, no sé; me parece que está usted equivocado.

Benama añadía de su cosecha frases a lo que contaba Negrete. Este, con su malevolencia habitual, pensó, quizá, que el abogado pensaba aprovechar la historia que él le había contado.

El Cornejo daba a todo lo suyo una gran importancia. Al mismo tiempo, estaba muy ofendido con las bromas de su amanuense. Entonces, con su maquiavelismo de aldeano cazurro, el Cornejo le dictó a Benama algunas páginas de lugares comunes reaccionarios contra la República y el socialismo, como si se los hubiera oído al Lince.

El abogado cayó en el lazo y las escribió. Unas semanas más tarde se dijo que en la cárcel se había descubierto una conjura fascista. La conjura la dirigían algunos curas y varios abogados, entre ellos Benama. Negrete mostró las cuartillas escritas por el abogado al Tuerto y a sus compinches.

—¿Así que Benama estaba entre los adheridos? —le preguntaron al Cornejo.

—Sí; además, se burla constantemente de todo lo que hacemos nosotros.

—Está bien —dijo el Tuerto.

Al día siguiente de esa conversación, muy por de mañana, hubo en la cárcel movimiento; habían llamado a tres curas, al comerciante pálido del pueblo, al de los ojos negros y suspicaces, y a un cacique de una aldea próxima. Uno de los curas era un pobre viejo.

—Tened compasión de mí, hijos míos, que tengo que cuidar de tres huerfanitos en mi casa.

Nadie le contestó.

El cacique, que era hombre templado, no hablaba ni protestaba. Se estaba vistiendo y buscaba su chaleco.

—Déjelo usted —le dijo uno de los milicianos—; lo mismo da llevar chaleco que no llevarlo... ¡Para el tiempo que lo va usted a usar!...

En el momento de salir, el jefe de la patrulla, encarándose con Benama, le dijo:

—Usted véngase también con nosotros. Hay que trasladarle a otra cárcel.

Le metieron en un camión, y al salir a las afueras del pueblo y ponerle delante de una tapia, parece que gritó:

—¡Ese canalla del Cornejo me ha perdido! Dios quiera que tenga una suerte peor que la mía.

UNA MAÑANA en que el Lince se paseaba por la galería alta del hospital, con el contrabandista y el viejo enfermero de los tiempos del cólera, el médico don Rafael se le acercó y le dijo:

—A ver si conoce usted a estas personas que vienen a verle.

—¿A mí? ¡Qué extraño!

El Lince vio, con sorpresa, que se acercaban a él dos señoras elegantísimas y un caballero.

Al principio no los reconoció. Era el caballero su primo, el comandante inglés Carlos Evans, y las señoras, una prima suya y una muchachita. Venían acompañados por el cónsul británico de la ciudad.

Cuando los reconoció, abrazó, conmovido, al comandante y besó la mano a la señora y a la niña.

—¡Pobre Luis! ¡Cómo te veo! —exclamó la dama en un tono de conmiseración.

—Pero ¿esta chica es tu hija? —preguntó él.

—Sí.

—Es preciosa. Es casi igual que tú hace algunos años. ¿Cómo averiguasteis dónde estaba?

—El marido de Elena —dijo Evans—, desde Marsella, donde está, preguntó al cónsul de aquí, y este es quien lo averiguó. ¿Qué se puede hacer para librar a Luis? ¿De qué se le acusa? Pues... de nada. Entonces dije yo: Voy allá, porque si no, todas serán dilaciones. Y Cecilia y Edith han venido conmigo. En el Consulado se ha arreglado la cuestión en seguida, y aquí nos tienes.

El cónsul inglés preguntó a don Luis Carvajal:

—Y ahora, ¿qué va usted a hacer?

—Pues no sé. Tengo una casucha en las afueras y una renta pequeña. Antes me parecía un sitio aburrido; pero ahora lo encuentro, pensando en él, un buen refugio.

—Y ¿no hay nadie en la casa?

—Sí, hay una viuda, ya vieja, antigua niñera mía, y un nieto suyo. Esta vieja esperaba hace meses a una sobrina, que no sé si habrá llegado o no.

—Y ¿no te encontrarás aquí en peligro, después de haber estado preso? —dijo Cecilia.

—No, no creo.

—¿Sigue usted teniendo nacionalidad americana? —preguntó el cónsul.

—La verdad es que no lo sé. En este tiempo anterior a la guerra sabe usted que se entraba y se salía de los países sin documentación.

—Yo le daré un documento de protegido inglés.

—Entonces, nada. Me voy a mi rincón.

—Bueno. La señora y su hija, si quieren, se van al barco, y Evans y yo le llevaremos a usted a su casa.

—Muy bien. Entonces yo los espero.

—Sí.

Evans, el cónsul y las dos señoras se fueron al barco, y poco después volvieron en el auto los dos hombres y la señora.

—¿Vuelves tú también? —le preguntó don Luis a su prima.

—Sí, tengo alguna curiosidad por ver cómo vives en tu agujero.

Se despidió don Luis de la gente del hospital.

—¡Adiós, don Rafael! —le dijo al médico, estrechando su mano efusivamente.

—Adiós, don Luis, que le vaya a usted muy bien.

—Muchas gracias por sus atenciones. Este es uno de los sitios en donde he vivido más tranquilo y feliz en mi vejez.

—¡Qué loco! —dijo su prima.

—¡Adiós, don Rafael! Que arregle usted pronto su vida.

—Ya veremos, ya veremos —exclamó el médico con un aire de melancolía.

Salieron los dos ingleses del hospital, y después los siguieron don Luis y su prima.

—¿Quiénes son esas mujeres que viven en la casa? —murmuró Cecilia.

—Pues la vieja es una viuda que fue mi niñera; figúrate si tendrá años.

—¿Y la otra?

—La otra es una sobrina suya, que yo todavía no conozco.

—¿No la conoces?

—No.

—¿Está lejos tu casa?

—No; en las afueras.

—Bueno; vamos a ver cómo es tu rincón.

Una vez en la calle, tomaron el auto que los esperaba, con la bandera inglesa, y salieron de la ciudad.

Al llegar a donde se dirigían, vieron a la tía Paula, pero no a su sobrina.

Los ingleses quedaron un poco extrañados de la humildad de la casa, sobre todo de la pobreza de los muebles. Cuando sus acompañantes se despidieron de él, don Luis les dijo:

—Ahí fuera se queda el Lince.

—¿Quién es el Lince? —preguntó Evans.

—Yo mismo, que he vivido con ese apodo unos cuantos años.

UN DÍA, el Cornejo supo que el Lince ya no estaba en el hospital, y le dijeron que había escapado del pueblo en un auto con bandera inglesa. ¿Quién era aquel hombre? ¿Algún príncipe? ¿Algún potentado?

El Cornejo habló con el médico del hospital, don Rafael, quien le dijo que don Luis, es decir, *el Lince*, había desaparecido sin decir adonde iba.

Cornejo fue meses después a su pueblo y a su casa, cogió sus papeles, los metió en un puchero, le puso la tapa y enterró el puchero en el corral.

Después de esto, el Cornejo, que tenía mucha habilidad, dentro de su cazurrería, fue a un puerto pequeño del Mediterráneo, salió en un falucho para Orán y desapareció durante algún tiempo.

Más tarde, volvió a la Península y desembarcó en un pueblo de la provincia de Castellón, internándose en el país.

Era hombre que sabía sortear las dificultades con una astucia de animal instintiva. Se las arreglaba para vivir. En unas partes se presentaba como víctima de los rojos, así como en otras se había presentado como víctima de los blancos.

Llevaba un crucifijo de cobre atado con una cuerda al cuello, pantalón negro, blusa oscura, alpargatas negras. Iba con el pelo largo y no usaba sombrero ni gorra. Todas sus proyectos los hacía siempre copiando o imitando a otros. No era capaz de idear nada de por sí; pero tenía una voluntad de dominar, una sed insaciable de mando y un afán de destacarse por cualquier medio.

Era un hombre triste, malhumorado, y al mismo tiempo un completo farsante. En esta época representaba su papel de hombre místico, alzaba los ojos al cielo y se envolvía en un aire de compunción.

Cuando creyó que su historia estaría ya borrada, se acercó a la capital de la provincia, en donde se había distinguido por sus denuncias, y donde tantos, por su culpa, se pudrían bajo tierra. Allí fue descubierto por algunos a quienes él había denunciado y que pudieron salvar la piel. Le prepararon una encerrona, le tiraron a un pozo y echaron encima un montón de piedras.

Poca gente supo su final, y de los que lo supieron, seguramente, no lo sintió nadie.

SEXTA PARTE

FANTASÍAS DE LA JUVENTUD

LUIS CARVAJAL Y EVANS había nacido en 1873. Su padre, don Jaime, era banquero, y llegó a senador; su madre, María, era considerada como de la crema de la ciudad.

El padre y la madre tenían antecedentes de familia extranjeros.

El padre se llamaba de segundo apellido Gray; la madre, de primero, Evans, y de tercero, Kirkpatrick. La madre suprimía el segundo apellido, español, y unía el Evans con el Kirkpatrick.

Se decía entre la familia que por este último apellido era algo pariente de la emperatriz Eugenia.

La infancia de Luis Carvajal transcurrió en su pueblo.

Su padre se ocupaba poco de él. Era hombre de casino y tertulia, con ciertas preocupaciones políticas. Su madre, muy entusiasta de su hijo, y, como se dice, muy madraza, contribuyó a hacerle un tanto caprichoso por sus condescendencias.

Cuando Luisito tenía siete años le nació una hermana, por la que sentía gran cariño y con la que jugaba constantemente. Los dos hacían buenas migas: él traía y llevaba a la niña muchas veces sobre los hombros, y la madre decía de ella que era una mari-chico.

Cuando Luisito tuvo diez años le hicieron ingresar en el colegio de jesuitas de la ciudad.

El padre de Luis había estado vacilando en llevar al chico a aquel colegio de jesuitas o a la Institución Libre de Enseñanza, de Madrid; pero la idea de no conocer al detalle la conducta de su hijo enviándole fuera le hizo preferir el colegio de los jesuitas del pueblo.

Él tenía amigos entre los afiliados a la Institución Libre de Enseñanza, gente de carácter un poco original. Había entre ellos un cura que, después de colgar los hábitos, se casó y tuvo hijos, y ocho o diez familias de judíos, que, como individuos de su raza, habían cambiado de apellido, se habían acostumbrado a la vida española y no se diferenciaban en nada de los andaluces.

Muchos de estos nuevos españoles eran, al parecer, llegados de ciudades de la costa de Marruecos y de Argelia. Había también algún profesor de instituto, salmeroniano entusiasta, con larga barba negra, cosa que parecía indispensable para ser un buen krausista.

El señor Carvajal, padre, era melancólico y un tímido disimulado, que tenía sus días tristes, sin saber bien por qué.

Decía, en broma, entre los de la familia, que había llorado al cumplir los treinta años, cosa que a algunos parientes les parecía una extravagancia y una ridiculez.

La madre, doña María Evans y Kirkpatrick, era una señora tirando a gruesa, burlona y divertida. Según ella, aquel apellido Kirkpatrick era el de varios personajes

de Escocia; pero ello no significaba que todos los que se llamaran así fueran de gran posición.

Algunos estaban emparentados con gente de sangre real.

En Luis, si no era cierto, por lo menos él suponía que influían en su carácter el elemento andaluz y el escocés.

El padre, serio y elegante, había tenido sus líos amorosos no solo de joven y soltero, sino también de viejo; la madre, doña María, se mostraba un poco contradictoria y embrollona.

Cuando le convenía decirlo era muy española y andaluza, y cuando no, muy escocesa. Se inclinaba siempre del lado de su conveniencia. Aunque presumía de saber inglés, lo hablaba muy poco.

La hermana mayor de Luis era completamente andaluza, por el tipo y por las ideas; en cambio, la pequeña había salido, según las amistades, más escocesa que andaluza.

Luis era el que, al parecer, se mostraba oscuro y enigmático, con detalles mezclados de hombre del Mediodía y del Norte.

Luis, de chico, tuvo dos o tres fugas sintomáticas; una, con unos marineros, con los que se fue de pesca y volvió muy tarde; otra, a un pueblo próximo a la capital, al que marchó con unos chicos, y le quitaron y le cambiaron la chaqueta nueva que llevaba por una vieja.

Decía que a él no le daba ninguna alegría el sol; al revés, muchas veces le producía tristeza; aseguraba que los pueblos blanqueados y encalados no ejercían sobre él la menor atracción.

Estas opiniones molestaban a su hermana mayor, la cual aseguraba que todas estas tonterías las decía Luisito para darse tono.

Luis, a veces, se preocupaba al ver que sus sentimientos divergían de los de los demás.

La madre y el hijo, aunque tuvieran ideas distintas, se entendían perfectamente. A veces discutían y hasta se peleaban, pero acababan reconciliándose con facilidad. En cambio, Luisito y su hermana mayor no se llevaban bien.

El señor Carvajal, padre, no era nada partidario de la educación frailuna; pero decía que no había otro colegio mejor en el pueblo que el regentado por los frailes, y que, por tanto, no se podía elegir.

Por esta razón, Luis estuvo en el colegio de los jesuitas de la capital.

LUIS nunca fue buen estudiante, ni se distinguió por su aplicación; pero tampoco fue un perdido.

No tenía ningún sentimiento de emulación ni le preocupaba en modo alguno el que un condiscípulo mostrara una gran memoria o una gran facilidad para resolver los problemas matemáticos. No envidiaba ni desacreditaba al primero de la clase, ni buscaba argumentos para rebajarle. Se veía que esto no le preocupaba. Mostraba una convicción vaga de que para él el Destino iba a ser especial. No tenía amigos íntimos entre los condiscípulos, ni simpatía ninguna entre los profesores; pasaba por un chico indiferente, egoísta y un tanto fantástico. Sobre todo, la falta de sentido de emulación que mostraba, a la mayoría le parecía muy mal.

Entre los profesores del colegio de jesuitas había algunos que exhortaban a sus alumnos a entrar en la Compañía, y otros que querían fascinar a sus discípulos con la perspectiva de influencia y de poder en el mundo.

Muchos de los que se contagiaban y se dejaban influir por esas ilusiones eran los que después tomaban más antipatía por el colegio y por los profesores.

El joven Carvajal, excepción hecha de su madre y de su hermana pequeña, no manifestaba afecto ninguno a las demás personas de la familia.

Le parecían bien, pero nada más. Él a lo que aspiraba era a mirar a la gente de la casa con indiferencia.

Su padre resultaba egoísta, pero el hijo también lo era, y no le parecía lógico reprochar a los demás vicios o defectos que él también tenía.

Su padre, don Jaime, había sido igualmente educado en un colegio de jesuitas, y encontraba bien la educación que los maestros de la Compañía daban a sus alumnos, porque la consideraba más realista y más práctica que la de los otros colegios.

Luis, al principio, no pareció tener mucha hostilidad por los profesores jesuitas; pero terminado el Bachillerato se le desarrolló, como les ocurría a muchos de sus compañeros de estudios, un extraño anticlericalismo. No era fácil descubrir por qué se producía aquello, pero era un caso muy repetido en el tiempo antiguo y en el moderno.

Luis tenía cierta fama de original y de absurdo. Una francesa, amiga de su casa, decía que era un chico rococó. Le gustaba estar solo y aseguraba que nunca se aburría en la soledad. Cuando se aburría era cuando hablaba con gente presuntuosa y pedante.

En el colegio, el momento para él más grato era el de meterse en la cama. Sentía dormirse pronto, y decía que le hubiera gustado poder pasarse mucho tiempo despierto, ideando e imaginando planes de vida futura.

Sus ideas y sus proyectos para el porvenir, si alguna vez llegaba a expresarlos,

parecían a sus conocidos completamente absurdos.

La gran hostilidad de Luisito eran su hermana mayor y su cuñado. No los podía ver ni en pintura. Era una antipatía recíproca. Un día, su cuñado, sin motivo alguno, le dijo con violencia:

—Tú eres un tipo ridículo. Quieres llamar la atención, y eso es una estupidez. Te crees original, y eres un majadero.

Luis contestó a la andanada del marido de su hermana con violencia:

—Tú eres más majadero y más ridículo que yo. Te crees un hombre elegante y mundano, y eres un cursi.

El golpe debió de producir profunda impresión al cuñado, porque aquello que le decía el chico no era un insulto, sino una opinión bastante aceptada entre las gentes de la ciudad.

El padre, don Jaime, era un hombre alto, esbelto, de bigote corto, ya blanco, con una cara de político importante, que habría podido servir de modelo para grabarla en un medallón o en un bajorrelieve. Vestía muy bien, con cierto gusto inglés, y sentía una anglofilia intensa, muy clásica entre los comerciantes de los pueblos del Mediodía. Tenía la piel un poco tostada por el sol, los ojos claros, la mirada aparentemente profunda; parecía un hombre peligroso, pero en el fondo no lo era.

La madre, doña María Evans, había sido una mujer guapa, y le quedaba aún mucho de su antigua belleza. Tenía los cabellos rubios, de un rubio que ya se iba convirtiendo en blanco. Era su cara una cara muy sonriente, muy burlona. Su conducta familiar, sobre todo con sus hijos, era de una madraza. Había sido en sus años de juventud una rubia de tipo meridional, esbelta, con los ojos negros, de genio decidido y alegre. Al aumentar en edad se fue convirtiendo en una señora un poco gruesa y más tranquila. Se entendía perfectamente con su marido, que, a veces, según murmuraciones que corrían, la engañaba. Pero ella no tomaba muy en cuenta sus infidelidades, y prefería hacer la vista gorda para no perder la tranquilidad.

Ya sabía que el marido era un poco fanfarrón y voluble, y aunque alguna vez tropezase, en seguida se le pasaban los caprichos, y no solo eso, sino que tomaba a su mujer como paño de lágrimas y acudía a ella para contarle sus penas y pedirle consejo.

María Evans tomaba todo a broma —buen sistema para evitarse quebraderos de cabeza—, todo, menos las cuestiones de sus hijos, que no solo las tomaba muy en serio, sino que la preocupaban hondamente.

Doña María sabía algo de inglés, pero no mucho. Hablaba con poco acento andaluz; pero de cuando en cuando, en sus palabras aparecía la pronunciación regional, con cierto aire populachero, y decía *log hombre*, *log fegtejo*, cosa que a Luis le hacía reír.

Doña María se reía también con muchas ganas de los chismes que se contaban de sus amigas.

Una de ellas, muy rica, estaba separada del marido, a quien detestaba más que

nada porque le parecía pesado y fastidioso.

Cuando el marido, que vivía en la misma ciudad que su mujer, cayó gravemente enfermo, la convencieron sus amistades de que debía ir a verle, porque estaba en la agonía, y en esos trances tan decisivos, todo debía perdonarse. Fue a visitarle, tuvo una larga conversación con el moribundo, y al salir de la alcoba apareció ella ante los que estaban fuera con aire de abatimiento y de tristeza. Pensaron sus amigas que estaba conmovida y muy afectada por la desgracia.

—¿Qué tal? —le preguntaron.

—Ese hombre, siempre tan pesado —contestó ella.

Luis tenía una gran partidaria en su madre, que cuando se trataba de algo de su chico encontraba razones para defenderle y excusarle.

La hija mayor decía que eran los dos iguales.

La madre trataba muy bien a todo el mundo, y la querían mucho las criadas y los criados. Era una autoridad en su casa y también en la de sus parientes y amigos, un elemento del que se echaba siempre mano cuando había que dirimir alguna contienda o suavizar asperezas.

Personaje importante de la familia fue don Gaspar Gray Evans, padre de doña María y abuelo materno de Luis.

El buen don Gaspar era un marino de guerra, retirado, hombre distinguido, alto, corpulento, de barba blanca, de ojos claros. Distribuía el tiempo viviendo parte de él con una hija soltera y parte con otro hijo casado, y también marino, como él.

Don Gaspar había estado con el almirante Cervera cuando la trágica batalla naval de Santiago de Cuba, a fines del siglo XIX, y era gran entusiasta de su jefe, y hasta se parecía físicamente a él.

Cuando contaba lo que había pasado en aquel encuentro tan desventurado, y cómo habían marchado con sus barcos desde Cabo Verde a Cuba, sin preparativos y sin municiones, y cómo después del encuentro, en que lucharon con fuerzas superiores, habían dicho en España que habían quedado mal, le entraba una desesperación que se le pasaba pronto. Tenía el viejo marino un temperamento infantil; estaba cerca de los ochenta años cuando Luis era un niño. El viejo solía cantar aires de zarzuela, de las que estaban en boga cuando él era joven.

Don Gaspar tenía una casa cerca de un punto de la costa que llamaban la Escotadura. Cuando iba allí Luis, se entretenía en botar barquitos de juguete en el agua de un estanque, y los días en que soplaban el viento lanzaba cometas.

Un amigo de don Gaspar era el almirante Aguirre y Goicoa, poco más o menos de su misma edad, que resultaba también un poco maniático en los años postreros de su vida. Tenía el almirante un hijo y una hija casados en Madrid; pero él no podía vivir en un país frío, ni tampoco se hubiera acostumbrado a residir en sitio donde no viera el mar.

El almirante solía ir con frecuencia a la casa de campo de don Gaspar y discutía con él sobre proyectos de submarinos. Había hecho varios modelos de ellos, y

también de aeroplanos; proyectos que llegaban a entusiasmarle durante algunos meses, pero luego le desilusionaban, viendo en sus invenciones más defectos que excelencias.

Escribía también Memorias sobre muchas materias de náutica, que enviaba, una vez terminadas, a Madrid, al Ministerio, pero no tenía éxito. Debían de juzgarle un tanto chiflado, y quién sabe si se limitaban a archivar sus escritos sin leerlos. Algunos se reían de sus proyectos, pero él hacía poco caso de ironías.

PASÓ UNA TEMPORADA en casa de Luis un primo suyo por línea materna, más joven que él, Carlos Evans. Los dos muchachos se hicieron muy amigos. Carlos llegaba de Inglaterra, con la intención de aprovechar la visita a la familia para aprender el castellano, cosa que logró en poco tiempo, merced a la camaradería que se estableció entre los dos primos.

Llegaron incluso a cantar trozos de zarzuela a dúo, y a aburrir a sus familiares entonando con demasiada frecuencia una canción de *La Diva*:

*Amigo soy de Rafael,
amigo soy de Baltasar.*

El joven Evans comenzó su vida siendo un poco disipado; pero luego se hizo un hombre práctico, siguió la carrera de las armas en Inglaterra y se distinguió en ella por su valor y por su inteligencia.

Otra cosa bien distinta le ocurrió a su primo. Luis Carvajal comenzó su vida de señorito correcto, y luego empezó a hacer un disparate tras otro, siempre con aire de persona seria.

Durante los años del Bachillerato no se vio que el joven Carvajal tuviera afición por algo concreto. En vacaciones, lo que más le gustaba era leer novelas y folletines, en especial los de vidas de bandidos. José María y los siete Niños de Erija le obligaban a perder muchas horas de sueño, y luego poblaban sus pesadillas. Unas veces era atacado por ellos al atravesar alguna serranía; otras se había convertido en uno de la partida, y daba el alto a las diligencias, echándose el retaco a la cara.

También leía las obras de Espronceda y las de Zorrilla, y los romances antiguos, que llegaba a aprender de memoria, como el del Conde Claros, el de Lanzarote y el de Rochafrida. Las novelas que en aquel tiempo se consideraban como libros propios para los chicos de su edad, el *Robinsón*, *Gulliver* y alguna de las de Julio Verne, le parecían lecturas tristes, y el *Don Quijote*, que también conoció por entonces, le sorprendió; pero no le entretuvo bastante para leerlo seguido hasta el final, y apenas si llegó más allá de la primera parte.

Cuando su hermana Consuelo era todavía pequeña le compraron un teatro Guignol, con unos muñecos muy bonitos, y Luis representaba y hablaba moviendo ágilmente los muñecos, y su hermana le admiraba y le tenía por un genio de la comedia.

Al entrar en el colegio, su padre le puso, además, una profesora en casa para que le enseñase el francés y el inglés, que dominó rápidamente, llegando a hablar esos idiomas sin ninguna dificultad, como aquello que se ha aprendido en la infancia.

En el colegio se distinguió porque aprendió a dibujar bastante pronto del yeso.

Pero no tardó mucho en tomarle antipatía a esta copia del arte clásico, y empezó a dibujar del natural y a hacer caricaturas. Le salían con bastante gracia, pero tampoco insistió en aquella actividad.

—¿Por qué no sigues? —le decían los amigos.

—¡Bah! No vale la pena —contestaba él—; nunca lo haré medianamente.

Cuando iban los de la familia a la casa que tenía don Gaspar cerca del mar, se embarcaba Luisito con los pescadores; pero el padre, al saberlo, se opuso a que lo hiciera frecuentemente.

Los pescadores le contaban historias de contrabandistas y de riñas entre matones. El joven Carvajal resultaba un romántico que no se daba por satisfecho con vivir la vida cotidiana.

En la época en que Luisito terminó el Bachillerato le dijeron que le llevarían a una capital de provincia a estudiar Derecho, pues en la que él vivía no había Universidad; pero él dijo que de ninguna manera iría. Había estado ya en aquella ciudad, y le parecía el colmo de lo aburrido. A donde quería ir era a Madrid, y su padre y su madre no tuvieron más remedio que dejarle ir a donde él deseaba.

COMO A MUCHOS otros jóvenes, a Luis Carvajal, los años de estudiante le parecieron largos, pesados y aburridos; después, también como a la generalidad de las personas, la juventud le dio la impresión de que volaba vertiginosamente y se desvanecía por arte de magia.

Al llegar a Madrid le instalaron en una calle próxima a la del Arenal, en una casa de huéspedes en donde había personas de cierta distinción, que pagaban por el pupilaje cinco o seis pesetas al día, lo que entonces era muestra de vivir con cierta holgura.

Entre estos huéspedes había una señora y su hija que habían vivido en Inglaterra; un ingeniero, un estudiante de Arquitectura, un empleado de la Embajada de Francia, que, aunque español, a fuerza de mimetismo parecía un francés, y una señora gorda y pesada, con un cuerpo como un tronco de árbol, que todavía se adornaba y emperifollaba.

Carvajal comenzó a estudiar Derecho. No tenía ninguna afición a la carrera y estudiaba lo menos posible. Salió bien en los primeros años, parte por casualidad y parte por audacia.

En esta época, el joven estudiante se dedicó a seguir a las muchachas y tuvo sus éxitos con ellas. Estaba bien de tipo, era de buena estatura, esbelto, los ojos claros, las manos largas y finas. Se manifestaba amable y generoso. Tenía deseo de distinguirse, de darse pisto, como se hubiera dicho entre sus amigos.

De estos, los más íntimos eran Iturbe, el empleado de la Embajada francesa, joven fatuo y buena persona; Ramón Villegas, estudiante de Ingenieros, riojano, de la ciudad de Nájera, aristócrata rabioso, que hablaba con frecuencia de sus ejecutorias y de sus pergaminos hasta aburrir a los demás; Valero, un tipo un tanto atrabiliario, pedante y aficionado a la música, y un Leandro Ozores, cuya principal aspiración se cifraba en asistir a todos los estrenos de representaciones del género chico.

De esta última materia se solía discutir en la mesa del café, verdaderamente *ex cathedra*.

También se comentaba la elegancia de la gente aristocrática y se hablaba de las funciones del teatro Real, y se analizaba la excelencia de la voz de las tiples, de los tenores y barítonos. En lo primero llevaba la voz cantante Villegas; en lo segundo, Valero.

Algunos, pocos, estudiantes compraban libros en la librería de Fe, en la Carrera de San Jerónimo, y se codeaban allá con Echeagaray, con Campoamor y con Núñez de Arce, y veían en la calle a Pérez Galdós, a Sagasta y a Salmerón.

A los cómicos y cómicas del género chico los conocían a todos. Habían visto representar multitud de veces a Julio Ruiz, a los Mesejos, padre e hijo, a Rosell, a

Rodríguez, a Carreras, a la Lucía Pastor, a la Montes, a Matilde Pretel y a Loreto Prado.

La mayoría eran entusiastas de las tiples, y algunos, de las cómicas de los teatros de verso.

Luis Carvajal, las tardes de los domingos, iba a ver melodramas en teatruchos de compañías ínfimas. Había visto *Los pobres de Madrid*, *Treinta años o la vida de un jugador*, *Los misterios de París*, *La aldea de San Lorenzo*, *El caballo de cartón*, *La carcajada*, *El corazón de un bandido*, y otros muchos dramones de esta clase. También leía los folletines de Montepín, de Gaboriau y de varios autores más, que solían aparecer al pie de las páginas de los periódicos de ese tiempo.

Cuando llegaba el verano, Carvajal retrasaba la vuelta a su casa con cualquier pretexto, para prolongar su estancia en la corte. En ese tiempo solía ir con sus amigos a los Jardines del Buen Retiro, y esa asistencia era para ellos ocasión de pequeñas aventuras amorosas.

Conocían a gran parte de la aristocracia madrileña, y cuando apretaba el calor y la gente distinguida se marchaba a los balnearios y playas de moda, Luis tomaba el camino hacia el Sur e iba, un tanto a regañadientes, a vivir con su familia.

Otro de sus condiscípulos era un tipo sombrío y triste. Su madre era de Villena y su padre de Albacete; él era un joven fantástico. El padre, que tenía ideas absurdas, le había llevado a estudiar al colegio de los escolapios del pueblo. A los dos o tres años, el padre se murió, y al año siguiente se volvió a casar la madre.

El padrastro de ese condiscípulo de Luis era valenciano. El joven sentía por él un profundo desdén. Recibía el dinero que le enviaba su madre para su vida en la capital y se lo gastaba en fantasías y en libros. Tenía un cortijo a cierta distancia de su pueblo.

Cuando su madre falleció, el padrastro le entregó la herencia que le correspondía y no quiso saber más de él. El hermano mayor y la hermana no habían tomado nada y querían seguir explotando las fincas. Él había estudiado primero en Valencia, luego en Granada y, por último, en Madrid. Le mandaban dinero para vivir en la corte. Tenía pocas condiciones para la vida, poca fortuna en sus amores, carecía de acometividad para abrirse paso y de osadía para interesar a las mujeres. No tenía ningún plan que seguir. Podía vivir con la renta de su capital heredado, con lo que le daba el cortijo y con algún trabajo que hacía; pero todo esto le daba la impresión de un porvenir mezquino.

En Madrid se hizo ateneísta, se dedicó a leer, a comprar libros viejos y estampas; pero pronto abandonó sus aficiones. Todo lo dejaba sin acabar. Durante algunos años estuvo entregado al espiritismo y a la Teosofía. Al cabo de algún tiempo afirmaba: «Estas bromas del espiritismo y de la Teosofía ya me van aburriendo».

La novia que había dejado en el pueblo se cansó de esperarle y se casó con otro.

El joven pensó en marcharse; pero... ¿adónde iba a ir? ¿A Francia? ¿A Alemania? ¿Para volver hecho un sabio más o menos auténtico! ¿A América para hacer fortuna?

Carecía de temperamento para perseguir el azar y la suerte hasta dar con ella. Después de pensarlo mucho tiempo, decidió irse a África para hacerse un bárbaro; pero esto tampoco lo pudo conseguir.

A LOS DIECINUEVE AÑOS, al llegar Luis a su pueblo, comenzó a sentirse francamente byroniano y a tener malas compañías.

Frecuentó durante aquellas vacaciones el café de la Viña, aprendió a hablar caló y se reunió con gitanos y gitanas. No se sabe por qué, en aquel medio cañí a Carvajal le tenían por el pollo de éxito y que podía ser explotable. En su avatar agitanado tocaba la guitarra y cantaba, y las bailaoras le decían: «Hola, Luisito, ¿qué hay, barbián?».

Una gitana vieja le pasaba la mano arrugada por la cabeza y al saludarle le llamaba hijo mío.

En aquel tiempo, Luis Carvajal comenzó a tener un gran deseo de distinguirse. Coincidió esta época suya de vanidad con la guerra de los bóers, que produjo entre los españoles grandes discusiones.

En su pueblo, Luisito se aburría como una ostra —así se dice, aunque no sabemos que las ostras se aburran más que los otros moluscos—, y para pasar el rato comenzó a aprender a tocar la guitarra con un gitano de aire de chino, y también a cantar flamenco. Lo hacía con poca voz, pero los amigos le aseguraban que tenía mucho estilo. A él le parecía que la guitarra era principalmente instrumento adecuado a lo popular, y que tocar en ella una sonata de Mozart o de Beethoven era una extravagancia ridícula, aunque se triunfase como ejecutante. A cada cosa, lo suyo. Las canciones encanalladas las cantaba él de una manera elegante.

Luis tenía, de chico, el gusto por las aventuras, aunque ya comprendía que realizarlas no debía de ser muy fácil ni asequible. También ya veía con claridad que la vida del hombre suelto y sin ataderos sociales debía de ser casi imposible de realizar...

En aquel tiempo, el flamenquismo estaba a la orden del día no solo en tierras andaluzas, sino en todo el resto de España. La mayoría de los estudiantes eran por entonces muy flamencos. Se contaba el caso de un compañero de Luis que, al ir a examinarse, se manifestó de una chulería desvergonzada y petulante.

Cuando le llamaron en la cátedra para que demostrase los conocimientos de la asignatura adquiridos durante el curso, se levantó de su asiento y fue contoneándose hasta el pie del estrado donde estaba la mesa del tribunal. El profesor, viéndole llegar con aquel aire, para destacar el carácter de paseo de cuadrilla torera, se puso a tararear un pasodoble flamenco.

El alumno, que era un cínico, sacó con lenta parsimonia las tres bolas del bombo y confesó, con la frescura de un perfecto desvergonzado, que de ninguna de aquellas tres lecciones sabía una palabra. Al retirarse, como el profesor hubiera dejado de tararear, se volvió a él, y le dijo: «¡Música, maestro!», y se marchó contoneándose, entre las risas de sus compañeros.

Por su versatilidad, Luisito variaba fácilmente. De los tangos que punteaba en la guitarra pasó a cantar con aire muy exagerado algunas habaneras, ya medio olvidadas, como *La Paloma*, el «¡Ay, mamá, qué noche aquella!», dándole un ritmo tan exagerado y unos ritardandos a los calderones, que los hacían completamente grotescos.

SE LE PASÓ también aquella racha de flamenquismo, porque en él todo tenía poca cuerda, y al llegar a Madrid de nuevo tuvo un sarampión de ocultismo y de curiosidad por la magia. Se había hecho amigo de un estudiante de Medicina que estaba muy preocupado por lo que les contaba un profesor de San Carlos llamado Sánchez Herrero.

Con este estudiante fue Luis a la clínica de aquel profesor, en donde se hipnotizaba a los enfermos y se los trataba por la sugestión. Era una época en que se hablaba mucho del hipnotismo y de las experiencias llevadas a cabo por el doctor Charcot en la Salpêtrière, de París; pero fuera casualidad o poca suerte, Luisito no acertó a ver nada extraordinario en todo aquello, y no le chocó el que algunos pobres infelices, medio simples y medio muertos de hambre, sentados en un sillón cómodo e invitados por el profesor a dormirse, se quedaran de verdad dormidos.

El estudiante de Medicina no se contentaba con las teorías de su maestro, que ya eran de por sí bastante extrañas, sino que iba más lejos y quería llegar hasta la magia. Una vez fue Luis con su amigo a visitar Toledo. Era el período en que comenzaba el entusiasmo por el *Greco* entre la juventud literaria y artística.

El estudiante Guzmán, compañero suyo, sustentaba la teoría un tanto absurda de que la expresión de las figuras del pintor cretense no estaba en el rostro, sino en la frente. La frente de las figuras del *Greco* irradiaba una misteriosa energía, según él.

Llegaron los dos estudiantes a Toledo, visitaron la catedral y después una iglesia donde les habían dicho que existía una cripta o cueva misteriosa. Efectivamente, el sacristán les indicó que había una cripta llena de momias. Entraron los dos estudiantes precedidos por el sacristán; este los pasó a una capilla, destapó los paños del altar, y de en medio de él levantó una piedra cuadrada, lo que, al parecer, se llama el ara. Al levantarla apareció un boquete estrecho, que daba a un pasadizo que permitía que se deslizara por su hueco una persona. Esta galería conducía a una cripta oscura, la cual contaba con un respiradero, del que llegaba una ligera claridad. La cripta se hallaba llena de momias arrimadas a las paredes. Guzmán rompió la mano de una momia por la muñeca, que se cascó como una caña de maíz, y la metió en el bolsillo de la chaqueta de Carvajal. Él, al notar algo extraño, no supo de momento qué era, y solo al salir a la calle se dio cuenta de que llevaba la mano de la momia en el bolsillo, lo que le pareció una broma bastante pesada.

Iturbe, el empleado de la Embajada de Francia, que conocía a un señor francés, lector de Huysmans y de obras de magia, le dijo a Luis que aquella mano se podía convertir en una mano de gloria, lo que, según los magos, daba a quien la poseía buena suerte.

Entonces, Carvajal llevó la mano a una platería, y le pusieron una muñeca de

plata, y la tenía colgada de la pared de su habitación, y solía decir que era un amuleto importante, y daba una explicación sobre él y sobre su eficacia.

Decía que lo que se llamaba antiguamente «mano de gloria» era la mano de un muerto en suplicio, desecada. Cuando se untaban los dedos de esta mano con una sustancia especial se encendían espontáneamente y desprendía luz. De estas manos y de estos brazos, que servían de antorchas, se hablaba en las descripciones de los sábados a los que acudían las brujas. La luz que arrojaban tenía la propiedad de dejar a todos aquellos a quienes alcanzaba completamente inmóviles. Esta «mano de gloria», que servía de candelabro, y en la que se encendían todos los dedos, según Martín del Río en sus *Disquisiciones de magia*, no podía hacerse naturalmente, sino solo con el concurso del demonio.

Luis se daba tono hablando de estas cosas, y quería dar a entender a sus amigos que creía en ellas.

UNO DE LOS TIPOS amigos de Luis era un joven a quien alguno de los conocidos llamaba Sancho *el Cínico*. Sancho vivía de gorra, a la buena de Dios. Se decía que durante algún tiempo había ido a dormir a un nicho de los cementerios derruidos de la calle de Magallanes, y otras veces a un camposanto de San Fernando, entre la calle de Embajadores, la del Mesón de Paredes y la del Tribulete.

Carvajal le convidaba a comer a Sancho, durante algún tiempo, todos los días de fiesta. Un domingo de esos que llegó al restaurante, donde Sancho le aguardaba, le dijo:

—Mira, chico: hoy no tengo dinero más que para mí, así que tendrás que ir a comer a otra parte.

—Pero... ¿cómo? ¿No tienes dinero?

—No.

—Pues mira: podemos hacer una cosa, si te parece. Yo te lo presto, tú me pagas la comida, y ya me devolverás el dinero otra vez.

Al oír la explicación de Luisito, Villegas, que figuraba entre los que ese día le escuchaban, le dijo:

—Y ¿no le mandaste a paseo a un gorrón tan miserable?

—No. ¿Por qué?

Ramón Villegas no era capaz de comprender una actitud como aquella, ni se hubiera vuelto a dejar engañar por un sujeto semejante.

El gorrón aprovechado y cínico le decía a Carvajal:

—Luisito, me han dado una fama tal de roñoso, que para borrarla necesitaría ser millonario.

—¡Bah! —le contestaba su víctima—. Si fueras millonario, no andarías con nosotros.

—Es posible que tengas razón —le contestó aquel.

El joven cínico tuvo un momento de suerte, y una vez le encontró Carvajal en su cuarto con un gran paquete de cajetillas de cigarrillos egipcios que tenía sobre la mesa.

Al ver a su víctima sorprendida, le dijo: «No puedo dar cigarros a los amigos; no tengo tabaco más que para seis meses».

A Luis le hacían gracia las gentes pintorescas, le divertían los tipos raros. En cambio, a Villegas, que se las echaba de exquisito, le indignaban y le ponían frenético.

Con relación a la mujer gorda que había en la casa, el oculista dijo que Antonio de Torquemada, en su libro *Jardín de flores curiosas*, habla de una mujer llamada Agaberta, hija de un gigante, de nombre Vagnoste, que vivía en los países

septentrionales y que era una gran mágica. La fuerza de su poder era tan intensa y tan varia, que no se le veía jamás con la misma figura que podía ser la propia suya y la verdadera. A veces era una viejecita, arrugada como una pasa, que no podía moverse; otras, una pobre enferma sin fuerzas, y otras, tan alta, que tocaba los techos con la cabeza.

Sin duda, Urganda la desconocida, hada de las novelas de caballerías, y que tiene la misión de proteger a los caballeros andantes, que aparece unas veces bajo la forma de una vieja cubierta de harapos y otras bajo la de una mujer seductora, era de la misma clase que esta Agaberta.

Para Martín del Río, hombre crédulo, a pesar de ser jesuita, una mujer de gran obesidad tenía que ser por fuerza una mujer embrujada, y lo que ahora, para un médico, es consecuencia de insuficiencia glandular o de las cápsulas suprarrenales, para él era efecto de brujería.

De los antiguos españoles, Luis era lector de Gracián, de quien había buscado sus libros para leerlos por haberlos visto citados varias veces en las obras de Schopenhauer. Por el mismo motivo, había leído el *Examen de ingenios*, de Huarte de San Juan, y comprado varias ediciones de esta obra impresa en pueblos españoles y en ciudades de Bélgica y Holanda, y traducciones en francés, inglés, alemán e italiano.

Los dos libros que él consideraba lo mejor de su biblioteca era el *Jardín de flores curiosas*, de Antonio Torquemada, impreso en el siglo XVI en Salamanca, y un incunable de los *Cuentos*, de Boccaccio, en español, salido de las prensas de Zaragoza.

Estos dos libros los leía con frecuencia, no completos, sino a trozos.

EL CASO DE LUIS era un caso de versatilidad, de inconsistencia. Primero, romántico; después, partidario del realismo; luego, ibseniano y tolstoiano, y después, simbolista. En Filosofía, había pasado del pesimismo apacible y triste recomendado por Schopenhauer a la exaltación de la brutalidad y de la barbarie. Aunque Luis no se ocupaba ni le interesaba la política, iba derivando hacia el despotismo ilustrado. A Luis le confundía ver que lo que intentaba le salía bien. No encontraba obstáculos en la vida. Para él, todo resultaba demasiado fácil, y acababa perdiendo su carácter.

Una noche que se sentía de humor combativo, hablando con sus amigos, quiso demostrar que la literatura moderna no era, ni mucho menos, lo que se creía. Tolstoi estaba en un grado de ñoñería y de decadencia completas, con sus predicaciones morales. Zola era pesado en sus últimos libros. D'Annunzio resultaba un epígono retrasado, con falsos aspectos exquisitos, y a Anatole France le pasaba lo mismo.

Hubo varios que le interrumpieron, protestando, decididos a defender sus preferencias estéticas y a rechazar el ataque contra sus admiradores.

Luis dijo que no sería injusto lo que decía. Para él, Anatole France no era un gran escritor, no tenía imaginación, no sabía inventar tipos de personas vivas; escribía con lugares comunes de la época, aunque estos fueran quintaesenciados, y no tenía más que las ideas corrientes de su tiempo.

La vida amena de Madrid, para Carvajal, consistía en pasear, seguir a las chicas guapas, comprar libros y estampas y algunos objetos raros en las tiendas de antigüedades, andar por los barrios bajos y meterse en rincones y en tabernas y hacer de cuando en cuando algún viaje a un pueblo pintoresco. Esas eran sus ocupaciones importantes.

En Madrid, uno de los amigos de Luis era un pobre hombre que se sentía poeta dramático. Había escrito muchas obras, ninguna de las cuales se llegó a representar en un teatro mediano, y solamente dos o tres de ellas llegaron a alguna sala de aficionados.

Este poeta se llamaba Rafael Gómez y Pérez, lo que para un poeta era verdaderamente poco. A base del nombre de pila y de sus dos apellidos, le hacían un chiste cómico y sentencioso. Le decían: «Rafa, si *gómez* de esta manzana, *pérez* serás.»

Gómez era pequeño, moreno, la cara correcta, la barba negra, en punta, y el pelo largo. Vestía de oscuro, con una corbata flotante, sombrero blando y bastón. En invierno usaba capa y chambergo. Tenía una expresión constante de melancolía en sus ojos brillantes, y la cara un tanto estupefacta.

Tenía más éxitos con las mujeres que con los dramas, y por entonces vivía con una planchadora que tenía un taller de importancia, la cual se ocupaba del poeta. No

habitaban en la misma casa del taller, sino más lejos, en las afueras.

Por entonces había representado Gómez un drama en el teatro Talía, de la calle de las Aguas, que para él resultaba un teatro importante. Este nombre de la calle de las Aguas se prestaba a chistes un tanto impertinentes y de mal gusto, y los amigos lo empleaban para burlarse del poeta.

Con mucha frecuencia, Rafa se reunía con Luis y se lamentaba con él de su poco éxito. Paseaban los dos por las rondas, y Gómez encontraba siempre motivos para recitar a su amigo parrafadas en verso de sus dramas.

Veía que de algún tejatillo salía una gran columna de humo, y el dramaturgo sugería la idea de que daba aquello la impresión de un terrible incendio, y cuando Luis reconocía que efectivamente era cierto, Gómez indicaba: «Yo he hecho una descripción de un incendio en mi drama *La pasión de la muerte*», y tras de aquella advertencia recitaba una tirada de quintillas a lo Marcos Zapata, que resonaban como un repiqueteo de tambor.

Luis le oía y no le tomaba a broma. Quizá los versos eran un poco vulgares, pero no le parecían mucho peores que los que generalmente se oían en los teatros de fama.

Luego, los amigos de Gómez, a quien fue conociendo, vio que se burlaban de los parlamentos del dramaturgo.

Luis aceptaba a Gómez con todos sus versos y frases engoladas, y hasta le escuchaba con amabilidad cuando le iba exponiendo sus quejas y sus hostilidades contra los autores que entonces tenían éxito.

Carvajal comenzó a frecuentar cafetuchos y tabernas. Estaba entonces en un momento pasajero de efusión literaria y poética. Él también hacía ensayos en versos conceptuosos, que durante algunos días le parecían aceptables, y luego los encontraba completamente ridículos.

Tenía por esta época bastantes amigos. Iba con frecuencia a los cafés y a los teatros; pero solía cambiar de café a menudo, porque le aburrían las tertulias en que siempre había la misma gente y se oían las mismas conversaciones. Era voluble, necesitaba cambiar y seguir las costumbres de sus amigos nuevos.

TENÍA ENTRE SUS AMIGOS de café dos que le acompañaban con frecuencia: uno, estudiaba para ingeniero y era entusiasta de una tiple de zarzuela de género chico. Iba este casi todas las noches al teatro para ver las actuaciones de su deidad, pero su entusiasmo no pasaba de ahí. El otro tenía sus trapicheos entre mujeres del pueblo.

El tal amigo, que a su modo resultaba un conquistador, le presentó una muchacha empleada en una tienda de perfumería, bastante guapa. Se llamaba Concha. Aunque era muy poco inteligente, Luis se dejó llevar y se lió con ella. La tomó como se toma una cocinera o se elige una planchadora. La chica era muy vulgar, y el amigo se la endosó a él porque iba a casarse al fin de aquel curso, en que terminaba su carrera.

Luis y la Concha no se entendían bien, ni tampoco ponían mucho empeño por entenderse. A Concha le hacían gracia las chulaperías de la calle y los timos del tiempo. Como le era indispensable estar mucho tiempo en la perfumería, situada en una de las calles del centro, no tenía gran cosa que hablar con Luis. Iban a cenar cuando salía de la tienda, luego de dar un paseo por las calles principales, y marchaban al teatro. Entre los dos amigos se habían cedido a la perfumista como se cambia un dependiente entre dos tenderos.

Ella aceptó el cambio sin mostrar interés ni por uno ni por otro. Tenía de Luis una opinión pobre. Le consideraba como un hombre aburrido, y en seguir con él no hallaba más beneficio que las cenas y el poder ir conociendo las novedades teatrales. Lo que Luis hablaba no despertaba en la muchacha el menor interés. Quien los hubiera observado, en los cafés donde cenaban o en los teatros adonde iban, hubiese visto bien a las claras la falta de sentimentalismo que entre ellos había. Cuando estaban solos, ella callaba, y él, también. Le decían a la Concha algunos que Luis era un tipo pesado, cargante, y ella se reía.

La cosa terminó para ella mejor de lo que podía esperar. Había tenido un novio, de su misma clase, dependiente de comercio, y un día se lo tropezó en la calle, volvieron a hablar y supo por él que iba a poner una perfumería modesta en la calle del León. La Concha le contó el encuentro a Carvajal, este vio el cielo abierto para quedar libre de todo compromiso, y al mismo tiempo como un caballero, aconsejándola que, puesto que entre ellos dos no parecían entenderse mucho, lo mejor sería que volviera con el novio antiguo y tratara con él de su matrimonio, a base de que ella aportaría diez mil pesetas, que Luis le regalaría. La cosa no pareció mal a la muchacha, y al poco tiempo todo quedó arreglado, y Luis se separó de la chica, que meses después estaba detrás del mostrador de una perfumería bastante vistosa.

Volvió a frecuentar Luis, al quedar libre de aquel lío, a su amigo el dramaturgo poeta, el cual vivía más allá del Puente de Segovia, en una casucha pobre, adonde Carvajal fue varias veces a verle.

En estas ocasiones solían los dos dar largos paseos por la Casa de Campo, y en ellos nunca dejaba el poeta de aprovechar la soledad del campo para recitarle versos, alarmando a los conejos con el machaqueo de la rima. Luis oía como quien oye llover; si le hubieran de pronto preguntado qué era la que le estaban recitando, se hubiera visto negro para contestar sin salirse por los cerros de Úbeda.

Otras veces iban por el camino de El Pardo, donde Gómez y Pérez tenía un pariente de su mujer, dueño de un modesto merendero, La Garavita. En ese merendero acostumbraban reunirse algunos tipos que se dedicaban a cazar conejos con hurón. Les llamaban a estos los «bichos», porque para ellos los bichos por antonomasia eran los hurones.

Muchos terrenos acotados y cuarteles del monte de El Pardo eran desconocidos para la gente. Si cogían los guardas de la posesión real a algún bichero, después de quitarle el hurón, lo llevaban a la cárcel, y hasta, para escarmentarlo, le daban alguna paliza; pero el cazador furtivo, cuando salía de la cárcel, inmediatamente no pensaba más que en procurarse otro hurón para volver a su oficio. Se aferraban a él como la lapa a la roca o el muérdago al árbol viejo.

El merendero de La Garavita era curioso por la gente que se reunía en él. La mayoría de ellos eran cazadores de conejos con hurones. Los bicheros se ponían en todas las salidas posibles de la madriguera cuyo morador acechaban. Al hurón, que llevaba un cascabel en el cuello, se le metía por una de las entradas de la cueva, la que se cerraba después.

Las restantes entradas tenían trampas. Luis no había visto nunca hurones. El hurón tenía la cabeza larga, los ojos rojizos y la piel leonada. Si el hurón lograba quitarse el bozal que le ponían para contener su voracidad y cazaba un conejo, lo estrangulaba y le sorbía la sangre.

Le alimentaban con pan, sopa y huevos. Parece ser que al hurón no se le puede dar carne, porque se aficiona a ella y luego mata a los conejos.

Entre esos cazadores furtivos que merodeaban por el monte de El Pardo y se reunían en el merendero del pariente de Gómez, el poeta, había un tipo que cogía animales de todas clases para llevarlos a un Instituto de Investigaciones Científicas, próximo al Observatorio Astronómico, donde se los pagaban bien.

Aquel tenía amigos entre los guardas de la Casa de Campo, que le consideraban, no como a los explotadores de las madrigueras, sino como a un hombre serio que proveía a los hombres de ciencia del material para sus investigaciones.

A este que trabajaba para los sabios le llamaban *el Ranista*. Tenía sus charcos, donde él cultivaba las ranas, los raneros, como él los llamaba. El Ranista iba al Instituto, instalado frente a la explanada de la estación del Mediodía, con los bolsillos de la chaqueta y del pantalón llenos de ranas y lagartos; a estos últimos solía llevarlos también atados a los mimbres de una canastilla.

—A ver si le conviene a usted esto, o esto —decía, y sacaba sus animales del bolsillo y los ponía sobre el cristal de la larga mesa del laboratorio.

—Sí, todo viene bien... ¿Cuánto es?

—Treinta pesetas, si le parece.

—Ahí tiene usted —y le entregaban lo que había pedido.

Después, de aquel mismo bolso de donde había extraído las ranas y los lagartos, introducía su diestra y sacaba un librito de papel de fumar, pedía un poco de tabaco al ordenanza del Instituto, y liaba un cigarrillo. Alguna vez, a falta de fósforos, lo encendía en la llama de algún mechero de gas, en los que calentaban las probetas y los tubos de ensayo.

AL VOLVER UN VERANO a su pueblo, se encontró Carvajal con que había surgido allí una racha de espiritismo, y por todas partes andaban los veladores dando saltos extravagantes y escandalosos.

Uno de los maestros de la secta, según unos, alemán, según otros, yanqui, y, según otros, irlandés, absurdo y fantástico, andaba por las calles con sandalias y con un capacho de verduras que le servía para su comida, porque, además de espiritista, era vegetariano. Esta clase de extravagancias rara vez se presentaban solas. Le consideraban al hombre de las sandalias como un maestro consumado en el arte de evocar los espíritus y de aderazar las hortalizas.

Un periodista y aficionado a la dramaturgia, que sabía algo de inglés y había creído descubrir a Shakespeare, quiso tener una conferencia con el autor de *Hamlet*, pues deseaba pedirle algunos consejos para el arte de hacer comedias. A las preguntas que se le hicieron al velador, este contestó de una manera bastante ambigua, pero que podía considerarse como una respuesta. El aprendiz de dramaturgo quiso que el poeta inglés le contestase en su lengua, porque le parecía demasiada pretensión hacer que conociera el español, pero el espíritu, aun dándole tantas facilidades para su comunicación, no supo decir más que *Good-bye, Very well y London*, lo que hacía pensar que el espíritu de Shakespeare que hablaba por intermedio de los veladores no sabía más inglés que el de los mozos de hotel de los países donde no se hablaba inglés. Luisito no pudo seguir inclinado al espiritismo, porque el espiritismo se desacreditó por sí solo. Además, el iniciador, el irlandés, alemán, yanqui o lo que fuese, del capacho de verduras, resultó que se comía fraudulentamente unos bisteques tremendos y estafaba, si podía, al lucero del alba.

Entonces a Carvajal se le ocurrió escribir un sainete sobre el espiritismo, pero no se llegó a representar.

En un centro de la secta donde pasaba la acción, se reunían varios socios y se lamentaban de que ningún personaje importante de la Historia aceptara su invitación de hablar algo por intermedio de las patas del velador; en cambio, todos los imbéciles que habían muerto hacía poco en el pueblo iban con diligencia a dar la contestación que se les pedía, entre ellos un portero del Instituto, muy bruto, que reñía a los estudiantes; un tabernero, que quería desafiar a todo el mundo, en este y desde el otro, y una Celestina que hablaba de lo mal que le iban los negocios desde que los había trasladado al plano astral.

En el primer cuadro del sainete en burla del espiritismo, el presidente del centro espiritista prometía a sus amigos que cuando él muriera acudiría constantemente a tener un rato de conversación con ellos, por intermedio de las patas del velador, y, efectivamente, así sucedía. Todos los socios del Círculo estaban indignados con su

presencia, sobre todo su viuda, que quería casarse con un amigo del difunto, más joven, y se lamentaba de la terquedad impertinente del marido. Este hacía que en las reuniones se dijera constantemente: «Ahí está ese imbécil», cuando se pensaba que era el antiguo presidente el que se dedicaba a hablar por intermedio del velador.

Carvajal se cansó de las supuestas experiencias espiritistas y comenzó a ir a un garito a jugar al monte.

Tuvieron una vez también una juerga flamenca con unas gitanas en un barrio de los alrededores de la ciudad. Con la cabeza un poco pesada, alguien propuso ir a tomar el aire de la mañana al puerto, que estaba a dos pasos del merendero. Fueron para allá tres o cuatro parejas.

Había en el muelle, cuando ellos llegaron allí, otro grupo de juerguistas. Uno de los hombres, conocido por guapo y por matón, dio un empujón a una de las mujeres que le acompañaban y la tiró al agua. Luis corrió a la escalera del muelle, y, con un marinero que apareció allí, entró en una lancha, y los dos salvaron a la mujer.

El hombre que la había empujado, al verla salir por la escalerilla empapada en agua y medio loca de terror, dijo que le había dado lo que se merecía, y Luis, indignado, le dio un puñetazo en la cara.

El matón echó mano a la faca, y Luisito se vio expuesto a ser abierto en canal, como un cerdo, si un marinero no le hubiera agarrado de la chaqueta al matón, dando tiempo a que apareciese un guardia, que le puso la punta del sable a la altura de la nariz.

Los días siguientes de aquella pendencia, el padre de Luisito hizo que guardaran las espaldas a este, y poco después mandó que cesara la vigilancia, porque se supo que el matón se había marchado a otra parte.

Una de las muchachas que presenció el suceso del muelle se entusiasmó con la hombría y el buen corazón de Carvajal. Se habló mucho de ello en todo el pueblo. Algunos amigos del padre, informados, le recomendaron al padre del muchacho que llevara a su hijo al extranjero, para ponerle a salvo del peligro de una venganza del matón.

La madre, que era muy inteligente y muy lagarta, no le quiso quitar las ilusiones a Luis, ni hacerle tampoco comprender que aquel byronismo era una solemne tontería.

SÉPTIMA PARTE

AMORES

LA MADRE DE LUIS tenía una amiga más joven que ella, que llevaba una vida un poco aventurera. Se había casado con un inglés, y al poco tiempo estaba separada del marido. Era una mujer un poco loca y bastante coqueta, y se decía que, después de verse divorciada, se divertía. Algunos aseguraban que había tenido sus líos antes de casarse, pero no debía de ser verdad.

Lola Durand era un tipo de francesa, de cara un poco cuadrada, los ojos claros, el pelo rubio, los rizos alborotados, la boca grande y los dientes blancos. Su voz tenía un tono claro; su risa, sonora y alegre. Era medio francesa y medio alemana, y casada con un inglés, Brooke, y separada de él; una mujer muy cosmopolita y con un gran atractivo.

El señor Brooke era un marido serio y adusto. Lola no había podido entenderse con él. Lola era una mariposa brillante. Sin duda, el cuerpo le pedía algo más animado que aquel formalista silencioso inglés, que se pasaba horas y horas delante de una copa de *whisky*, viendo cómo subían en el aire las espirales del humo de su pipa.

Lola Durand, cuando aparecía en una casa o en el palco de un teatro, tenía siempre gran éxito, y muchos pollos elegantes zumbaban, codiciosos, a su alrededor. Se veía que ansiaban compensarla de la soledad en que la había dejado el marido. Se hablaba demasiado de Lola, era amiga de la madre de Luis y a veces iba a visitarla y se quedaba a charlar largo rato con ella y a contarle noticias y anécdotas.

La madre de Luis le dijo una vez:

—¿Tú le conoces a mi hijo?

—No.

—Mi chico está en una edad peligrosa, y me temo que haga muchas tonterías. Va a los cafés cantantes a tocar la guitarra y a cantar flamenco, y parece ser que se dedica a cortejar a las gitanas.

—¿Es un romántico?

—Eso es.

—¿Y para qué quieres que le conozca?

—Yo quisiera que le convencieras de que está haciendo el tonto. Coquetea un poco con él y dale la impresión de lo que es una mujer elegante y fina.

Lola se echó a reír, y dijo:

—Como te digo, no le conozco.

—Eso no importa. Yo le diré que vaya a verte, inventaré cualquier pretexto. Luis es un chico tímido. Él no lo cree y quedaría un poco desilusionado si yo se lo dijera; pero es como su padre.

—¿Qué me dices? ¿Tú crees que tu marido es un hombre tímido?

—Sí, tiene formas atrevidas, que dan la sensación de otra cosa, pero todo en él es aparato. La mayoría de los hombres son tímidos al lado de nosotras.

Lola Durand volvió a echarse a reír al oír lo que aseguraba con tan firme convencimiento su amiga.

Luis, al parecer, se mostró reacio para ir a casa de la señora conocida de su madre, y a lo último fue por verdadero compromiso. Después comenzó a ir con más frecuencia, y al poco tiempo se pasaba todas las tardes en casa de Lola.

Las relaciones entre la dama y el joven estudiante fueron bastante cálidas y duraron algún tiempo, con escándalo de las personas conocidas, que pensaron que la madre de Luis no tenía reparo alguno en hacer cualquier cosa siempre que se tratara de la felicidad y del bienestar de su hijo.

Luisito abandonó sus amistades de gitanería y de café cantante, por donde la madre consiguió lo que deseaba.

En el invierno, Lola estuvo en Madrid y Luis ni apareció por la Universidad, ni se examinó siquiera. Lo que hizo fue gastarse el dinero de la herencia alegremente.

Luis, el afortunado, pasó por esas épocas peligrosas de la juventud sin que le quedara esa mezcla de tristeza y de rencor que es frecuente en los hombres de mala suerte.

Luis hizo una porción de poesías dedicadas a Lola.

Esta era una mujer extraordinaria por su malicia y su gracia. El joven Carvajal se iba despabilando y olvidando muchas tonterías y muchas ilusiones; unas, producto de la juventud, y otras, aprendidas en los libros.

Al cabo de año y medio aquellas relaciones se rompieron. Lola tenía una tía que le hizo varias reprensiones éticas, y hasta le habló del infierno, de tal manera, que la sobrecogió.

En una conversación que Lola Durand tuvo con la madre de Luisito, le dijo a su amiga francamente:

—No creas que he reñido con tu hijo solo por mí. He reñido porque le iba tomando cariño y él me hubiese dejado. Es muy buen chico, es verdad; pero muy veleta.

—Sí; pero tú también eres muy veleta.

—Quizá sea cierto; pero yo estoy ya en edad de no variar.

Doña María se rio de buena gana al oír aquellas confesiones de su amiga. Tuvo después una explicación sumamente graciosa con su hijo. Ella era como él, imprevisora, ligera, y no daba gran importancia a las cuestiones que para la mayoría de las gentes eran trascendentales. No le importaba el dinero, ni tampoco gran cosa las preeminencias sociales. En la familia, solamente la hija mayor había salido económica y con gustos prudentes y burgueses.

«Tú eres una calamidad, Luis —concluyó diciendo a su hijo—. Yo te he querido demasiado. No hagas locuras, porque te puedes arruinar.»

Luis le prometió seriamente que no haría más que gastar de la mejor manera

posible el dinero que le dieran. Estaba plenamente convencido de que él era como los pájaros, que sirven únicamente para cantar, cuando sirven para algo.

Durante las vacaciones, y con objeto de evitar nuevos escándalos, se decidió que Luis fuera a la finca de la orilla del mar, y después, como allí no pudiera aguantar más, marchó a la casa de unos parientes que vivían en un pueblo de la provincia de Cádiz.

LA CASA GRANDE del pueblo gaditano estaba en un gran paseo. Era de dos pisos, blanqueada, y tenía en el bajo rejas, y en el principal unos grandes miradores pintados de verde. El cuarto que le dieron a Luis era muy espacioso y relativamente fresco. En la casa se aburría de una manera completa. Sobre todo, las horas de la tarde calurosas no sabía qué hacer, y únicamente a la puesta del sol salía a dar vueltas por el paseo principal y marchaba también por la orilla del río. Todavía quedaba el Gran Hotel, que había puesto hacía muchos años un italiano, adonde solían ir personas distinguidas.

Después de cenar había tertulia en un café de gentes que se interesaban por la política y la literatura.

Iban allí algunos partidarios de las novelas de Zola, otros de Valera y de Galdós, y hasta alguien que había leído a Ibsen y que, debido a la exageración andaluza, le parecía algo extrahumano. Iban también algunos cómicos de la legua, que estaban poco tiempo en el pueblo. Uno de ellos contó que había querido en Barcelona representar el *Tenorio*, y cuando le dijo al empresario que se llamaba sencillamente López, aquel le contestó con acento muy cerrado: «No, *Lopes* no me sirve. Si se llamara usted *Gusmán* o *Mendosa* ya sería otro asunto; Pero *Lopes*, no».

Luis, a fuerza de aburrimiento, desesperado, hizo algunos versos que a todos los tertulianos del café les parecieron detestables, pero algunos años después, que volvió por allí, cuando oyeron que ya no hacía versos y que había quemado los que le quedaban, muchos que antes los habían encontrado pésimos, le dijeron: «Pero, hombre..., ¡qué lástima!».

Sin duda, es la pedagogía que hay que seguir con los versificadores: primero, decir que sus producciones son malísimas y que pierden el tiempo lastimosamente fabricándolas, y luego lamentarse de que hayan dejado de hacerlas.

En la casa donde Luis se hospedaba había dos primas suyas jóvenes, cada una con su novio, y una tía de estas, María Victoria, solterona, de cuarenta a cincuenta años, más cerca de los cincuenta que de los cuarenta, que produjo durante algunos meses gran preocupación en la casa.

Quizá en parte había en aquella preocupación cierto interés práctico; pero más que nada, curiosidad. María Victoria, la solterona, comenzó a recibir cada quince o veinte días cartas dirigidas a ella con una letra muy clara y hermosa. Como la madre se arreglaba más que de ordinario y marchaba con frecuencia a un pueblo de las inmediaciones, se supuso que tenía un galanteador. ¿Quién sería él? Había gran expectación en toda la familia por aquel misterio de las cartas y el supuesto e incógnito don Juan.

Una vez le cogieron una carta que la tía mandaba al correo. Decía así:

Muy señor mío:

Perdone usted que le diga que no puedo darle ninguna cita ni salir con usted al anochecer. Usted se propasa y eso no es propio de un caballero. Aceptaré su compañía por la mañana o por la tarde, para hablar con usted; pero de noche, no, de ningún modo. Comprenda usted mi situación.

Le saluda su afectísima,

María Victoria.

Aquella carta produjo una curiosidad terrible. Las sobrinas de la interesada, las criadas de la casa, las amigas, no pensaban más que en esto, en el galán misterioso y en descubrir su personalidad.

Le comisionaron a Carvajal para que lo averiguara.

Una de las veces, Luis fue a espiar a la solterona en una de sus salidas, la cual no hizo más que estar en casa de una amiga de visita e ir a varias tiendas.

Luisito vio la letra de las cartas que enviaba María Victoria y la letra de las que recibía, y se convenció de que las escribía ella misma. El inglés de la tertulia, a quien contó la cosa en confianza, le dijo: «Es como Toots, el joven de la novela *Dombey e hijo*, de Dickens, que se escribía a sí mismo».

Luis le envió una carta a su tía, diciéndole que sus sobrinas la espiaban, que podían averiguar su broma y que la suspendiera por algún tiempo.

En otro de los veraneos suyos, en vez de ir al pueblo del Atlántico, fue a uno del interior. Al principio le pareció la estancia en el pueblo muy agradable, pero después se aburrió también allí, como le ocurría en todas partes. Su entusiasmo inicial le hizo pensar en adquirir una casa grande y abandonada, de piedra sillería. Influyó en él para ese deseo tan extemporáneo el saber que antiguamente había sido de un Carvajal.

—¿De quién ha sido esta casa? —preguntó por curiosidad al secretario del Ayuntamiento del pueblo, sorprendido del aspecto suntuoso, aunque ya un tanto deteriorado, de la morada.

—Ha sido de mucha gente —le contestó aquel—. Pero al principio fue de la familia de los Carvajales.

—¡Es curioso!

—¿Por qué? —le dijo el secretario.

—Porque yo me llamo así.

—Ya ve usted cómo pueden volver las aguas a los antiguos cauces. Anímese y haga usted que sea de nuevo esta la casa de los Carvajales.

La vendían muy barata, y eso animó un poco al joven veraneante, pero no reunió el suficiente dinero para adquirirla. Tres o cuatro años después, al volver a pasar por allí, el hijo del antiguo secretario le preguntó:

—¿Compró usted la casa?

—No.

El muchacho había entrado en el archivo de la Diputación y estuvo en el pueblo también pasando unos días.

—¿De qué tiempo cree usted que es? —le preguntó Luis.

—No lo sé. Supongo que del siglo dieciséis. Había un hierro viejo y roto en la chimenea, con unas armas, en el que se leía: «Año mil quinientos cuarenta y cinco». Yo tengo en el archivo un censo o apeo estadístico del final de ese siglo en toda la provincia, y si esa casa estaba ya construida, debe de constar quién vivía en ella en ese tiempo. Si encuentro el dato se lo mandaré a usted.

Dos o tres meses más tarde lo encontró y le envió una copia a Luis, y este vio que en la casa vivía como dueño un don Fulano López de Carvajal. A la familia de Luis le chocó el hecho, pero no le produjo la menor preocupación.

CARLOS VILLEGAS era delgado, moreno, un poco seco, con un aire indiferente y vestido con elegancia. Había nacido para ser un técnico, y así se sentía en su lugar en el Cuerpo de Ingenieros de Caminos. Tenía una idea de la carrera que pronto terminaría como la que tiene el militar de su regimiento. Para él la gloria del Cuerpo era la suya. Pensaba casarse con alguna muchacha rica de provincias. Era enemigo de todo lo que fuera raro y pintoresco, y partidario de una corrección excesiva. Fuera de sus conocimientos, era muy protocolario y muy vulgar.

Luis, al principio, no lo notaba; después sí lo comprendió. Entre dos personas de ideas y de temperamentos diferentes tiene que haber algunos puntos de contacto para que puedan ser amigos; estos puntos de contacto entre Villegas y Carvajal eran su entusiasmo por la música y por la poesía. El entusiasmo por la poesía en Villegas tenía principalmente su razón en que el joven se consideraba pariente del poeta riojano don Esteban Manuel.

Luis reconocía que era de los mejores poetas bucólicos de España, y, evidentemente, pocas poesías tienen la suavidad y el encanto de aquellos versos sáficos que comienzan diciendo:

*Dulce vecino de la verde selva,
huésped eterno del abril florido,
vital aliento de la madre Venus.
Céfiro blando.*

Carvajal discutía las obras del poeta Villegas.

De algunas de las poesías de don Esteban Manuel, dice su autor: «A los veinte, rimadas, y a los catorce, escritas», lo que quizá es un poco fantasía de poeta.

Luis leyó que al *Cisne del Najerilla* le procesó y le prendió la Inquisición de Logroño; pero Villegas, su supuesto pariente, no quería reconocer el hecho.

De la poesía castellana de Villegas y de Garcilaso, Luis Carvajal había trasladado su entusiasmo al Arcipreste de Hita y a Gonzalo de Berceo. Quiso conocer los rincones de Castilla, porque en aquel tiempo entre los escritores nuevos se hablaba mucho del paisaje castellano, de los pueblecitos pequeños, de la vida humilde y resignada de la aldea.

Tenía Luis discusiones con los amigos en cafés y rincones literarios. ¿Qué era lo que se debía intentar en la vida? ¿Ganar dinero? ¿Acomodarse y hacerse empleado y político? ¿Encontrar una novia rica? ¿O buscar la hija, aunque fuese fea, de un político influyente? Para algunos, la cuestión era hacer una obra importante, libro, poema o tragedia. Para otros, eso no pasaba de ser un mito estúpido, que no valía la pena de pensar en él.

Carvajal, varias veces, sin darle mucha importancia, pensó si cada uno tendría un destino determinado. Realmente, esta es una idea que existe en los hombres desde que comenzaron a discutir con un sentido claro y filosófico. Pero es una idea que no ha llegado a terminar en nada. Desde un punto de vista elevado y metafísico, parece evidente que no se puede elegir y que todo está determinado, pero hay una libertad práctica que tiene algún valor.

Luis empezaba a tener la sensación de que la vida, a pesar de los entretenimientos y distracciones, era un poco pesada. Cuando discutía o proyectaba algo, esta sensación de hastío se le pasaba, pero pronto volvía a ella.

Una decisión que le iba poco a poco dominando era la de no dejarse arrastrar por los acontecimientos, la de no irse por la pendiente fácil, y elegir, aunque fuera por espíritu de contradicción, el sendero difícil y abrupto, mejor que el fácil, solo por demostrarse a sí mismo que tenía energía y que no era como una rama o como un montón de hierba que arrastran las aguas del río.

SIN NINGÚN ESFUERZO, Luis acabó la carrera de Leyes. Por entonces, su padre le comunicó que el abuelo del muchacho acababa de morir y tenía que recoger la herencia de algunos miles de duros, parte que le dejaba exclusivamente al mozo.

Al llegar a su casa pudo comprender que su padre tomaba un tono de solemnidad que en él no era habitual.

—Mira, Luis —le dijo—, yo he tenido unos años que andaba muy bien; venía el dinero fácilmente a casa y no había más que guardarlo o que gastarlo; pero, chico, desde hace algún tiempo eso ya no se da, y la corriente del Pactolo se ha desviado de nuestro despacho no sé por qué.

—¡Qué se va a hacer!

—Tú lo miras con indiferencia, porque eres joven y no sabes lo que es la miseria. Yo no digo que lo sepa a fondo, pero he visto su estampa de bastante cerca. Si no en mí, en otros, y hay que reconocer que la pinta no tiene nada de agradable. Se dice que del lobo un pelo, y a mí me ha bastado el pelo para saber lo que es.

—Yo no sé —contestó el hijo—; puede que con el tiempo le tenga mucho miedo a la pobreza.

—Esa serenidad está bien en la juventud. Hay como dos versiones con relación a la miseria: unos dicen que recordar la fortuna en la desgracia es un gran dolor; otros aseguran que vale más haber tenido fortuna alguna vez que haber sido siempre un miserable. Hace veinticinco o treinta años todo venía automáticamente a manos de unos cuantos amigos y a las mías, pero después ha cambiado, sin duda, en este pueblo la mecánica de los negocios, y ya no somos nosotros ni los indispensables ni, diciéndolo de una manera cínica, los acaparadores. Otros nos han sustituido. Yo sigo con mis asuntos. No marchan tan bien como yo quisiera, pero me sostengo, aun ganando menos que antes. Si yo fuera un poco ridículo, pretendería un título nobiliario.

—Pero no lo eres.

—Es verdad, no lo soy. Tu madre tampoco tiene preocupaciones aristocráticas, y a ti te pasa lo mismo.

—Es cierto.

—Ahora te voy a hacer una proposición, y quiero que reflexiones sobre ella; mejor dicho, es una alternativa que te propongo. No te decidas inmediatamente, sino que piensa despacio y con calma y luego resuelves.

—Bueno. Veamos tu proposición.

—Se podría llamar también un dilema.

—A ver. Explícate.

—Yo, la verdad, no te considero un hombre muy práctico, y no tengo mucha

esperanza de que tú te decidas por aceptar lo que te voy a proponer.

—Bueno, dejemos, si quieres, los preámbulos y vamos al asunto.

—El asunto es que yo ya no estoy muy fuerte, que no tengo muchas facultades para el trabajo y que me pienso retirar y dejar la casa de Banca. Ahora, ¿quién me sustituye? Yo, naturalmente, preferiría que fueras tú, pero no creo que tú tengas aficiones a estas cosas. Tampoco tienes entusiasmo por el dinero, es decir, quieres tener dinero para poder gastarlo, pero nada más. En el caso de que tú me fallaras, tendría que echar mano de tu cuñado. Este quizá no es tan inteligente como tú, pero siente un gran afán por ser rico y por tener influencia, y además, su mujer, tu hermana, es de mucho brío y le ayudará a subir.

—Todo eso que dices es verdad.

—Si tú aceptas la dirección de la casa, ya sabes, poco más o menos, tus obligaciones. Hay que trabajar constantemente, y más al principio, para enterarse de la marcha de los asuntos. Lo más que se puede dejar la oficina es cuatro o cinco días al año, para hacer un viaje rápido a Madrid o Barcelona. Probablemente tendrías que casarte y hacer la misma vida que he hecho yo. Si no aceptas la dirección de la casa, porque esto te parece una obligación pesada y fatigosa, yo te advierto que tendré que hacer testamento, dejar todos los negocios de la casa a tu cuñado, después el máximo del capital a tu madre y a tu hermana pequeña, y el resto, en partes iguales, a la mayor y a ti. ¿Qué te parece?

—Me parece muy bien.

—Esto en el caso de que no quieras la dirección de la casa y que prefieras la independencia, con algún poco de dinero. Supongo que harás una tontería, pero aunque te arruines, tu madre y tu hermana pequeña te darán siempre lo que tengan, porque están chifladas contigo. De todas maneras, tú no te precipites en la contestación. Tienes tiempo para pensarlo bien, y cuando lo resuelvas, como a mí no me gustan las escenas sentimentales, se lo dices a tu madre, y ella me lo dirá a mí.

—Muy bien.

—Así que mis planes, en el caso de que tú no quieras ser banquero, ¿no te molestan?

—No, nada de eso. Me parece que todo lo has pensado muy bien.

—Bueno; yo, de todas maneras, he querido advertírtelo, no sea que el mejor día, a pesar de las seguridades que le dan a uno los médicos, la vaya uno a *diñar*, como diría la gente de la calle.

—Pues nada, puedes estar tranquilo, porque mi contestación será bien meditada, y sea una cosa u otra, no habrá en mí el menor resentimiento.

—Eso me gusta; que hablemos padre e hijo como buenos camaradas.

Luis pensó durante varios días la proposición de su padre, y se convenció de que quedarse en su ciudad, en la oficina, para él sería ser desgraciado; que preferiría tener dinero en la juventud, ensayar varias cosas, aunque le salieran mal, y después recogerse y vivir como fuera.

A la mitad del verano se lo dijo a su madre, y esta se lo comunicó a su marido, y quedaron de acuerdo en que le darían parte de su fortuna, y que Luis saldría al extranjero, que era uno de los proyectos que más le ilusionaba.

Por esta época, su amigo Villegas le invitó a ir a Nájera, donde tenía una casa antigua. Luis tomó el tren para Madrid, y después se marchó al pueblo de su amigo. Este pequeño desplazamiento le quitaba al viaje el aire semitrágico que hubiera tenido, pensando que abandonaba ya para siempre los negocios de su padre y que se iba a vivir al extranjero.

LOS VILLEGAS eran dueños de una casa señorial, con una torre antigua y unos salones un poco destartalados, con algunos muebles isabelinos y una biblioteca con libros viejos y mohosos.

Su amigo Rafael, que en Madrid tenía algunas ínfulas aristocráticas, en el pueblo riojano tomaba unos aires señoriales un tanto cómicos.

La Rioja no es un país que acepte preeminencias de esta clase, y a Luis le pareció que su amigo se ponía un poco en evidencia. La hermana de Rafael, Margarita, era también muy entonada y se sentía algo feudal. Tenía cuatro o cinco años más que Luis. Era una mujer alta, morena, de pelo negro rizado, con unos ojos claros muy seductores. Se sentía abandonada en aquella soledad del campo. Era ella un tipo ibérico, que podía aparecer con su perfil en una moneda de Tarazona, de Ágreda o de Numancia.

Al principio, con Luis estuvo un poco seca, pero se vio pronto que le gustaba hablar con él, y luego se entusiasmó con el joven andaluz, y quiso dominarlo. Él, que no tenía mucha resistencia, se dejó querer con facilidad.

Margarita era muy culta. Hablaba del *Cisne de Najerilla*, como llamaban a su antecesor el poeta Villegas. Había leído los libros del padre Flórez de Anguiano y los de Risco, sobre la antigua Cantabria; conocía una porción de historias acerca del monasterio de Santa María de Nájera y sobre San Millán de la Cogolla.

Aquella señorita sabia le explicó al muchacho andaluz la genealogía complicada de los Villegas, pero a Luis, que no se enorgullecía con mitos aristocráticos, pues había conocido barberos que se llamaban también Villegas, no le hacían aquellas explicaciones farragosas efecto alguno.

Margarita Villegas, a pesar de su cultura literaria y de sus pretensiones aristocráticas, como había vivido en el campo, tenía a veces arranques de aldeana. Soñaba con ir a vivir a Madrid. No había pasado más que pequeñas temporadas en la corte, en Barcelona y en San Sebastián.

LUIS CONOCIÓ al médico que visitaba la villa, que era un hombre joven que comenzaba a ejercer la Medicina en el pueblo y que, al parecer, era hijo de un médico de Madrid de buena posición. Este joven era un poco burlón y charlaba mucho con Luis, y hablaron repetidas veces de Margarita.

—Esta mujer no deja de tener su encanto —afirmó Luis—. Porque por entre su tendencia entonada aparece su natural selvático.

—Estas mujeres —dijo el médico joven, que era quizá un poco cínico— saben a tinta y a libro viejo.

—¿Usted cree?

—Es lo que me parece. Y a mí me gusta que una mujer parezca principalmente mujer, como un caballo debe parecer caballo.

—Con perdón —dijo Carvajal.

—Eso es, con perdón —asintió, riendo, el médico.

—Pues a mí no me parece que Margarita sepa a tinta ni a libro viejo, como usted dice, y creo que cuando encuentre al hombre que le guste, será muy mujer.

—Ya lo ha encontrado.

—¿Quién es?

—No sea usted cándido: usted. Usted me recuerda una poesía del *Cisne de Najerilla*, que suele recitar Margarita, y que dice así:

*Así, tan sin espuelas,
en el caballo belerofonteo
te subes, ¡oh!, que vuelas
tan solamente en alas del deseo,
Filomuso, y podrías
pagar en aguas tales demasías.*

El médico afirmó que Margarita no se entendía muy bien con su hermano, por la tendencia demasiado sincera de ella. Rafael era siempre entonado, y afectado, y ella, no.

Este fondo dionisiaco de Margarita le producía a Luis una gran admiración, pero comprendía que no tenía por ella entusiasmo, sino solamente admiración por su carácter. El recuerdo de Lola Durand y de su gracia chispeante y de su alegría, a veces disparatada, le hacía pensar que ninguna mujer que conociera podría sufrir comparación con ella.

Margarita, en una conversación que tuvo, muy animada, con Luis, se quejó del carácter de su hermano, de su intransigencia y de la pretensión que tenía de que ella viviera siempre en un rincón, ocupada en faenas vulgares, y dijo que si llegaba a tener

un sentimiento fuerte por alguno, sería capaz de marcharse de casa, sin preocuparse por la opinión ajena.

A Luis le pareció que la insinuación era bastante clara. Pensó que si huía con ella, Villegas no se lo perdonaría jamás: sería enemigo suyo durante toda la vida y consideraría que le había ofendido profundamente, aunque después el asunto terminara en matrimonio. Villegas era hombre para quien la fama de la familia era algo tan sagrado como podía serlo para el sucesor de Laín Calvo.

Luis escribió una carta a su madre, y esta, que no le tomaba muy en serio, le contestó lo siguiente:

Querido Luisito:

Me dices que te quieres quedar en Nájera durante algún tiempo y tener relaciones con esa chica medio poetisa que has encontrado. A mí, en principio, me parece todo bien, pero creo que debes ver si ese entusiasmo tuyo es fuerte o no lo es. Yo creo que tú eres muy volandero y que para ti se ha escrito este cantar:

*El lunes me enamoro;
martes, lo digo;
miércoles, me declaro;
jueves, consigo;
viernes, doy celos,
y sábado y domingo
busco amor nuevo.*

Tu padre dice que no cree en tu constancia, y te aconseja que, en beneficio tuyo y de esa señorita, vayas pronto a París y estés, por lo menos, seis meses allí. Si al cabo de seis meses sigues con tu entusiasmo por la poesía bucólica y por tu Filis, te autorizaremos a que te cases con la dama. Ya sabes que no somos padres severos de comedia. Con un apretado abrazo de tu madre,

María.

Luis contestó protestando un tanto de la poca seriedad que le atribuían, y aseguró que a veces tenía constancia en sus sentimientos, aunque evidentemente no siempre.

Por entonces, Margarita, que vio que sus amores con Luis no prosperaban, llamó a una parienta suya, sin duda para que la ayudara a convencer a Carvajal.

La señora era una mujer sabihonda, que creía que lo más importante del mundo era Nájera, y en Nájera su casa y su familia. A Luis le tomó por un mozo atrevido, que pensaba entrar en la familia de los Villegas haciendo la corte a Margarita, apoderarse de la casa señorial y de las fincas, suponiendo que Rafael, el hermano, por ser ingeniero del Estado, no se quedaría allí. Esa pensó que era la combinación del

joven forastero.

Entonces, por política, insistió en su desconfianza y le dio a Luis una impresión demasiado clara de lo que podría ser la vida en una aldea. Esta impresión la aumentó la conversación frecuente con el médico, quien pintaba a su vez la vida en la aldea y en el campo como algo de una petulancia y de una suficiencia insoportables.

La volubilidad de Luis se mostró claramente, y empezó a pensar que, efectivamente, había hecho una tontería al entrar en aquella amistad sentimental, aunque, por otra parte, había que reconocer que no se había comprometido a nada. De pronto sintió la impresión, que en él era habitual, de caer en un lazo, y pretextó en la casa que iba a San Sebastián a ver a su madre y que volvería al día siguiente.

SE DESPIDIÓ para pasar dos días, y por la tarde tomó el tren. Iba preocupado. En el vagón se encontró con una muchachita de quince a dieciséis años, acompañada de una señora, y que se dirigían las dos, con él, a San Sebastián.

Hablaron de la gente de Nájera, de Margarita Villegas, a quien conocían; de su tía y del médico joven madrileño. Luis recitó romances antiguos. La chica se reía a carcajadas, y decía a cada paso:

—¡Ay ené! ¡Qué *chirene*!

La señora que iba acompañándola era ya vieja, y parte del camino fue rezando. El padre de la chica era comerciante en Bilbao, y ella vivía en esta ciudad; tenía familia en San Sebastián, adonde iba a pasar una temporada con aquellos parientes.

La muchacha se llamaba Belén.

Era todavía una chiquilla de quince a dieciséis años, con el pelo rubio y los ojos negros, sin ninguna idea fija, riéndose de todo, muy bien vestida y sin preocupación alguna. El padre era guipuzcoano y ella también; pero como estaba educada en un colegio de Bilbao, usaba las palabras corrientes de esta villa.

De lo gracioso decía que era muy *chirene*; a los jóvenes tímidos los llamaba *coitados*; a los tontos, *sinsorgos* y *lerdos*. A Luis le hizo mucha gracia su conversación, y a la chica el tipo de su acompañante ocasional y su acento medio madrileño y medio andaluz. Como él llevaba barba, la chica le dijo en broma que le había tomado por un señor grave y solterón.

Belén contó su vida, que, naturalmente, no tenía grandes accidentes. Luis contó la suya, y llegaron a decirse que debían tratarse y escribirse.

Al llegar a San Sebastián, ya Luisito tuvo que reconocer que era demasiado fuerte lo que le había ocurrido, porque olvidar a la musa de Nájera a los seis meses de estar en el extranjero, en una ciudad distraída como París, según pensaba su madre, no era raro, pero que la hubiese olvidado pocas horas después de separarse de ella, ya era demasiado.

Pensando en su versatilidad y en Belén, recordó aquella poesía del marqués de Santillana:

*De Vitoria me partía
un día de esta mañana
por me pasar a Alegría,
do vi moza lepuzcoana
entre Gaona y Salvatierra,
en ese valle apartado
donde s'aparta la sierra,*

*la vi guardando ganado
tal como el albor del día
en un hargante de grana,
cuando todo home la querría
non vos digo por hermana.*

OCTAVA PARTE

LOS SATURNIANOS

I

EN BIARRITZ

LLEGÓ LUIS a Biarritz y se instaló en un hotel del centro no excesivamente caro. Después fue a visitar a la prima de su madre, Cecilia Evans, que estaba hospedada en el hotel de Inglaterra, entre la Gran Playa y la calle de Mazagran.

La señora inglesa tenía un aire imponente. La cara pálida, el pelo rubio, entrecano, y vestía con suprema elegancia.

A pesar de su seriedad, era una señora bastante coqueta y muy preocupada de su belleza. Con cualquier pretexto evitaba la luz fuerte, que, sin duda, creía que le quitaba el aire de juventud y frescura de su tez. La dama era una mujer de un carácter dominante, con una seguridad en todo lo suyo completa. Tenía gran energía y una tendencia al mando.

Poco después de haberse presentado a la madre, llegó su hija, Edith, muchacha tan atractiva que le hizo olvidar a Luis no solo a la de Villegas, sino a la Belén guipuzcoana que acompañó en el tren y con quien no había podido hablar en San Sebastián con la libertad que él hubiera deseado.

Edith era una de esas bellezas casi angelicales que se dan, sobre todo, en Inglaterra. Ojos azules, pelo rubio de oro, color sonrosado. Podía haber pasado por un hada o por una ninfa; Luis comprendió que a la bella inglesa, como a su madre, le gustaba ejercer su dominio sobre cuantos la rodeaban. El primo español fue considerado por ellas como muy presentable a sus amigos y amigas, y después tuvo éxito en las reuniones en que fue introducido por las dos damas.

A Luis le encontraron muy bien, con un gran aire de raza. Naturalmente distinguido, de esbelta figura, tenía una expresión amable. La tía Cecilia observó después que la barba clara de su sobrino no le favorecía, y como se lo indicara, Luis no tuvo inconveniente en afeitarse.

Aunque no podía seguir siempre una conversación en inglés, le decían que tenía poco acento extranjero, y le aseguraban que hablaba el francés perfectamente.

Cecilia Evans y su hija Edith, al cabo de unas semanas, dejaron el hotel de Inglaterra y se trasladaron a una villa colocada en medio de un jardín. Era una casa muy elegante, con cuadros de valor en las habitaciones y una surtida biblioteca. En el mobiliario se había huido, con buen gusto, de todo cuanto fuera exagerado y presuntuoso. Poco después de instaladas madre e hija en la villa, llegaron la señora de compañía de Edith y dos criadas.

La vida en Biarritz fue para Luis muy alegre y divertida; Edith y sus amigas, que iban teniendo cada vez más confianza con él, le invitaban a sus reuniones, a sus fiestas y a sus partidos de tenis.

Ella simpatizaba con el primo español; él estaba a punto de enamorarse, aunque le molestara con frecuencia su empaque aristocrático. Edith era a veces muy severa,

decía frases duras a la señora de compañía, que le tenía gran afecto. Así, por ejemplo, le advirtió una vez: «Ahora no me hable usted. Yo le indicaré el momento en que quiera ocuparme de esa cuestión».

Otras veces, cuando estaba hablando de algo y la señora de compañía se le acercaba, le decía fríamente: «Perdone usted, pero no quiero que se entere nadie de mis asuntos».

Luis se sorprendía de aquellas formas tan secas con personas queridas.

—Pero... ¿cómo puede usted tratar así a una persona a quien tiene afecto?

—Usted es español —contestó ella—, y, sin duda, cree que no hay clases. Yo soy inglesa, y creo que las hay, y que cada cual debe quedarse en su sitio, sin salir de él.

Con gran desilusión supo Luis y pudo comprobar que su prima tenía un novio, con el cual se iba a casar pronto. La noticia le afectó mucho.

Las chicas con quien hablaba, amigas de Edith, la mayoría inglesas como ella, le invitaban a Luis a sus reuniones y a sus bailes. Había entre aquellas dónde elegir: rubias, morenas, de ojos claros, de ojos castaños, de color pálido y de labios rojos. Un verdadero plantel de bellezas.

Una de las muchachas, Mary de nombre, una chica morena de ojos negros, muy perfilada e ingeniosa, era un poco extravagante, pero tenía gracia, una gracia muy personal. Hablaba bien el francés y aprendía el español con gran facilidad. Hacía al expresarse algunos guiños, y tenía definiciones para todo el mundo.

«Yo soy muy frívola», solía decir con frecuencia; lo que no era verdad, pues tenía mucho sentido y conocía bien a las personas, pero se ilusionaba fácilmente y su entusiasmo hacía que sus observaciones no le sirvieran para nada. Así, decía de una de sus amigas, sin precisar de cuál, pero que Luis sospechaba que quería referirse a Edith: «Es muy egoísta, muy egoísta, pero yo la quiero con delirio».

El padre de Mary era un señor serio y sombrío, que solo cuando su hija decía algo ingenioso desarrugaba su rostro ceñudo y se reía. Era un hombre con una cara de dios Término, ancha e inexpresiva. En su mentón grande, de inglés, tenía una depresión profunda, y, según decía su hija, parecía que de allí, como de una estatua, debía de brotar el agua para caer a un pilón.

Luis iba enamorándose de su prima por momentos. Ella estaba muy inclinada a él, pero dispuesta a casarse con su prometido. Ciertamente, él era muy versátil; pero ella, si no lo era, creía poder tener al mismo tiempo un novio con quien casarse y un pariente joven con quien flirtear. Por lo menos, él, mientras la tenía delante, no era capaz de pensar más que en ella, la oía, la contemplaba y se extasiaba mirándola. Ella, al parecer, podía tener esa duplicidad de querer a su prometido y de coquetear con su primo.

Edith y Mary quisieron aprender el español con Luis como profesor, y él les enseñó a recitar versos de fray Luis de León y de San Juan de la Cruz.

A veces, Luis se entristecía viendo que no tenía esperanza alguna; otras llegaba a tener ilusiones y pensaba que podría surgir una incidencia cualquiera que hiciese

cambiar su suerte.

Mary, la muchacha inteligente y burlona, que veía a Luis, al parecer, indiferente para todo cuanto le rodeaba, decía que era hombre insensible y hasta byroniano, y le llamaba, en broma, mefistofélico. Edith, que le conocía muy bien, lo consideraba como un joven romántico completamente inocente.

Llegó el tiempo en que el matrimonio convenido de Edith dejó de ser una posibilidad a largo plazo, y se fijó la fecha de la boda, y el novio oficial se presentó en Biarritz y estuvo pasando allí algunos días.

Luis pensó que conservarse digno y sereno en aquellas circunstancias era una gran victoria ante sus ojos. No quiso retirarse rápidamente, y fingió que no estaba herido. Mary, sospechando lo que en el fondo de su corazón ocurría, se le acercó con intenciones de consolarle.

SE CELEBRÓ EL MATRIMONIO en Biarritz, al fin de la temporada de verano, con gran ceremonia. Los novios marcharon a Marsella, en cuyo puerto debían embarcar para dirigirse a Egipto, en donde el ya marido de Edith tenía su empleo. La madre de la recién casada marcharía a París, acompañándola su sobrino, Luis Carvajal. Fueron juntos a un hotel de la calle de Rívoli, donde pasaron dos semanas reunidos, al cabo de las cuales ella, ya sola, se marchó a Londres.

El primo inglés, Carlos Evans, militar, que había estado en África, y que sabía muy bien el español, se brindó a llevar a Luis a casa de sus conocidos parisienses, la mayoría escritores y artistas. El inglés residía en una pensión del bulevar Malesherbes, cerca del parque de Monceau. Con su primo hizo Luis Carvajal el recorrido obligado de las curiosidades de París, como todos los provincianos; visitó, naturalmente, el Moulin Rouge, el de la Galette, y presencié todas las extravagancias de aquel tiempo, en que la mezcla de la alegría con lo macabro se tenía por un verdadero hallazgo.

Evans era bastante más joven que Luis, pero igualmente despreocupado. Tenía gran afición a viajar y a ver tierras y panoramas nuevos para sus ojos. Había estado ya, a pesar de su juventud, en medio mundo, no solo en Europa, sino en América, Asia y África.

Estos viajes y estancias de sitios tan diversos le infundieron el convencimiento de que, en cuestiones de ideas y de costumbres, no existía nada fijo, y que aquello que era bueno en un sitio, en otro lado parecía malo. Ya en su tiempo, Pascal había dicho, contrastando el relativismo: «Vérité en deçà des Pyrénées, erreur au delà».

Evans y Carvajal se hicieron muy amigos.

Evans era teniente de artillería, y entonces se dedicaba a vagabundear por París aguardando para ir al Transvaal, a tomar parte en la guerra de los bóers, no por espíritu de conquistar grados en su carrera, sino simplemente por curiosidad. Pensaba, una vez terminada la guerra, internarse en África y recorrer sobre todo las orillas del Níger y del Congo, que llamaban su atención por el riesgo y lo inesperado que podía significar visitarlas.

III

EN PARÍS

LUIS NO TENÍA ningún espíritu de explorador, y creía que no sería capaz de resistir los trabajos y penalidades que a su primo le atraían con tanta fuerza. Luis estaba resuelto a quedarse en París algún tiempo, hasta que se le pasara la melancolía de su reciente fracaso sentimental. Pensaba que las orillas del Sena seguramente eran un buen escenario y hasta un buen sanatorio para enterrar una pena y desvanecer melancolías. Si iba a su pueblo, su familia seguramente se hubiera reído de él y su madre habría bromeado sobre su versatilidad, insistiendo en considerarle como volandero y poco firme en todo. Carvajal escribió varias veces a su madre, diciéndole que se iba a quedar en París una temporada para hacer unos estudios. Ya veía que él era una calamidad para las cosas serias, que empezaba muchas y no terminaba ninguna, quizá porque no encontraba su vocación definitiva; pero que, a pesar de todo, iba a ensayar. ¡Quién sabe si al último daría con su camino!

Siguió el joven andaluz dedicándose a las diversiones, a los teatros, a los restaurantes de moda y a los cafés de Montmartre, y aunque no dejaba de comprender que todo aquello era en el fondo bastante vulgar, y que estaba a la altura de los gustos de cualquier dependiente de comercio, frecuentaba esas diversiones porque no tenía otras.

Cuando su primo Evans se marchó, reclamado por su obligación profesional, algunos amigos nuevos parisienses le preguntaron a Luis: «¿Para qué vive usted por estos barrios de ricos y de rastacueros? En el Barrio Latino encontraría usted un cuarto mucho más barato y hasta mejor».

Luis recorrió los alrededores del jardín del Luxemburgo.

«Evidentemente, esto es un poco triste —se dijo—, pero rima bien con el tono de mi espíritu.»

Por aquel tiempo en Francia estaba liquidándose la cuestión Dreyfus y había casi diariamente manifestaciones tumultuosas y luchas en las calles de la capital francesa. Varios de sus amigos intervenían en aquellos jaleos, y llegaron a cambiar algunos golpes en la calle con los reaccionarios. Él contempló peleas y manifestaciones con indiferencia, porque no conocía con detalles los antecedentes del caso que se debatía a golpes.

Siguiendo, al fin, el consejo de sus nuevas amistades, Luis buscó habitaciones en el Barrio Latino, y encontró alojamiento en un hotel de la calle de Assas, sala y alcoba, con dos balcones al jardín del Luxemburgo, por ciento cincuenta francos al mes, que entonces no parecía excesivamente barato.

Al trasladarse a vivir al nuevo barrio, sus puntos de reunión cambiaron, y se dedicó a frecuentar el café Voltaire, la Souce, la taberna del Panteón y la Closerie des Lilas.

En aquellas tertulias estaba a la orden del día la literatura más aún que la política, a pesar de que la cuestión entre dreyfusistas y antidreyfusistas había removido hasta el fondo de la sociedad francesa.

Carvajal tenía sus opiniones sobre los escritores que habían intervenido en aquella cuestión candente, pero no siempre las podía exponer. Aun en la misma literatura ya pasada, una opinión indiferente producía protestas. Carvajal recordaba que una vez había dicho a un contertulio de café:

—¡Chateaubriand! Me parece uno de los escritores más aburridos del globo.

El contertulio protestó violentamente:

—Su prosa es lo mejor de nuestro idioma —le dijo el francés.

—Quizá para ustedes. A mí no me interesa nada.

Los que escuchaban, aunque alguno coincidiese con él, por espíritu de nacionalidad tomaban sus juicios como verdaderas blasfemias.

Se seguía por entonces discutiendo el *Cyrano de Bergerac*, de Rostand. Había algunos que admiraban con entusiasmo al poeta, pero ya otros empezaban a abandonarlo. Los aficionados a la comedia comentaban los estrenos de Mauricio Donnay, de Capuz y de Tristan Bernard, y entre la discusión de los méritos de sus intérpretes sonaban los nombres de la Sarah Bernhardt, de la Barter, de Coquelin, de Guitry, de Antoine y de Le Bargy.

Entre los poetas tenía bastantes entusiastas el meridional Francis Jammes, por creer en su candidez y en su ingenuidad nativas, pero Carvajal había leído algunos de sus libros, y todo aquello le daba a él un aire de algo buscado y falsificado.

En las controversias que alrededor de las mesas de los cafés se entablaban todos los días sobre los méritos de Ibsen y de Maeterlinck, el andaluz se sentía más próximo a la cruda realidad del hombre del Norte, a pesar de su propia condición de meridional, que no de las vaguedades psicológicas en que se envolvía el poeta de *La intrusa*.

Por entonces quedaba todavía en París muy vivo el recuerdo de Verlaine. Luis le había leído hacía poco, y estaba en la fiebre primaria del entusiasmo por sus versos. En algunas calles inmediatas al jardín del Luxemburgo, sobre todo en la calle de Monsieur le Prince, entonces llena de cafetuchos y de cabarets, se veían en los escaparates cartas lamentables del poeta, en las que pedía dinero a sus conocidos, cartas que se vendían a tres y cuatro francos a los coleccionistas.

A algunos tipos de hombres ya de edad y a las viejas cocotas que veía en el café d'Harcourt o en la taberna del Panteón, Luis, llevado de su curiosidad por aquel poeta que con sus versos tanto le habían deleitado, solía preguntarles: «¿Y ustedes no conocían a Paul Verlaine?».

Ellos y ellas le tenían por un mendigo, que andaba a veces por el jardín de Luxemburgo, siempre con gente desharrapada.

«¡Un mendigo! ¡Pero si era un gran poeta!», decía él, con asombro.

Oyéndole, las mujeres sobre todo, sonreían. Seguramente aquello de llamar a

cualquier gran poeta, lo habían oído muchas veces, y ya el calificativo no les impresionaba gran cosa.

LOS AMIGOS DE LUIS iban aumentando en número. El joven andaluz se permitía el lujo de dejarse sablear por los bohemios que conocía, y aun de protegerlos. Las conversaciones que por aquellos cafés del Barrio Latino se repetían, versaban casi siempre sobre cuestiones de literatura, de política y de arte.

Había infinidad de tendencias: estéticas y sociales, anarquismo, comunismo, ibsenismo, tolstoísmo, nietzschenismo. Era también muy frecuente la tendencia un poco satánica de los lectores de Huysmans y de los poetas llamados en ese tiempo poetas malditos. Con esto se mezclaba el entusiasmo medieval por las danzas macabras, los Triunfos de la Muerte, interpretados por los pinceles de los Orcagna y los Brueghel, y las estampas melancólicas, como las de la Muerte y el Diablo y la Melancolía que había concebido Alberto Durero. A este entusiasmo, por lo viejo, se agregaba la devoción por la pintura impresionista, que era seguramente la mejor de la época.

Se vivía entre divagaciones estéticas y literarias. A estas se unían las políticas. Podía decirse que la fórmula de esos tiempos era: «Todo en todo», según el apotegma de los románticos alemanes. Se podían encontrar muchas clases de modelos y de figurines literarios y filosóficos, como en un buen bazar, donde se tiene que atender a la diversidad de gustos.

La literatura, la filosofía, la historia y el arte danzaban en una confusa e inagotable zarabanda; se discutía, sobre todo, en los cafés del bulevar Saint-Michel, en el jardín del Luxemburgo, en la avenida del Observatorio, que por entonces podía considerarse hermana gemela de la avenida de los Filósofos, de Heidelberg.

París, a pesar de su tendencia a la unidad, tenía por entonces muchos barrios herméticos. Sobre todo, entre la gente del comercio debía de haber tipos que vivían sin salir apenas de su rincón más que en algunos días señalados, en los cuales iban a la plaza de la Concordia o a la avenida de los Campos Elíseos.

Ya se cantaba a orillas del Sena *La Internacional*. Para los marxistas, las individualidades no tenían importancia al lado de la fuerza de las masas. La economía era lo trascendental. A la larga, según ellos, no habría más verdad que la suya. En esto ocurría lo mismo que en las religiones. Fuera de ellas no había más que oscuridad y extravagancia.

ALGUNOS DE LOS JEFES y jefecillos del grupo que formaban los amigos de Carvajal pensaron que debían celebrar reuniones para discutir en ellas puntos artísticos y sociales, la paz y la guerra, la literatura y la pintura, la filosofía y la música.

Luis se vio constantemente invitado a esas reuniones, en las cuales se tenía a Nietzche por inspirador y casi como oráculo.

Durante alguna de ellas, uno de los motivos de discusión fueron las fiestas populares, porque se tenía la pretensión de inventar nada menos que una fiesta de esa clase. A pesar de la infinidad de proyectos que se presentaron, se vio que no se era capaz de salir, naturalmente, de la procesión, de la manifestación, del concierto o del baile.

Se veía que aquello era tan difícil como inventar una manera nueva de montar a caballo o de comer una manzana. Todo lo inventable de carácter social estaba ya hacía mucho tiempo inventado.

La convivencia de unos tipos con otros hizo que algunos, aburridos por las conversaciones, que le parecían excesivamente mediocres, decidieran limitar el número de los amigos que se reunían en aquellos conclave, y llegaron a pensar que lo que tenían que hacer era una especie de sociedad secreta.

Pensaron primero en una sociedad de los Trece, como la de Balzac; después, viendo que sería muy difícil reunir trece personas que tuvieran aficiones parecidas y una moral un poco pulcra, decidieron reducir el número de asociados a siete. Sobre el nombre de la sociedad, unos eran partidarios de llamarla Los Saturnianos y otros los Geofilántropos ('Amigos de la tierra y del hombre').

Al último prevaleció dar a la sociedad el nombre de Los Saturnianos.

Se ha dicho siempre por los aficionados a la magia y a la nigromancia que los que nacen bajo el signo de Saturno son inquietos y fantásticos. Naturalmente, nadie lo cree en serio, pero hay otras muchas cosas de las que se habla y en las que no se cree. Verlaine dijo, fantaseando:

*Tels les Saturniens doivent souffrir et tels
Mourir,—en admettant que nous soyons mortels—,
Leur plan de vie étant dessiné ligne à ligne
Par la logique d'une Influence maligne.*

El número de los asociados era impar, y, por tanto, agradable a todos. Así podrían decir como el mismo poeta:

*De la musique avant toute chose,
Et pour cela préfère l'Impair
Plus vague et plus soluble dans l'air,*

Sans rien en lui que pèse ou qui pose.

Entre los reunidos había unos partidarios de la pintura flamenca antigua, sobre todo de Brueghel, y que estudiaban el simbolismo de sus obras; otros eran modernistas o impresionistas.

De todos los pintores impresionistas del tiempo, Van Gogh, Gauguin, Sisley, etc., eran los preferidos por ellos. El que menos le gustaba a Carvajal era Cézanne, que tenía una afición desmedida por los paisajes áridos y polvorientos del Mediodía francés.

EL HOTEL de la calle de Assas, enfrente del jardín del Luxemburgo, donde había ido a vivir Carvajal, era de lo más clásico y del más viejo estilo que podía encontrarse en París. El papel del gabinete era rojo con flores doradas. Tenía una chimenea de mármol blanco; sobre la repisa, un reloj metido bajo un fanal; a un lado y otro lado, dos candelabros. Sobre la pared colgaban varias estampas del siglo XVIII, grabadas por Saint-Aubin, *Le Bal Paré* y *Le concert*, y la *Llegada de la diligencia*, de Boilly.

Luis, después de instalarse, compró una virgen gótica en una tienda de antigüedades de la calle de Vaugirard y dos cuadros impresionistas bastante buenos. Adquirió un armario para los libros. El suelo de la habitación se cubría con una alfombra roja; en la puerta de entrada hacían juego con la alfombra unos cortinones. Delante del balcón había una mesa ancha.

Todos los conocidos y amigos que iban a ver a Luis le consideraban muy bien instalado. Con mucha frecuencia le visitaban, atraídos por lo agradable del sitio y lo amable de la acogida. Unas veces era un escritor que quería leer un trozo de novela o un acto de un drama; otras, un pintor que venía a hablarle de sus vacilaciones de artista, y que creía que sus rebeldías, como las llamaba, eran tan importantes como las lucubraciones de Copérnico, de Galileo o de Lavoisier.

«Si fueran comerciantes o bolsistas, les pasaría lo mismo —pensaba Luis—, creerían que todo lo suyo era lo más importante del mundo.»

Muchas veces, las confidencias pesadas las resolvía diciendo: «Vamos a los muelles del Sena, a ver si hay algún libro que valga la pena de comprarlo.»

Acudía también a los conciertos, para darse un aire de mundano.

Cerca de su balcón de la calle de Assas, que daba al Luxemburgo, había otro del mismo hotel, con muchas flores. Allí vivía una mujer que, según la camarera, era muy guapa y elegante. Luis, sin saber por qué, no tenía la menor curiosidad por ella. En invierno no salía casi nunca a tomar el aire porque le molestaba el frío; el primer día que salió, por estar el cielo despejado y hacer un día espléndido, vio en el balcón de las flores, próximo al suyo, una mujer muy guapa. Dos o tres días más tarde volvió a verla. Ella sonrió, y él, entonces, la saludó.

—Somos vecinos, y no nos conocemos aún —dijo Luis.

—Es verdad —replicó ella.

—Sin duda, hacemos una vida muy distinta, y no tenemos ninguna curiosidad común.

—Sin embargo, yo casi le conozco a usted —dijo ella.

—¿Y cómo es eso?

—Pues no tiene nada de extraño. La camarera que hace el cuarto de usted y el mío me habla con mucha frecuencia del español, es decir, de usted.

—¿Y le habla a usted bien?

—Sí, bastante bien.

Después de algunas bromas y de galanterías por parte de Luis, ella se retiró del balcón.

Era aquella una mujer guapa y elegante, pero quizá sin ningún carácter. Luis quiso informarse por la camarera. Esta tuvo una gran satisfacción en hablar por los codos. Se trataba de una dama casada y divorciada de un hombre rico, que le parecía muy aburrido y al que no podía soportar. Se llamaba Clemencia.

Luis era, sin duda, hombre de suerte y de buenas fortunas. Al parecer, aquella señora estaba bastante prendada de él, y sus amores fueron muy rápidos. La proximidad favoreció el que todo se desarrollase de prisa.

Al andaluz le pasaban cosas de aquellas que muchos jóvenes soñaban, pero que en general la realidad no suele ofrecerlas, y cuando las ofrece no son tan sugestivas como se piensan. A Luis le llegaban como servidas en bandeja. Era hombre que para algunos había nacido en pie.

Como entre el cuarto de la dama y el de Luis había una puerta de comunicación, que hasta entonces había estado cerrada, esa puerta tardó poco en abrirse, para que con más discreción pudieran reunirse los vecinos.

El cuarto de aquella mujer era más grande y más lujoso que el de Luis. Tenía un buen piano, algún cuadro de pintor de fama, que los amigos del andaluz hubieran seguramente calificado de *pompier*, y algunos muebles elegantes.

Aquella dama era asimismo un tipo de persona de suerte, que hacía lo que le daba la gana. No se podía tropezar con una mujer más normal: no tenía ningún carácter, no era buena ni mala, ni inteligente ni tonta; no poseía ninguna condición especial que la distinguiese. Le gustaban las fiestas, los teatros, los restaurantes de noche, las carreras de caballos y los cafés cantantes que pululaban en las alturas de Montmartre.

Luis se encontró en seguida dominado, envuelto por ella. La mujer, a pesar de su vulgaridad y de su sentido materialista, tenía grandes adoradores, empezando por su marido, que se había divorciado por complacerla, pero que, a pesar de todo, no podía vivir sin verla de cuando en cuando.

El marido, que, sin duda, era hombre rico, le daba dinero para que gastara en fiestas, en teatros y en flores, pero ella, aun viéndole tan complaciente en obsequiarla y atenderla, lo quería a distancia, porque no podía aguantarlo a su lado. Lo consideraba sumamente aburrido. A pesar de esto, ella era mucho más vulgar que él.

Luis se vio pronto hombre envidiado por sus amigos y conocidos, pero aquella envidia que notaba en los demás no era cosa que le produjera ninguna satisfacción.

La vecina no le daba la impresión de que sintiera por él un afecto verdadero. A Luis le parecía una mujer impenetrable. Para ella, era él como un secretario o un mayordomo, le llenaba de sorpresa, y quizá a él le producía ella la misma impresión. Pronto se consideraron los dos muy unidos, como marido y mujer. Ella hubiera hecho cualquier cosa por encumbrar a Luis, pero este no tenía ninguna ambición.

El marido, que indudablemente era un buen hombre y que no se asustaba de nada, simpatizó con Luis, proponiéndole que jugara con él a la Bolsa. Tenía su procedimiento, y le sacaba a la Bolsa una gran cantidad de dinero.

Era aquel hombre un tipo bondadoso, cínico, que tenía la noción clara que tanto él como su mujer tenían la culpa de su separación. Él era voluble; ella, también; él la abandonó y ella hizo lo mismo. Ninguno de los dos podía quejarse.

Luis y Clemencia iban a los teatros y a los conciertos, y acudían también a visitar la tienda de Volard, de la calle Laffitte, donde se exponían las pinturas de los impresionistas.

La sociedad que frecuentaba ella era, principalmente, de judíos ricos y de escritores de alguna fama.

Había uno de estos, alto, guapo y elegante, crítico de arte y con pretensiones de ser un Julián Sorel o un Disraeli, quizá por comunidad de raza. Se distinguía por sus ideas políticas y, sobre todo, por sus ideas éticas, de un gran atrevimiento. Se le consideraba como hombre de gran porvenir, y estaba haciendo, según se decía, un libro sobre el matrimonio, que se aseguraba que iba a tener una gran resonancia.

Otro tipo de judío, este poeta, era de gran aspecto, joven, pero ya marchito por el alcohol y por la vida desordenada. El hombre se consideraba hijo predilecto de Apolo, especialista en sus poesías en rimas ricas, y se dedicaba a toda clase de alcoholes con gran asiduidad. Recibía a sus amigos en los cafés del bulevar como si estuviera en su casa, y tenía como secretario, casi como criado, a un periodista de apellido alemán, que había aceptado un nombre clásico francés. Este, que era también judío, de aire un tanto monstruoso, sucio, feo y repulsivo, era el parásito del viejo escritor. El poeta le trataba como a un perro. Cuando comía y le sobraba un trozo de bistec o una salsa cualquiera, le decía: «Toma, esto para ti».

Lo mismo que los manjares, le daba los restos del vino o del ajenjo, cuando él no tenía ganas de beberlos. Era todavía la época del ajenjo, al que los poetas amanerados llamaban la Musa Verde.

También había otro escritor medio judío, pequeño, que había inventado un sistema de versificación especial que Luis no conocía y que le daba importancia entre los principiantes.

Este no despreciaba, ni mucho menos, la religión de sus padres, ni se sentía helenista. Decía que en el hebreo no se empleaba jamás la palabra caridad, sino la de justicia, y que para los verdaderos judíos dar el dinero a los pobres no era hacer un favor, sino restituir.

ENTRE AQUELLA GENTE se podía encontrar toda clase de modelos y de figurines artísticos y sociales, católicos, protestantes, judíos, marxistas, ácratas, nacionalistas y reaccionarios, como en un bazar bien surtido.

Había también un antisemita. Era un músico alemán, pequeño, rubio, con ojos azules, sienes abultadas y una depresión en la nariz, que tenía aspecto de una silla en donde un liliputiense se pudiera sentar. Evidentemente, poseía el físico más adecuado para ser músico. Este hombre sentía un gran entusiasmo por Wagner, a quien consideraba como un genio que había acabado con la música de su tiempo y con la del porvenir.

Esa idea semítica de que la patria son unos principios, él negaba que fuese cierta. La patria, según él, estaba constituida por el conjunto del medio ambiente en donde vive el hombre: cielo, tierra y agua, de la comunidad del lenguaje, de la manera de reírse los hombres, de la manera de cantar las mujeres, de jugar los chicos, del color de las casas y de las nubes.

—Sí, sí; yo creo lo mismo —decía Luis.

—Estos judíos suponen que la materia y el espíritu son cosas diferentes, pero para el viejo europeo no son así. Para nosotros, todo es lo mismo y participa de las dos sustancias, material y espiritual, o quizá no hay dos sustancias, sino una sola con distinto nombre. El ara tiene un espíritu para el judío, pero el río o la fuente no lo tienen, y para nosotros lo tienen también. Jehová, en un principio, es hermano de Moloch, que es un dios del terror y que se honraba haciendo sacrificios humanos. Todos los dioses semíticos son iguales, se los llame dioses o se los llame diablos.

—¿Usted no los acepta?

—No, los rechazo por completo. Que se vayan con su maniqueísmo oriental a predicar a los suyos. Aquí no los necesitamos.

—Todo eso es lo que llamamos nosotros las locuras de la vieja Europa —decía el pequeño judío.

—Esa vieja Europa es nuestra única diosa —decía el músico alemán.

—La religión judía, madre del cristianismo, que ha civilizado al mundo, y abuela del mahometismo, es como una diosa maltratada por su hijo y por su nieto.

—Lo que tendríais que demostrar vosotros, los buenos israelitas, es ser verdad que el cristianismo y el judaísmo hayan civilizado a Europa y que le hayan dado blandura y piedad. Porque esas virtudes no se ven por ningún lado.

DESPUÉS DE MUCHAS VACILACIONES, acabó la cuadrilla por constituir, más o menos en broma, la sociedad de Los Saturnianos. En el comienzo serían siete los congregados, número cabalístico.

En el grupo estaban un escritor llamado Barón, un bolsista judío, un historiador inglés, un médico, un músico alemán, un helenista y Luis Carvajal, el andaluz.

Entre estos, la mayoría jóvenes, muchos creían en el mundo complicado del folletín, a pesar de su escepticismo aparente. Pensaban, quizá porque tenían esperanza en ello, que una amistad o un conocimiento podía tener consecuencias importantísimas para una persona, pero ninguno de ellos, en la vida, había confirmado nada de esto. Todos se creían hijos de sus obras, fuesen pequeñas o grandes, y todos se hallaban metidos en el cerco estrecho de sus amistades, de sus medios económicos, sin poder salir de ellos. Tal era la ilusión de muchos que se negaban a pensar que el Destino era como una trayectoria con muy pocas posibilidades, por lo menos buenas, aunque siempre las malas y lamentables eran posibles.

La mayoría tenía una idea inmoralista de la vida; pensaban que el gran amor no existía, era solo una ilusión; que no existía tampoco la gran amistad, que el poder del dinero era enorme y avasallador en la época, y que, por medio de recursos más o menos ilícitos, se podía llegar más lejos que si se emprendía un trabajo honrado y decente.

No todos tomaban una actitud acre y desesperada; algunos miraban las cosas con ironía y con gracia. De los que así pensaban, Barón, el periodista, había comenzado a escribir en los grandes rotativos de la Prensa parisiense, distinguiéndose sus artículos por sus bromas y su humorismo.

En el restaurante solía decir no pocas fantasías a la camarera que le servía, la cual tenía, efectivamente, un aire de gran señora. La llamaba marquesa, y le echaba besos con la mano. Ella le reprochaba, sin ofenderle, sus locuras, le decía que era un payaso y que no hacía más que desacreditarse ante todo el mundo, que nunca le podría tomar nadie en serio; pero él replicaba que era un payaso de categoría.

Barón se lamentaba de la pérdida de la etiqueta, que iba desapareciendo, como otras tantas cosas importantes del mundo. Contaba que había leído que los editores chinos, cuando leían un original y no le querían publicar, escribían al autor de una manera hiperbólica:

Ilustre y excelso maestro:

El libro que ha tenido usted la amabilidad de enviarme es de tal importancia, de tal trascendencia, de tanta genialidad y necesita tantos

cuidados, que yo, en mi miserable y pobre casa editorial, no me atrevo a emprender esa obra tan importante y magnífica, para lo cual necesitaría, por lo menos, un trabajo de preparación de doscientos años.

Barón era pequeño, elegante, rubio, muy aficionado a la burla y tipo de gran ciudad. Vestía ternos claros, polainas y guantes de color; usaba con frecuencia, de noche, sombrero de copa; resultaba hombre de natural ingenioso y maestro refinado en el juego de palabras.

Como era natural de la ciudad de Tours, decía que en el colegio donde se había educado, en París, sus compañeros de clase le llamaban el turista.

El bolsista judío era hombre pequeño, amable, de mirada inteligente, la barba rubia, con algunos claros, y anteojos. Tenía una expresión muy atenta, conocía las cuestiones financieras profundamente y estaba dispuesto a hacerse rico como fuera, para lo cual andaba buscando una senda fácil y por donde se pudiera marchar de prisa, sin grandes riesgos de estrellarse o de quedarse a la mitad del camino.

Conocía también la historia de la Banca y la personal de los banqueros, de los grandes grupos de la finanza, el carácter especial de los lombardos y de los judíos de la Edad Media, así como la historia de los Fuggers, banqueros de Carlos V; la de los Médicis, que habían conseguido ocupar el trono de Francia; la de Samuel Bernard, las operaciones cabalísticas del escocés Law, y luego la fundación de los Bancos modernos y las afortunadas carreras en busca del vellocino de oro de los Rothschild, los Pereire, los Rockefeller, los Morgan, etc.

OTRO DE LOS INDIVIDUOS de la sociedad saturniana era el historiador inglés Graham. Hombre alto y flaco, de barba, que sabía muchos idiomas antiguos y algunos modernos, pero que no tenía el menor sentido de la construcción literaria y que iba amontonando documentos y más documentos, fichas y más fichas, sobre un punto determinado, y después abandonaba lo reunido por parecerle que no había dado con los datos verdaderamente fundamentales.

De esta manera, todo su esfuerzo se quedaba agotado en preparativos, y luego de un gran proyecto histórico, que le había ocupado la vida durante cuatro o cinco años, no le quedaba más que un índice bibliográfico de fuentes de estudio, donde se daban cita las obras más importantes referentes a tal o cual asunto, que a veces publicaba en una revista desconocida por todo el mundo.

El joven helenista había traducido las *Hipotyposis*, de Clemente de Alejandría, resumidas principalmente por Focio. A los trozos traducidos del griego les había añadido otros, tomados del latín.

Hipotyposis parece que quiere decir algo así como una ‘descripción gráfica y viva’, y evidentemente da la impresión de una palabra que ha de ser agradable a toda persona que tenga el sentimiento de la hipérbole y de la pedantería.

En la *Hipotyposis*, de Clemente de Alejandría, hay recensiones y comentarios sobre pasajes del Antiguo y del Nuevo Testamento, observaciones curiosas y atrevidas.

—¿Qué cuentan esas *Hipotyposis*? —le preguntaban al joven erudito.

—El autor dice cosas curiosas —contestaba—. Estima que la materia es eterna, que las ideas provienen de ciertas palabras. Cree en la pluralidad de los mundos y en la metempsicosis. Supone que Adán era andrógino, y que la creación de Eva no fue arrancando a aquel una costilla, sino por otro procedimiento. Supone también que los ángeles tuvieron hijos con las mujeres. Platón, en *El banquete*, hace decir a Aristófanes que en el comienzo había tres sexos: masculino, femenino y andrógino, que este era el primitivo y que Zeus, hebreo, se dividió para producir el hombre y la mujer.

Con este amigo helenista, Luis Carvajal fue varias veces a oír distintas conferencias en la Sorbona y en algunas otras sociedades científicas donde se congregaban los hombres que viven oficialmente para el cultivo del saber. Todo estaba disimulado con la etiqueta de interesante, la geografía como la etnografía, la historia, el arte antiguo, las teorías sobre el espacio y la constitución de la materia.

El otro de los siete saturnianos era un joven médico que comenzaba su carrera en París, después de haber pasado cuatro o cinco años en una capital de provincia del Norte. Al mismo tiempo que médico, era un *dandy* a la inglesa, y podía pasar por un

discípulo aventajado de Brummel.

Resultaba muy curioso oírle contar al médico sus luchas para abrirse camino a través de una sociedad que parecía cerrar todas las posibilidades al hombre joven que llegaba a ella con la pretensión de destacarse.

Luis estuvo varias veces con él en el hospital de la Salpêtrière, y vio el espectáculo que se daba allí por el doctor Charcot, que le dejó la impresión, no de unas experiencias científicas, sino de una función de teatro ensayada de antemano.

Volvió allí el joven andaluz dos o tres veces más; pero, en lugar de reincidir en presenciar las supercherías del célebre médico francés, favorecido por los comentarios de las gentes dadas a lo espectacular y taumatúrgico, prefirió pasear por los jardines del enorme hospital, donde pululaba gente asilada que era muy curiosa. Pensó que la Salpêtrière le hubiera llamado más la atención si hubiese sido él pintor que si hubiera sido médico.

Charcot no le pareció de esos hombres extraordinarios que transmiten, como dice Lucrecio, de uno a otro la llama de la vida.

En cuanto al músico alemán, Carvajal iba con frecuencia a su casa para oír a su compañero de Los Saturnianos tocar en el piano trozos de Bach, de Mozart y de Haydn. Discutían mucho los dos sobre música y su contenido sentimental, y era asunto en el que jamás llegaban a ponerse de acuerdo. El alemán tenía un amigo vasco, pianista, a quien él consideraba de muchas condiciones filarmónicas, capaz de hacer algo bueno, hombre que vivía oscurecido, tocando el piano en un café, emborrachándose todas las noches.

También conoció entonces Carvajal a un pintor sueco, llamado Carlos Berg, alto y rubio, un tanto desgachado y gigantesco, con una melena encrespada de color leonino. Era muy inocente, tenía gran entusiasmo por los países del Sur.

«Esos benditos países del Sur —decía— son admirables.»

Con todo su entusiasmo, probablemente no los conocía más que de referencias, pero el ansia que tenía por conocerlos le hacía presentirlos en forma que le sugestionaba.

Como no quisieran ampliar el número cabalístico, siete, de la sociedad, el pintor sueco quedó de puertas afuera de Los Saturnianos.

Luis quería estudiar de una manera objetiva las sociedades secretas que se habían organizado después de la destrucción de la Orden del Temple, pero para ello se tropezaba con la necesidad de hacer una labor sin datos. Sin datos y solo con palabras no se podía hacer nada en serio.

La organización secreta de sociedades políticas y religiosas, si la ha habido, después de la disolución de estas ha escapado a la Historia. Él creía encontrar restos de las Ordenes extinguidas en los grados de la masonería. Las guildas, las Compañías, las logias de canteros y de arquitectos habían heredado algunas ideas y tácticas de los templarios, pero probablemente no de una manera directa. Se podía comprender que todas las sociedades secretas tenían algo de común, pero no porque

se imitasen unas a otras, ni tampoco porque las modernas fueran herederas de las antiguas, sino simplemente porque todas ellas tenían principios parecidos y llegaban a las mismas consecuencias.

Algunos han defendido la tesis de que la Orden de los Templarios ha llegado hasta nuestros días, y que sigue teniendo su logia en París.

Todo eso tiene aire de afirmación fantástica. No es nada raro que cualquier cuco o cualquier loco sea capaz de afirmar que él posee datos y documentos para considerarse representante legítimo de los Templarios.

Luis compraba libros, mapas antiguos, estampas y cuadros con verdadero entusiasmo. Al cabo de algún tiempo vio que para llegar a tener una colección de estampas que mereciera la pena, y de mapas antiguos, había que trabajar mucho y que era cosa bastante difícil. Además, era preciso contar con una casa con varias habitaciones, porque láminas y documentos encerrados en carpetas no distraen ni interesan a nadie, más que a los técnicos, y resultan sin interés para la mayoría.

Su amiga trataba de convencerle de que debían cambiar de casa e ir a vivir a otra un poco mayor, donde encontrarían posibilidades que no les daba el hotel, el que podía servir para pasar algunos meses, pero no para toda la vida.

«¿Pero es que iban a estar toda la vida juntos?», se preguntaba Luis. No era ello muy probable.

LUIS IBA ADQUIRIENDO una cultura literaria, histórica y sociológica naturalmente sumaria. Sentía también curiosidad por la filosofía y el folklore. Todos sus conocimientos se basaban en la amenidad de las materias que estudiaba, pues de otro modo se hubiera cansado pronto. Aquello que podía dar origen a una consideración o a una divulgación entretenida, lo había leído con cierto detenimiento; lo que no era ameno para él, ni le interesaba ni le captaba.

No tenía una gran memoria para los detalles, o quizá con los detalles le pasaba como con los demás conocimientos, que los que eran serios y pesados los olvidaba y los amenos los retenía. Así, las historias que contaba y los conocimientos que exponía eran casi siempre muy interesantes.

Tuvo por entonces una discusión con un abate francés acerca del estilo. El abate alababa el estilo de Sófocles. Luis dijo que él, que no podía saber cuál era el estilo de Sófocles, se contentaba con saber cómo era el estilo de Renán o el de Paul Verlaine.

Una noche que estaba de humor combativo afirmó en la tertulia, donde se hallaban algunos de los amigos reunidos, que la literatura moderna no era ni mucho menos lo que se creía. El gran Tolstoi se manifestaba en un estado de decadencia completa con sus predicaciones morales de su última época. Zola era pesado en sus *Evangelios* y sus *Ciudades*, que tenían el aire de obras trabajadas sin gusto y a fuerza de paciencia. Daudet era un espíritu mezquino; D'Annunzio, un epígono retrasado, con falsos aspectos exquisitos, y a Anatole France le pasaba lo mismo.

Le interrumpieron varios amigos protestando de lo que consideraban verdaderas blasfemias estéticas. Todavía eran capaces de aceptar la crítica negativa cuando descargaba sus andanadas sobre los escritores de la generación anterior, pero Anatole France, el patriarca, era para ellos una personalidad tabú.

Carvajal dijo entonces que no creía injusto lo que afirmaba. Para él, Anatole France no era un gran escritor, no tenía imaginación, no sabía inventar tipos de personas vivas y escribía con lugares comunes, aunque estos fueran muy quintaesenciados, y no tenía más que las ideas normales y corrientes de su tiempo. Estaban muy en punto los que le imputaban el abuso de las pretendidas elegancias arcaicas, usadas por él para evocar escenarios y personajes.

Necesitaban los Saturnianos de toda la amistad que a él les unía para tolerarle al forastero aquellas acometidas de su crítica a las grandes figuras del tiempo.

Aunque el andaluz no se ocupaba de política, ni se interesaba por ella, iba derivando insensiblemente hacia la dictadura liberal. Le perturbaba un poco el que por entonces lo que interesaba le salieran bien. No encontraba obstáculo en la vida; para él, todo era demasiado fácil, y acababa perdiendo carácter.

La verdad es que no se sabe si los obstáculos son perjudiciales o beneficiosos en

la vida. Hay que creer que, en ocasiones, son una cosa, y en otras, lo contrario. Parecen como los montes para los ríos. Son obstáculos que les hacen dar rodeos y trazar curvas, y en esto está, a veces, su belleza y su carácter.

LUIS TENÍA la preocupación de hacer ensayos para ver si encontraba su inclinación natural, si es que, en realidad, tenía inclinación natural. Durante algún tiempo fue a una academia de dibujo; después quiso pintar, y cuando ya iba dominando la técnica, lo dejó.

Había tenido la suerte de que sus amores no le dejaran recuerdos feos y turbios y de no haber tenido dificultades de dinero. Creía que más dificultades le hubieran predispuesto a hacer algo con empeño. Así, algunas semillas necesitan romper durante mucho tiempo una tierra fuerte y seca para después brotar con energía. Él, sin obstáculos, no iba a ser nunca nada; a lo más, algo como un erial de hierbas salvajes; pensó que debía hacerse filósofo y sabio, pero no tan sabio y tan juicioso que se aburriera y desesperara y concluyera aburriendo y desesperando a los demás, sino con un fondo de fantasía que divirtiese y entretuviese a sus amigos.

Una noche en que, en el café donde se reunían los Saturnianos, se planteó la discusión sobre el tema del teatro del siglo XIX, Carvajal sostuvo que no creía que este siglo dejara obras de verdadera valía. Según él, no era posible encontrar más de doce o catorce comedias que se sostuvieran y fuesen una muestra sintética de la época en que habían sido escritas.

En cambio, en la novela dejaba ese siglo algo tan destacado, tan saliente, como *Rob Roy*, *el Rojo y negro*, *el Padre Goriot*, *David Copperfield*, *las Almas muertas*, *La guerra y la paz* y *Los hermanos Karamazov*, etc. Todos esos libros, magistrales, representaban el siglo que se extinguía en la oscuridad y en la ociosidad.

—Y ¿no cree usted —le dijeron— que haya otros libros quizá más turbios y populares que representan el siglo tan bien como esos?

—Por ejemplo...

—*Los miserables*, de Víctor Hugo; *Los misterios de París*, de Eugenio Sue; *Nana* o *L'Assommoir*, de Zola.

—Sí, es cierto; pero eso quizá representa lo pintoresco del siglo, las formas más que el espíritu, es decir, lo más pasajero. Los otros creo que son lo más permanente.

—¿Y la historia del siglo diecinueve?

—La historia, por muy audaz que sea, siempre resulta un poco repetición.

—¿Y la filosofía?

—Yo creo que la filosofía y la música están más vinculadas con el siglo dieciocho que con el siglo diecinueve. La *Crítica de la razón pura* quedará como un arca cerrada e impenetrable en el mundo práctico que se presenta. Nadie intentará penetrar en esa urna. Será como una esfinge que se levanta en el desierto. Algo de esfinge tiene también la música de Bach.

—¿Y la ciencia?

—Eso quizá es lo más grande del siglo diecinueve. La ciencia no retrocederá nunca, mientras el hombre tenga sus condiciones de investigación y de trabajo; pero los problemas que el hombre considera más vitales no los resolverá jamás.

—¿Y en España?

—En España, en el siglo diecinueve, al menos en la primera época, lo que no había era cantidad, pero calidad creo que sí. En sus comienzos vivía el primer pintor de su tiempo: Goya. Años más tarde había allí un hombre como Espronceda, un tipo como Larra, gran cronista, magnífico, y poetas como Zorrilla y Bécquer.

Según manifestaba el joven judío, en el mundo iba a haber cuatro clases de solidaridades trascendentales. Una solidaridad socialista, formada por oradores, escritores y políticos, que seguirían las inspiraciones de la Internacional. Esta, probablemente, se apoderaría más pronto o más tarde de la clase obrera y quizá también de la pequeña burguesía. Habría después una solidaridad reaccionaria, dirigida por Roma, por el jesuitismo mezclado con el capitalismo y el tradicionalismo. Una solidaridad judía racial, donde intervendrían escritores, capitalistas, médicos, intelectuales, cómicos y periodistas, que tendrían sus principales centros en Nueva York y en París. Y, por último, una solidaridad masónica de políticos republicanos y profesores radicales, de menos importancia que las anteriores y con una comunicación con la solidaridad judía racial.

La idea del judío era evidentemente aguda. Como en casi todos los de su raza, se notaba que tenía la intuición de los hechos sociales con más claridad que los demás.

Los del grupo eran en política radicales y dreyfusistas. En literatura ya había entre ellos más diferencias.

Luis, de su diletantismo y de sus aficiones, no deducía una inclinación clara por algo. El resultado de sus lecturas y de sus experiencias era que podía ser un conversador ameno, un amable compañero de viaje, y nada más.

A su amiga le parecía ridículo el que Luis aspirara a otra cosa. ¿Para qué? Para ser como su vecino, un señor Brissac, al cual en la familia nadie le hacía caso, a pesar de que con frecuencia le citaban con elogio en revistas escritas en sueco, en noruego o en chino.

Resultaba raro el que aquella mujer que le había atraído a su lado, coqueteando con él hasta hacerle su amante, muchas veces le ofendía, no juzgándole capaz de hacer nada importante. Si no le parecía capaz de hacer nada serio, ¿por qué se había ido a vivir con él?

CARVAJAL TENÍA a veces sus desilusiones. Pensaba que si había llegado a reunir algunas cosas curiosas, incunables, cuadros, estampas, no era porque hubiese contado con dinero para adquirirlas, sino principalmente por su afición. Quizá eso no pasaba de ser una fantasía. Él quería suponer que el dinero era poca cosa.

En el fondo, Luis no sentía cariño alguno por su dama, que le desilusionaba constantemente. Era una mujer absolutamente desprovista de imaginación.

Cuando Luis llegó a conocer al marido de su amiga, se quedó extrañado. Era un tipo joven, de buen aspecto, que le pareció muy inteligente. Luis, que era hombre de ingenuidad, pensó que valía más que ella y más que él también. Ella le tenía por un señor aburrido y pesado, y él aceptaba este sambenito con resignación. No podía protestar porque se habían divorciado ya.

Luis habló con el marido varias veces y se reunió con él en varios cafés para charlar, sobre todo de Clemencia. El marido se veía bien a las claras que seguía, a pesar de todo, entusiasmado con ella.

Carvajal empezaba a pensar que Clemencia no tenía encanto ninguno, quitando el que fuese guapa. En lo demás, nada. No tenía gracia, ni imaginación, ni bondad; era una mujer corriente, sin el menor carácter. De las tres personas que formaban aquel triángulo, evidentemente, el marido era el que más valía.

A Clemencia hubo de parecerle ofensiva la amistad que Luis había establecido con su ex marido, y para romper esta relación le propuso al andaluz cambiarse de casa. Había una que iban a desalquilar en una avenida próxima al Campo de Marte, un piso alto desde el que se descubría la mole poco agradable de la torre Eiffel, pero al fin no la desalojaron.

Entonces a la dama se le ocurrió alquilar una casa en la calle de Notre Dame des Champs, calle un poco sinuosa, triste y provinciana, casi paralela a la calle de Assas.

Era una casa ancha, grande, cómoda.

ENTRE LOS VECINOS entablaron amistad con la familia de un viejo profesor de la Facultad de Letras de París, ya jubilado. Este señor vivía en el piso más alto, en una habitación espaciosa, con dos cuartos muy grandes, cuyas paredes cubrían estantes llenos de libros. Era el profesor hombre de más de setenta años de edad, la barba blanca, en punta, entusiasta de la filosofía positiva y, sobre todo, de Littré. Había explicado durante mucho tiempo griego, y después, sánscrito, pero hablaba poco de esto. Su mujer era una señora gruesa, quince o veinte años más joven que él, un tanto apagada y linfática. Tenía un hijo ingeniero, radicado en Argelia, y una hija más joven, de cara vivaracha, que estaba preparándose para ser profesora.

El viejo catedrático debía de ser de origen judío, y alemán o alsaciano. Parece que se había firmado al comienzo de su carrera Samuel Brisach; luego, cuando se casó con una francesa católica, comenzó a firmarse Brissac, y su hija era la señorita Luisa Brissac.

El viejo era un hombre solitario y misántropo que se pasaba la vida encerrado en su cuarto, sin apenas salir de él, dedicado a leer y a escribir. Tenía la tendencia de encontrarlo todo mal, como si nada le satisficiera. Luis halló que era un hombre ameno y divertido, e iba con frecuencia a visitarle, hablaba con él y soportaba sus ironías con gran tranquilidad.

—Parece ser —le dijo un día el señor Brissac— que se da usted una buena vida, que gasta el tiempo en saturnales.

—¿Saturnales? Nada. Es pura invención. Que tenemos alguna cena modesta, de cuando en cuando, en algún café, y que van algunos amigos, unos con sus mujeres, otros con sus amigas. No veo que eso se pueda llamar saturnales, por mucha imaginación que uno quiera demostrar.

—Tiene usted fama de don Juan, señor Carvajal —le dijo otro día el profesor.

—Será una fama que habrá inventado la portera —replicó don Luis.

—No; parece que es una fama que corre por la casa y le va acompañando a usted.

—Pues no creo que tenga nada de exacta.

—Sin embargo, le consideran a usted hombre de buenas fortunas... Además, es usted español.

—Eso, evidentemente, no lo puedo negar; pero yo creo que para ser un don Juan hay que ser un hombre muy optimista, que es algo que yo no soy. A mí me amilana el luchar con las dificultades, con la incomprensión y con el aburrimiento.

—Pues nada, usted persista en la idea de luchar contra todo eso, y si lo vence usted se encontrará emancipado.

—¿Usted cree?

—Me parece evidente. Nada de dejarse llevar por la coquetería de mostrarse

interesante y de producir efecto en los demás. Eso impulsa a hacer muchas tonterías y, en definitiva, es algo completamente estúpido. Es como meterse en un túnel largo y esperar que al poco tiempo va a aparecer el sol.

—Y ¿usted cree que es mejor vivir así, sin ilusiones y sin esperanzas?

—A mí me parece el principio de la sabiduría. La limitación creo que es lo más higiénico que puede hacer el hombre.

—¿Usted cree también que es práctico y útil no tener ideas religiosas?

—Esto me parece, además de evidente, magnífico. El ateísmo sistemático, a pesar de lo que creen las gentes religiosas, es un lujo en una sociedad. Podrá ser, si se quiere, el lujo perjudicial; pero esto no evita que lo sea. El ateísmo no se produce por incultura, sino al contrario, por cultura excesiva. No se trata, claro es, de la incredulidad del bruto que blasfema, porque ese, en el fondo, cree, sino de la incredulidad del que ha pasado la mirada por el mundo y por la ciencia y no ha visto por ninguna parte ni orden, ni sabiduría, ni cosa semejante.

—Y ¿usted cree meritoria la propagación de esa idea?

—Le diré a usted que es un problema que no me interesa.

—Sin embargo, la idea de la responsabilidad debe ser útil.

—Yo no dudo de que la idea de la responsabilidad moral del hombre ante Dios, que domina a los monoteístas, y en el hombre corriente, sea moral, como la idea del misterioso maná de los fetichistas.

—¿Cree usted?

—Sí; a mí, por ejemplo, esta idea del maná, que supone que hay unas cosas buenas que dan suerte, otras malas que llevan a la desgracia, me atrae más que la idea de la responsabilidad moral, y eso que yo soy de una raza de espíritu monoteísta.

—Y ¿en qué consiste su preocupación por el maná?

—Consiste en que, en gran parte, lo que hago me parece completamente indiferente, y no creo que, de tener alguna pequeña condición a la cual pudiera llamarse virtud, mereciera un premio, no ya eterno, ni siquiera pasajero. Tampoco creo que si tengo algún defecto o vicio merezca castigo. En cambio, me esfuerzo en creer, como una cosa que me divierte, que si voy tres veces seguidas con un sombrero, con un bastón o con un paraguas a hacer algo, y las tres veces lo que pretendo hacer me sale mal, me digo sin esforzarme gran cosa para rechazar la idea: el bastón, el sombrero o el paraguas dan la mala suerte; o, al contrario, si me salen bien las cosas llevándolos, supongo que el bastón, el sombrero o el paraguas dan buena suerte.

—¿Eso para usted es como un entretenimiento?

—Eso es; ya que tiene uno, según dicen, por raza, el carácter monoteísta y supersticioso, pues seguiremos en ello. En mi juventud tenía el capricho de reunir todas las supersticiones oídas. A pesar de todo, no podía llegar a tomarlas en serio. Unas se confundían con otras, y en poco tiempo se olvidaban todas.

—Y ¿qué hubiera usted preferido: que alguna de esas supersticiones le hubiera

resultado, o lo contrario?

—La verdad, me hubiera gustado más que alguna práctica supersticiosa hubiera sido algo eficaz; pero es lo cierto que ninguna me ha dado resultado. Todos los procedimientos, todos los amuletos que he comprado en tiendas de antigüedades, y como ve usted los tengo colgados aquí en las paredes, me han fallado desde el principio.

—Pero... ¿cumplía usted con los requisitos?

—Con todos, con una fidelidad de algo más serio y trascendental.

—Es verdaderamente lamentable.

—¡Qué naturaleza más pedagógica! —exclamaba el viejo con marcada ironía—. Parece que no quiere que se extravíe uno en sus ideas. Si se le pudiera hablar a la supuesta Providencia, le diría uno: «Deje usted que uno se engañe y que tenga un poco de ilusión.» Nada. Es la seriedad más perfecta.

El viejo profesor le habló también con entusiasmo a Luis Carvajal de Demócrito y de Heráclito.

Se dice que Heráclito, el filósofo de Efeso, depositó en el templo de Diana de su ciudad un libro con ciento sesenta proposiciones científicas de varias clases.

Clemencia, la divorciada que vivía con Carvajal, tenía desde hacía algún tiempo un adorador que la había solicitado para el matrimonio, sin éxito, probablemente porque ella pensaba que se trataba de un aventurero, de un hombre bien poco de fiar.

Era un tal D'Aubermont. No se sabía si ese apellido con que se presentaba en todas partes era suyo o un nombre de guerra. El tipo era de hombre agrio y mal intencionado. No tenía prestigio ninguno como escritor.

Periodista, aunque sin puesto fijo en ningún periódico de fama, chanchullero, hombre de expedientes, había estado en África en la Legión extranjera y era tipo del chulo francés, siempre inclinado a dejarse sostener por cocotas y aventureras. Entre las mujeres de esta clase parecía gozar de bastante prestigio, aunque en otros campos le era más difícil moverse.

Como Clemencia tenía aire de mujer vistosa y frecuentaba ambientes un poco turbios, no era extraño que D'Aubermont, al conocerla, buscara su amistad para explotarla.

D'Aubermont se presentaba en ocasiones como corresponsal de un periódico norteamericano, pero ni él decía nunca cuál era, ni quizá se hubiera podido poner la cosa en claro si alguien hubiera tratado de hacerlo.

Cuando D'Aubermont descubrió que Clemencia vivía con Carvajal, no lo pudo resistir, y al último escribió una carta insultando a Luis, buscando la querrela, porque el éxito del español allí donde él había fracasado le volvía loco.

Un día, en el café donde Carvajal se reunía con sus amigos, D'Aubermont, que estaba sentado en una mesa inmediata, al acecho de una oportunidad para insultarle, tomando pretexto de un juicio expuesto por Luis en voz alta, se encaró con él, y, desde lejos, también en voz alta, le dijo: «¿Ha querido aludirme usted con esa

impertinencia que acaba de expresar?».

Carvajal, sorprendido por lo que no se esperaba, quedó un momento sin saber qué contestarle. Antes que la cosa pudiera aclararse, D'Aubermont, que estaba preparado para desarrollar un plan, insultó gravemente a Luis, este le replicó de manera violenta, y el chulo francés le mandó los padrinos.

Quizá le hubiese sido fácil a Luis encontrar modo de evitar el encuentro, por la calidad equívoca y poco recomendable de aquel aventurero. Pero cuando le dijeron que había que batirse, contestó: «Bueno».

Prefirió arrostrar el peligro, teniendo aquello por más rápido y también más airoso.

Fueron al final del Bosque de Bolonia, a una finca deshabitada, con dos padrinos cada uno y un médico. El duelo se había concertado a pistola. Dispararon sus armas al término de las tres palmadas, que dio uno de los padrinos del aventurero, y el joven andaluz sintió un golpe en el muslo. El médico que le curó y vendó la herida, con uno de los padrinos, le acompañó en el coche que les aguardaba hasta la casa de Luis, quien al llegar se metió en la cama.

Clemencia recibió al herido con grandes extremos. A él le produjo bastante mal efecto el ver que la dama se sentía un poco enorgullecida de ver que dos hombres se habían batido por ella.

Al cabo de dos semanas, la herida estaba en franca curación, aunque de momento le quedase a Luis cierta molestia que le hacía cojear un tanto; pero en pocos días esto había desaparecido.

Aquella temporada de vida quieta, en que Clemencia y su amante estuvieron más tiempo reunidos y condenados a un diálogo protocolar por la frialdad a que habían llegado sus relaciones, bastó para agotar la escasa ilusión que a Luis podía quedarle de sus amores o de lo que fueran.

Comenzó a hartarse de la lagotería de Clemencia, y para poner fin a un suceso que había ya pasado a la Historia, sin necesidad de la menor explicación, siempre enojosa, pretextó un viaje a Londres, por asuntos de familia, y un día se despidió de su amiga, con la intención decidida de no volverla a ver más.

«He pasado ya años en París, y no he hecho nada que valga la pena», se dijo a sí mismo.

Estando todavía convaleciente, se le presentó su primo Carlos Evans, que iba camino de Rusia, y que tenía al parecer gran curiosidad por lo que podía pasar en el antiguo país de los zares. Hablaron largo tiempo.

—¿Tú qué vas a hacer? —acabó preguntando Evans.

—Creo que voy a ir a pasar una temporada en Londres. A ver si aquello me gusta.

—¡Hum! Me parece que tú eres un inadaptado. Allí tenemos un pariente que es un Evans, Archibaldo de nombre; te voy a dar, con relación a él, un consejo. Si no tienes mucho dinero, no vayas a verle. Ha sido diplomático, está cegado por el brillo del gran mundo. El tal Archibaldo tiene entusiasmo por una persona cuanto más rica

y más de la aristocracia sea. Para él no hay otros prestigios más que estos. Luego, el club, las fiestas, los coches elegantes, etcétera. Si tú le demuestras que tienes dinero, te considerará como pariente y te hará un favor si puede; ahora, si le dices que estás apurado y que no tienes un cuarto, es posible que te acompañe a la puerta y te diga: «Yo no tengo costumbre de prestar ni cinco céntimos.»

—Bueno, entonces al Archibaldo ese le dejaremos que archibaldee a su gusto.

—Me parece que es una decisión prudente.

NOVENA PARTE

A LA DERIVA

LUIS CARVAJAL salió para Londres sin una idea aproximada de lo que allí podía hacer. Solo con comenzar el viaje conseguía su principal objeto, que era alejarse y poner término a sus insustanciales amores con Clemencia.

Se embarcó en Boulogne, de noche, con la idea de llegar a Londres en barco. Al acercarse a la costa, una hilera de puntos luminosos le anunció la proximidad de un pueblo: Dover. No se veían con claridad las casas de Ramsgate, rodeadas de villas y de bosques. Algo más allá, el pueblo aparecía plantado sobre un escarpe, con sus grandes casas de ladrillo oscuro, innumerables ventanas y el campanario de la iglesia.

Aún no era completamente de día cuando penetraron en el Támesis. Apuntaban los primeros resplandores del alba. A medida que se avanzaba en el río, la costa rebajaba sus alturas y los arenales se veían cubiertos por olas con espumas luminosas.

El pueblo de Barnstable, surgiendo de la niebla, anunciaba el avance del día que comenzaba. De pronto, como una sorpresa inatendida, surgió el sol, pálido y anémico, barrió la niebla, y las aguas del Támesis aparecieron llenas de velas blancas, como una bandada de gaviotas. Alguno que otro pasajero se mostró en cubierta con deseo, sin duda, de contemplar el paisaje. La mayoría desayunaba para estar a punto para trabajar inmediatamente de la llegada. Luis Carvajal contemplaba el río y las costas con indiferencia.

Al principio, con la bruma no se tenía la idea de marchar por un río, sino más bien por el aire. Luego, ya al ir aclarando el paisaje, se iban viendo las orillas de uno y otro lado.

En las dos se alzaban grandes almacenes, donde se amontonaban mercancías, avenidas amplias con un movimiento incesante, barcos y más barcos de vapor. Por sus banderas se veía que había buques de todas las nacionalidades. Resoplaban y lanzaban silbidos estridentes.

Pasaron por *docks* con grandes tejavanas azuladas y grúas enormes.

Los treinta y tantos kilómetros de Gravesend a Londres eran un muestrario de almacenes, de cobertizos, de hangares, de grúas a un lado y a otro del cauce del supuesto río, que no se adivinaba.

Ya después, el Támesis tomaba aire de corriente fluvial con sus orillas bien definidas.

En la parte de la derecha aparecía el caserío del condado de Essex bajo, árido y gris. En Gravesend, a la izquierda, comenzaban a mostrarse productos de la arquitectura moderna de toda clase de estilos.

Las orillas se veían desiertas, como si el río hubiese absorbido todo cuanto era capaz de moverse y circular. Los barcos se cruzaban con cierta pompa entre la bruma, y el ambiente era de una grandeza triste, bajo los reflejos de un sol que se mostraba

envuelto en gasas. Las curvas del río producían el efecto de que las embarcaciones que se veían a lo lejos iban en medio de la tierra, como si navegasen sobre las praderas, vigiladas por grupos de grandes árboles, olmos, tilos y robles.

En Woolwich, con sus fundiciones y cuarteles, perduraba todavía el recuerdo trágico de aquellos pontones que sirvieron de presidio a los prisioneros de las guerras napoleónicas. Al dejarlos atrás, se descubrieron, a la izquierda, las cúpulas gemelas de Greenwich.

La orilla izquierda estaba poblada de cobertizos, de fábricas, de talleres que anunciaban la proximidad de la capital. Luis miraba el espectáculo entretenido.

Era ya mediodía. A uno y otro lado se alargaba un bosque de mástiles. Tras de él surgía un grupo de negras e inmensas chimeneas de ladrillo, altas y atrevidas. El agua se agitaba por el constante paso de barcos, grandes y chicos, de vela y de vapor. Las chimeneas de barcos y fábricas vomitaban el humo, y en medio de la pesada atmósfera de vapores de carbón se erguía la mole imponente de la cúpula de San Pablo, entre el estrépito de las sirenas.

No había muelles donde atracar, y las casas llegaban hasta el agua y hundían en ella sus cimientos. Reinaba por todas partes la más babélica confusión.

«¿Cómo se pueden entender esas gentes en ese barullo?», pensó Carvajal.

Entre unos y otros edificios se intercalaban callejuelas, en las que penetraba el agua, empujada o absorbida por el vaivén de las mareas.

«Verdaderamente, está todo pensado en grande —pensó Luis—; da la impresión de que por muchos barcos que acudan a descargar en Londres hay sitio aquí para todos y aún queda espacio en el río para barcas, botes, lanchones y gabarras y demás medios de locomoción.»

PASADA LA IMPRESIÓN confusa de la llegada y del desembarco, Carvajal tomó un *cab* a la salida de los *docks* y se hizo llevar a una pensión que le había indicado un amigo en París.

El *cab* le pareció un vehículo bonito. Se podía cómodamente distraerse observando lo que pasaba delante de él, en el espacio libre descubierto sobre la cabeza del caballo que arrastraba el coche.

Su primera impresión de Londres fue para Luis de oscuridad y de melancolía. Distancias enormes, barriadas confusas de casas grises y negras, el Támesis con sus aguas turbias y sombrías. Junto al río, extensos embarcaderos adornados con banderas, y en él las grúas, capaces de levantar máquinas y piedras de cientos de toneladas.

Le sorprendió la enorme cantidad de hombres *sandwich*, introducidos en cajas de tela con anuncio, que paseaban por todas partes, así como los comercios extraños, tiendas de útiles de pesca, de frenología, funerarias y boticas con sus bolas verdes de cristal, de noche iluminadas.

En algunas calles había canales negros misteriosos, con sus andenes, como invitando al suicidio; en sus márgenes se alzaban casuchas miserables, en las que no se comprendía que se pudiera vivir alegremente.

En tabernas y centros obreros de los barrios pobres se oía a las muchachas uniformadas de la Salvación Army, que cantaban sus himnos, acompañadas alguna vez por algún señor de aire exaltado que tocaba el trombón o el bombardino con la furia de un ángel exterminador.

Le llenó a Luis de asombro el espectáculo del puente de Londres, que llevaba a la puerta de Southwark. Era allí donde se colgaban las cabezas de los criminales de Estado en otro tiempo. Desde la plataforma hicieron sus gestos trágicos las cabezas cortadas de Falconbridge, de Wallace y del gran canciller Tomás Moro, que no habría supuesto que este final fuera el del autor de la *Utopía*. Se tendía el puente sobre la parte más ancha del río, y tenía unas arcadas enormes. Por debajo de él cruzaban los barcos sin obstáculo, y por encima, vehículos y peatones pasaban a la carrera, y daba la impresión de una fuga desesperada. También contempló el Parlamento, con la esfera pálida de su reloj y su campana Big-Ben. El Parlamento, visto de noche, a la luz de la luna, parecía una estampa romántica, lo mismo que el puente de Westminster, que se hallaba completamente desierto.

No era menos fantástico de decoración de teatro el aspecto que presentaba de noche Hyde-Park, iluminado, lleno de bancos con parejas amarteladas. En cambio, de día sorprendía la animación extraordinaria de los que acudían al mismo parque a oír los discursos de ateos, budistas, indófilos, chinófilos, negrófilos, anarquistas,

socialistas, maltusianos, vegetarianos, pacifistas, etc., cuyos oradores gozaban de la más absoluta libertad para decir lo que les daba la gana, en un ambiente de libertad y de tolerancia que no podía haber en ninguna otra ciudad del mundo.

Al principio, Carvajal se estableció en la pensión que le habían recomendado, y tardó bastantes días en ir a visitar a sus parientes. Luego conoció a la familia de su madre. Su primo Carlos le había dicho que fuera a vivir con él.

Fue presentado en casas distinguidas y le invitaron a cenar y a dar conciertos de guitarra. Tuvo algún éxito. Por el aliciente de su música, hubo época que casi todos los días tenía convite.

Después, como Carvajal era versátil, llegó a cansarse, y empezó a sentir de nuevo la inquietud andariega, pasando muchas horas del día en dar grandes paseos por las afueras. En esos paseos le acompañaba un señor, a quien conoció en la pensión. Le llamaban Brown el *Melancólico*. Este había vivido varios años en América, donde hizo fortuna, y regresó a Londres, trayéndose una enfermedad hepática que le entristecía.

Brown y Carvajal recorrieron Fleet Street, la calle de los periódicos, y fueron a Hyde-Park a oír a los oradores que defendían las opiniones más razonables y las más disparatadas. Anduvieron por las proximidades de Petticoat Lane, donde había un mercado de cosas viejas, y por Middlesex Street, que fue durante mucho tiempo la Bolsa de los ladrones de ropa.

Carvajal se sentía dominado por la impresión de mundo extralimitado e incognoscible que le daba Londres, envuelto en su niebla. Aquella multitud de seres indiferentes apresurados que se cruzaban con él por las aceras, paisanos, militares, damas vestidas de blanco, frailes, mozos de cuerda, oficinistas, filas de gentes de todas clases sociales que iban a un fin, ante él, que no iba a ninguno, le perturbaban un poco.

Atronaba sus oídos el incesante sonar de las bocinas de los ómnibus, los *claxons* de los autos y el petardeo de las motocicletas.

El señor Brown era de origen irlandés y presbiteriano muy rígido en cuestiones de ética.

El día que visitó Carvajal con su amigo Brown el Jardín Zoológico recibió una impresión de asombro y al mismo tiempo de espanto. Le maravilló y pensó que la Naturaleza parece haberse complacido en la producción de monstruos. El aire perplejo de los pingüinos, con su especie de macferlan, andando despacio, con gravedad cómica; los saludos que los osos blancos hacían a los niños, como si quisieran convencerles de sus buenos sentimientos para con ellos; los gritos que daba la foca en su estanque, a la cual los chicos llamaban *Old Willy*; la serpiente cascabel, que se movía con lentitud dentro de su cárcel de cristal, acercándose de pronto furiosa para dar en el fuerte vidrio con su lengua bífida y sus dientes venenosos; el gran pulpo, que no parecía un animal, sino una extraña masa gris constantemente variando de color..., y tantos y tantos peces de una arquitectura absurda, que tenían aspecto de

haber sido fabricados con una idea humorística; todo esto le extrañaba.

Junto a la casa rica, grande, enorme, de ladrillo, con sus terrazas y sus parques y su gran prestancia custodiando anchos espacios de verdes llanuras, aparecían los muros cubiertos de hiedra y el follaje de árboles frescos y bien cuidados, al lado de estanques de agua limpia. No lejos de los brezos de Haptean, las cervatinas de Greenwich se acercaban a los paseantes, confiadas, para mirarlos como amigos.

Entrando en el pueblo, el paisaje suburbano daba miedo; los canalillos de agua negra, y las callejuelas, envueltas en luces del crepúsculo que enrojecían el agua de los canales, hacían pensar en los crímenes misteriosos londinenses. La sombra de Conan Doyle parecía erguirse por allí con sus agentes de Scotland Yard.

No lejos de esos canales, buen escenario para las hazañas de los maleantes, había sitios por donde circulaban los jóvenes deportistas, regateando en sus ligeras canoas, y muchachas, vestidas de blanco, con sus raquetas bajo el brazo, que se encaminaban a campos de tenis, cruzando orgullosas entre muchachos, que las veían pasar displicentes y desdeñosos.

Alejándose más de la ciudad, Carvajal descubría campos de estampa, con sus bosquecillos, sus pueblos y su horizonte extenso, recortándose en la suavidad ligera de sus colinas, que no parecían tener peso.

UN DÍA, Brown el *Melancólico*, le preguntó a Carvajal:

—¿No ha leído usted a Dickens?

—Sí, he leído *Pickwick*.

—¿Nada más?

—Nada más.

—Pues, si usted quiere, le llevaré a algunos sitios citados y descritos por nuestro novelista.

—Me parece muy bien.

Brown era un dickensiano. Tenía, además, cierta pasión por callejear, tanto de día como de noche, solicitado por su curiosidad y por dar curso a la imaginación. El interés se acrecentaba en el viejo con la evocación de lecturas y tipos que le habían distraído y conmovido en su juventud, en sus primeros contactos con la novela romántica.

Le distraía mucho estarse horas y horas viendo a la gente cruzar un puente, o examinar desde el banco de una plaza con árboles, llena de frescura, el ir y venir de tipos raros y el vagar a impulsos de la imaginación, observándolos, tratando de inquirir cómo serían sus vidas, haciendo sobre ellas mil suposiciones.

Ya dispuesto a hacer de cicerone dickensiano, o más bien pickwickiano, le llevó a Carvajal a Farringdon Street. Pasaron por delante del Congregational Memorial Hall, edificio de la secta de los congregacionistas, alzado sobre el solar que dejó, al ser derribada, la cárcel de la Flota (*Fleet Prison*), donde estuvo algún tiempo encerrado el señor Pickwick, acompañado de su criado Sam.

Al Norte está Groswell Road, que antes se llamaba Groswell Street, que para los dickensianos recuerda al señor Pickwick y a la señora Bardell, su ama de llaves.

Trataron de buscar Carvajal y su amigo, más lejos del centro, la posada del Español, en Hampstead, y el Toro de Rochester. Este pueblecillo, inmediato a la capital, es el sitio donde Winkle, el amigo de Pickwick, prestó su uniforme del Pickwick Club al granuja simpático de Jingle, e hizo que un médico de mal genio, el doctor Hammer, confundiera a Jingle con el cándido joven Winkle y le desafiara a este.

En Borough Street es donde se verifica el primer encuentro entre el señor Pickwick y su criado, Sam Weller, y en los alrededores de Charing Cross. el lugar donde comienza su carrera David Copperfield en un modesto empleo de un comercio, cerca del teatro Adelphi, situado en el Strand, escenario de sus primeras experiencias en la vida.

UN DÍA, al volver don Luis a su casa por Holbom, quedó parado delante del escaparate de un restaurante atestado de aves de todas clases, de pescados magníficos, de moluscos, de botellas de vinos y de licores raros.

Estaba distraído cuando notó que una mano penetraba en el bolsillo de su gabán.

De repente, y sin volver la cabeza, agarró con la suya la mano que estaba metida en su bolsillo. Era de una chica de unos quince a dieciséis años, harapienta, muy bonita, que, sin duda, había intentado robarle.

—Bueno, chica —le dijo—. Veo que andas en malos pasos. Te voy a convidar aquí a cenar.

—Déjeme usted, señor.

—Si te he dicho que no te quiero hacer nada. No temas; yo no soy de la Policía. Soy un español.

La chica quedó asombrada, y entró en el restaurante, perpleja y con mucho miedo.

Se sentaron a una mesa en el fondo del local, donde había poca luz. Don Luis pidió la carta e hizo un buen *menú*, con vino de marca, y comenzaron a cenar. Ella tenía al mismo tiempo hambre y miedo. Después de comer y de beber y de contemplar a su anfitrión, se tranquilizó y contó algo de su vida.

Era una muchacha bonita, atractiva, rubia, con una cara un poco de gato, que prometía ser una belleza. Se llamaba Dolly (Dorotea). Tenía un aire de desafío, y en medio de sus harapos se sentía orgullosa. Pronto notó ella que su acompañante no era un hombre de presa, y comenzó a hablar con confianza y con un tono de ironía y de burla.

Su familia, según ella, era una calamidad. Su padre era un hombre caído en la miseria y convertido en ladrón profesional; la madre robaba en los bazares, y sus hermanos y su novio hacían lo mismo.

El padre, además, era un borracho y un cínico, y había perdido la moral por completo en el tiempo que estuvo en la cárcel.

—¿Le tiene usted cariño a la familia? —le preguntó don Luis.

—No, la verdad; no se ocupan de mí para nada y quieren que robe para ellos.

—Y al novio, ¿le tiene usted cariño?

—Tampoco. Es un chulo.

—Aquí, en la calle, ¿tenía usted alguno que espiera a la gente?

—No; iba sola.

—¿Qué le gustaría ser?

—Me gustaría ser actriz.

—Eso es difícil. Se necesita un aprendizaje largo. ¿Qué sabe usted hacer?

—Sé leer y escribir. También sé cantar; de lo demás no sé nada. Yo creo que tendría paciencia y energía para trabajar.

—Pues nada. Yo te pago la experiencia. ¿Cuánto necesitará usted para cambiar de vida?

—Lo menos cinco libras esterlinas.

—Pues yo se las doy. ¿Qué va usted a hacer?

—Compraré un poco de ropa, una maleta y unos zapatos y me iré a vivir a una pensión del centro, barata, que conozco, y romperé por completo con la familia.

—Pues nada. Ahí están las libras.

Carvajal sacó el dinero y lo puso encima de la mesa. La muchacha lo miró con el mayor asombro. Tomó los billetes y los guardó en el pecho. Después estaba inquieta, como pensando que se los iban a reclamar. De pronto, preguntó:

—¿Dónde vive usted?

—Vivo aquí, en una pensión de Bloonsbury. Ahí están mi nombre y mis señas — y le dio una tarjeta—. Le advierto a usted una cosa: que no soy un conquistador. Puede usted ir a mi casa sin miedo.

—¿Me puedo marchar ahora?

—Sí.

—Pues me voy a un pequeño hotel que conozco.

—Bueno, pues adiós.

—Adiós —y se estrecharon la mano.

Al cabo de una semana, Dolly apareció en la pensión de Carvajal. Estaba transformada, bien vestida y elegante; iba a entrar de figuranta en un teatro. Hablaba con mucha chispa.

—A ver si hace usted una buena carrera.

—Ya veremos. Yo creo que sí.

—Marcha usted con rapidez.

—Gracias a usted. Y ahora me pregunto: ¿Qué quiere usted de mí?

—Yo, nada más que saber que vive usted bien.

—¿Quiere usted que venga a verle?

—Sí.

—Pues vendré.

Y Dolly se marchó y volvió varias veces y habló con don Luis de su vida y de los ensayos que hacía y de los pretendientes que iba teniendo. Luego, va no volvió más. Seducir a la muchacha le hubiera parecido a Carvajal una bajeza indigna. Así, le quedó de esta pequeña aventura un recuerdo grato.

OTRO DÍA en que Carvajal se paseaba con el *Melancólico* se internaron por el laberinto de callejuelas estrechas, limpias y enlosadas que se extiende desde la catedral de San Pablo a la Torre de Londres, en plena City, bordeadas por casitas de ladrillo rojo. Detrás de sus puertas, herméticamente cerradas, era donde se trataban y se discutían los negocios, en medio de un silencio conventual.

Cada casa de aquellas era como una colmena llena de gentes atareadas y codiciosas; cada puerta tenía su llamador de cobre, reluciente, y un ventanillo para husmear de dentro y no abrir sin ver antes al que llamaba. Al lado de la puerta brillaba una placa metálica, en la que aparecía el nombre del negociante dueño del despacho. Por estas oficinas de la City pasaban diariamente miles de personas y millones de libras esterlinas, representados por las cifras que se inscribían en las columnas de los grandes libros de contabilidad.

Reinaban allí verdaderas dinastías de negociantes, perpetuadas de padres a hijos. A las cinco de la tarde, la actividad febril de las columnas bancarias cesaba; las puertas se abrían para dejar salir a los empleados; y minutos después una nube de silencio había cubierto todo el barrio, que se quedaba completamente solo, pues ninguno de aquellos potentados tenía en él su vivienda, sino tan solo la sede de su negocio. A partir de esa dispersión de gentes afanosas solo quedaban técnicos esclavos de los números, exploradores del Debe y el Haber. Cuando hacían su labor se retiraban, y el barrio quedaba sin un alma y después no se oían más que los pasos rítmicos del *policeman*, paseándose arriba y abajo, con un ritmo de péndulo, por la calle, con las manos a la espalda. Al día siguiente volvía el enjambre de las hormigas financieras a dedicarse a hacer columnas en el papel de miles y millones.

—Y ¿qué extensión ocupa la City? —preguntó Carvajal al Melancólico.

—La City —contestó su mentor— empieza en el Strand y comprende parte de la parroquia de San Martín, los alrededores de Lincoln's Inn Fields y la larga calle de Holborn.

—¿Ahí acaba?

—No; a partir de ahí coge casi todo el norte, el este y el sur de la ciudad, así como la orilla derecha del Támesis, en su conjunto desde el túnel hasta el palacio de Lambeth y a Nine Elms.

—Veo que es algo inmenso.

—Al corazón de la City lo llaman Borough (el Burgo), y comienza en London-Bridge, extendiéndose hasta la Torre. También pertenecen a la City Aldgate, Temple Bar, Southwark, San Pablo, etc.

—Y aquí, ¿qué gente vive? —preguntó Carvajal a su informador.

—Aquí se trabaja de día, pero la mayor parte de los que andan durante la mañana

y la tarde en la City pasan la noche en otra parte.

—Buscan el silencio.

—Sí, este no es un barrio para gente bien. La aristocracia del dinero suele vivir hacia el West-End, por Regent-Street y la plaza de Portland.

—Pues, si le parece —dijo Carvajal—, tomaremos un ómnibus e iremos para allá.

—Me parece bien —contestó el Melancólico—, y muy oportuno, porque solo desde Pall Mall a Park-Crescent hay cerca de una legua.

Tomaron el ómnibus y lo dejaron en el comienzo de una amplia avenida, que al punto se conocía que estaba frecuentada por la sociedad elegante.

Era Regent-Street, donde abrían sus puertas los comercios más elegantes. La calzada estaba invadida siempre por coches lujosos tirados por troncos de caballos magníficos, ocupados por damas distinguidas, y a veces se detenían a las puertas de los comercios para que las señoras se apeasen de ellos y fueran a hacer sus compras. Por entre los coches pasaban jinetes y amazonas, sobre caballos finos y lustrosos, de brillantes grupas, cuellos ágiles y cabezas pequeñas. En las aceras, llenas de desocupados, había gentes que contemplaban a las señoras.

Abundaban las mujeres bonitas, vestidas con elegancia, de aire angelical. Sobre todo, los establecimientos de modas parecían exhibiciones de muchachas preciosas, rubias, morenas y rojas, que lucían vaporosos tocados. Era el más adecuado reclamo para llamar la atención sobre las galas que se ofrecían a las posibles compradoras.

Allí dominaban las mujeres, en contraste con la City, donde dominaban los hombres, y como no era que se hubiese establecido la separación de sexos, ocurría que las mujeres en minoría de la City tenían con frecuencia aire hombruno, y los hombres en minoría de Regent-Street daban el tipo afeminado, como si sufriesen los efectos de un contagio del barrio.

Otro día, desde el Temple, donde esperaban encontrar algunos rincones agradables, cruzaron una plazoleta con árboles, pasaron por delante de una iglesia y de una capilla que tenía su cripta al descubierto, y, metiéndose por un pasadizo, fueron a dar en una calle estrecha, llena de tiendecillas de librerías y de fabricantes de pelucas para abogados.

Había una multitud de edificios pequeños y de capillitas que componían una serie de plazoletas y callejones, en los que reinaba un gran silencio. De cuando en cuando se escuchaban las pisadas de alguna persona, que sonaban en el eco de un abovedado pasadizo. Saltaban los gorriones sobre la hierba verde y piaban otros entre el follaje.

Era aquel un barrio de abogados, no siendo difícil descubrir en él curiosos rincones de traza romántica. Eran una soledad y un silencio agradables los que allí reinaban. Se atravesaba un pasadizo estrecho, siniestro, a cuya entrada y salida colgaba un farolón viejo, y se desembocaba en una nueva plazoleta. Algunos de aquellos patios se hallaban cubiertos de grandes losas; en otros, la hierba extendía su alfombra verde, brillante y jugosa.

En todas partes reinaba idéntico silencio, el mismo reposo de pueblo deshabitado.

Era curioso aquel oasis tranquilo en medio de la ciudad inquieta y turbulenta.

En el interior de los archivos y salones, llenos de libros y de legajos, se veía algún empleado que cerraba las maderas de un balcón. Sonaba de cuando en cuando el ruido de una llave y se sentía después lento rumor de pasos.

En el ángulo de una de las plazas se alzaba una casa cubierta de lilas, y sus racimos de flores moradas y azul pálidas caían sobre la hojarasca verde. Una pared alta, cubierta de hiedra, mostraba un escudo de blasón antiguo, y en el borde de un tejado se arrullaban dos palomas blancas.

Salieron Carvajal y Brown a un espacio más anchuroso, donde se erguía una capilla gótica.

Cerca del ábside de la iglesia, entre la hierba húmeda, se veían algunas tumbas, y a un lado se levantaba un sepulcro de mármol, con una estatua reclinada. Bordeando la capilla fueron a desembocar en un patio que tenía un surtidor en el centro.

«¡Es bonito esto!», exclamó Carvajal.

El Melancólico sonrió, satisfecho de haber producido aquel efecto de sorpresa en su amigo.

Era indudable que aquello era bonito. Había, bajo la dulzura del cielo gris, un silencio lleno de placidez y de encanto. De la taza de piedra partía un hilo de agua que se deshacía al chocar en el borde del pilón; una paloma tornasolada se refrescaba mojando sus plumas, y los gorriones piaban en el suelo. Llegaban hasta aquel jardín, medio extinguidos por la distancia, los mil rumores confusos de la gran ciudad, y en aquel semisilencio, el surtidor cantaba con sus notas de cristal, mientras un pájaro escondido entre las ramas parecía contestarle.

Del patio de la fuente pasaron al jardín del Temple, y, atravesándolo, salieron al muelle del Támesis.

UNO DE LOS SITIOS más frecuentados por Carvajal en su deambular londinense con su acompañante el Melancólico eran los parques.

Un día fueron los dos al de Battersea, muy próximo al Támesis. Allí era donde, muchos años atrás, se había batido el duque de Welington con el marqués de Winchester.

Al acercarse al río, vieron a un grupo de chicos que estaban disputando y que pronto comenzaron a pegarse de una manera brutal. Tenían la cara llena de chichones y de sangre.

Carvajal y su acompañante se acercaron a ellos para separarlos, sin conseguirlo; pero de pronto se aproximó un hombre joven, flaco y menudo, el cual separó al más agresivo de los chicos enzarzados, mientras Carvajal retenía al otro, y con una rapidez extraña le sujetó los brazos con una correa, y los pies, más tarde, con una cuerda.

—¿Cuánto tardas tú para ir a casa? —le preguntó al que estaba libre.

—¿Yo? Un cuarto de hora.

—Bueno, pues, ¡hala!, ya estás largándote. Dentro de un cuarto de hora soltaremos a este.

El chico protestaba, furioso; pero no tuvo más remedio que aguantarse, y al cabo del tiempo fijado, en el cual el otro estaría a salvo, le dejaron libre.

—Estos chicos son tercos y brutos —dijo el desconocido.

—Sí —repuso Carvajal—. Es la fama de los ingleses.

—Es verdad. Usted habrá oído la anécdota de los dos señores de Londres que, yendo cada uno en un tálburi, se encuentran en una callejuela, en dirección contraria, y ninguno quiere ceder el paso al otro. El uno enciende un cigarro, lo hace con calma; el otro le imita, y fuman tres o cuatro seguidos. Cuando se acaban los cigarros, uno de los rivales saca del bolsillo un periódico de estos de letra pequeña, de diez o doce páginas, y se pone a leerlo, pensando acabar con la paciencia del otro. Este, al verlo, dice amablemente a su rival en terquedad: «Supongo que tiene usted lectura para cuatro o cinco horas. Cuando acabe con el periódico haga usted el favor de prestármelo.»

—¡Es curiosa la historia!

—Sí, los ingleses, gracias a Dios —dijo el hombre flaco y moreno a Carvajal—, somos bastante brutos. ¿Usted es de aquí?

—No, yo soy español.

—¡Hombre!, español.

—Sí.

—Yo me llamo Fisher.

—Yo, Carvajal.

Al español le había chocado aquella curiosa manera de acabar con una pelea de muchachos. Viendo cómo arregló la cuestión, Carvajal dijo al desconocido:

—Creí que sería usted policía.

—No —contestó el otro—. Soy todo lo contrario: soy vagabundo.

—No es un oficio —dijo Carvajal.

—Pues no tengo otro.

—¿Es que no le gusta ninguno?

—He tenido afición a muchos, pero no he pasado de ahí.

—Será que no le guste trabajar siempre en lo mismo. Huye usted de la monotonía.

—Puede que sea eso.

Fisher era un tipo delgado y moreno. Respecto a la edad, parecía tener entre treinta y cuarenta años. Era serio, con una risa sardónica de golfo. Hablaba el inglés de la calle, la jerga del *cokney*. Ahora, si se empeñaba, sabía evitarlo. No debía de ser muy culto, pero se mostraba ocurrente y divertido y tenía salidas para todo.

Después de las primeras frases cambiadas entre ellos, Carvajal había dicho:

—Si le parece, iremos juntos un rato.

—Muy bien.

Con la afición que tenía Carvajal por los tipos pintorescos e irregulares, aquel encuentro con Fisher le distrajo. En cambio, a Brown *el Melancólico* le hizo poca gracia. Al separarse, quedaron citados para verse al día siguiente, y pocos días más tarde, Brown comprendió que el azar le había enviado un sustituto.

Fisher, en inglés, quiere decir ‘pescador’, y al mismo tiempo la ‘marta’, ese animal sanguinario que tiene una piel magnífica, que llaman también pekan.

CARVAJAL, aprovechando el que su primo tenía que ausentarse de Londres, había vuelto a la pensión donde se había establecido al llegar a la capital.

A la semana de haber intervenido en la pendencia de los muchachos, apareció Fisher en la pensión.

—¿De dónde ha sacado usted ese tipo? —preguntó una señora de la casa a don Luis.

—Le encontré en la calle.

—¿Cómo se llama?

—Fisher.

—¿Está usted seguro?

—Por lo menos, eso es lo que él me ha dicho. ¿Qué interés podía tener en dar un nombre por otro?

—Tiene cara de hombre de poco fiar.

—Pues creo que es una buena persona.

—A mí me da la impresión —dijo la señora— de un hombre inteligente, pero capaz de cualquier cosa.

—Pudiera ser.

—Tiene todas las trazas de un tipo de cuidado.

Aquella conversación con la señora debía haber puesto un poco en guardia a Carvajal, quien, por curiosidad siempre atenta de tipos raros o extraños, no quiso creer que el personaje pudiera ser un maleante. Comenzó a salir con Fisher, en el que veía un buen introductor para los ambientes raros de la ciudad, que deseaba conocer, e, insensiblemente, se fueron aflojando los lazos que le unían con Brown el Melancólico.

El primer día que Fisher y Carvajal salieron juntos fueron dando vueltas por detrás de la Torre de Londres y curiosearon por los *docks*. Al día siguiente volvieron y anduvieron a lo largo de los muelles, donde trabajaba una multitud de hombres de todas castas, blancos, negros, amarillos; tipos morenos con los ojos brillantes, y otros rubios pálidos, con cierto aire boreal.

La impresión más fuerte de aquellos lugares la daba la violencia del olor, que llegaba por ráfagas. El visitante de los *docks* se veía envuelto alternativamente en vahos de olor de canela; en otras partes, el olor del azúcar llegaba a irritar la garganta; se nadaba en un aroma de vino generoso, y en casi todas partes, como acompañando a esos olores violentos que daban la nota aguda, había otro olor, mezcla de petróleo y de humo de carbón de piedra, que constituía la nota sorda.

Del extremo de un muelle vieron venir hacia ellos algunos cuantos hombres que traían las caras y las ropas azules; sin duda, acababan de descargar un cargamento de

sacos de añil.

En un espacio o plazoleta, formado por barricas, trabajaba un equipo de toneleros componiendo los envases rotos, y al hacer su tarea ejecutaban una estrepitosa sinfonía de martillazos; otros iban arrastrando grandes cubas vacías, que sonaban en el suelo como tambores.

En los *docks* de Santa Catalina era donde acostumbraban descargar los barcos de España que llegaban con frutas y hortalizas de las huertas de Levante y plátanos de Canarias.

Allí estaban los almacenes de donde se surtía Londres, sobre todo los que solo guardaban una sola materia. Allí se depositaban los cargamentos de los buques, cuya descarga se hacía sin que intervinieran para nada los destinatarios. Cuando llegaba lo que venía consignado, barricas de vino, cajas de naranjas, cebollas o tomates o manojos de plátanos, los *docks* avisaban su llegada y su almacenaje, y el importador daba talones a los compradores con la cantidad que adquirirían, que a su presentación los *docks* entregaban.

No paraban en eso las operaciones. El comprador pagaba al comerciante, dándole un cheque contra un Banco; este, a su vez, reunía y confrontaba todos los cheques de unos y otros, unos a pagar, otros a cobrar, y enviaba a un empleado portador de una cartera de cuero sujeta a la cintura por una cadena a la llamada Casa de Aclaración. En ella se hacía un computo de lo que un contratista tenía que pagar y que cobrar, se obtenían las diferencias a favor o en contra, expresadas estas en cheques contra el Banco de Londres, en donde no tenían que hacer más que subir la columna del haber del banquero Tal y bajar la del banquero Cual. De ese modo se hacían todas las operaciones, sin necesidad de sacar una libra del bolsillo de nadie.

ESTUVO A VER CARVAJAL dónde vivía Fisher en Little Earl Street, calle próxima a San Gil, sitio que se consideraba en otro tiempo como el más pobre de la ciudad. Little Earl Street se llenaba todas las mañanas de puestecillos de verdura y pescado, que dejaban la calzada intransitable. Aquel lugar había sido refugio de irlandeses pobres, cuando cada barrio de la gran ciudad tenía su población especializada; los irlandeses ocupaban San Gil; los franceses, Soho; los alemanes, Holborn; los italianos, las inmediaciones de Gray's Inn; los griegos, Finsbury Circus; los judíos, Houndsditch, y los españoles, Marc Lane.

No solo era una clasificación de nacionalidad, sino también de profesiones. Los de Cornwall labraban metales; los belgas eran vendedores de leche; los escoceses, posaderos y jardineros; los irlandeses, albañiles y cargadores en los *docks*; los franceses, modistas, tintoreros y zapateros; los alemanes, panaderos y pasteleros; los holandeses, relojeros y fabricantes de juguetes; los judíos, ropavejeros y peleteros; los italianos, fabricantes de espejos y de barómetros, estucadores y músicos callejeros; los suizos, fondistas; los indios, barrenderos, y los españoles, vinateros y fruteros.

No lejos de la casa donde Fisher tenía un cuarto mísero se abría la plaza de los Siete Cuadrantes (Seven Dials), adonde iban a parar otras tantas callejuelas que gozaban de mala fama y constituían una especie de Corte de los Milagros, muy concurrida y animada a todas horas por un abigarrado concurso de gente pobre.

Desde la ventana del zaquizamí de Fisher se descubría un vasto panorama de tejados que daba una impresión de melancolía, formado por casas y techumbres negras, torres y comisas. El cielo aparecía cubierto como por una red, en la que se entrecruzaban sus hilos las líneas telegráficas y telefónicas.

Asomándose a tal observatorio no era posible concebir un mundo alegre y divertido, nada que atrajese ni diese confianza, sobre todo si se tenía en cuenta que la mayor parte de los días el cielo era ceniciento y la atmósfera siempre turbia y crepuscular, aun en las horas centrales del día.

Sobre una torre resaltaba una veleta, y en ella, un gallo negro, plantado sobre una bola en petulante y orgullosa postura. Se podía presumir que aquel gallo, teniendo abierto el pico de una manera exagerada, se burlaba del mundo que veía a sus pies, lleno de complicaciones, esclavo de tantas y tan ridículas etiquetas.

Era natural que, poseyendo una habitación tan mísera, y no pudiendo asomarse más que a una ventana abierta sobre un panorama tan pobre y tan siniestro, Fisher pensase únicamente, después de dejar su camastro, en tomar el portante e ir a recorrer las calles y a buscar la vida como fuera...

—¿USTED SABE, Fisher, hacia dónde cae Whitechapel? —dijo Carvajal una tarde en que habían estado charlando en el banco de un parque, ya anochecido.

—¿No tiene usted mapa de Londres?

—No.

—Yo conozco Whitechapel; si quiere usted, iremos mañana por allá.

—Bueno.

Al día siguiente, cruzando por callejuelas inmediatas a un canal, por cuyo cauce fluía un agua verdosa y negruzca, en la que descansaban gabarras cargadas de tablones, desembocaron en una vía anchurosa, prolongación de Whitechapel Road, e iniciaron la subida de una pendiente que los llevó hasta las puertas del hospital de Londres.

Era sábado, y todos aquellos parajes ofrecían un aspecto de día festivo. El bulevar por donde caminaban estaba convertido en mercado al aire libre, y se veían a diestro y siniestro tenderetes y carritos ambulantes, puestos en hilera, iluminados por lámparas de nafta que despedían humos apestosos. Las carnicerías y fruterías mostraban sus escaparates brillantes y repletos. Entraba la gente en estas tiendas a hacer sus provisiones para el domingo, día en que todo Londres cerraba sus comercios.

El suelo de las aceras aparecía sembrado de prospectos; rebosaban de gentes los bares, en los que se formaban colas que salían hasta la calle, y en los tenduchos y en las pequeñas casas de dormir se oían conversaciones entabladas en voz alta, en ruso, en polaco y en alemán.

—No parece un barrio inglés —observó Carvajal.

—Los que aquí viven —dijo Fisher— son en su mayoría judíos, desecho de todos los *ghettos* del mundo.

Había en las calles puestos de verduras, de naranjas y de manzanas. Dondequiera que se miraba, aparecía algún borracho en los callejones ilustrados por los crímenes de Jack el *Destripador*. Comparsas de falsos negros, que llamaban *Ethiopian Serenade*, iban tocando la guitarra y bailando.

Muchas casas de Banca y tiendas de ropa vieja ostentaban letreros en hebreo, y en las trastiendas de esos establecimientos se veían mujeres gordas y morenas, con grandes ojos rasgados, y alguna que otra muchachita rubia, de aire aguileño y de mirada viva.

Bajo la sombría manta del cielo brillaban las luces de los anuncios luminosos de los cines, los reflectores de los autobuses y los grandes globos, rojos y azules, encendidos en las farmacias.

Familias de obreros, en las que el padre iba de chaqué y la mujer de sombrero,

tirando de los chicos, perezosos, que llevaban de la mano, pasaban a lo largo del bulevar, tranquilas y cachazudas, parándose en los escaparates para elegir sus compras. Por la calzada circulaban, sin detenerse, ómnibus, tranvías y automóviles.

A medida que Carvajal y Fisher iban acercándose a Aldgate, el gentío con que tropezaban era cada vez mayor. De las tabernas salían mujeres viejas y harapientas, completamente borrachas, dando traspiés. Al pasar junto a ellas tenían que cederles la acera. Algunas, para no caerse, apoyaban las manos en las paredes.

Carvajal y Fisher entraron en un bar y se arrimaron al mostrador, donde unas mujeres jóvenes maniobraban con unas palancas niqueladas, llenando de cerveza altos vasos de cristal. La espuma los coronaba de una capa blanca, y esta la quitaban con una paleta.

El público del bar estaba formado, en su mayor parte, por obreros y mujeres borrachas, denunciándose en unos y en otras un aire de ansiedad y de amodorramiento; había tipos muy serios, que consumían el alcohol con gravedad melancólica, como si celebrasen las ceremonias solemnes de un rito sagrado. Algunas muchachas rubias reían a carcajadas. En la puerta del bar, una música tocaba *La Marsellesa*, y un negro cantaba canciones de su país y al mismo tiempo gesticulaba.

Después de tomar dos *bocks*, continuaron Carvajal y Fisher su expedición, alcanzando la parte más alta de Whitechapel. Allí, el gentío y el bullicio eran todavía mayores. Sonaban innumerables organillos, y algunas chiquillas habían convertido las aceras en salón de baile y se dedicaban a las jigas y a los minués.

Formando una algarabía de reclamos aparatosos y de fingidas invitaciones, los charlatanes, los sacamuelas, los bisutereros ambulantes, ofrecían su pacotilla. Aquí se vendían ungüentos de efectos providenciales; allí, libros que revelaban el secreto de la felicidad; más allá, gafas; en otros sitios, cuadernos, plumas y lapiceros; mil y mil cosas distintas y deslustradas, restos de saldos seguramente, la última realidad aprovechable de lo que se va deshaciendo y consumiendo.

Algunos mendigos cantaban con voz aguardentosa tonadas tristes y sentimentales. Sobre un trípode, un hombre tenía puesto un cosmorama, en el que se representaba la antigua cárcel de Newgate. Se anunciaban por un letrero sugestivo y siniestro: «Las tragedias de Whitechapel.» Un penique daba el derecho de mirar por los sucesivos agujeros y de informarse de los crímenes del asesino de mujeres y de los sitios siniestros donde se habían cometido.

En otros cosmoramas, ya más tranquilizadores, se asistía a la fuga de un asesino cualquiera, su captura, a su encarcelamiento, y, al último, a la ejecución, realizada por el plebeyo y poco distinguido procedimiento de la horca.

En las calles que partían de Whitechapel Road, estrechas, sucias y oscuras, llenas de figones pobres, era donde los vagabundos acudían a comer, en escudillas de madera, sentados en bancos viejos y delante de mesas negruzcas. De unas a otras fachadas, de las altas casas que había en estos callejones, cruzaban vigas de hierro, como si las apuntalasen. Un olor fuerte a ácido fénico se desprendía de aquellos

rincones; a veces se veía pasar por la acera estrecha una mujer gorda, sobre cuya cabeza se tambaleaba un sombrero de paja, o dos hombres entontecidos, con la pipa en la boca, que pasaban cantando y haciendo resonar al mismo tiempo las suelas de sus pesadas botas.

Era aquel el barrio donde se habían descubierto los cadáveres de las mujeres víctimas del sadismo de Jack el *Destripador*, de quien se conservaba el recuerdo en las calles de Bucks, Row, Hamburg Street, Commercial Street, Wentworth Street... Barrio henchido de una vida palpitante y tumultuosa, brutal y dolorida, desarrollada entre el barro, el humo de las fábricas, las infecciones, las pestilencias, el alcohol, las conservas podridas..., gusanera revuelta, lodazales iluminados por días pálidos y reverberos de gas, con sus sábados de bacanal, sus domingos de silencio y sus crímenes sensacionales, todo ello con un atractivo de folletín misterioso y alucinante.

HACÍA YA TIEMPO que Carvajal se sentía desplazado en Londres. Cada día que pasaba influía más en él la decisión, que se iba robusteciendo, de marcharse de allí.

«Me voy con la música a otra parte», se dijo a sí mismo, en broma.

Un día le indicó a Fisher:

—Empiezo a sentirme un poco aburrido en esta ciudad tan grande y tan oscura. Comprendo que no es para mí.

—Es que usted —le respondió Fisher— está mal acostumbrado. Usted busca y desea cosas diferentes, y se nota que, si las consigue, las abandona pronto, porque no le parecen lo que debían ser. Así no se tiene nunca éxito. Hay que darse la impresión a uno mismo de que lo que se quiere es importante para su vida y que lo aprecia con toda su alma.

—¿Usted cree?

—Así me lo parece.

—Puede ser, pero no creo que se pueda cambiar de carácter. ¿Usted pone toda su alma en sus trabajos?

—Yo, sí. No me aburro nunca, y lo que emprendo, sea lo que sea, me parece trascendental.

Recordaba Luis las cosas de que Fisher le había hablado, y se reía en su interior al pensar que lo que él llamaba «sus trabajos» eran, sencillamente, trastadas y medio estafas.

—Y ¿qué piensa usted hacer para salir de este aburrimiento?

—Pienso marchar a Francia. Necesito ya cambiar de aires.

—¿Cómo se las arreglará usted para ganarse la vida?

—Tocaré la guitarra en los cafés.

—Hombre, no está mal pensado. Si no le estorbo, podría irme con usted y servirle de agente.

—Bueno, venga usted.

Pocos días después emprendían el viaje. Al iniciarlo, Luis decidió cambiar de nombre. Se llamaría en adelante, como tocador de guitarra y cantor, Luis de Marbella. Para justificarse a sí mismo, quería convencerse de que la salida de Inglaterra estaba justificada. Se encontraba harto de nieblas y de humedades; se sentía atraído por las tierras del sol, que, al fin y al cabo, eran las suyas. Esto no era obstáculo para que hubiera dicho muchas veces que el sol le aburría.

No le disgustaba llevar en su compañía a Fisher, sujeto ocurrente y desaprensivo, porque, aunque le tenía por un redomado golfo, le disculpaba. ¡Qué iba a hacer si el Destino no le había deparado otra cosa! Si tuviera cincuenta mil libras esterlinas de renta no sería un golfo. Le había distraído con sus largas conversaciones en los

bancos de los parques londinenses, contándole la manera de operar de los *pick-pocket*, los desvalijadores de bolsillos, y aunque no declarase de una manera clara su práctica en tal profesión, no creía necesario más Luis para saber a qué atenerse.

Carvajal tomó los billetes; Fisher hacía de secretario.

En el barco, de vuelta al continente, conocieron a un tipo que tocaba el violín. Era un hombre de unos veinticinco a treinta años, muy hablador, bastante pintoresco. Le dijo a Carvajal que se estaba acostumbrando a la vida vagabunda, que cada vez le atraía más, y que andaba temiendo que arraigase en él tan honda la afición a la bohemia, que no podría ya volver a ser un ciudadano sedentario.

—¿Y se gana usted la vida tocando el violín?

—Sí, voy tirando. Cuando empiece el buen tiempo pienso ir a Marsella, y una vez allí, recorreré la Riviera. Si logro reunir algún dinero, tomaré después para Argel y para Egipto.

—Pues a mí me están entrando ganas de imitarle —dijo Carvajal.

—Usted verá lo que hace. De todos modos, si cae usted por Marsella hacia la primavera y quiere marchar conmigo, puede buscarme por las tabernas del barrio de San Juan. Seguramente me encontrará en alguna.

Al llegar a la capital de Francia se separaron.

Luis y Fisher pasaron un par de semanas en París, y Carvajal huyó de los sitios donde podía encontrarse con sus antiguos amigos y con Clemencia. Cuando París le volvió a cansar, marcharon a Marsella, pensando en que quizá les viniera bien hacer un recorrido por la costa del Mediterráneo. Luis llevaba su guitarra, por si acaso.

Se instalaron en un hotel próximo a la Cannebière y recorrieron los cafés y las tabernas de la ciudad, sobre todo las del barrio de San Juan. En uno de esos pintorescos rincones dieron con el italiano que había cruzado el canal de la Mancha en el mismo barco que ellos.

Se reconocieron en seguida. Domenico Morone, el violinista, era un vagabundo de familia acomodada, de la que se había separado por afición a la vida aventurera. Había estudiado en la Universidad de Bolonia, y antes de terminar la carrera de abogado se unió a un compañero de instintos también vagabundos, y se fueron de pueblo en pueblo; el uno tocaba la guitarra; el otro, el violín. El italiano tenía un repertorio muy completo de canciones clásicas de Roma y de Nápoles. Ya hacía meses, antes de trasladarse a Inglaterra, cesó la colaboración con su amigo, quien, menos decidido que él en su vocación de trotamundos, había regresado a Bolonia para seguir siendo estudiante.

Morone estaba dispuesto a continuar su vida vagabunda, a no ser que encontrara alguna ganga.

—Y ¿qué tal se va marchando de ese modo? —preguntó Luis.

—Pues es la aventura...: unas veces, bien; otras, mal.

—Yo casi prefiero eso a la mediocridad.

—Pues, entonces, no hay más que lanzarse.

—Creo que me voy a lanzar.

—¡Bueno, si usted quiere, podemos ir juntos!

—Me parece muy bien. Vámonos.

Había que armonizar las actividades musicales de ambos. Domenico Morone cantaba mejor que tocaba el violín. Carvajal le enseñó habaneras y tangos españoles, que podrían ampliar su repertorio.

El italiano, que tenía excelente voz y bastante gusto para cantar, aprendió pronto las nuevas canciones. Además, tenía un aire que resultaba más español que Carvajal.

Fisher se encargaría de ingeniárselas como agente para la preparación de las actividades musicales de los dos.

SE PRESENTARON EN MARSELLA, en algunos cabarets del barrio de San Juan, y tuvieron éxito, el uno con su violín y el otro con su guitarra.

Si los aplausos eran estruendosos, entonces el italiano cantaba canciones romanas, barcarolas napolitanas y tangos españoles, con el acompañamiento de Luis en la guitarra.

Morone era hombre serio, que quería resolver su vida. No tenía nada de aventurero ni de golfo. Sin embargo, le dominaba a veces esa forma de melancolía de los vagabundos, que los hace marchar sin objeto y sin saber por qué, siendo en ellos el ir y venir como una indicación terapéutica inconsciente, porque con la marcha continua la inquietud desaparece y se va. Ahora, en ocasiones, queda la costumbre irrefrenable de vagar.

Naturalmente, la primavera, el tiempo en que cesan las lluvias, es el que más incita al vagabundo a desplazarse.

Cuando ya tuvieron arreglado el programa, después de ligeros ensayos de colaboración, emprendieron el recorrido de la Riviera, pasando por San Rafael, Cannes, Niza y Mónaco, lugares que Morone había visitado anteriormente.

A lo largo de la Riviera se encontraron con tipos extraños, entre ellos personas ricas, de manía vagabunda, que marchaban de un lado para otro sin saber por qué, llevados por un instinto infantil de andariegos. Eran como el Judío errante, empujados en sus desplazamientos por la eterna inquietud. Había otros medio enfermos, invertidos, cocainómanos, alcohólicos y morfinómanos, que, al mismo tiempo que vagabundeaban, se dedicaban a la venta de drogas estupefacientes.

Otros eran epilépticos, melancólicos, estafadores, ladrones y gente perturbada. Algunos habían olvidado su antigua vida de ciudadanos, y ya no les interesaba ni la familia ni los amigos antiguos. Muchos vivían en un estado crepuscular y, al mismo tiempo, de ansiedad y de descontento.

Dos tipos se les unieron durante algún tiempo de una manera circunstancial. El uno era un joven soldado escocés, que, a bordo de una gasolinera del Ejército, había estallado la caldera, y él se había podido salvar a nado. Aquello le había producido un choque fuerte y pensaba marcharse en cuanto pudiera a América.

El otro era un muchacho vasco-francés, que, después de estudiar Letras en París, pensaba hacer un viaje a pie por la Europa Oriental.

Cruzada la Riviera, había decidido atravesar Italia por el Norte, y después seguir por Austria y Hungría, hasta recorrer los países balcánicos. Una vez que alcanzara el mar Negro, lo contornearía para salir al Cáucaso, pasando unos meses allí antes de regresar a su patria.

El joven vasco se llamaba Beguieder, que parece querer decir en vascuence lo

mismo Hermosa vista que Ojos hermosos. Cuando quisieron ver si había en él algo aprovechable para la asociación musical ambulante, dijo el muchacho que no tenía mala voz, que conocía algunas canciones vascas, pero que no sabía música. Su afición era la etnografía.

—Pero alguna canción ya sabrá usted.

—Muy pocas.

—¿No sabe usted siquiera esa canción de *La Paloma*?

—Esa creo que sí la sé.

—Pues nada, la ensayaremos.

Poco después, Beguieder cantaba con cierta afinación aquello de:

*Si a tu ventana llega
una paloma,
trátala con cariño,
que es mi persona.*

Y aunque la mayoría de los que le escuchaban no entendían la letra, les bastaba la impresión lánguida de la música para sentirse halagados y para aplaudirle.

Entre Fisher y Morone no se había establecido una relación muy cordial; se sentían hostiles. La seriedad del italiano no podía hacer buenas migas con la inclinación trapacera del inglés. Fisher, como agente, proyectaba constituir una especie de sociedad con otros músicos vagabundos, de los que, como ellos, recorrían la Riviera, con objeto de no coincidir en los lugares y dejar intervalo de algún tiempo entre la aparición de unas y otras comparsas.

A Carvajal seguían haciéndole gracia las maniobras y trapisondas de Fisher, pero a Morone no le hacían ninguna. Le tenía atravesado, aunque por conveniencia no lo manifestase.

En Niza conocieron, en una taberna que abría sus puertas en una de las calles que desembocan en el puerto, a un inglés, un tal Brandon, el cual contó su historia, bastante movida, donde probablemente no todo lo que refería era verdad.

Se había quedado una vez sin dinero, y un granuja amigo suyo, llamado Smiles, había conseguido colocarle de empleado en una casa de cambio. Estuvo en ella seis meses, hasta que adquirió la suficiente confianza para escaparse con el contenido de la caja un día en que daba la casualidad de estar bien provista. Se trasladó a Nueva York, y allí puso una tienda de pipas de ámbar, pero se arruinó.

«Siempre que he robado —decía— me ha salido bien. La suerte me ha favorecido. Pero, la verdad, no quisiera tener que robar. Comprendo el arte —llamaba así a apoderarse de lo ajeno—, pero preferiría no tener que practicarle.»

Viéndose escuchado, se atrevió a decir:

—Ahora, caballeros, si ustedes creen que un hombre como yo puede alternar con ustedes, yo no desearía otra cosa.

Carvajal creía que sí. ¿Por qué no? Morone, en cambio, era partidario de no

aceptar en el grupo gente maleante.

AL LLEGAR A LA FRONTERA italiana comenzaba ya la estación de las lluvias, y no resultaba agradable andar de pueblo en pueblo.

—¿Sabe usted adónde podríamos ir ahora? —le dijo Morone a Carvajal.

—¿Adónde?

—A Argel.

—Me parece bien... ¿Se podrá allí encontrar la pitanza?

—Sí.

—Pues... vámonos.

Salieron de Génova Carvajal, Morone y Fisher, y al desembarcar en Argel hallaron allí no pocos de los vagabundos con que se habían tropezado en la Riviera.

En tierras africanas seguían, como en las francesas, combinando su arte de músicos callejeros con los comercios ilícitos de estupefacientes. En alguna taberna o en algún cafetín vendían bajo mano opio y cocaína, aunque a la vista expendiesen estilográficas u otras mercancías por el estilo.

Al llegar Luis a Argel compró un libro titulado *La Argelia legendaria acá y allá de las tumbas y de los principales taumaturgos del Islam*.

Esta obra estaba escrita por el coronel francés Trumelet, y tenía muchos detalles y observaciones sobre la mentalidad mahometana.

Luis comprendió, después de leer el libro en parte, que el mundo musulmán no le producía la menor simpatía, y que todo lo privativo de él le parecía aparatoso, petulante y ridículo.

Carvajal, que seguía usando el nombre postizo de Luis Marbella, fue a vivir a una fonda cerca del teatro de Argel. Luego comenzó sus gestiones para conseguir que la cuadrilla actuase en un café del bulevar Malakoff. Fisher también intervino. Acudían bastantes españoles del Mediodía, que aplaudían al final con estrépito de voces y de oles la ejecución de las habaneras y los tangos, que les recordaban su país. La guitarra era un instrumento que contaba allí con muchos partidarios.

En Argel fue Luis llevado a casa de una judía, rica y joven, viuda de un comerciante, que poseía en el interior del país bosques de palmeras y de naranjos. No sentía esta dama afición a enterarse de la administración de sus fincas; suponía más cómodo para ella casarse y que el marido corriera con las cuestiones de la hacienda.

Esta judía era muy aficionada a la música; le gustaban sobre todo canciones populares. Carvajal pudo complacerla. Luego, ella tocaba trozos de ópera en el piano.

También Luis cantó, acompañándose de la guitarra, «Questo o quella» y «Caro nome», de *Rigoletto*; «A tanto amor, Leonor, il tuo risponda», de *La Favorita*; el aria de *Orfeo*:

Cha faro senza Euridice

Dove ando

Senza el mió ben;

el «Balén del suo sorriso», de *El trovador*, y otras varias.

La judía vio al punto en Carvajal un marido decorativo y un posible administrador de sus propiedades. Si él hubiera querido dejarse prender en el anzuelo, hubiera tardado poco en pasearse como dueño y señor en las huertas y en los naranjales argelinos.

Pero, a pesar de tratarse de una mujer joven, elegante y bien vestida, Carvajal no quiso pasar por el aro.

La vida en una finca de Argel no le seducía. Pensaba que, a la larga, sería para él desagradable y triste. Probablemente hubiera preferido enredarse con una zíngara que tocara el pandero mientras él tañía la guitarra.

FUERON DESPUÉS A ORÁN, donde Morone entró en relaciones con la viuda de un militar francés, una mujer rica, que no tenía ni palmeras ni naranjos, pero sí muchas acciones del Banco de Francia, de Compañías navieras y de ferrocarriles.

El italiano se dejó conquistar con más facilidad que el español.

Carvajal fue invitado a tocar la guitarra en algunas casas particulares, y hasta llegaron a hablar de él, con elogio, los periódicos. Nunca había creído que la guitarra fuera un instrumento de concierto; pero las interpretaciones que con ella hizo de algunas piezas clásicas, aprendidas en París, tuvieron su éxito, sobre todo entre las damas.

También allí, de querer, hubiese encontrado un oasis donde detener la marcha andariega de su existencia; pero el entusiasmo por la vagabundez y la posible aventura le dominaban de tal modo, que resultaba invulnerable para los ataques de las que querían, ante todo, retenerle, sosegarle, sujetarle en la casilla que le correspondía.

Una vez llegados a Orán, Fisher se había ido a vivir a un barrio extraviado. A veces aparecía en el hotel donde residía Carvajal y Morone. Fisher hacía que Luis le convidase a cenar en el café.

Fisher se había hecho amigo de unos judíos, y como Morone no sentía por él ninguna simpatía, se mostró muy satisfecho de no tenerle ya por agente de sus actuaciones. Le creía un granuja redomado. Sabía que algunas veces actuaba de intérprete, debido a sus conocimientos de inglés, francés e italiano.

Morone se puso en relaciones serias con la viuda del militar y se casó con ella. Al contraer matrimonio Morone, el grupo musical quedó disuelto.

Conoció también Carvajal en la ciudad a un etnógrafo alemán importante, llamado Otto Schwartz Grundmann, con quien le gustaba hablar y le entretenía mucho su amena y sabia conversación.

El alemán hablaba español a su manera. Recalcaba todas las consonantes, pronunciaba las uves como efes, y con frecuencia, el diptongo *eu* a la alemana, como *oi*, y así, decía *noitralidad* por neutralidad, y *noimático* por neumático.

Con él, Carvajal se enteraba de cosas curiosas.

Cuando el etnógrafo tuvo alguna confianza con el español, le preguntó:

—Y usted, don Luis, ¿qué tal ha andado de éxito en su *fida*?

—¿Yo? Mal. No he tenido ninguno.

—¿De *ferdad*?

—Sí, de verdad.

—¿Y con las mujeres?

—¡Psch!, nada apreciable. Pero no me ha emocionado demasiado.

—¿Por qué?

—Por aquello que se dice que la loba y la mujer, iguales son en el escoger.

—¿Por qué se dice eso?

—Porque, según el pueblo, la loba escoge al lobo raquítrico, y la mujer, al hombre más necio.

—¿Y con los políticos?

—Menos que con las mujeres, porque no me atrajo nunca la política. Nunca me dio ni frío ni calor.

—Y ¿a qué atribuye usted su falta de éxito?

—No sé a punto fijo. En parte, a la poca suerte, y en parte, a la afición literaria y al individualismo.

—Es curioso. A mí me ha perdido en la *fida* la facilidad de conseguir las cosas, y a usted, las dificultades de lograrlas. El Destino nos debía de haber repartido más *equitativamente* sus *fafores*.

—¡Psch! Al cabo de los años, es igual. ¿Que usted ha merecido la confianza de la gente y yo no? ¿Que usted ha parecido en su tiempo divertido y ameno, y yo aburrido y pesado? ¡Qué importa todo eso! La actualidad es bastante mísera para no pensar en nuestra pequeña historia, que en estos momentos tiene bien poco interés.

Por la intervención de Carvajal, Fisher le llevó al etnógrafo alemán una estatuita de aire egipcio, por si quería comprarla, sin que explicase de dónde la había sacado, y se la vendió en cinco mil francos. El alemán creyó haber hecho una buena adquisición. Había Fisher también pedido algún dinero prestado a Carvajal.

A los tres o cuatro días de haber entregado la estatua y recibido su importe, fueron a decirle al etnógrafo alemán, de parte del dueño de una tienda de antigüedades, si se quedaba o no con la estatuita. Contestó que se la quedaba y que ya la había pagado.

Entonces, puesto en claro el timo, se buscó a Fisher y no se le encontró por ninguna parte. Al parecer, se había metido en un barco y debía de navegar ya con rumbo a América.

El tal Fisher era como una fuina. Después de dar su golpe se había escapado.

—¡Fisher! ¡Menudo gachó! —dijo el profesor Schwartz—. *Ferdaderamente* es un pillo *atrefido*, osado... ¡Ja, ja! ¡Qué tipo!

—Y ¿cuánto le ha dado usted?

—Cinco mil francos.

—Pues yo se los voy a devolver ahora mismo.

—¡Oh! No. De ninguna manera. La estatua *fale* el dinero que me ha costado.

—Sin embargo...

—No, no, de ninguna manera, *Carfajal*. El señor Fisher es un granuja *difertido*. Al despedirse de mí me dijo: «Y usted, profesor, ocupándose siempre de los dátiles...» ¡Ja, ja! Es un granuja muy audaz.

—Y ¿por qué diría eso?

—Porque he hablado alguna *fez* de los dátiles... ¡Ja, ja! ¡Qué hombre!

—Yo tengo la culpa de haberlo traído aquí, y le devolveré los cinco mil francos.

—No, no, le digo a usted que no, señor *Carfajal*; eso sería, de mi parte, una *fillanía*.

—Sí, sí, se los devolveré.

—No, amigo, no, usted no tiene la culpa. Fisher es un ladrón *proffessional*... ¡Qué tío! ¡Qué talento el suyo para el robo! Se ha debido de escapar en un barco. Me le encontré en la calle hace días, y me dijo; «Salude usted de mi parte al simpático señor *Carfajal*...» ¡Ja, ja! ¡Qué tío!

Al parecer, un agente de la Policía había pedido noticias del señor Fisher. Se sospechaba que era jefe de una sociedad de maleantes de Londres. Había vendido cocaína y morfina por los cafés, en gran cantidad, haciéndose pasar por intérprete, y antes de desaparecer había dicho a algunos que se volvía a Argel, pero la cosa no era cierta.

OTTO SCHWARTZ GRUNDMANN, el etnógrafo alemán, había nacido en Breslau. Su mujer era austríaca, de Viena, y el hijo que tenían por el tipo y las ideas que expresaba, era parecido a la madre. El chico no quería pasar por alemán ni llamarse Cristóbal Schwartz Grundmann; le parecía largo y pesado, y usaba como nombre Luis Bertini. Bertini era el apellido de su madre.

La señora del profesor y su hijo le tenían afecto a don Otto, pero la verdad es que no estaban en nada conformes con él. Para don Otto no había más que la ciencia y el trabajo; para su señora y su hijo, lo principal era la vida de sociedad, el distinguirse, el vestir bien, el tener buenas relaciones.

El profesor los dejaba en libertad de hacer lo que les diera la gana a su mujer y a su hijo; pero él no colaboraba ni iba nunca a reuniones ni a visitas. Esto le aburría profundamente.

El profesor hablaba con don Luis, como le llamaba él, y le daba extensas explicaciones sobre las cuestiones etnográficas que parecían interesarle.

No hacía ninguna descripción pomposa de los restos arqueológicos importantes. Se descubría en él una gran repulsión por el reportaje poético y elocuente, a estilo Chateaubriand.

«¡Ah! No quiero nada de esa retórica *ferdaderamente repulsifa*», decía.

Según contaba el profesor, en el mar Mediterráneo, en el Egeo y hasta en el Adriático, había gran número de solitarios que se habían apoderado de islotes y de rocas, de los cuales no hacen mención los mapas, y en ellos vivían muy a gusto como hombres primitivos.

En Ragusa, un sueco habitaba en una choza construida por él. Cada cuatro o cinco semanas se acercaba a la costa para vender pescado y adquirir algunos utensilios precisos para su vida de solitario.

En la isla de Braud y al norte de Spalato, residía un ex comerciante náufrago, el cual, habiéndose presentado un barco para recogerle, prefirió quedarse en aquel islote y renunciar a todo contacto con la civilización.

En la isla de Leger vivía un inglés solo, al cual un marino solía llevarle todos los meses las provisiones necesarias.

Cerca de Samos, en otro peñón, había un francés que se pasaba la vida dibujando y pintando, como Gauguin en las islas Marquesas.

Se decía que un griego de Atenas, un tal Kuposinau, enterado de la existencia de estos solitarios, había tenido la idea de organizar un servicio para asegurar la provisión de todos los que aspirasen a ser Robinsones. Estaba dispuesto, por cierta cantidad, a elegirles una isla confortable y a construirles en ella una casucha.

Sin duda, Kuposinau se las prometía muy felices confiando en la ingenuidad y

buena fe de los enemigos de la civilización, pensando aprovecharse de ellos como un buen civilizado.

Carvajal había conocido a un marroquí, Ben Aissa, que al principio bailaba por las calles y hacía diferentes juegos de manos.

También conoció a un hindú que se las echaba de mago y caía en trances místicos y de somnábulo. Cuando explicaba sus pamemas al etnógrafo, don Otto decía: «Eso no es *ppropriamente animismo*. Está dentro de la magia».

Había un moro conserje de un círculo, a quien llamaban *don Furón*, como a un personaje del Arcipreste de Hita; era alto, con la barba roja, la nariz corva, los ojos claros y una expresión de suspicacia y de burla. Llevaba una chilaba vieja y un turbante blanco, otras veces cubría su cabeza con un fez.

Tenía mucha curiosidad por todo, y cuando hablaban los europeos les oía, buscando él sacar la quintaesencia de su conversación. No perdía nada de cuanto decían, y, sin duda, reflexionando sobre ello iba formando sus juicios.

No era muy ortodoxo. No tenía el menor inconveniente en comer jamón y en beber vino y alcohol. Se reía con mucha malicia, y quería demostrar que no era inocente ni ingenuo; pero, a pesar de eso, era capaz de creer las cosas más absurdas del mundo. Admiraba a los extranjeros y hubiera querido parecerse a ellos.

Le gustaba hablar francés o español con mucha claridad y muchos perfiles. Quería pasar por hombre culto, pero no sabía nada.

—¿No será un manchego? —decía Carvajal, en broma.

—No, es un tipo de raza monoteísta y poco inteligente —replicaba don Otto Schwartz Grundmann—. No tiene más que el sentido de la solemnidad.

DON OTTO contó a don Luis que en otro tiempo que residió en Argelia se hospedaba en casa de un historiador, hombre rico, que poseía una gran finca con extensos viñedos, naranjales e higueras.

En algunas de las huertas próximas, de gente acomodada, había visto árboles llenos de camaleones. Los moros solían poner unas cuerdas tirantes de árbol a árbol, por donde los camaleones se paseaban con lentitud. Otros ponían cintas, que colgaban de las ramas. En estos casos se veía al camaleón hacer de gimnasta, bajar por la cinta pendiente, y cuando veía que esta se acababa sin alcanzar el suelo, volvía a subir, y así se pasaba, bajando y subiendo, todo el día.

Los españoles solían decir de la gente de Argel:

*Argelino,
moro fino,
no bebe vino
ni come tocino.*

Había moros que no se cuidaban de prohibiciones, si les ofrecían carne de cerdo y vino lo tomaban sin escrúpulo.

El señor Schwartz Grundmann había estado en Kara Hissar, un poblacho que es lo que resta de Tiana, la antigua villa de Capadocia, compuesto únicamente de dos barrios miserables. Allí era donde había nacido el célebre Apolonio, cuya historia, llena de mentiras, escribió Filóstrato el *Antiguo*.

El etnógrafo alemán afirmaba que la división entre árabes y bereberes, representantes de la raza blanca en África, no era anatómica, sino lingüística.

—Pero ¿no hay una división de carácter étnico que corresponda a la división lingüística, sobre todo entre árabes y bereberes? —preguntaba don Luis.

—No la hay. No la hay, señor *Carfajal*. Podemos asegurar que no la hay, aunque haya habido etnógrafos que la han querido dar como *efidente*.

—¿Y entre esos *tuaregs* del desierto, que, al parecer, tienen costumbres diferentes, y los africanos sedentarios?

—Por ahora, al menos, las diferencias étnicas no están bien establecidas.

Don Otto tenía automóvil, y le convidó a Carvajal a hacer excursiones por tierras africanas, le dio una porción de noticias que al andaluz no le interesaban gran cosa, porque no tenía conocimientos previos de etnografía y de prehistoria.

En algunos viajes hechos por el profesor alemán por el norte de Argelia, Marruecos y el Atlas, había descubierto los mismos o muy parecidos caracteres en las pinturas rupestres que los revelados en las de la prehistoria de Europa. Se podían considerar unas y otras de la misma época, de hace unos quince o veinte mil años. En

ellas, el dibujo era tan perfecto como en las grutas de Altamira o en las de Combarelles.

Según Frobenius, hasta aventajaban a las europeas en su aspecto artístico.

El león de Jachú, que representa la adoración de un monstruo cornudo por un carnero que lleva el disco solar entre los cuernos, es uno de los monumentos más señalados del Atlas sahariano.

Para Frobenius, África y los africanos no son unos bárbaros primitivos y salvajes, sino más bien gentes que han decaído, después de haber pasado por estados de civilización importantes. Tampoco parece ser cierto lo del fetichismo, pues, según afirma este viajero y antropólogo, no ha visto en parte alguna del África negra indígenas que adorasen fetiches.

Carvajal escuchaba las explicaciones del etnógrafo con interés. Al marcar las diferencias de tipos físicos que el profesor había encontrado en sus correrías por el norte de África, don Otto señalaba varios tipos: el tipo mediterráneo, con aspecto europeo, pequeño, moreno, de aire vivo y comprensivo; el tipo del atlante, de forma pesada y tosca; el de algunos nórdicos que se destacaban por sus ojos azules y la barba rubia; el de los etiópicos, de pelo negro y rizado, morenos ganchudos y de color moreno, y el de los negroides de distintas clases.

«Esto es el caos étnico, mi querido amigo *Carvajal*», decía don Otto.

Había también en África extraordinarias pinturas rupestres que no se esconden en las tinieblas mágicas de las cavernas y en la extremidad de corredores subterráneos, sino que están al aire libre, como las españolas de la *Roca deis Morís*, en Calapatá (Teruel), destacando sobre acantilados, y generalmente representan monstruos y animales fantásticos.

Frobenius encontró en Figgig, en el Atlas sahariano, en un muro, un león, varios elefantes, jirafas, un búfalo y un antílope, todos ellos excelentemente dibujados. Estas pinturas rupestres africanas se han dividido en tres grupos: las del grupo Noroeste, las del Nordeste y las del Sur.

Schwartz Grundmann le habló también a Carvajal de otras particularidades sobre lo que él había estudiado referente a los pueblos africanos. Los *tuaregs*, que son bereberes, se llaman asimismo *targuis*, estando muy mezclados en ellos la sangre negra con la árabe.

Antes se dedicaban a robar las caravanas; ahora se han civilizado algo, y ya no roban. Hay entre ellos un régimen casi de matriarcado. Las mujeres tienen más atribuciones que los hombres, y no han aceptado la poligamia.

El macizo de Hoggar, que visitaron don Otto y Carvajal, está compuesto de rocas cristalinas, recubierto en algunos lugares por lavas volcánicas, y se van elevando progresivamente de doscientos a tres mil metros de altura, hasta alcanzar el pico de Taha o Táhat.

Hay en la proximidad otros macizos más pequeños, entre ellos el de Adrar, el de Iforas y el Air. El Adrar tiene elevaciones de mil metros, circos volcánicos y bolsas

de agua. El Air es más alto y cuenta con valles de una vegetación espléndida.

En el Iforas nace un río por donde el agua corre constantemente. Hay en él bolsas de agua de lluvia, con peces y cocodrilos.

Se habló entre el antropólogo y Carvajal de los distintos grupos de hombres y pueblos.

Se trató de la cultura de los países de África. A las consideraciones de don Luis sobre la barbarie en el trato de la mujer, don Otto opuso las ideas de Frobenius acerca de la civilización africana.

—Dudo mucho de todo eso. Algo he leído de Frobenius, pero me parece que hay en lo que dice mucho de *parti pris*.

—Es muy posible, señor *Carfajal*, es muy posible —repuso el profesor germánico.

—El aborto florece como nunca en toda África negra. La mujer de color no quiere tener hijos. Ha visto la miseria de sus padres, la miseria de sus hermanos, a quienes los blancos les han pegado, les han martirizado, los han vendido como esclavos, y ya no quieren tener hijos.

—Me parece muy lógico y muy comprensible —dijo Carvajal, escuchando lo que decía el doctor Schwartz Grundmann.

También el etnógrafo alemán le informó al vagabundo español sobre ciertas costumbres relacionadas con las sociedades secretas y de las máscaras, muy difundidas por el África occidental, donde no es difícil asistir a una discusión seria entre un negro, que se cree un antílope, y otro que se imagina ser un leopardo.

Se habló de las discusiones entabladas sobre el monoteísmo de los salvajes africanos. Su existencia se ha querido considerar como un gran triunfo de los misioneros cristianos, aunque no se sabe qué valor puede tener el que algunos pobres negros primitivos y semiidiotas hayan creído en un Dios único o en varios dioses o diablos.

LA AMISTAD con el etnógrafo germánico le procuró a don Luis el conocimiento de un joven, paisano de aquel, que se llamaba Adolfo Olhausen. Había este sido estudiante de una Universidad alemana, y al ir a África había perdido toda afición a la Europa civilizada.

Era un hombre alto, flaco, huesudo, de aire indiferente, muy entusiasta del desierto y de los climas ardientes. Sudar para él era un placer. Vivía en una aldea en compañía de una mujer argelina, y se internaba y cazaba animales para algunos jardines zoológicos europeos. De sus expediciones al interior del país traía serpientes venenosas, con frecuencia vivas, metidas en botellas de cristal, y las enviaba a museos y sociedades científicas, que se las pagaban bien.

Se había acostumbrado a esto y le parecía una vida como otra cualquiera. No le gustaba nada pensar en Europa, cuyas costumbres despreciaba profundamente. De noche solía estar fumando en pipa a la entrada de su choza, A veces cogía algún periódico que llegaba de Francia o de Inglaterra, y decía muy convencido: «¡En Europa no piensan más que en necesidades! ¡Qué época!».

Don Otto tenía conferencias con él y le daba pautas científicas de lo que tenía que buscar.

Olhausen se dedicaba también a estudiar el mahometismo, creyendo que era la sabiduría completa. Para él, Mahoma era la síntesis de todos los grandes legisladores y pensadores. Practicaba el mahometismo con más fe que un árabe. Producía gran contraste su cara sonrosada y sus ojos azules con su fanatismo musulmán.

Después, Olhausen averiguó que era judío de origen. De segundo apellido se llamaba Cardoso. Carvajal le enteró de que hubo un médico portugués, nacido en España, que luego se estableció en Venecia y en Verona, donde había escrito varias obras, entre ella las *Excelencias y Calumnias de los Hebreos* (Ámsterdam, 1676). Olhausen le tuvo al punto por pariente suyo, y decidió trasladarse a Italia para ver si daba con algún rastro de su antepasado. Luego, al parecer, le entró la curiosidad de ver el desierto de Arabia y Jerusalén.

EL PROFESOR Schwartz Grundmann, que era un hombre bien informado de muchas cosas, dio a Carvajal y a su compatriota algunas explicaciones sobre la historia primitiva de Babilonia y sobre el resultado de las excavaciones que en aquellas tierras se estaban realizando.

Les habló de Ur, que actualmente se llama Tell-Mougher, o solo Ell-Mougher, de las torres escalonadas de Asiría, que vienen a ser lo que recibe hoy el nombre de *ziggurat*, edificios que conservan el tipo de la famosa torre de Babel. Se dice que se alzaron unos tres mil quinientos años antes de Jesucristo, y las comenzaron a edificar los sumerios y caldeos. Al parecer, estaban hechos en honor al dios Luna, y servían para observaciones astronómicas.

Según se explicó el sabio alemán, el panbabilonismo es una teoría que interpreta todos los mitos religiosos por la astronomía, suponiendo a los dioses nacidos en Babilonia, desde donde se fueron corriendo por el resto del mundo. Al mismo tiempo, las equivocaciones en la pronunciación de sus nombres produjeron el que tomasen avatares distintos, pues el cambiar de nombre les daban nuevos atributos.

El sumerio se considera hoy como la lengua más antigua del mundo.

Las tumbas reales de Ur, las de la primera dinastía, se ubican tres mil años antes de Jesucristo. En alguna de las excavaciones se han encontrado con el cadáver del rey, los de sus soldados, marinos y damas de la corte, que se sacrificaban en honor suyo. Cuando se descubrieron esas tumbas reales —lo cuenta en su libro sir Leonard Woodsley—, pudo reconstruirse la escena del momento de llevar a la tumba a uno de los monarcas. Los carros descendían al sepulcro, los aldeanos se alineaban detrás de los palafreneros, los músicos tañían sus arpas, las damas de honor llevaban sus adornos de oro y de lapislázuli, y todos los presentes esperaban a que se diese la señal para beber el veneno que les llevaría al otro mundo con su rey. Estas ceremonias de hace más de cinco mil años eran un gran ejemplo de la fidelidad de los cortesanos, que no han subsistido en los monárquicos actuales.

Erbile o Arbela, que se cree es la más antigua ciudad de la tierra, forma un montículo de unos cien pies de alto, que representa las urbes innumerables que se han ido superponiendo una sobre otra.

En un lugar llamado Khafaje se encontraba la antigua población de Akanak, donde se ha hallado un templo oval que tiene un bajorrelieve de la época de la primera dinastía y varias estatuas de cobre. Se ha desenterrado también un santuario dedicado a una divinidad desconocida.

En Tell Asmar se han encontrado los restos de la ciudad de Eshnunna y un templo dedicado a Abu, dios de la vegetación. En una cavidad del terreno se han sacado varias estatuas de hombres y de mujeres, entre ellas la de un sacerdote desnudo,

arrodillado, y un dios y una diosa de aire terrorífico. Estas estatuas de dioses se distinguían de sus adoradores por unos ojos enormes, de piedras preciosas, incrustados en la cara. Todos salieron a la luz del sol después de llevar cinco mil años a la sombra.

En las excavaciones de Biblos se observa que el culto de la ciudad era el de Adonis, el mismo de Osiris, tal vez anterior al de Egipto. Biblos era la capital de culto de Adonis, dios que muere y resucita, y es representación del mito solar y de la primavera, igual que Tamuz. Adonis, asociado al culto de Astarté, representaba la tierra y la Naturaleza.

El dios del cielo de los babilonios era Anu, divinidad parecida a Urano, cielo y agua al mismo tiempo. Como ciudad entre dos grandes ríos y próxima al mar, en Babilonia había un dios acuático, Ea, enfrente del dios de la tierra, Bel. El centro del culto de Ea era la ciudad de Eridu. Ea se convierte en el demiurgo Oannes, mitad hombre, mitad pez, que salía de las aguas del golfo Pérsico para enseñar a los hombres los beneficios de la civilización.

Antes que el dios Sol (Samas), debió de existir el dios Luna (Sin). Este último era el dios de Ur, probablemente dios de la Arabia, porque Sinaí parece significar el monte de Sin o monte de la Luna.

La hija de Sin es Ishtar, la tierra madre, diosa infernal, que se une con Tamuz, dios de la vegetación, que se convierte en Adonis y es sacrificado.

Palmira es un pueblo donde se unen los dioses asiáticos. Es ciudad encrucijada de influencias, y hay en ella un santuario de Mitra, casi intacto.

Es símbolo muy frecuente en esta parte del mundo la representación de Orión, que se volvió ciego, al que se representa llevando al joven Dionisos (la primavera) como lazarillo.

Sirio, a quien los egipcios llamaban Sotis, hacía su salida Heliaca, es decir, estaba en el orto al constituirse el calendario egipcio; el primer día en que comenzaba el año, o sea, el primer día del solsticio de verano.

Después, para que coincidiera el orto de Sirio con el primer día del solsticio de verano, tenían que pasar mil cuatrocientos sesenta y un años. Este período se designaba con el nombre de Ciclo Sothiaco. Uno de estos ciclos sothiacos se verificó ciento treinta y nueve años después de la Era cristiana; el otro, dos mil setecientos setenta y seis antes de Jesucristo, y, como la cronología de los constructores de las Pirámides pasa con mucho el año 2776 antes de Cristo, hay que aceptar que el calendario egipcio se estableció cuatro mil doscientos treinta y seis años antes de nuestra Era.

Por otros datos se ha llegado a una cronología en la historia de Egipto de siete mil a nueve mil años.

La mitología astral de los asirios-babilonios, según algunos, es el origen de todas las religiones.

Esta mitología llegó en una oleada venida del Sáhara, que subió luego al norte de

África en tiempos prehistóricos, entró en España por el Este y subió después a Francia y a Inglaterra. Esa ola la formaban, al parecer, los capsioses, parientes más o menos próximos de los bosquímanos pintores de cuevas y de muros.

No hay diosas apenas en el Olimpo semítico; únicamente Istar y Afrodita. Dido es la misma Tanit de los cartagineses, a su vez Astarté y primitivamente Atar, que en su transformación helénica y romana es Venus.

A esta Astarté, hija de Velo, rey de Tiro, luego se le da una personalidad histórica y poética, sobre todo con Virgilio. La historia de la extensión de Cartago, con la piel de toro, se ve que es pura fantasía. El suicidio de Dido, por no querer casarse con el rey de las tribus vecinas, llamado Jarbas, o por la marcha de Eneas, como cuenta la *Eneida*, es también mitológico.

El primer calendario en que están armonizados, aunque de una manera artificial, el año lunar y sus doce meses con el solar, comenzó a ponerse en práctica en Egipto en el año 4236 antes del comienzo de nuestra Era. Estaba hecho este calendario sobre la base de la aparición de Sirio. Entre el año egipcio y el solar había una diferencia de seis horas.

DÉCIMA PARTE

EL ÚLTIMO AMOR

I
VUELTA A ESPAÑA

DON LUIS, que pensaba pasar en el extranjero unos meses, anduvo años por el mundo. Recorrió América de Norte a Sur, cantando y tocando la guitarra en los cafés, viviendo siempre como un bohemio. Escribía cada tres o cuatro meses a su casa, a su madre. El tiempo se le pasaba con una rapidez extraordinaria.

Uno de los días que se le ocurrió ponerse a pensar en su vida y a recapitular el tiempo transcurrido, se sorprendió al pensar que tenía ya cincuenta años. Pocos meses después recibió un telegrama de su hermana pequeña anunciándole el fallecimiento de su madre. Se quedó sorprendido. ¿Qué iba a hacer? ¿Volvería a España? Allí no tenía amigos. No; lo mejor sería olvidar y seguir su vida vagabunda.

Solamente diez años después, cuando notó que su cuerpo empezaba a debilitarse y a reclamar el descanso, decidió su vuelta a España.

Escribió a la menor de sus hermanas, ya casada y con hijos, y ella le contestó que le correspondía cobrar la herencia de su madre, una cantidad que ascendía a unos veinte mil duros, y le decía que con la renta de ellos y con la casa en que tenía participación podría vivir modestamente.

Don Luis regresó a España y encontró a su hermana menor sumamente cambiada, como era natural, después del mucho tiempo transcurrido. Ya no se parecía en nada a la niña que él había dejado. Era una mujer preocupada por su marido y por sus hijos. En la ciudad donde había pasado su niñez y parte de su juventud, Carvajal no conocía a nadie. Todo se había transformado. ¿Qué iba a hacer allí? Con el dinero aquel no iba a poder vivir con el tono que correspondía a sus parientes. Se le ocurrió alquilar una casa en las afueras y poner en ella una librería.

No le quisieron los dueños alquilar la casa, y solo aceptaron el vendérsela.

—¿En cuánto? —preguntó.

—En noventa mil pesetas —le dijeron.

—¿No es mucho?

—Ahora todo ha subido de precio.

—Bueno, pues la compro —contestó.

Era una casa bastante buena, de dos pisos, que estaba situada en un arrabal de la ciudad, esquina a una calle ancha.

En la planta baja de la casa se abría una tienda grande, con dos huecos, uno de entrada y un escaparate. La tienda tenía, además, su mostrador y sus estantes. Después, más adentro, había una alcoba para el dependiente, con ventana a la calle, y un cuarto que podía servir para depósito de libros.

El piso primero tenía un pasillo en medio y seis cuartos, con tres balcones a la calle, y los restantes con ventanillos altos, que daban sobre callejones.

El piso alto era desván y podía servir para guardar libros y papeles.

UNA VEZ ADQUIRIDA LA CASA, Carvajal decidió poner la librería. Fue a Madrid para iniciar aquella nueva aventura que su imaginación le había ofrecido, acomodada al rumbo siempre un poco excéntrico de sus inclinaciones. Con parte del dinero que le quedaba, después de la adquisición de la casa, compró en Madrid, en las librerías de viejo y en la feria del Botánico, gran cantidad de obras: los novelones populares, que ya se estaban agotando, de Fernández y González, de Pérez Escrich, Tárrago y Mateo y Ortega y Frías, etc. Ya eran de los últimos ejemplares que quedaban a la venta. Este género escaseaba, y estaba a punto de desaparecer de la circulación. Además de esas novelas, adquirió otros libros baratos y populacheros, de Salgari, de Luis del Val y de otros autores por el estilo, y metiendo todo aquello en cajones y en sacos, lo facturó en la estación del Mediodía para su pueblo. Luego tomó el tren y siguió el camino mismo que debían llevar sus adquisiciones.

Decidió poner la librería con aquellos tomos adquiridos en Madrid, y para aumentar los ingresos posibles, vender además periódicos y objetos de escritorio: papel de cartas, tinta y plumas.

Aquel asunto de la casa y de la librería, desde el principio pareció marchar adelante. Había topado don Luis en el mismo barrio con una mujer vieja, que había sido su niñera, la Paula, y al identificarla en el azar del encuentro callejero, le acogió con entusiasmo.

Estuvo la Paula, informada de los proyectos de su antiguo señorito, a ver la casa comprada; le pareció magnífica, y le dijo a don Luis que si él quería, ella iría a servirle por lo que fuera.

«Bueno, muy bien», contestó Carvajal.

La Paula no vino sola, sino que trajo con ella a un sobrino-nieto suyo, Gaspar de nombre, que parecía muchacho muy avispado.

La casa estaba bien acondicionada. La planta baja, el local que iba a servir de librería, lo había recientemente pintado, y los restantes cuartos del mismo piso se habían blanqueado, adecentado todo ello, sin duda, para que pudiese gustar a un posible comprador.

Cuando el envío de Madrid llegó a la estación, don Luis hizo llevar los fardos a la casa, y comenzó a disponerlo todo con cierto orden, desempeñando el sobrino de la señora Paula el papel de dependiente. El muchacho Gaspar era listo y muy trabajador. Tenía de malo que estaba afiliado a la FAI, y creía con una fe ingenua que el anarcosindicalismo era la salvación del mundo. Don Luis le dejaba que hablara, sin hacerle caso, oyéndole como quien ove llover.

Don Luis se encontraba bien allí; la Paula trabajaba lo que podía, guisaba la comida para los tres, y cuidaba de la habitación y de la escasa ropa de su antiguo

amo. Gasparito tenía mucha actividad y excelente memoria. Le gustaba leer, y recordaba lo que leía en los libros con una exactitud verdaderamente rara.

LA PAULA, la antigua niñera, que era viuda y se había mostrado con don Luis muy fiel, tenía al señorito por un infeliz; lo había considerado siempre del mismo modo, como un tipo alocado, un poco consentido, no hecho para la vida que sus padres le quisieron imponer, de la que había huido tan pronto como vio la ocasión oportuna para volar por su cuenta. La señora Paula tenía más de sesenta años, cuatro o cinco más que don Luis, pero los llevaba bien, se encontraba todavía fuerte y con ganas de trabajar, ganas que nunca le habían faltado. Para Carvajal fue un buen hallazgo, sobre todo al verla tan dispuesta para ayudarle en su nueva fantasía.

Incluso el aditamento del sobrino-nieto de la Paula, Gasparito, resultaba muy oportuno para Carvajal.

Como se hubiera sabido en el pueblo el regreso de don Luis y la nueva orientación que pensaba dar a su vida, algunas gentes de su tiempo fueron a visitarle, pero Carvajal las recibió fríamente, pues no le hacía mucha gracia reanudar viejas amistades. Él daba como borrado todo lo de otros tiempos, quería organizar una vida completamente nueva. Solo aquella antigua niñera suya vivía con gusto a su lado, y eso porque le convenía.

Al principio, don Luis se conformó con vigilar la venta de los novelones, coplas y pliegos de cordel que había traído de Madrid; pero como todo lo que fuera extravagante seguía atrayéndole, y no había vuelto de América curado en absoluto de aquella enfermedad de la errabundez, juzgó que no podía apartarse por completo del vagar por los campos. En alguna que otra ocasión abandonaba la tienda en manos de Gasparito, y con cartera de pliegos de cordel, romances y canciones a la espalda, y con su guitarra, se marchaba a la buena de Dios, yendo de pueblo en pueblo a recordar la vida nómada que había llevado por las tierras americanas.

Esa existencia andariega era muy de su gusto, y pronto empezó a ser conocido en los pueblos andaluces próximos. El cantor vagabundo, con su mercancía de historias milagreras, vidas de héroes famosos y relatos espeluznantes de crímenes horrendos, hombre que paraba hoy en una venta, al otro día en el mesón de un pueblecillo o en la posada de un barrio lejano, era casi popular.

Así hubiera seguido hasta que le hubiese dado la ventolera por otra chifladura no menos disparatada, si de repente la facilidad que para ocuparse de la tienda le daba Gaspar no le fallara. Un día el muchacho le dijo a don Luis que se había comprometido con unos jóvenes comunistas y anarquistas para ir a la sierra, y que no tenía más remedio que ir.

—Lo siento mucho, don Luis —dijo Gaspar, el sobrino-nieto de la señora Paula—, pero el hombre tiene que ser fiel a sus convicciones.

—Bueno. Si no hay otro remedio, vete.

Pensó entonces don Luis que se iba a encontrar con dificultades para seguir adelante con la librería, y que, de no cerrarla, habría de prescindir de sus andanzas de buhonero de la literatura popular. Pero la marcha de Gasparito debió de saberse en el barrio, porque a los pocos días se le presentó en la tienda un librero del pueblo, arruinado por la revolución, el que le dijo que si no le parecía mal, él podría sustituir al que se marchaba, y le serviría por el mínimo del sueldo. Don Luis lo aceptó, conviniendo con él en que le daría un sueldo pequeño, pero que, para compensarle un poco, le proporcionaría una habitación en el piso alto.

El librero Adrián tendría unos cincuenta años. Su cara era pálida, y en ella campeaba una nariz roja picada de viruelas. Solía llevar con frecuencia blusa blanca, anteojos, y el pelo alborotado ya medio cano.

Era hombre de pocas necesidades; se contentaba con vivir e ir tirando y ver en qué paraban las vueltas y revueltas de la época.

LA DIRECCIÓN DE ADRIÁN en la tienda se conoció pronto en la venta de libros. Era el encargado un individuo que entendía el negocio. Hablaba un andaluz grave y un poco meloso, y se ganaba fácilmente la simpatía de las gentes por su amabilidad. En su cara se notaba siempre un gesto de resignación que le hacía simpático. Le habían detenido, no se sabía por qué, seguramente sin el menor fundamento, y luego le habían soltado sin decirle ni que dispensase. A él tampoco se le ocurrió quejarse. ¿Para qué? Los tiempos no eran propicios para lamentaciones, pues nadie le hubiera hecho caso.

En la librería vendían libros nuevos para los chicos y viejos para las personas mayores. Además de eso, aleluyas, lápices, almanaques, tinteros, frascos de goma y de tinta, papel de cartas, sobres, romances de ciego, periódicos y postales ilustradas. Estaba la tienda más provista que antes, pues el Adrián era veterano en el oficio. Don Luis vio pronto que aquello tomaba aire de ir mejorando.

Carvajal tenía un cuarto en la casa, donde guardaba los libros de algún valor que iba comprando en sus excursiones por los pueblos. Había reunido algunos catálogos de las librerías de lance de Madrid, y por ellos se guiaba para sus compras y se iba enterando de los precios.

Hacían rancho aparte, dentro de la tiendecilla, los libros que Carvajal se reservaba. Adrián, con tal que le dejaran mangonear en la librería, estaba contento. Se consideraba hombre culto y tenía opinión sobre los autores antiguos y modernos. Una de sus mayores satisfacciones era recibir a un cliente que no tuviese mucha prisa y explicar qué obras debían leerse y por qué razones.

Como la miseria que había producido la revolución era grande, se llevaban a vender libros antiguos y modernos; se daban medio de balde, y a veces se lograba pescar alguna que otra ganga, aunque muchos de los vendedores, por su misma ignorancia, marcaban el precio porque sí, con razones bastante absurdas. No eran pocos los que creían que todo libro que tuviese pasta de pergamino y estuviera impreso hacía cien o doscientos años debía valer un dineral.

Adrián, el empleado de la librería, no leía jamás un libro. Le parecía, sin duda, esto algo muy peligroso. En cambio, el periódico lo leía de cabo a rabo. Cuando le sobraba tiempo, porque no entraban clientes ni había que vigilar a los que andaban mirando los estantes, leyendo títulos y sacando tomos para examinarlos, se tragaba hasta los anuncios.

Adrián, alguna que otra vez, expresaba sentenciosamente la filosofía que había extraído de su experiencia de la vida.

«¡Falsos! —decía—. Todos somos falsos. Llevamos demasiados años de civilización y de lugares comunes para que podamos ser sinceros.»

Unas veces desarrollaba sus ideas pesimistas ante los que entraban a ver si encontraban algún libro para distraerse; otras, estando solo, se lo decía a sí mismo, para afirmarse más en el convencimiento de su opinión.

Al cabo de poco tiempo se supo el final un poco frío de la aventura de Gaspar, el sobrino-nieto de la señora Paula. Había ido, por hacer honor a sus convicciones revolucionarias, con un batallón de milicianos a luchar contra los blancos, al norte de la provincia, y volvió de allí desilusionado, sin ninguna gana de reincorporarse a las fuerzas que defendían sus ideales. La tropa roja, sin disciplina, quedó completamente dispersada, y cada cual escapó como pudo. La expedición había sido un fracaso. De ella, Gaspar no sacó más que el aprender a entonar *La Internacional* y algunas que otras canciones de circunstancias.

Para eso no valía la pena de haberse enrolado.

Mientras Gaspar estuvo fuera, la señora Paula se arregló muy bien con Adrián. Los libros y periódicos de la tienda se vendían cada día más. La gente, para distraerse de las preocupaciones de la guerra, buscaba en el papel impreso pasto para saciar su fantasía y matar el tiempo. Luego, cuando Gaspar volvió, después de haber perdido el entusiasmo que antes le ilusionaba, comenzó a dedicarse con entusiasmo a la librería; don Luis no aludió a su defección, y el muchacho aceptó el someterse a la autoridad de Adrián, reconociendo que en cuestión de libros sabía mucho más que él.

ENTRE LOS LIBROS que tenían en la tienda figuraban el *Ciclo del rey Artús*, el *Baladro del sabio Merlín*, la *Demanda del Santo Grial*, *Don Tristán de Leonís*, *Tablante de Ricamonte*; del ciclo carolingio, el *Cuento del Emperador Carlomagno y de la Emperatriz Cecilia* y los *Palmerines*. De novelas caballescacas extravagantes, había la *Destrucción de Jerusalén*, *Roberto el Diablo*, *Clémades y Claramunda*, *Oliveros de Castilla* y *Artús de Algarbe*, la historia del rey Canamor y del infante Turiano, la del conde Partenoples y varias más.

Otros libros que Carvajal encontró en Madrid solían vender en la tienda a los vagabundos buhoneros: el *Arte de echar las cartas*, *La lámpara maravillosa*, *La explicación de los sueños*, *El perfecto amor*, el *Secretario de las damas*, *Los sueños*, de Quevedo; las *Aventuras del Buscón*, la *Desesperación* y el *Arrepentimiento*, de Espronceda; los *Perfumes de Barcelona*, el *Arte de no pagar al casero*, etc., etc.

Antes de la revolución, don Luis acostumbraba pasarse unas semanas fuera de la casa, sin dar señales de vida ni creerse obligado a vigilar su negocio, pues confiaba en las gentes que lo manejaban. No les daba el menor aviso para que estuviesen informados de los andurriales por donde andaba. En una de esas salidas fue cuando, en los primeros tiempos de la guerra civil, le detuvieron en aquella venta de la sierra para llevarle a interrogar a la checa ante la que compareció bajo el apodo que usaba en su vida vagabunda del *Lince*, o el *Loco de los Papeles*, y de cuyo tropiezo se libró merced a la protección que quiso dispensarle el Chaval.

Como supusiera que aquello de dejarse llevar al hospital a la señora Paula no le haría ninguna gracia, y hasta le llenaría los oídos con mil reproches por su imprudencia y dejadez, juzgó prudente no avisarla, ni trasladar a su conocimiento información alguna sobre lo que había ocurrido.

Pensaba en que, una vez curado, si quedaba bien, volvería a reunirse con ella, con Adrián y con Gasparito, como si no hubiese pasado nada, incluso callándolo todo; pero la llegada de Evans, de la prima y de su hija, y su aparición en el establecimiento benéfico con el cónsul inglés, hizo que se supiese en la ciudad la estancia de don Luis como acogido en el hospital.

Cuando, después de haber salido de él, se encaminó a su casa de extramuros, la señora Paula le recibió, al verle llegar tan derrotado, con grandes extremos. Luego le dijo:

—Pero, don Luis, ¿qué ha hecho usted?

—¿Yo? Nada. No he hecho más que tonterías.

Y aunque Carvajal tenía pensado callarlo todo, contó, sin grandes detalles, lo que le había ocurrido.

Se informó por su parte de si habían tenido alguna novedad durante el tiempo en

que él había estado ausente. La tiendecilla de libros y de periódicos marchaba muy bien, el negocio parecía presentar buena cara. Daba para un modesto vivir.

El sobrino de Paula y Adrián habían arreglado la tienda, que tenía estantes, mostrador y un escaparate bonito, bien surtido de libros y de objetos de escritorio. Los dos dependientes se entendían perfectamente y vivían en la parte alta de la casa.

Don Luis no quiso saber más; se dispuso a no salir a la calle, a pasar el tiempo encerrado, esperando a ver lo que ocurría, y dejó transcurrir los días en su rincón, saliendo a estirar un poco las piernas cuando había ya anochecido.

De momento parecía haber quedado ya satisfecho, cesando en su tendencia por la aventura con aquella complicación que le había salido a su encuentro, y que faltó muy poco para que fuese fatal para él.

UN DÍA, al volver a su tienda, después del juicio de la checa y de la odisea del hospital, don Luis se encontró sorprendido con la presencia de una mujer muy guapa, que le era completamente desconocida.

—¿Quién es? —preguntó a la Paula.

—Es mi sobrina Silvia —le contestó la vieja criada—, que ha venido de Barcelona a pasar unas semanas aquí.

—Pues yo la hubiera tomado por una marquesa —dijo don Luis.

—Piensa pasar unos días conmigo. Ella pagará sus gastos. No creo que le estorbará a usted.

—¿A mí? Nada de eso; al revés.

Al llegar la Silvia a la capital andaluza para buscar el amparo de la hermana de su padre, había coincidido con la ausencia de don Luis, y la señora Paula había contado a su sobrina el arreglo que tenía con el hijo de sus antiguos señores, y cómo estaría supeditado a la voluntad y buen parecer de este el que ella pudiera ofrecerla definitivamente un sitio a su lado.

—Pero..., ¿dónde está ese hombre? —preguntó la recién llegada, al cabo de algún tiempo.

—No sé. Hace algunas semanas que se fue, y cuando se marcha no tiene costumbre de darnos noticias suyas hasta que, sin avisar, se presenta otra vez a ocupar su cuarto.

—Por lo visto es un chiflado.

—Sí, algo tiene de eso, como tú dices —contestó la señora Paula—, pero ello no le impide ser un hombre muy bueno..., aunque un poco loco. No es de ahora, porque siempre ha sido así.

—Y ¿adónde ha ido?

—Pues, si te he de decir la verdad, no lo sé. Salió de casa con una bolsa llena de papeles con canciones y versos y una guitarra a la espalda, y no sé hacia dónde habrá tirado ni lo que habrá sido de él desde el día, ya va para varias semanas, en que se fue.

—Entonces, por lo que usted cuenta, ese hombre está completamente guillado.

—Sí —repuso la anciana—. Indudablemente, algo debe de haber en su cabeza que no rige a derechas, pero es muy buena persona...

—Y usted, ¿de qué vive?

—Gaspar, mi sobrino, ayudado por un hombre que fue librero, se ocupa de esta librería que puso don Luis al comprar la casa, y que si no es un gran negocio, por lo menos deja para que todos vivamos con holgura.

—Menos mal que ha hecho alguna cosa que parece que está bien —dijo Silvia,

tranquilizándose por lo que se refería a su parienta.

La Silvia, en pocos días, conquistó a su tía, la señora Paula, a Gaspar y a don Adrián.

Solía hacer postres sabrosos y complicados con pocos elementos, dos o tres huevos, un poco de harina y unas cuantas pasas.

Don Adrián y Gaspar se entusiasmaron con los postres de la forastera.

Con el carácter despreocupado de Carvajal, no podía sorprender el que, al volver a su vivienda y hallar que se había aumentado el número de sus moradores, la cosa no le hiciera efecto.

La Silvia era una mujer alta, rubia, con unos ojos claros muy inteligentes. Estaba separada del marido, que, al parecer, le resultó un botarate de la peor índole.

Aquel primer día del encuentro de don Luis y ella, cuando llegó la hora de disponer la cena, antes de poner la mesa como de ordinario, la señora Paula preguntó a su señorito:

—¿Quiere usted comer y cenar con mi sobrina o le sirvo a usted solo?

—No, no, con ella —respondió don Luis—; ¿para qué se va usted a tomar el trabajo de servirnos en dos veces? Podemos cenar juntos, y usted también se puede sentar con nosotros.

—No, yo no. Porque yo no sé hablar como las señoras, pues me atranco cuanto más empeño pongo en querer explicarme con claridad. La Silvia es toda una señora; usted lo verá. Además, yo tengo que servir la mesa y he de andar yendo y viniendo. Yo comeré en la cocina con Gasparito.

Efectivamente, la sobrina de Paula y don Luis se sentaron a cenar, mano a mano, y la conversación que se inició entre ellos fue desde el primer momento muy animada y entretenida.

No solo ese primer día, sino los que le siguieron.

A la Silvia no le quedaba acento andaluz ninguno, como tampoco a don Luis. Era posible, de todos modos, que al entablar una conversación uno y otro hubieran puesto interés en expresarse sin demasiado acento del país en que habían nacido. La Silvia vestía con cierta elegancia, pero sin ningún lujo; más bien con sencillez casi exagerada.

Poco tardaron la Silvia y don Luis en hacerse buenos amigos. Parecía como si los dos estuviesen inclinados por el destino a formar una buena amistad de esas que se forjan con mutuas confianzas de desdichas del mismo género. Les unía la tristeza de sus vidas pasadas y el deseo de aislamiento que una y otro sentían agitarse en su espíritu; la decisión tomada por ambos de vivir de espaldas a las preocupaciones corrientes, buscando en sí mismo la esencia de una vida libre de compromisos sociales.

La Silvia hablaba francés. Había pasado algunas temporadas en Francia, no solo en el tiempo en que vivió con su marido, sino después, que anduvo llevada de aquí para allá por los azares de la vida.

Según dijo, conoció a don Luis cuando era niña, y en ese tiempo oyó de él muchas historias de las que se contaban en la ciudad. Recordaba también la primera vez que le había visto, una noche, en el muelle, aquella noche en que don Luis se había despojado de la chaqueta y se había arrojado al agua para salvar a la cantadora que sufrió el atropello de un chulo alcoholizado. Desde entonces sentía una gran admiración por don Luis; después transcurrieron años sin que le volviese a ver ni a saber de sus andanzas, pero siempre quedaba en su imaginación grabado el recuerdo de su tipo, como el de un hombre romántico y generoso.

Cuando explicó a don Luis aquel recuerdo suyo y la forma que había dado ella a la evocación de su persona, un tanto adornada con un nimbo de romanticismo y generosidad, él quiso demostrarle que aquel lance de su vida no había tenido la menor importancia, pero no lo pudo conseguir. Ella siguió considerándole como un tipo idealista y romántico.

UN DÍA le dijo a don Luis, en un momento en que la señora Paula andaba a vueltas con los cacharros de la cocina y reñía y discutía con Gasparito:

—Esta noche o mañana, cuando mi tía se vaya a acostar, le contaré a usted mi historia.

—¿Con qué objeto? —preguntó él, un poco sorprendido de aquel anuncio hecho con tanto misterio.

—Para que vea usted si yo soy una persona digna de estimación o no. Si cree usted que sí, entonces me vendré definitivamente a esta casa a vivir, si no tiene usted en ello inconveniente, y sacaré el poco dinero que tengo en un Banco y se lo daré a usted.

—¿A mí? —interrumpió don Luis, sorprendido por aquel ofrecimiento—. No, yo no puedo aceptar semejante cosa. Soy muy mal financiero. Nunca he servido para ocuparme del dinero de los demás, ni siquiera del mío.

—No me convence usted. Yo tengo una confianza completa en usted. Ahora, si después de conocer mi historia, usted cree que yo no soy una persona estimable, en ese caso, me volveré a Barcelona.

—Pero..., ¿en qué problemas me pone usted! ¿Por qué he de ser yo árbitro o juez de la vida de nadie?

—Lo que quiero hacerle es como la exposición de una cuestión previa, que creo necesaria para ver si nuestra amistad es posible, si puedo entrar o no a formar parte de este grupo aquí reunido.

—Bueno, bueno, no digo nada. Es usted una mujer original, y, en principio, yo la admiro por su lealtad y por su valor.

DOS NOCHES MÁS TARDE, después que la tía Paula y Gaspar se retiraron a dormir, al quedarse la Silvia de sobremesa con don Luis, según le había prometido, contó su historia con claridad, brevedad y sin velar nada.

El padre de la Silvia era andaluz, empleado de Aduanas; su madre, hija de un comerciante catalán. El parentesco con la señora Paula venía por parte del padre, cuya familia se arruinó y bajó de clase. Del matrimonio del andaluz y la catalana habían nacido tres hijos.

El padre, hombre caprichoso, solía gastar a veces más de lo que ganaba, y con una economía doméstica tan absurda, a la madre, por muy amiga que, como catalana, fuese del orden y de la buena administración, le resultaba completamente imposible el mantener estas normas en la casa. El hermano mayor de Silvia tenía el carácter de su padre, era gastador como él y se creía con derecho a hacer todo lo que le diese la gana. El hermano pequeño resultaba algo distinto, mejor, más parecido a la madre.

Silvia comenzó la carrera del Magisterio, y le gustaba estudiar; pensaba en las oposiciones que haría cuando tuviese el título, y las consideraba como una liberación de la vida desagradable, difícil y desordenada que veía en su casa.

Tenía ya por entonces un novio formal, chico amable, simpático y que la quería. Los dos soñaban con casarse. La suerte, adversa, no lo permitió. El muchacho enfermó con una fiebre tifoidea, larga y fuerte, y cuando parecía haber dominado el padecimiento y entrado en la convalecencia, murió.

Fue aquello para Silvia la primera desventura grave de la vida, que se fue escalonando con otras que no habían cesado de descargar sobre ella hasta el momento en que se encontraba.

Tenía diecinueve años y acababa de morir su madre cuando la casaron con un amigo de su hermano. El matrimonio se hizo por imposición de los parientes, sin que el amor interviniese para nada. La familia había pensado en suprimir una boca en la casa, donde los medios, mal administrados, no alcanzaban a cubrir las necesidades perentorias.

El marido de Silvia era un chulo estúpido, tipejo que resultó un sinvergüenza; un hombre falso y de mala sangre, a quien las cosas más sencillas, los éxitos más pequeños de los demás, le ofendían profundamente. Solía mezclarse en cuestiones políticas, en feos chanchullos; llevaba una vida crapulosa. Con él anduvo por Madrid, Valencia y París, y al último, dando prueba de una despreocupación odiosa, contagió a su mujer una enfermedad sexual.

Esto último había ocurrido en Barcelona. Después de esa fechoría, el chulo desapareció, dejándola sola, enferma y sin un cuarto.

La Silvia entró de dependienta en una tienda de sombreros, y como la dueña le

miraba con simpatía, ella le contó su desgracia. Le dijo que usaba específicos que adquiriría en las farmacias, pero que no mejoraba.

La dueña, compadecida de su infortunio, la oyó con atención y le dijo que la recomendaría a un médico conocido suyo, el cual tenía una clínica de aquella clase de enfermedades.

Silvia no se atrevía a hablar con un hombre de lo que le ocurría.

«Pues creo que no tendrá usted más remedio —le dijo la sombrerera—, si aspira usted a llegar a quedar bien.»

Acabó por convencerse de que era indispensable dar aquel paso, y, confiando en lo que la dueña del taller le dijo de la seriedad del médico fue a verle. Este la reconoció y le indicó que se quedara en la clínica para someterse al tratamiento que debía seguir.

—Es que yo carezco de medios para pagar la estancia aquí —le contestó Silvia.

—No importa, quédese usted, porque si no, no se va usted a poder curar.

La Silvia tuvo la suerte, o la desgracia, nadie sabe lo que la vida le reserva a cada uno, de tropezarse ese día con un hombre fogoso, apasionado, caprichoso y que se hallaba en un momento crítico de su existencia. El doctor, cirujano de fama, estaba casado. Su mujer, durante algún tiempo, le había hecho la vida difícil y molesta, intranquilizándole con sus caprichos, amargándole los ratos que podía dedicarla fuera de las preocupaciones de su profesión, y al último, precisamente muy poco tiempo antes de la llegada de Silvia a su clínica, el médico había reñido con su mujer definitivamente y se había separado de ella.

Fue una casualidad de esas que prepara el Destino el que al poco tiempo de esa separación del matrimonio, Silvia se presentase en la clínica del cirujano, despertando en él primero curiosidad y luego entusiasmo.

Comprendiendo su situación, el médico trató a Silvia con grandes cuidados, con especial interés, y poco a poco, atraído por la bondad natural que tenía la pobre enferma, llegó a enamorarse de ella como un loco.

Hombre de talento, creyó en la veracidad de la historia que le había contado ella y se entusiasmó. Cuando Silvia comprendió los sentimientos que, involuntariamente, había sembrado en el corazón de aquel hombre que sufría una desilusión en su matrimonio, quiso evitar que la cosa pasara a mayores y le pidió, por favor, que la dejara marchar a su casa, que se olvidase de ella; pero el médico era un exaltado y no aceptó lo que la convaleciente demandaba.

Crejó que, insistiendo, podría conseguir lo que se proponía. Silvia se vio de tal modo asediada, precisamente cuando el marido no se ocupaba para nada de ella, y las necesidades imperiosas la cercaban y hacían cada vez más difícil el sostenerse en una gran ciudad donde no contaba con amistades que la pudiesen favorecer y auxiliar, que, al fin, no pudo evitar se cumpliera su destino, pasto de la aventura.

«¿Qué iba a hacer yo? Sin dinero, sin amistades, sin fuerza y, por añadidura, enferma. El médico me había cuidado con el mayor interés, me había atendido al

presentarme en su clínica con gran generosidad, y, al último, no me dejó más salida que la de acceder a sus deseos. Un año vivimos en Barcelona, hasta que, viendo él que no conseguía reanimar en mí una vida amorosa para distraerme, me llevó a París, que yo ya conocía, pues había estado con mi marido, y, una vez allí, intenté aprender el oficio de modista, para lo cual estuve asistiendo a un taller de cierto renombre.»

Algún tiempo después regresaron de nuevo a Barcelona, donde el entusiasmo del médico empezó a enfriarse, acabando por separarse los dos, de común acuerdo.

Entonces, Silvia, aprovechando lo que en París había aprendido de costura, trabajó algún tiempo en el taller de una de las modistas más afamadas de la capital catalana, hasta que un día, al salir de su trabajo, se vio sorprendida con que el médico había acudido a esperarla, para decirle que comprendía que se había portado con ella mal, como un bruto, como un miserable, y que estaba dispuesto a reparar su falta en la única forma que cabía hacerlo, puesto que habiéndose convencido que no era capaz de encender en ella un amor como el que él había sentido por ella, y siendo los dos casados, tampoco podían unir sus vidas, estimaba que lo mejor que podía hacer ella era irse a vivir a su pueblo. Él estaba dispuesto a entregarle diez mil duros, y cuando se le acabasen le daría más.

—Efectivamente, a pesar de este rasgo generoso —añadió Silvia—, aquel hombre no había despertado otra cosa en mí más que agradecimiento, pues si me había unido a él, nunca le entregué otra cosa que mi cuerpo insensible. Cuando me propuso saldar de ese modo la cuenta que tenía conmigo, pensé que podía por mi parte, y en mi miseria, aceptar lo que me ofrecía, sin mostrarme demasiado orgullosa. Fue entonces cuando me acordé de mi tía Paula y de que a su lado podría refugiarme para hacer una vida retirada, la de la persona que ha perdido ya toda esperanza de ser feliz.

Cuando Silvia terminó de contar su vida a don Luis, le dijo como final:

—Esa ha sido mi vida. Yo no podía hacer otra cosa. Las circunstancias en que me he visto han sido siempre más fuertes que yo. Ahora, si usted quiere, yo me quedaré aquí, viviré con mi tía, y con el poco dinero que me dio aquel hombre trataré de trabajar y de ayudar a mi tía y de tener su casa limpia y dispuesta para recibirle a usted cuando se le antoje volver a ella, si es que insiste usted en seguir esas ventoleras suyas de vida vagabunda.

Don Luis, que estaba pensativo, le contestó:

—Usted vivirá aquí como dueña de todo.

—No, no, don Luis, nada de exageraciones. No quiero otra cosa sino que usted tenga confianza en mí.

—¡Cuántas mujeres virtuosas habrán tenido menos vocación de virtud que usted!
—dijo Carvajal.

Después de la confesión de Silvia, los dos se despidieron para irse cada cual a su cuarto.

MIENTRAS esa nueva amistad se creaba y se consolidaba, cierto día se presentó en la tiendecilla de los romances populares el pasante de un notario, quien, después de no pocas indagaciones, que le obligaron a ir de aquí para allá, había podido dar al fin con el paradero de aquel extraño Carvajal y Evans que hacía tiempo buscaba inútilmente.

Le dijo que acudiese al despacho de la notaría, donde el notario le aguardaba para informarle de algo que le podía interesar.

«¿Qué será?», pensó don Luis.

Le sorprendió el aviso; no aguardaba herencia alguna, ni de su padre, ni de su madre, ni de ningún pariente, pues había recibido de ellos todo cuanto le podía corresponder.

Cuando acudió al estudio del notario, supo, muy sorprendido, que un primo suyo, hijo del almirante don Cosme Gray y Evans, había muerto durante la guerra, y que al morir, por voluntad del testador, una finca de recreo, situada a orillas del Mediterráneo, llamada La Escotadura, debería pasar a manos de don Luis Carvajal y Evans.

LA ESCOTADURA era un trozo de la costa en donde había una casa grande, solitaria, construida a conciencia, como por gente que no le gusta regatear el dinero.

Enfrente tenía un islote oscuro, llamado el Salobral. A un lado de la finca se alzaban las ruinas de una torre. La casa tenía planta baja y un piso. Era de proporciones grandes y con un desván inmenso. Hacia la huerta se extendía una terraza que miraba al Mediterráneo. Los campos de alrededor, que la casa parecía vigilar, tenían sembrados de maíz y de caña de azúcar. En la parte más alta había algunos frutales y varias palmeras.

Enfrente de la finca se alzaba el peñón oscuro, el Salobral, y entre este y los campos de La Escotadura se formaba como un estrecho con abrigos para las barcas de los pescadores en caso de tormenta. El Salobral, por uno de sus lados, tenía una ensenada grande y profunda, que podía servir para guarecer barcos de bastante calado.

Era un sitio bastante desierto el elegido por el padre de su primo para levantar aquella casa solitaria. Sin duda, el pariente de don Luis, don Cosme Gray, había pensado en buscar un sitio apartado del bullicio del mundo para gozar el placer de vivir en el más completo aislamiento y de olvidar su existencia de oficinista. La casa estaba bastante lejos de la carretera.

La elección del sitio se comprendía que había brotado de la imaginación de un marino amigo de la soledad. La construyó, sin duda, pensando que aquel escenario sería en su vejez el más propicio para su melancolía. Don Cosme Gray, al sentir que los años pasaban, había pensado en aislarse y en vivir siempre frente al mar; pero por lo que don Luis recordaba, no había llegado a ver realizados por completo sus planes, porque el viejo marino vivía casi constantemente en el pueblo.

En la finca de La Escotadura, una tapia baja, de adobes con columnas de ladrillo, separaba los campos extendidos entre la casa y la carretera, poco concurrida. Allí el silencio era algo magnífico.

Antes que don Luis entrase en posesión de La Escotadura, cuando la Silvia y la señora Paula se enteraron de que había heredado aquella casa a orillas del mar, dijeron que tenían curiosidad por ir a ver la finca. Don Luis les prometió que las llevaría a visitarla. Efectivamente, en un automóvil viejo, fueron los tres, y quedaron encantados.

El guarda que tenía a su cargo la vigilancia y cuidado de la finca era un antiguo marinero de la Armada, ya retirado hacía algunos años, y que en el servicio había sido ordenanza del almirante. Era un hombre sabio y filósofo, que exponía ideas originales sobre la vida, las mujeres y los chicos. Se pasaba el día murmurando y hablando de sus recuerdos. Llegada la noche, iba a cenar a una tabernucha próxima, y

al volver a la casa que vigilaba, cerraba las puertas, se sentaba en la ventana y se quedaba entusiasmado mirando las estrellas y pensando que podía no ocuparse de la guerra.

Don Luis decidió cambiar como punto de residencia constante la casa del arrabal de la ciudad por La Escotadura. Preguntó a la señora Paula y a Silvia si tenían que oponer algún reparo a este propósito, y las dos dijeron que estarían encantadas en ir a vivir allí, aunque las dos irían con frecuencia, por lo menos todas las semanas, a ver cómo seguía el pequeño negocio de la librería y de la casa del arrabal.

El dependiente Adrián y el sobrino de la Paula seguirían vendiendo y prestando libros con su cuenta y razón y podrían ganarse cómodamente la vida. Al parecer, Adrián tenía algunos proyectos, que no detallaba, para el futuro. Gaspar, sobre todo, no quería ni oír hablar de la casa de La Escotadura, y cada vez estaba más entusiasmado con la librería. Parecía natural que, por su juventud, no le sonriese la idea de irse a vivir lejos de la ciudad, donde tenía amigos de sus ideas y de sus aficiones.

LA TAPIA que cercaba las tierras de La Escotadura, de adobes y sin ningún adorno, tenía por el lado de la carretera un pinar que ocultaba la casa. Había una puerta de hierro bastante fuerte. Los pinos hacían que el edificio no se viese desde el camino. La casa era casi rectangular, y una de sus fachadas largas daba hacia la costa.

Después de cruzar el arbolado próximo a la carretera por un camino sinuoso, se llegaba por una escalinata lateral, compuesta de cinco o seis escalones, a la casa. Se había construido esta a mediados del siglo XIX, y en los dos pisos de que constaba, las habitaciones eran grandes y tenían paredes pintadas y otras empapeladas de la época, con estampas curiosas.

Estaba el edificio asentado sobre un zócalo de piedra de sillería, aunque el resto fuese más tosco, de pedruscos y de mortero, y se había edificado en un tiempo en que la construcción era muy barata, por lo que, probablemente, sin grandes dispendios, se la pudo hacer con esplendidez y cierta grandeza.

El piso bajo y el alto tenían a lo largo dos corredores centrales anchos, revelándose en el trazado de su distribución la generosidad y el rumbo del tiempo. Bajo la planta baja había un sótano.

A un lado del corredor del primer piso estaban la cocina, la despensa y dos alcobas.

Al otro lado, un comedor grande y dos salas. Estas habitaciones se hallaban bien amuebladas; en uno de los salones había un piano antiguo de Erard. Se veía también un organillo construido en Suiza, con cinco muñecos sobre la tapa, que se movían cuando se les daba cuerda. El de en medio era un director de orquesta vestido de frac, con su batuta; a sus lados, un violinista y un violonchelista, y en los extremos, dos bailarinas que daban vueltas como un peón apenas sonaba la música.

En el piso alto se extendía un salón decorativo, que el viejo marino dispuso y arregló como un pequeño museo, con biblioteca. Había también varias alcobas grandes.

En el salón, presidiendo la pared, frente al mar, se veía un lienzo que era el retrato de un oficial de Marina con peluca, tipo clásico de principios del siglo XIX, quién sabe si uno de los testigos presenciales del combate heroico e infortunado de Trafalgar.

Cuando fueron a ver la casa, después de recorrerla de abajo arriba, la Silvia dijo:

—Aquí nos vamos a perder.

—¡Bah!, ya nos acostumbraremos —contestó don Luis.

LA SILVIA era una mujer rara, sencilla, sin coquetería. Vio La Escotadura, donde el abandono y la intemperie habían dejado impresas sus huellas, y se dispuso a restaurarla con su dinero. Don Luis dijo que no le parecía bien que tal hiciera, que no podía consentirlo; pero ella no quiso dar su brazo a torcer, e insistió en que la dejaran hacer lo que se proponía.

Entonces él indicó que pondría la casa y los campos a nombre de ella; pero tampoco esto le parecía bien a la Silvia, y entonces don Luis dijo que no podía impedir que le dejase la finca en su testamento, tal como a él se la habían dejado.

El caso era que, estimándose los dos muy semejantes, comprendían que por la diversidad de su vida ya no podían entenderse. Se habían conocido demasiado tarde. De otro modo, ¿quién sabe?, habían podido pensar en confundir sus desilusiones bajo el manto protector de una nueva esperanza.

Ella se sentía herida. Quería vivir sencillamente, de una manera huraña y misantrópica, cuidando la casa de La Escotadura, arreglando la huerta y los campos de alrededor; él se sentía vagabundo, y comprendía que, de tiempo en tiempo, para dar escape a su fantasía, se le renovarían los deseos de ir a agitarse y sacudirse como un perro que se dispone a emprender carrera y salir a vagabundear por los alrededores, o quizá le bastase ya con sentarse en la cumbre de un cerro y permanecer horas y horas aislado, fuera de todo trato humano, solitario y pensativo, contemplando la llanura movediza del mar.

«¡Qué tipo de mujer más raro!», se dijo varias veces don Luis al pensar en la Silvia. Por más que la observaba, no se descubría en ella el menor rastro o indicio de coquetería. No le gustaba charlar en balde. Se veía en ella un sentido claro y realista de la vida, y había también en su espíritu una gran afición a leer y a enterarse por sí misma de todo; un aplomo y una serenidad admirables.

Había tenido la ilusión de la maternidad; pero cuando por culpa del mal contagiado por el marido se puso en manos del médico, supo que, seguramente, ya no tendría descendencia. Desde entonces sentía por el amor una gran indiferencia, casi repulsión. Esto no era obstáculo para que se dejase llevar de una gran simpatía al lado de los niños pequeños, mientras no se viera en ellos el futuro hombre con detalles de chulo.

UN DÍA, sentados, hablando ella y él, don Luis había dicho:

—Yo tengo una tristeza física orgánica que no es razonable. No procede de mis ideas ni viene de que me haya hecho viejo, ni tampoco de que me haya gastado mi dinero.

—Pues..., ¿de qué viene? —preguntó ella.

—Viene como si fuera una enfermedad de inquietud. Pero después de haber estado esa temporada en el hospital, parece como si se me hubiese mitigado.

—Es extraño.

—Antes creía que la angustia se me marchaba andando por los caminos y yendo de aquí para allí. Ahora ya veo que no.

—Así que ya no le entusiasma como antes la idea de andar por esos mundos.

—No.

—¿Tiene usted miedo a la muerte?

—No; creo que no. Esa melancolía que siento no tiene motivos claros. Ahora lo voy comprendiendo. A veces me viene el recuerdo de pensar en la juventud pasada, que no me parece época ni mejor ni peor que la de ahora. No es como un remordimiento lo que tengo, ni procede tampoco de la idea de pensar que hubiera podido hacer cosas más razonables que las que he hecho.

—Pues a mí, si siento tristeza, es por no haber sabido tener más prudencia y más talento, y no haber comprendido lo que tenía que hacer en cada instante, para haber evitado lo malo.

Cuando se instalaron en La Escotadura, la Silvia iba rara vez a la ciudad; nada le atraía allí, se sentía capaz de vivir sin tratar para nada con otras personas. La gente de la aldea próxima pensaba que la Silvia era parienta de don Luis. Sabían que fue desgraciada en su matrimonio porque tropezó con un mal tipo y que tuvo que separarse de él. Y como todo el mundo la veía retirada, el runrún de la murmuración no la había arrancado su buena fama. Don Luis le hablaba de usted.

En ella dominaba el buen sentido y la desconfianza; en él, la fantasía y el absurdo.

Don Luis comprendía que la Silvia era una mujer que valía mucho, de espíritu generoso, desprendida y noble. Tenía el tiempo perfectamente distribuido: sus horas para consagrarlas a las faenas de la casa y sus horas para leer o para componer la ropa. Le gustaba estar siempre ocupada. No se hubiera acostumbrado a estar mano sobre mano.

Antes de establecerse allí, se hicieron en La Escotadura reparaciones mínimas. Había ocurrido que al saber por aquellos contornos que el dueño, el primo de Carvajal, el marino, se había ido con los blancos, algunos invadieron la finca y cometieron en ella algunos robos y desperfectos, sin hacer caso de las observaciones

que les hizo el viejo marino encargado de su custodia.

Como la Silvia tenía mucha prudencia, se hizo amiga de algunas mujeres pobres de la vecindad, y al hablar con ellas les dijo que, probablemente en el pueblo y en la época, no encontrarían posibilidad de hacer que las niñas aprendiesen labores, que, si querían, podían enviarlas por la mañana a La Escotadura, donde ella les enseñaría a leer, a escribir, a coser y a bordar. La proposición fue aceptada por las mujeres con gran entusiasmo, y al mes iban ya quince o veinte chiquillas a tomar lecciones.

Había en la Silvia mucha política al hacer esto, porque pensaba, con motivo, que una casa como la de La Escotadura, antiguamente de personas ricas, podía llamar la atención de algún bárbaro que quisiera dar un disgusto a sus moradores.

Toda su simpatía y al mismo tiempo su gracia atractiva, la Silvia la empleó en conquistar el afecto de aquellas chiquillas, que algunas eran naturalmente bárbaras y sin educación y hablaban de una manera gutural, de salvaje. La Silvia las hacía lavarse y peinarse, ponerse una flor en el pelo y las enseñaba a hablar correctamente.

Don Luis se dio cuenta inmediatamente de la maniobra y la celebró.

—Es usted una buena chica —le dijo a la Silvia—, pero..., ¡qué lagarta! ¡Cómo conoce usted la aguja de marear! De ese modo tiene usted en su mano a catorce o quince familias que, en caso de necesidad, saldrán a su defensa.

—Y a la de usted también —contestó ella.

—Sí, ya lo sé. Si yo la hubiese conocido a usted cuando era joven, creo que nos hubiésemos entendido bien; pero tengo ya en la sangre esta enfermedad de vagabundez y no la podré curar.

—Yo también estoy herida por la vida triste y por la enfermedad.

Había en la aldea próxima una casucha miserable, en donde vivían solos tres chicos con una muchachita de trece o catorce años, que los cuidaba. El padre había muerto en la guerra y la madre tuvo que dedicarse a pedir limosna y desapareció. La Silvia fue a visitarlos y consiguió distribuirlos entre algunos vecinos, y a la chiquilla mayor se la llevó a La Escotadura.

Apareció también en la casa una solterona que vivía en un hotelito de la costa. Era morena, muy emperifollada y rizada, y se expresaba en un andaluz muy cerrado. La Silvia y don Luis la atendieron y obsequiaron, y ella volvió poco más tarde. No era un tipo interesante, y se descubría en ella gran afición a chismorrear.

La Silvia creía que, en la situación en que se encontraban don Luis y ella, les convenía hacerse amistades.

Un día en que conversaban en la huerta al socaire de la casa, exponiendo cada uno sus aspiraciones, la Silvia dijo:

—Yo me contentaría con seguir viviendo aquí.

—Creo —dijo don Luis— que nada se opone a que sigamos viviendo como ahora vivimos.

—Es mi única aspiración —dijo ella.

—Muy bien. Creo que no pasaremos de ser dos buenos amigos.

—Seguramente, yo no soy solo una mujer sin ilusiones, sino que soy estéril como una tierra calcinada.

—A mí me pasa algo parecido, pero creo que aún soy capaz de tener entusiasmo.

—Sí; pero el caso de usted no es el mío. Creo que si usted, a pesar de todo, se casara y trajera aquí a su mujer, yo no me marcharía si me dejaran quedarme. ¡Me encuentro aquí tan a gusto!

—Está muy bien; es usted una Minerva andaluza.

—No recuerdo quién era Minerva.

—Era la diosa de la sabiduría y de la guerra.

—¡Sabiduría y guerra! ¡Qué mezcla más rara! Pero yo creo que no soy muy sabia, ni tampoco muy guerrera.

—Puede ser que sea usted sabia y no lo sepa.

Al oír aquello, Silvia se echó a reír, con su risa triste y desilusionada.

—Ya tengo treinta y seis años, y estoy tan cansada de riñas, de celos, de reproches y de recriminaciones, que no aspiro más que a vivir aquí, cuidando de la casa. Si usted quisiera, viviríamos siempre como hermanos.

—Ego sí estaría bien. Pero yo estoy habituado a vivir como un vagabundo, y a ratos me pesa la vida de la aldea. Voy a hacer un último viaje.

—Bueno, no digo nada. Pero... acuérdesse de mí.

—No tenga usted cuidado, no la olvidaré.

—Mientras tanto, yo cuidaré de la casa y trataré de ver si puedo hacerla más cómoda y agradable. A ver si las comodidades nuevas que encuentre usted en ella al volver le infunden el deseo de no marcharse más.

Don Luis y la Silvia se abrazaron, como si sellasen un pacto, y ella lloró con la cabeza apoyada sobre su hombro.

POCO TIEMPO DESPUÉS, antes que don Luis se marchara, las condiciones de vida en La Escotadura cambiaron, porque el Ejército había entrado en el pueblo, y la seguridad de la vida de Carvajal se había ya consolidado.

No a todos les pasaba lo mismo. A un militar de alta graduación, a quien los rojos habían fusilado y se salvó como de milagro, le habían llevado al hospital para que se repusiera. Sorprendido en el hospital por los que llegaban, le volvieron a fusilar de nuevo, y aquella vez definitivamente.

Don Luis, en La Escotadura, para entretenerse, se le ocurrió pintar en una pared del despacho una copia del *Triunfo de la muerte*, de Brueghel, que se encuentra en el Museo del Prado, sirviéndose de una foto que allí tenía. Comenzó el dibujo, pero no tardó mucho en fastidiarle su tarea, porque había que dibujar una enormidad de figuras.

Después de las palabras de don Luis, en las cuales había anunciado su intención de emprender una nueva salida de vagabundo, la llegada de las tropas había suspendido por el momento su propósito, y en La Escotadura las conversaciones entre la Silvia y Carvajal habían continuado en el mismo tono. La Silvia sentía un gran afecto por él y él por ella.

Ella temía que lo detuviesen otra vez a don Luis, aunque de nada se le pudiera acusar. La confusión y el barullo reinaban por todas partes. Si había movimiento por la carretera, si veía pasar camiones con tropas, la Silvia le hacía esconderse a don Luis y que no saliera. Por todas partes le parecía descubrir peligro de algo inesperado, no presintiendo qué pudiera ser ni de dónde pudiera llegar, pero temía que un hecho cualquiera pudiese turbar aquella paz para ellos tan agradable.

Al anoecer cerraba todas las puertas y entradas de la casa y no dejaba que saliera de aquella ni una rendija de luz. Hecho esto, se sentaba en el comedor a hacer labores de aguja, mientras don Luis leía.

Varias veces, en esas veladas, volvieron al tema que les preocupaba: el de su vida en común. Querían explicarse ella y él con absoluta sinceridad, sin hipocresía, poniendo al descubierto el fondo de sus almas. Sus explicaciones llegaban al cinismo, pero en ella eran como confesiones finales, y en él, no. La Silvia había acabado, y su vida para ella era un epílogo, más corto o más largo, pero siempre epílogo. Don Luis no aceptaba el epílogo, y se revolvía contra aquella idea de haber acabado.

El peligro para don Luis era el enamorarse de ella. Sería el fracaso completo, fracaso de los dos: él, viejo; ella, enferma y operada. Él siempre con ilusión, a pesar de su pesimismo. Ella, no. Ella le tenía a don Luis un afecto tranquilo. Hubiera sido capaz de pasar noches en vela en su cuarto, cuidándole. Él, a pesar de sus sesenta y tantos años, no solo le tenía afecto, sino que la quería como si hubiera sido joven. En

ella había muerto toda sensualidad. Se confesaban uno a otro no tener las mismas aspiraciones ni los mismos gustos; mas ¿quién podía saber si aquellas diferencias contribuirían a unirlos más? Toda la aspiración de ella no pasaba del deseo de vivir en aquella casa y arreglarla de forma que resultase más cómoda, más atrayente, más recogida.

Él aseguró con terquedad que no podía vivir allí sin sentir de tiempo en tiempo el ansia de marcharse, gozoso de respirar en las cumbres, de sondear perspectivas nuevas, de escudriñar horizontes. Le dominaba, le obsesionaba la ilusión del vagabundeo, y aunque hallase en Silvia mucho atractivo, mucho encanto y la juzgase buena de verdad, protestaba contra aquella existencia suya de barca anclada, de centinela recluido en su garita. Estaba siempre inquieto. Sentía una desazón de escapar. Otras veces pensaba que estaba desgarrando la rama de la que estaba asido y que le sostenía en la vida. El razonamiento no le bastaba. Ya veía que no tenía fuerza; pero, aun así, sentía la sugestión del pájaro en el espacio libre.

—Yo le puedo traspasar a usted la casa y las tierras —dijo don Luis una vez a la Silvia.

—Bien. Yo le juro a usted por la memoria de mi madre que aunque la casa y las tierras llegaran a ser mías, siempre que usted quiera volverá a ser aquí el amo.

—Entonces, así lo haremos. Mañana iremos juntos a la ciudad, haremos una venta simulada ante el notario, y usted será la dueña de La Escotadura. Yo vendré por aquí no sé cuándo... Probablemente cuando empiece a sentirme más tranquilo. Si es que alguna vez lo llego a estar.

—Bueno, bueno, se hará todo lo que usted quiera —dijo ella.

—Usted resulta mucho más lógica que yo, más sana que yo, probablemente de más inteligencia que yo.

—No, no; no diga usted eso.

—Lo digo porque así lo creo.

—¡Qué lástima que no nos hubiésemos encontrado antes, cuando yo era una muchacha sana y llena de ilusiones y usted un hombre joven!

—¡Qué le vamos a hacer! Es la suerte.

—¡Qué pena!

—Sí, no hay consuelo ni remedio alguno. Estamos a la misma altura y hemos llegado a la misma miseria por distintos caminos; pero usted, al menos, no se ha estropeado la vida, se la han estropeado los demás; en cambio, yo he sido el artífice estúpido de mi propia ruina.

—Dice usted cosas que me hacen llorar.

—No llore usted, y vea lo que pasa con serenidad. Yo tengo una gran satisfacción al comprender que ha encontrado usted aquí un puerto de refugio. Yo seguiré mi vida vagabunda, y usted aquí tranquila y sin que nada ni nadie la moleste, podrá seguir procurando la calma de su espíritu conturbado. Yo andaré de cuando en cuando por esos caminos y seré el Lince, y cuando me canse de serlo, vendré a La Escotadura

para ser Luis de Carvajal y Evans.

Al otro día la Silvia y don Luis fueron a la casa del notario e hicieron la escritura de venta de La Escotadura y sus tierras a Silvia. Al regresar, don Luis, que ya había preparado todo para marcharse, se despidió de ella, pues pensaba dejar la casa al día siguiente, al amanecer.

—Adiós. Escíbame usted alguna vez.

—Sí, le escribiré. No tenga usted cuidado. Tendrá noticias mías.

Se estrecharon las manos, antes de retirarse a sus habitaciones, sumamente conmovidos. Silvia tenía lágrimas en los ojos, y en el rostro una expresión de amargura y de tristeza.

HECHA LA VISITA convenida al notario, dos días después don Luis partió, y cuarenta y ocho horas más tarde volvía cansado a La Escotadura. El camino le fatigaba.

En las jornadas siguientes se vio que don Luis se iba cada vez más hundiendo en la melancolía. Se pasaba el tiempo sentado en un banco en el jardín, mirando pasar las nubes por el cielo. La señora Paula decía que estaba escribiendo algo importante; pero, la verdad, es que no hacía más que repasar viejos periódicos, atarlos y desatarlos. Alguna vez debió de recogerlos con marcada intención, pero luego las intenciones llevadas por él se habían borrado de su espíritu y no sabía qué plan había tenido.

Quizá eran papeles comprometedores por algo, pero la segunda vez que los estuvo viendo no comprendió por qué los había separado. Don Luis acabó por hacer con ellos un auto de fe, que le entretuvo una tarde, viendo cómo flotaban y se dispersaban en el aire los negros trozos de papel quemado.

Estuvo varios días, al parecer, contento de encontrarse otra vez en La Escotadura, y satisfecho de hablar con la Silvia. Luego se dedicó a afinar el piano que había en la sala, y al cabo de mucho tiempo lo consiguió.

Un día le dijo a Silvia:

—Voy a alquilar un barco largo, pequeño y estrecho, con una proa afilada y una concha a popa, para guarecerse de la lluvia. Tiene solo una vela y no muy grande.

—¿A quién se lo va usted a alquilar? —preguntó ella.

—A la mujer de un pobre hombre pescador que han metido en la cárcel.

—Y ¿para qué quiere usted el barco?

—Para pescar un poco en el mar. La tierra está bastante desagradable.

—Bueno —dijo la Silvia ante aquel nuevo capricho—, pero no haga usted locuras ni cometa imprudencias.

—No; usted vendrá alguna vez, si quiere, y será la capitana del barquito.

—Conforme.

Efectivamente, don Luis apareció a los pocos días delante de La Escotadura con el falucho, y con él venía el hijo del pescador preso.

El falucho era pequeño, pero de una forma muy clásica: la proa afilada, un palo con una vela triangular, aunque en otro tiempo había tenido dos. A popa había una concha como de apuntador de teatro, que podía servir para guarecerse los días de lluvia y seguir dirigiendo la marcha desde allí.

El falucho tenía buenas condiciones marineras.

El chico sabía las maniobras necesarias, y don Luis, y a veces la Silvia, se encargaban del timón.

Con frecuencia se acercaban a las rocas del Salobral, en donde había cuevas con

arcos poco profundas.

Al cabo de algún tiempo de estas expediciones marinas, la Silvia tenía mejor color y don Luis iba quedando más atezado. Por la tarde y por la noche hablaban de lo que habían visto y lo comentaban. La Silvia reconocía que nunca había vivido tan a gusto como entonces. No deseaba más.

Hablaban con frecuencia de la guerra. La Silvia preguntaba:

—Y ¿usted cree que todos estos crímenes y barbaridades, la guerra mundial con sus bombardeos y sus cámaras de gases asfixiantes; la guerra civil de aquí, con sus cárceles y sus fusilamientos, servirán para algo?

—¡Qué van a servir! Para nada.

—Es triste eso. A mí me dan ganas de llorar.

—Pues no llore usted, porque tampoco sirve para nada.

—Ya lo sé, pero no puedo evitarlo.

—Es necesario, amiga mía, que se acostumbre usted a mirar con sus ojos, y verá usted que en la Naturaleza no hay intención humana ninguna, no hay nada dedicado al hombre. Figúrese usted la estrella Sirio, que es inmensa y que nosotros la vemos brillando en el cielo. Pues si hubiera habitantes como nosotros en esa estrella, con los mejores telescopios no podrían ver nuestra Tierra. Tan pequeña es. ¿Cómo quiere usted que el universo esté supeditado a un planeta tan insignificante como es el nuestro? No es posible creerlo.

—¡Qué pena! Vale más que las mujeres no sepamos eso.

En la biblioteca del viejo marino don Cosme había planos detallados de la costa, y don Luis los estudiaba y pensaba adonde podrían ir de excursión los días siguientes, si el tiempo lo permitía.

La Silvia ponía como condición para embarcarse que no hubiera viento ni una gran baja del barómetro, anuncio de modificaciones atmosféricas.

Don Luis sabía lo bastante para pilotar el falucho, pero aun así, buscó a un pescador de un pueblo próximo, el *Curro*, que conocía la costa con el que se pudiera aventurar con más seguridad. Le pagaba las mañanas que estaba libre, y le veían cómo manejaba la vela y el timón, con más soltura y seguridad que el muchacho.

La costa era fácil. Lo que no era fácil era conocer los sitios peligrosos de la costa, y esos los conocía muy bien el Curro, que llevaba muchos años de pescador y poseía una gran experiencia de mareante.

Había en la costa mediterránea de aquella parte del litoral sus puntos expuestos, de los cuales era conveniente huir. En unos, el agua se arremolinaba, y en el Salobral había arrecifes que no se notaban bien y se podía chocar con las rocas. Para penetrar por esos sitios, don Luis arriaba la vela y marchaban despacio a remo, con gran prudencia.

A veces Silvia y don Luis, en noches tranquilas, salieron a la luz de la luna y hablaron de muchas cosas.

Don Luis, al marchar en el falucho, pensaba en las mujeres que había querido. En

Lola Durand, capricho de él y de ella, sensualidad y alegría. En aquella Concha, de Madrid, donde no hubo nada, ni el menor afecto, tan solo el contacto de dos epidermis. En Clemencia, la de París, mujer práctica, rica y sensual, que hubiera querido que la ayudara en sus negocios, que se ocupara de sus acciones de Bolsa, que se distinguiera por algo y entonces casarse con él.

Luego en Sara, la de Argel, judía rica, que poseía en el interior del país grandes bosques de palmeras y naranjos y que veía en él un posible administrador de sus propiedades. Y, para final, aquella Silvia, a quien él quería locamente y que le quería también, pero que sentía su manquedad, su indiferencia por el amor.

Vivía en La Escotadura sin querer informarse de lo que pasaba en el mundo, de espaldas por completo a todo lo que ocurría en él, y La Escotadura y sus alrededores eran para ellos el universo. Cuando hacía mal tiempo, don Luis y Silvia renunciaban a salir de casa. Entraban en la biblioteca, tomaban cada uno un libro y se ponían a leer.

Otras veces no leían, sino que hablaban o estaban silenciosos, como saboreando la soledad y el silencio. Se oía a veces el rumor lejano del viento y del mar.

Don Luis recordaba con entusiasmo sus noches de vagabundo en el campo, en el cielo lleno de estrellas.

A Silvia le gustaba más que la noche los crepúsculos pomposos, con grandes nubes de carmín y de oro.

A Silvia le intranquilizaba la noche.

Al anochecer, entre Silvia y su tía Paula cerraban puertas y ventanas con llaves, barras y cerrojos, como en un castillo.

Luego Silvia encendía la luz y se ponía a leer o a hacer una labor de costura o de bordado.

También le gustaba dar cuerda al piano mecánico y ver cómo se movían los muñequitos al son de una música.

Alguna vez se sorprendían Silvia y don Luis. Uno de ellos había abandonado la lectura y parecía ensimismado, mirando al otro.

Al llegar la primavera, don Luis dijo que el principio de la época de calor le desquiciaba un poco y le daban ganas de hacer nuevas tonterías.

«Pues no salga usted de casa —le dijo Silvia—; ya ha hecho usted bastantes locuras.»

Un día, la Silvia le oyó cantar a don Luis con la guitarra una canción cómica cubana un poco grotesca. Le pareció que Carvajal la cantaba en broma, cuando tenía buen humor. La canción decía así:

*Era de abril la mañana
que por primera vez yo vi la luz,
y el sol que alumbra la Habana
creí, mi morena, que eras tú.
Por eso marino yo quiero ser,*

*porque me gusta, morena, ver
desde las olas del ancho mar
una fragata balancear.*

Luego, para acentuar el aire cómico, cantó otra más absurda:

*Nací en un bosque de cocoteros
una mañana del mes de abril,
y me mecieron en una hamaca
hecha con plumas de colibrí.*

—Qué buen humor tiene don Luis —dijo la señora Paula, al oírle.

—Sí, es verdad —indicó Silvia.

Una noche de mayo, don Luis pasó largas horas en la cama sin poder conciliar el sueño, y se levantó cuando amanecía. No era capaz de sentir el menor optimismo. Ya no quedaba nada para él: únicamente la luz del sol y la brisa y el color del mar, pero esto ya no le ilusionaba y más bien le cansaba. No tenía agarradero ninguno en la vida, no podía inventarse algo para sí mismo que le produjera una pequeña ilusión. Se vistió y salió al campo. Fue al pequeño desembarcadero, donde estaba la barca; la desamarró, la desancló, desplegó la vela y comenzó a alejarse de la costa.

Al mediodía no había vuelto. Por la tarde hubo una borrasca, y, probablemente, don Luis, el cantor vagabundo, desapareció en el mar.

Madrid, enero, 1950.



PÍO BAROJA (San Sebastián, 28 de diciembre de 1872 - Madrid, 30 de octubre de 1956). Novelista español, considerado por la crítica el novelista español más importante del siglo xx. Nació en San Sebastián (País Vasco) y estudió Medicina en Madrid, ciudad en la que vivió la mayor parte de su vida. Su primera novela fue *Vidas sombrías* (1900), a la que siguió el mismo año *La casa de Aizgorri*. Esta novela forma parte de la primera de las trilogías de Baroja, *Tierra vasca*, que también incluye *El mayorazgo de Labraz* (1903), una de sus novelas más admiradas, y *Zalacaín el aventurero* (1909). Con *Aventuras y mixtificaciones de Silvestre Paradox* (1901), inició la trilogía *La vida fantástica*, expresión de su individualismo anarquista y su filosofía pesimista, integrada además por *Camino de perfección* (1902) y *Paradox Rey* (1906). La obra por la que se hizo más conocido fuera de España es la trilogía *La lucha por la vida*, una conmovedora descripción de los bajos fondos de Madrid, que forman *La busca* (1904), *La mala hierba* (1904) y *Aurora roja* (1905). Realizó viajes por España, Italia, Francia, Inglaterra, los Países Bajos y Suiza, y en 1911 publicó *El árbol de la ciencia*, posiblemente su novela más perfecta. Entre 1913 y 1935 aparecieron los 22 volúmenes de una novela histórica, *Memorias de un hombre de acción*, basada en el conspirador Eugenio de Aviraneta, uno de los antepasados del autor que vivió en el País Vasco en la época de las Guerras carlistas. Ingresó en la Real Academia Española en 1935, y pasó la Guerra Civil española en Francia, de donde regresó en 1940. A su regreso, se instaló en Madrid, donde llevó una vida alejada de cualquier actividad pública, hasta su muerte. Entre 1944 y 1948 aparecieron sus Memorias, subtituladas *Desde la última vuelta del camino*, de

máximo interés para el estudio de su vida y su obra. Baroja publicó en total más de cien libros.

Usando elementos de la tradición de la novela picaresca, Baroja eligió como protagonistas a marginados de la sociedad. Sus novelas están llenas de incidentes y personajes muy bien trazados, y destacan por la fluidez de sus diálogos y las descripciones impresionistas. Maestro del retrato realista, en especial cuando se centra en su País Vasco natal, tiene un estilo abrupto, vivido e impersonal, aunque se ha señalado que la aparente limitación de registros es una consecuencia de su deseo de exactitud y sobriedad. Ha influido mucho en los escritores españoles posteriores a él, como Camilo José Cela o Juan Benet, y en muchos extranjeros entre los que destaca Ernest Hemingway.